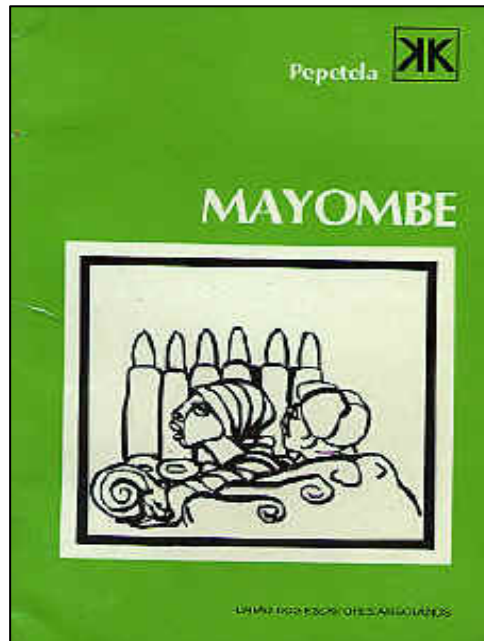


MAYOMBE

Pepetela



A los guerrilleros del Mayombe,
que osaron desafiar a los dioses
abriendo un camino en la floresta oscura.
Voy a contar la historia de Ogún,
el Prometeo africano.

Nota del traductor:

Este libro, escrito en 1971, fue publicado por primera vez en 1980. Es una de las novelas más importantes del escritor angoleño Artur Carlos Mauricio Pestana dos Santos, "Pepetela" de quien la editorial portuguesa Dom Quixote, ha publicado las siguientes obras: "O cão e os Caluandas", "Yaka" y "A geração da utopia".

Traducción de portugués a español: Julio Flores.

Revisión & Layout: Darío Sánchez.

Verano 2007 - Enero 2008.

Suecia.

CONTENIDO

CAPÍTULO I: LA MISION 1
CAPÍTULO II: LA BASE 36
CAPÍTULO III: ONDINA 73
CAPÍTULO IV: LA SURUCUCU 115
CAPÍTULO V: LA MORERA..... 137
EPILOGO..... 152

Capítulo I: LA MISIÓN

El río Lombe brillaba en la vegetación densa. Veinte veces lo habían atravesado. Teoría, el profesor, se resbaló en una piedra lastimándose y dislocándose el tobillo. El Comandante le ordenó que regresara a la Base acompañado por un guerrillero. El profesor haciendo una mueca, respondió:

– Somos dieciseis. Quedarán catorce.

Matemática simple que resolvió la cuestión: Era difícil conseguir un efectivo suficiente. Con desagrado el Comandante dio la orden de avanzar. A veces se arrimaba a Teoría, que caminaba en la penúltima posición, para saber cómo se sentía. El profesor escondía su sufrimiento. Y sonreía sin ánimo.

A la hora de acampar, algunos combatientes fueron a buscar leña seca, mientras el Comando se reunía. Pangu-Akitina, el enfermero, aplicó un cataplasma en la herida del profesor. El tobillo estaba muy hinchado y sólo con un gran esfuerzo podía él caminar.

En grupos de a cuatro prepararon la cena; arroz con corned-beef. Terminaron la comida a las seis de la tarde cuando el sol ya había desaparecido y la noche cubría al Mayombe. Los árboles enormes de los que pendían lianas gruesas como cabos, danzaban en las sombras con los movimientos de las llamas. Solamente el humo podía liberarse y subir por entre el follaje y las lianas del Mayombe, dispersándose rápidamente en lo alto, como aguas que se precipitan desde una cascada estrecha desparramándose en la amplitud de un lago.

Yo, el narrador, soy Teoría.

Nací en Gabela, la tierra de los cafetales. De esa tierra recibí el color oscuro del café, herencia de mi madre, mezclada con el blanco difunto de mi padre, un comerciante portugués. Traigo en mí lo irreconciliable, y este es mi motor. En un Universo de sí o no, blanco o negro, yo represento el tal vez. Tal vez es no, para quien quiere oír un sí, y significa sí, para quien espera oír un no. ¿Tendré yo la culpa si los hombres exigen la pureza y les desagradan las combinaciones? ¿Seré yo el que deberá volverse un si, o un no? ¿O serán los hombres los que deberán aceptar el tal vez? Frente a este problema capital, las personas se dividen a mis ojos en dos grupos: los maniqueistas y los otros. Debo aclarar que muy raros son los otros, el mundo es generalmente maniqueista.

El Comisario político, alto y delgado como el mismo Teoría, se le acercó.

– El Comando piensa que debes volverte o esperarnos aquí. Dentro de tres días estaremos de vuelta. Alguién se quedará contigo. O también puedes intentar regresar a la base lentamente. Depende de tu estado.

El profesor respondió sin hesitar.

- Es una propuesta equivocada. Todavía puedo andar. Tenemos poca gente. Dos guerrilleros menos hacen una gran diferencia. El plan puede fracasar.
- Si, seremos pocos, pero tal vez seamos suficientes.
- ¿Lo puedo discutir con el Comando?
- Voy a ver.

El Comisario volvió junto al Comandante y al Jefe de Operaciones. Un momento después le hizo una señal a Teoría. El profesor se levantó y un dolor agudo le subió desde el tobillo hasta el vientre. Sintió que no podría llegar muy lejos. La relativa oscuridad le escondió las facciones y nadie se dio cuenta de su mueca de dolor. Intentó andar normalmente y se aproximó a los tres responsables.

El Comandante Sin Miedo, lo contempló fijamente en tanto que el profesor se sentaba, gritando callado, escondiendo los dolores insoportables. Estoy jodido, pensó.

- Es inútil que te quieras hacer el fuerte – Le dijo Sin Miedo.
- Se ve a las claras que estás mal, aunque pretendas ocultarlo. No veo que es lo incorrecto en reconocerlo, así no puedes continuar. Serás sólo un peso muerto para nosotros.

Teoría esbozo un gesto de irritación.

- Soy yo el que sé como me siento. Afirmando que puedo continuar. Ya me curaron y mañana seguramente estaré mejor. No tengo nada quebrado, es solo una dislocación que no es grave y sin ningún peligro de infección.
- Si mañana nos encontramos con el enemigo – Dijo el Comisario – Y si fuera necesario retirarse rápidamente, tú no podrás correr.
- ¿Quieren que corra aquí, para probar que si podré?
- Estoy en contra de tu participación – Repitió el Comisario – No vale la pena insistir.

El Jefe de Operaciones contemplaba las sombras de los árboles recostado en su lona. Escuchaba las palabras de los otros, pensando en la lluvia que caería dentro de algunos momentos y en la casa caliente de Dolisie, con su mujer al lado.

- Es evidente que la razón objetiva la tiene el comisario – Dijo el Comandante – Sin embargo, yo lo comprendo al camarada Teoría. Por mi, si él cree que puede continuar, no me opongo. Pero objetivamente el Comisario tiene razón.
- ¿Y subjetivamente? – Preguntó el Comisario.
- Subjetivamente ¿Sabes? Hay veces que un hombre necesita sufrir, necesita saber que está sufriendo y necesita sobrepasar su sufrimiento. ¿Para qué, por qué? Muchas veces por nada. Otras veces, por muchas cosas que no sabe, no sabe o no se puede explicar. Teoría lo sabe y lo puede explicar. Pero no quiere, y encuentro que en eso él tiene razón.
- El problema es que esta es una operación de guerra y no un paseo. En un paseo un tipo puede hacer cosas contra toda la razón y sólo porque le da la gana, ir a la izquierda en vez de a la derecha. En la guerra no tiene ese derecho, aquí se arriesga la vida de los demás.
- ¿En este caso? No, aquí solo arriesga la suya, ciertamente. Sé que si fuera necesario batir el xangi¹, Teoría sería un campeón. No tiene la pierna quebrada, así que no exageremos. El enfermero dice que la cosa no es tan grave, solamente dolorosa. Pasará rápidamente. ¿Por qué no darle una posibilidad?
- ¿Una posibilidad de qué? ¡Esto es lo que no comprendo!
- ¡Pero claro! Una posibilidad de...! Vaya a saber! Es él el que lo sabe. Pero ciertamente no lo querrá decir, y estoy de acuerdo con él. El camarada Teoría tenía dos hipótesis: Venir o no venir. Escogió la primera. Tal vez lo hizo mal, tal vez sin razonarlo demasiado, pero tomó una decisión. Y él es un hombre que no se echa atrás de sus decisiones. Si fue obstinación o no, eso sólo él lo sabe. Lo que sé es que los hombres obstinados son así

¹ Xangi: Batir la espesura.

hasta el fin, sobre todo cuando hay riesgos. Si se quiere romper la cabeza, si escogió romperse la cabeza, debemos otorgarle la libertad de que se la rompa.

- ¡Eso es liberalismo!
- ¡Acá vienes tú con tus palabrones! Es posible que sea liberalismo. Pero no soy yo el Comisario Político. Es a ti a quien compete politizarlos y defender las posiciones políticas justas. Puedo ser liberal de vez en cuando, porque te tengo siempre a mi lado como ángel de la guarda para guiarme.

El Comisario sonrió. Diez años mayor que él, el Comandante se comportaba ahora como un niño para desviar la discusión. Estaba claro que Sin Miedo ya tenía una idea en la cabeza.

- ¿Y tú, camarada Jefe de Operaciones, en qué piensas? – Preguntó el Comandante.
- Pienso que tienes razón – Respondió distraidamente el otro.
- Bien, estoy en minoría – Dijo el Comisario – La responsabilidad es tuya, Comandante. Espero que no suceda nada.
- Una responsabilidad de más o una responsabilidad de menos – Contestó Sin Miedo.
- Nada sucederá – Replicó Teoría, sin saber si debía estar contento o no; no se lo indagó.

El Jefe de Operaciones se adormeció. Teoría se fue a acostar. En breve se despertarían con la llovizna pequeñita que primero sólo mojaría las copas de los árboles y comenzaría a caer de las hojas cuando ya hubiera dejado de llover. Así es el Mayombe, que puede retardar la voluntad de la naturaleza.

El profesor durmió poco. La pierna mojada le dolía atrocemente. ¿Por qué insistió en seguir? Su participación no modificaría en nada las cosas. Sabía que él no era un guerrillero excepcional, ni siquiera un buen guerrillero. Pero estaba tratando de serlo.

Este era su secreto. De la misma manera que impusiera al Comando la obligatoriedad de que él haría guardia como los otros guerrilleros, aunque su puesto de profesor de la Base lo liberase de esas tareas. Teoría era mestizo y ahora ya nadie parecía reparar en eso. Era su secreto. Secreto doloroso, del cual el Comisario no se daba cuenta, del cual al Jefe de Operaciones no le interesaba. Sólo Sin Miedo, el veterano de la guerra y de los hombres, lo adivinaba.

Sin Miedo, el guerrillero de Henda. Antes lo llamaban de Esfinge, nadie sabía por qué. Cuando fue promovido a Jefe de Sección, los guerrilleros lo bautizaron con el nombre Sin Miedo, porque él había resistido solo a un grupo de enemigos que atacaba un puesto avanzado, lo cual dio tiempo a la evacuación de la Base sin ninguna pérdida. Una más, de las muchas operaciones donde él se reía del enemigo regándolos a balazos, fanfarronadas e insultos.

Teoría presentía que el Comandante también tenía un secreto. Como cada uno de los otros. Y era ese secreto que los hacía combatir, frecuentemente por razones muy lejanas de las que solían afirmar. ¿Por qué Sin Miedo abandonó el curso de economía en 1964 para entrar en la guerrilla? ¿Por qué el Comisario dejó Caxito, su padre un campesino viejo y pobre, arruinado por el robo de las tierras productoras de café, incorporándose? Tal vez el Comisario tuviera alguna razón mas evidente que los otros, si. ¿Por qué el Jefe de Operaciones abandonó a los Dembos? ¿Por qué Milagro abandonó su familia? ¿Por qué Muatiánvua, el desarraigado, el marinero, abandonó los barcos para ahora marchar a pie, en una vida de aventuras tan diferente de la suya? ¿Y por qué él, Teoría, abandonó a su mujer y la posición que fácilmente

podía alcanzar? ¿Conciencia política, concientización de las necesidades del pueblo? Palabras fáciles, palabras que en el fondo, no decían nada. ¿Cómo es que ellas actúan sobre las conciencias?

Los compañeros comenzaban a moverse, despertándose y el profesor no se había apartado de sus pensamientos. El Mayombe no dejaba ver la aurora que despuntaba en la copa de los árboles. Las aves nocturnas cedían su lugar al concierto de los monitos en lo alto. Las aguas del Lombe disminuían de tono esperando vestirse con su manto dorado. Adelante, descendiendo el Lombe, a menos de un día de marcha, debía estar el enemigo.

Yo, el narrador, soy Teoría.

Manuela me sonrió y se internó en la espesura, en la densa espesura del Amboin, donde despunta el café, la riqueza de los hombres. El rojo del café pintaba el verde de la espesura. De la misma manera que Manuela coloreaba mi vida.

Manuela, Manuela ¿Dónde estarás hoy? ¿En Gabela? Manuela de Gabela, corriendo por la espesura del Amboin, la verde selva de las serpientes mortales, mortales como el Mayombe, pero que hace parir el fruto rojo del café, que es la riqueza de los hombres.

Manuela, perdida para siempre, abrazada por otro, por qué la abandoné, por qué Manuela no fue lo suficientemente fuerte para retenerme en Amboin, y yo escogí el Mayombe, con sus lianas, sus secretos y sus exiliados.

Perdí a Manuela para ganar el derecho de ser “tal vez” café con leche, una combinación híbrida, o lo que ustedes deséen. Los rótulos poco me importan, los rótulos sólo le sirven a los ignorantes que no distinguen por los colores, cual es el líquido encerrado en el frasco. Entre Manuela y mi propio yo, escogí este último. ¿Por qué será todo tan dramático, siempre que es necesario elegir, elegir éste o aquél otro camino, un sí o un no? ¿Por qué será que en el mundo no hay espacio para los tal vez? Estoy en el Mayombe, renunciando a Manuela, con el objetivo de crear en el Universo maniqueísta un lugar para el tal vez.

Huí de ella, no la volví a ver, escogí solo, encerrado en la casa, en nuestra casa, en aquella en que muy pronto un niño habrá de vivir, llorar y sonreír. Nunca lo vi a ese niño, ni nunca más lo veré. Ni a Manuela. Mi historia es la de un alienado que se sumerge en la enajenación, esperando liberarse.

De muy pequeño, quería ser blanco, para que los blancos no me dijeran negro. De hombre quería ser negro, para que los negros no me odiaran. ¿Dónde estoy yo, entonces? Y Manuela ¿Cómo podría ella situarse en la vida de alguien perseguido por el problema de elegir, de los sí, o de los no?

Huí de ella, sí, huí de ella, porque estaba sobrando en mi vida; mi vida que es un esfuerzo por demostrar a los unos y a los otros que siempre hay un lugar para el tal vez.

Manuela, Manuela, en los brazos de otro, entregando sus caricias a otro. Y yo aquí, mojado por esta lluvia-mujer que no cesa, fatigado, exiliado, desesperado, sin Manuela.

Sin Miedo fue a lavarse al lado del Comisario. Admiró el torso musculoso y esbelto del otro.

– Estás en forma. Yo ya estoy poniéndome barrigón.

- Es la vida en el exterior – Contestó el Comisario – Ya hace casi cuatro meses que no hacemos una acción. Lo que me molesta es avanzar sin saber con certeza qué es lo que vamos a hacer. Este plan no me agrada.

El Comandante se sentó en una piedra.

- Esperemos que el de Operaciones tenga razón. El ya hizo un reconocimiento.
- Reconocimiento – Replicó el Comisario – Descendió por el río, encontró una picada de explotación maderera. ¿Le llamas a esto un reconocimiento? Ni siquiera sabe si los tugas² tienen tropa ahí.
- Eso lo vamos a saber ahora. Lo que es necesario es comenzar. Pusimos la Base en el interior, y esto es un paso al frente. ¡Se acabó la guerra de frontera! Ahora estamos estudiando las cosas en el terreno y tomando las decisiones poco a poco. De todas maneras, esta operación está dentro de tus teorías: Acción política antes que militar. ¿No sé de que te quejas...?
- No es eso Comandante. Si impedimos al aserradero que deje de robar nuestra madera, es un golpe económico dado al enemigo. Y eso es bueno. Además, vamos a atacar un nuevo sitio, lo que está bien para el pueblo, que ni siquiera piensa en nosotros, por lo menos aparentemente. Pero es el lado militar el que me preocupa. No sabemos dónde está el enemigo y cuál es su efectivo. Somos tan pocos que no podemos permitirnos el lujo de ser sorprendidos. Ninguna victoria justificaría esta derrota.

El Comandante se enjabonó la cara y se sumergió en el agua fresca del río. Después se quedó observando los primeros peces que aparecían.

- Como siempre, tienes razón. Pero ese es el lado ignorado de la operación que me atrae. No me gustan las cosas demasiado planificadas, porque siempre hay un detalle que falla. Reconozco que puedo no estar en lo cierto ¿Qué quieres? Es mi naturaleza anarquista, como dirías. ¿Cómo conocerlo al enemigo? Sólo haciéndolo salir de sus cuarteles, pues esa es la información que no tenemos. Esta inercia, esta apatía, tienen que terminar. Es necesario dinamizar las cosas. Ya estuvimos detenidos demasiado tiempo, a la espera de instrucciones. Es a nosotros que nos toca tomar las decisiones. Sólo la acción puede poner al desnudo las faltas o vicios de la Organización. ¿Por qué es que en otras regiones la guerra avanza y aquí no cesa de retroceder? ¿Por qué no estamos a la altura, nosotros, el Movimiento? Se lo culpa al pueblo, de que es traidor. ¡Disculpa fácil! ¿Es el pueblo de aquí el que es traidor o es que nosotros somos incapaces? ¿O las dos cosas? Para poder saberlo, es necesario accionar, remover las cosas, derrumbar las estructuras caducas que impiden el desarrollo de la lucha.

El Comisario se puso la camisa. Se sentó en una piedra y se quedó observando a Sin Miedo. Los otros guerrilleros se lavaban un poco más adelante.

- Estoy de acuerdo, es necesario accionar. No creo en esa historia de que el pueblo es traidor, la culpa fue nuestra. Encuentro que es necesario estudiar más profundamente las cosas, no es necesario hacer tonterías. Especialmente ahora que hacemos una guerra sin el apoyo del pueblo, en la que estamos totalmente aislados.
- Náufragos en una isla que se llama Mayombe – Replicó Sin Miedo.

² Peyorativamente soldados portugueses.

- Sobre todo ahora que somos débiles, que tenemos solamente un efectivo ridículo, debemos ser prudentes. Nuestros planes deben ser perfectos. Si a la acción, porque sólo es ella quien agudiza las contradicciones que nos hacen avanzar, pero debe ser una acción conciente. Ahora estamos ciegos, porque no tenemos los ojos y las antenas que son el pueblo. Y puesto que somos ciegos, deberemos ir tanteando el camino antes de avanzar, caso contrario, caeremos en un abismo.

Habían terminado de lavarse. Sin Miedo, encendió un cigarrillo. Hasta ellos llegaba el aroma del desayuno. El Comisario tosió y dijo:

- Tú eres el Comandante, lo que tú digas es ley para nosotros.
- Somos tres en el Comando, camarada. Si ustedes dos están en desacuerdo conmigo, yo lo acepto. No soy un dictador, bien lo sabes.
- ¿Somos tres? ¡Ustedes son dos!
- Sin Miedo lo miró fijamente, con el ceño fruncido.
- ¿Qué quieres decir?
- Simplemente que, cada vez que nosotros no estamos de acuerdo, ustedes son dos y yo uno: El de Operaciones siempre está de tu lado. ¡No me digas que no te diste cuenta!
- Sí, me dí cuenta. ¿Por qué será que él hace eso?
- ¿No te das una idea?
- Tengo dos: O porque yo soy el comandante, o por que tú eres el Comisario.
- ¿Estás bromeando?
- No, no estoy bromeando. Te lo explico; porque yo soy el Comandante y debe apoyarme para estar bien conmigo y poder ascender, o porque siendo tú el Comisario, cargo que sigue al de él, debe estar en contra tuyo, destruirte, dejar a la vista tus errores para de esa manera asumir tu puesto.
- ¿Piensas así?
- ¡Realmente!
- Me parece que tienes razón – Dijo el Comisario – ¡Es una pena! El es un buen militar, por lo que entiendo. Principalmente cuando yo no participo de ninguna operación y así sus buenas ideas no pueden venir a ayudar mi prestigio. Cuando yo estoy, él comete toda clase de errores con la intención de contradecirme. No porque yo tenga siempre la razón, aunque a veces la tenga...

El Comandante le dio una palmada en el hombro.

- Tienes que habituarte a los hombres y no a los ideales. El cargo de Comisario es espinoso, está en su naturaleza. Lo curioso es que ustedes, en tu tribu, hasta olvidan que son de la misma tribu, cuando luchan por un puesto.
- Lo cual no quiere decir que el tribalismo no exista, infelizmente. Además no me vengas a decir que con los kikongos no sucede lo mismo.
- ¿Yo soy kikongo? ¿Y tú eres kimbumdo? ¿Realmente te parece que es así?
- Nosotros no. Nosotros pertenecemos a la minoría que ya olvidó de que lado nace el sol en su aldea. Lo que la hace igual a otras aldeas que conocimos. ¿Pero la mayoría, Comandante, la mayoría?
- Ese es tu trabajo: Enseñarles a ver tantas aldeas a los camaradas, para que se pierdan si algún día vuelven a la suya. Ese arte de la desorientación se llama formación política.

Y marcharon a tomar el desayuno.

Yo, el narrador, soy Teoría.

Mis conocimientos me llevaron a ser nombrado profesor de la Base. Al mismo tiempo, soy instructor político, ayudante del Comisario. Mi vida aquí está llena de tareas de enseñanza y de guardias. Algunas veces, muy raramente alguna acción. Desde que estamos en el interior, la actividad es mayor. No las actividades de guerra, sino las de patrullas y reconocimientos. Siempre me ofrezco para estas misiones, aún contra la opinión del Comando: ¿Podrían recusarse? Muy prontamente se recordarían que no soy igual a los demas. Una vez quise evitar ir a un reconocimiento; tenía un presentimiento trágico. Había tan pocos en la Base que mi silencio sería notado. Me ofrecí. Es una enajenación total. Los otros pueden no ir, pueden argumentar cuando son escogidos. Yo no lo puedo hacer. ¿Traigo en mí el pecado original de mi padre blanco?

Luchamos no estaba de acuerdo con Verdad, que era su jefe de grupo. Apenas el comandante apareció Luchamos dijo:

- Camarada Comandante, el camarada Verdad opina que deberíamos tomar prisioneros a los trabajadores de la empresa forestal y fusilarlos porque trabajan para los colonialistas. Afirma que es eso lo que deberíamos hacer.

El Comandante se sentó y metió la cuchara en su mochila, sin responder. El Comisario se recostó contra un árbol, mientras comía, observando al grupo.

- Acábala – Dijo Muatiánvua – Esos trabajadores son cabindas, es por eso que te molestas. Pero son por eso traidores, ni que fueran lundas o kinbundos.
- Pero, ¿Cómo es ésto? – Dijo Luchamos nervioso – ¿Y los trabajadores de Diamang? ¿Y los de la Cotonang? ¿Son traidores? Tienen que trabajar para los colonialistas.
- Lo son, si muchacho – Respondió Muatiánva – Después de tantos años de guerra, quién no está de nuestro lado, está en nuestra contra. Estos de aquí viven cerca del Congo. Es probable que escuchen nuestra radio. Son concientes de que existe la explotación, ¿Entonces por qué no se vienen a unir con nosotros? ¡En el momento de tomar la decisión, miran para otro lado!

Milagro esperó la reacción de Luchamos. Como éste, ofendido, no respondía, Milagro le dijo al Comisario.

- ¿Qué piensas camarada Comisario?
- Pienso que deberíamos ponernos en marcha y dejar de discutir. Discutiremos después. Pero, hay del que toque un trabajador o alguien del pueblo sin que se dé la orden. ¡Hay, de él!
- El Muatiánvua está jugando con Luchamos – Dijo el Comandante – A estos lúmpenes les gusta bromear con las cosas serias.

Muatiánvua rió, y encendió un cigarro, haciéndole un guiño picaresco con los ojos a Luchamos.

- Pero las palabras del Comisario son en serio – Continuó Sin Miedo. El que quiera hacer tribalismo contra el pueblo de Cabinda será fusilado. ¡Fusilado! ¡Y esto no es una broma!.

El silencio pesado que se hizo después de las palabras de Sin Miedo, fue difícil de dejar atrás, como esas lianas que nos golpean en el rostro. El silencio era el Mayombe, siempre él, presente, en sus muchas lianas que deberemos ir dejando atrás.

Caminaban en línea recta, atravesando constantemente el río, para acortar camino. Los primeros minutos fueron un infierno para Teoría. Ahora se sentía mejor. Venció el primer combate, el más duro. Sabía que continuaría venciendo en los restantes.

Avanzaban distanciados uno del otro, en fila india, por entre las largas hojas de xikuanga, donde hacen morada los elefantes.

El olor a elefante era persistente. Lástima que no venimos a cazar, pensó Ekuikui, el cazador; podríamos tener comida para mucho tiempo. Y al atravesar de nuevo el río, dieron con una manada de elefantes. Instintivamente Ekuikui levantó el arma.

– ¡Nadie dispara! – Gritó el Jefe de Operaciones.

Ekuikui contemplaba a los elefantes que se apartaban calmamente, agitando las trompas y la enormes orejas, sin preocuparse por aquella fila de hombres de verde que salían del verde inmenso del Mayombe. El Comisario lo palmeó en el hombro.

– Estamos buscando a los tugas. Si disparamos, ellos pueden oír y ya estar prevenidos de nuestra presencia.
– Si, lo sé, camarada Comisario.

Luchamos meditaba pensando que no discutiría con los camaradas. El Comandante dijo que era una broma. De Muatiánvua, en este caso; pero Verdad no bromeaba. Luchamos marchaba distraído al frente de la columna, guiando en una zona prácticamente desconocida. Muy pronto llegarían a la picada por el que trasportaban los árboles derrumbados. Esta gente que no nos apoya. Habría que fusilarlos. ¿A los padres de ellos, a las madres, a los hermanos? ¿Fusilarlos a todos? Por causa del pueblo que no brindaba su apoyo era que la guerra no avanzaba. El pueblo era indiferente, por qué venimos a hacer la guerra en Cabinda sin explicar bien a la gente por qué la estábamos haciendo. Luchamos era todavía un niño.

Al doblar una montaña escucharon el zumbido de una sierra mecánica, a través de los mil zumbidos del Mayombe. El ruido venía desde la derecha, muy cerca de ellos. Pero Luchamos continuaba avanzando.

– ¿Qué es lo que le pasa? – Murmuró el Comandante a Ekuikui.

Luchamos se distanciaba del resto del grupo, que había quedado parado al escuchar el ruido. El Comisario corrió detrás de él, evitando hacer demasiado barullo.

– Lo está haciendo a propósito – Dijo Milagro.
– Va a avisar a los hombres – Dijo Pangu-Akitina.
– Va a sabotear la misión – Dijo Verdad.
– Calléense, carájo – Dijo el Comandante. Esperen a saber, antes de hablar.

El Jefe de de Operaciones había ido detrás del Comisario. Luchamos se paró al oír que lo llamaban. Se asusto cuando vio al Comisario con cara seria, seguido un poco más atrás del Jefe de Operaciones. A un gesto del Comisario se apercibió del fuerte zumbido.

– ¿Por qué avanzaste?
– Estaba distraído. ¿Los otros?

- Vamos a volver. Y presta atención.

El Jefe de Operaciones no dijo nada, lo dejó pasar y se limitó a seguirlo. Los guerrilleros miraban a Luchamos con desconfianza, pero él no lo notó.

- ¿Que pasó? – Preguntó Sin Miedo.
- Estaba distraído y no se dió cuenta de nada – Respondió el Comisario.

El Comandante esbozó una sonrisa, que muy pronto desapareció.

- ¡Tenemos un guía de las dimensiones de la región! Bien, Verdad y Muatiánvua van a ir por la izquierda, con el Comisario. Milagro, Pangu Akitina y el de Operaciones van por la derecha. El resto se queda aquí. Vean que es lo que hay y vuelvan. ¡Cuidado, nada de tiros! Necesitamos saber si hay soldados.

Sin Miedo se sentó, y lo mismo hicieron algunos otros compañeros. Teoría se masajeaba el tobillo. Ekuikui miraba los árboles buscando señales de los monos. Lo hacía por hábito, su pasado de cazador en las llanuras centrales lo había marcado. Mundo Nuevo, sentado, se limpiaba las uñas con el puñal. Sus manos eran finas y las uñas largas. Un perfecto intelectual, pensó Sin Miedo. Luchamos se había alejado del grupo, con los oídos atentos. El zumbido de la sierra cesó y se escucharon gritos.

Los guerrilleros se levantaron en posición. Ruidos de ramas quebradas y en seguida, un fragor que cubrió todo el tumulto del Mayombe y quedó resonando en la copa de los árboles, hasta irse diluyendo, lentamente, por los valles del Lombe.

- Fue el árbol que cayó – Dijo el Comandante.

Y volvió a sentarse. Los otros permanecieron de pie, salvo Teoría. Poco después el zumbido de la sierra llegaba de nuevo hasta ellos.

- Está todo normal – Dijo Mundo Nuevo. Y se sentó también.

Sin Miedo notó que Luchamos estaba nervioso. Teoría estaba sufriendo, pero fingía que no le pasaba nada. Y Ekuikui, ese es siempre el mismo. Ingratitud desconfía de Luchamos. Mundo nuevo seguro que está pensando en Europa y en sus marxistas-leninistas. Los pensamientos del Comandante no llegaban más lejos. Era como fotografías que sacaba a los hombres de su tropa y que las clasificaba en un fichero mental, sin preocuparse más. Cuando lo creyera necesario, tomaría esa información para tener una imagen fiel y saber que tareas podría confiar a cada uno de ellos.

El primero que volvió fue el Jefe de Operaciones. Se arrimó al Comandante y le dijo:

- Vimos seis trabajadores. Ningún soldado.
- ¿Fueron ellos los que derrumbaron el árbol?
- No, ellos tienen machetes. La sierra está en el grupo de la izquierda. Atrás hay una picada para el transporte de los troncos.
- Bien.
- Comandante, pienso que es mejor vigilar a Luchamos
- ¿Por qué?
- No me trago eso de la distracción. El iba a avisarle a los trabajadores, a auventarlos...

El Comandante lo miró en silencio. Frunció la boca.

El otro continuó.

- Hay momentos en que tiene un comportamiento extraño. Sus ojos no son buenos. El Comisario no ve esas cosas, rápidamente creyó en él. Opino que deberíamos hacerle un interrogatorio.

El Comandante no respondió. Pensó que tenía unas ganas locas de fumar. Pero allí no se podía. El aroma de los cigarrillos penetraba la floresta.

Cuando el grupo del Comisario llegó, Sin Miedo se puso de pié.

- ¿Entonces?
- Son ocho trabajadores, más un blanco que guía el camión. No hay soldados a la vista.
- ¿Y el camión?
- Esta allí, parado, con el chófer fumando y escuchando radio. Pero al lado debe haber un buldozer para cargar los troncos al camión. ¿Qué hacemos?

El Comandante llamó al Jefe de Operaciones. Y se reunieron los tres.

- ¿Qué piensas que deberíamos hacer? Preguntó Sin Miedo al de Operaciones.
- Encuentro que deberíamos hacer una curva, para adueñarnos de la picada un poco más adelante y de esta manera llegar a la ruta.
- ¿Y tú, Comisario?

El Comisario midió las palabras antes de hablar.

- Opino que deberíamos aprovechar esta ocasión. Podríamos tomar a los trabajadores, recuperar la sierra, que es liviana de transportar, destruir el buldozer y el camión. Es una acción que haría efecto y ese es nuestro objetivo. ¿Para qué cambiarlo?

El Jefe de Operaciones lo interrumpió:

- Nosotros somos militares. Nuestro deber es combatir al enemigo. Por eso opino que nuestra primer acción en esta área tiene que ser militar. Los soldados deben andar sin cuidado por la ruta. Esta picada va seguramente hacia la ruta. Una emboscada sería mucho mejor. ¿En cuanto a los trabajadores? No veo cual podría ser el interés. A no ser que sea el de fusilarlos... Pero no. ¿Para politizarlos? Ustedes creen que los podemos politizar. Aquí sólo la guerra es la que politiza.

El Comandante dijo:

- Comisario, sé que una operación político-económica es de interés. El problema es el siguiente: Si destruimos estas herramientas, la acción militar no será posible, pues los tugas quedaran prevenidos de nuestra presencia por aquí.
- Claro – Agregó el Comisario – Pero eso será una razón para que ellos sólo anden por la ruta. Se verán forzados a aumentar sus patrullas, pues aquí hay población y ellos quieren aislarnos de ella. Ellos patrullarán mucho más y nosotros tendremos mayores oportunidades de golpearlos. ¿Cuál es el problema? No mataremos veinte en la primera emboscada, pues estarán más atentos. Bien, mataremos diez. La guerra popular no se mide por el número de enemigos muertos, ella se mide por el apoyo popular que se obtiene.
- Ese apoyo sólo se consigue con las armas – Dijo el de Operaciones.
- No solamente, con las dos cosas. Con las armas y con la politización. Tenemos que demostrar primero que no somos bandidos, que no matamos al pueblo. La gente de aquí no nos conoce, ellos sólo escuchan la propaganda enemiga, tienen miedo de nosotros.
- Si los tomamos prisioneros a los trabajadores y los tratamos bien, discutimos con ellos, y más tarde le damos un buen golpe a los tugas, entonces si, el pueblo comenzará a creer y a

aceptarnos. Pero es un trabajo a largo plazo. De todas maneras esta acción no puede impedir que también realicemos una emboscada.

- Es un problema de tiempo y de comida.
- Los camaradas aceptarán pasar un poco de hambre, si les explicamos la importancia de la cuestión.
- Bien – Dijo el Comandante. Vamos a hacer lo que tu propones. Vamos a rodear los grupos, tomarlos prisioneros, destruir todo lo que se pueda, llevarnos la sierra, etc. Después nos retiramos con los trabajadores y estudiamos la posibilidad de volver a la ruta a colocar una emboscada. Yo me pondré con dos camaradas en la picada, hacia donde está el camión. Si ellos intentan huir, nosotros los atajaremos. Si aparecen soldados, desde la ruta, los pararemos. Ustedes, van para los lados que ya reconocieron. Eviten hacer ruido. Cerquenlos y, a las diez en punto, los tomamos. Controlen sus relojes. El lugar de encuentro es aquí, si no hay novedades. Si los tugas aparecen, nos encontraremos donde dormimos ayer.
- ¿Luchamos con quién irá? – Preguntó el de Operaciones.
- Conmigo – Respondió Sin Miedo.

El grupo del Jefe de Operaciones se apartó inmediatamente. Los otros dos grupos se acercaron muy próximo de los trabajadores. El Comandante y Teoría avanzaron entonces a lo largo de la picada, para cerrar el cerco. La sierra zumbaba y cubría los ruidos de las hojas pisadas. Hasta los pájaros estaban desorientados y no huían.

El Comisario avanzó prudentemente, seguido de sus hombres. Las hojas secas estallaban bajo las botas, pero el ruido no se escuchaba con el rumor de la sierra desbastando el Mayombe. Los guerrilleros se subieron a caballo de un enorme tronco caído. Dejará de respirar, monstruo cercenado, y las ramas cortadas se amontonaban en el suelo. Después que la sierra le cortara el flujo vital, los machetes le habían separado las piernas, los brazos, los pelos; allí estaba, livido en su piel blanca, el gigante que no hacía mucho tiempo detenía al viento y desafiaba a las nubes. Inmóvil pero digno. En su agonía, arrastró los retoños y las lianas, y su ronquido de muerte hizo estremecer al Mayombe, y callar a los gorilas y leopardos.

Los guerrilleros se dispersaron para avanzar. La sierra mecánica – abeja perforando una colina de salalé – continuaba en su tarea. Estaba el mecánico que manejaba la sierra y el ayudante, con la lata de gasolina y de aceite; más atrás, cuatro operarios con machetes. Todos tan embebidos en su tarea que no repararon en las sombras furtivas. Ni protestaron cuando vieron los cañones de las AKA³s apuntándoles. Abrieron los ojos y el inmenso blanco de ellos pareció comerles todo el rostro, con las bocas abiertas en un grito que no alcanzó a salir y quedó vibrando interiormente. El Comisario y Ekuikui se aproximaron a la sierra, Ekuikui le puso el cañón del arma entre las costillas del mecánico.

- ¡No te muevas!

El mecánico miró por encima del hombro y comprendió rápidamente la situación. Hizo detener la sierra. El silencio que siguió fue oído por los guerrilleros, subió a la copa de los árboles y quedó flotando con la neblina que cubría el Mayombe.

- ¡Todos para aquí, vamos! – Ordenó el Comisario.

³ AKA: Carabina Automática Kalashnikov. En varios países de América Latina se le conoce como “cuerno de chivo”

Juntaron a los prisioneros, los revisaron en busca de armas, les quitaron las navajas.

- ¿Hay otros? Preguntó el Comisario.
- Allí – Murmuró el mecánico, apuntando para el sitio donde se dirigía el Jefe de Operaciones.
- ¿Soldados?
- Solamente en el cuartel, a diez kilómetros de aquí.
- ¿El blanco?
- Está en el camión.
- Vamos, no intenten huir, nadie les hará daño.

El cortejo partió en dirección al punto de encuentro. Muatiánvua vigilaba al mecánico, que cargaba con la sierra. Los otros trabajadores temblaban.

Cuando la sierra paró de zumbar, el grupo del jefe de Operaciones todavía no había completado el cerco a los trabajadores que, en grupos de dos, atacaban con sus machetes al coloso del Mayombe.

Pangu-Akitina, que marchaba adelante, frenó; estaban a diez metros del primer grupo de trabajadores; los otros estaban distanciados los unos de los otros. El silencio llamó la atención de los operarios, que comenzaron a hacerse señales, esperando la caída del árbol. Los guerrilleros esperaban con el corazón apretado a que ellos retomasen el trabajo. Pero el fragor de la caída del árbol no se oía y el más viejo de los trabajadores dijo:

- Debe haber pasado algo, el motor se ha parado de repente.

Todos agudizaron los oídos. Los guerrilleros dejaron de respirar, enroscados en el verde de la selva. Uno de los trabajadores más apartados dejó su machete y se dirigió hacia el par que estaba más próximo de los guerrilleros. El Jefe de Operaciones estimó la situación: Tendría que accionar rápidamente.

- ¡No se muevan! – Gritó, saltando al lado del trabajador más anciano.

La sorpresa congeló a los que estaban más cerca. Pero los otros tiraron los machetes y corrieron hacia la selva. Algunos guerrilleros los persiguieron.

- ¡No disparen! – Gritó Mundo Nuevo, corriendo detrás de los fugitivos.

Más el Jefe de Operaciones para asustar a los trabajadores, disparó una rafaga hacia las hojas. Milagro, volando sobre los troncos caídos, se aproximó a un obrero. De repente, en una bajada y un remanso el trabajador se sumergió y fue nadando con el vientre pegado a las piedras del fondo del río poco profundo. Milagro llevaba la bazuka y dudó ¿Gastaría un obús para pararlo? Este desapareció en una curva del riachuelo, rasgándose el vientre contra las piedras, y Milagro volvió para atrás, trayendo como trofeo el machete que cayera de la cintura del hombre.

Mundo Nuevo disparó al aire y el trabajador que corría adelante paró, temblándole las piernas. Era solo un muchacho, con cuidado, casi cariñosamente, Mundo Nuevo lo condujo hacia el grupo de los otros tres prisioneros.

- ¿Dónde está el bulldozer? – Preguntó el de Operaciones.

El mayor de los obreros apuntó a la dirección. Este tenía una pierna torcida. Debe haber sido un árbol que se le cayó encima, penso Mundo Nuevo.

– Llévanos allí.

El grupo fue avanzando para el lugar de la picada, donde debería estar Sin Miedo. El silencio de la sierra parando al detenerse subitamente no interrumpió las reflexiones del portugués, sentado al volante del camión. Encendió un cigarrillo, según lo que pudo observar Sin Miedo. Pero cuando sonó la primera rafaga, el tuga despertó de su sopor y todo él se puso a vibrar. Sin querer saber lo que sucedía, puso el camión en marcha y arrancó. A veinte metros de él, emboscados, los guerrilleros se le aparecieron. Sin Miedo vio que el blanco transpiraba y hacía muecas, acelerando.

– No disparen – Gritó Sin Miedo.

Luchamos ya estaba por protestar.

– ¡Tiren sólo a las ruedas!

Fue en ese instante en que se escuchó la segunda rafaga, hecha por Mundo Nuevo, que se confundió con la rafaga de Luchamos.

Una rueda reventó pero el camión ya había pasado y continuaba a marchar sobre la llanta. El tuga apretaba el acelerador, sus dos manos eran tenazas prendidas al volante.

Luchamos se volvió hacia Sin Miedo.

– ¿Por qué...?

– Es un civil.

– Y el bulldozer – Le recordó Teoría.

Corrieron hacia el sitio donde debía estar el bulldozer. Se encontraron entonces con el Jefe de Operaciones.

– ¿Dejaron huir al ngueta?⁴ – Preguntó este.

– Sí, hasta le dimos una guía de marcha – Dijo Sin Miedo de mal humor.

El conductor del bulldozer se había sumergido en la espesura al oír la primera ráfaga. Los guerrilleros rodearon la máquina.

– Bazuquéenlo, y después le prenden fuego – Ordenó el Comandante.

Un trabajador pidió timidamente a Mundo Nuevo autorización para ir a un costado aprentándose el vientre.

– Cagá ahí – Le dijo éste.

La explosión de la bazuka rivalizó con el estruendo del gigante desmoronándose. Después que el humo se comenzó a dispersar se vio el motor del bulldozer totalmente destruido. El olor a pólvora se mezcló con otro olor más característico. Mundo Nuevo miró a Sin Miedo y este miró al trabajador que pidiera apartarse.

⁴ Colonialista blanco.

- Este tipo... – Sólo tuvo tiempo de exclamar Sin Miedo.

Repentinamente se dobló en una carcajada que atronó sobre el Mayombe. La carcajada de Sin Miedo era una ofensa inconmensurable al Dios vegetal que obligaba a las voces a salir susurradas. Los guerrilleros, al principio pensaron que la bazuka disparada de cerca, le había dado vuelta la cabeza a Sin Miedo. Pero después volvieron su mirada y vieron al obrero de pie, con una mueca de bestia en éxtasis y las heces chorreándole por las piernas, cayendo en goterones al suelo.

El Comandante, terminó dominándose y con cara de disgusto ordenó que se prendiera fuego al bulldozer, ya que nada se podía recuperar. Juntaron leña seca, la apilaron sobre la máquina regándola con gasolina y le prendieron fuego. La llamas se elevaron en una rápida lengüeteada hasta las ramas más próximas de los árboles. Dos guerrilleros llevaron a los cuatro trabajadores a un sitio más apartado, donde no pudiesen ver nada mientras Ingratitud del Tuga colocaba tres minas anti-personal cerca del buldozer. Cuando estas estuvieron bien camufladas, Sin Miedo escribió en un papel.

**¡COLONIALISTAS CABRONES.
VAYANSE A LA MIERDA. VUELVANSE A SU CASA.
MIENTRAS USTEDES ESTAN AQUÍ, EL PATRÓN, EN PORTUGAL, SE ESTA
COGIENDO A SUS MUJERES Y HERMANAS!**

Y dejó el papel bien a la vista en medio del terreno minado. Los guerrilleros sonreían.

- El cabrón que lo quiera leer, va a volar por el aire – Dijo el de las Operaciones.
- Es una pena no reforzar las minas con dinamita – Agregó Ingratitud del Tuga – Pero no tenemos tiempo.
- Vamos – Dijo Sin Miedo.

El grupo avanzó por el Mayombe, en camino al punto de reencuentro, con los trabajadores prisioneros en el medio.

Una vez allí, los contaron, eran diez. Sin Miedo reparó en el mecánico, que tenía más instrucción que los otros, y le preguntó:

- ¿A dónde va a dar la picada?
- A la ruta.
- ¿Cuál ruta?
- La que va entre Sanga y Cayo Nguembo. La ruta está a unos cinco kilómetros.
- ¿Cuántos soldados hay en el cuartel?

El mecánico hesitó. Miró a sus compañeros. De estos no obtuvo ninguna idea.

- No sé. Tal vez cien...
- ¿Tugas?
- Y angolanos. Tropas especiales...

El interrogatorio se prolongó a los otros prisioneros. El muchacho capturado tenía sólo catorce años y se llamaba Antonio. Hablaba más despreocupadamente que los otros. El mecánico desconfiadamente miraba a unos y otros, sus ojos inquietos pasaban de uno a otro, fijándose más en Sin Miedo. Luchamos pidió autorización para hablar con ellos en confianza, pero el Jefe de Operaciones dijo que no valía la pena. El Comisario iba a intervenir. Sin

Miedo lo tomó de un brazo, exigiéndole silencio. Y Sin Miedo siguió el interrogatorio en portugués, lengua que todos dominaban, mal o bien.

El Comando se reunió enseguida, se decidió mantener a los trabajadores por un día, caminando en dirección al Congo. Después los liberarían y volverían al mismo sitio, entre la picada y la ruta. Hoy, los portugueses no osarían aproximarse. Al día siguiente, los obreros les dirían que los guerrilleros habían vuelto al Congo, y los soldados caerían sin darse cuenta, en una emboscada, lo que les haría pensar que había varios grupos operando en la zona.

- Fue una pena que el tuga haya escapado – Dijo el de las Operaciones.
- ¿Qué podíamos hacer? ¿Dispararle y matarlo, como hace la UPA?⁵ Es un civil. ¡Tenía una cara de miedo! No debemos mostrar nuestro coraje asesinando civiles, aunque sean colonialistas... Intentamos tomarlo vivo, pero huyó. ¡Así fue quizás mejor! ¿Qué íbamos a hacer con él? ¿Liberarlo como a los otros? Eso habría provocado una revuelta entre los guerrilleros. ¿Llevarlo para el Congo? ¿Con qué pretexto?
- Opino que hiciste bien – Dijo el Comisario – No debemos ir en contra de la población civil, aunque esta nos sea hostil. ¿Para qué le vamos a dar argumentos al gobierno?

El Jefe de Operaciones no dijo nada, se levantó y se dirigió hacia la espesura.

- Dijiste que dejaste una nota en el bulldozer, pero no dijiste que es lo que habías escrito, Comandante.

Sin Miedo le explicó lo que había escrito. El Comisario rió y le dijo:

- ¡Muy poco político!
- ¿Qué querías? ¿Qué copiase una cita de Marx? La única política que los Tugas comprenden es esa.

Almorzaron ahí mismo, los guerrilleros y los trabajadores. Las escudillas pasaban de mano en mano. Un trabajador tenía una etiqueta de cigarrillos, que compartió con los guerrilleros. Las palabras se soltaron, recostados cerca de Lombe fue que los trabajadores descubrieron que Luchamos también era de Cabinda.

Pronto, pensó Sin Miedo, vieron que había uno de ellos entre nosotros y nos tomaron un poco más de confianza. Es el tribalismo, a veces eso ayuda. Pero, qué le pasa al de las Operaciones que está tan atento a la charla. ¡Ah, intenta captar lo que dice Luchamos, espía si no nos traiciona! Con que placer este tipo se lo comería a Luchamos frito en aceite de palmera.

Yo, el narrador, soy Milagro.

Nací en Quibaxe, región kibundo, como el Comisario y el Jefe de Operaciones que también son de allí. Estoy encargado de la bazuka y no tengo mayor placer que ver los camiones cargados de tropa al ser frenados por mi tiro certero. Mi tierra es rica en café, pero mi padre fue siempre un campesino pobre. Yo hice solamente el primer grado en la escuela, el resto lo aprendí aquí, en la revolución. Era sólo un niño en 1961, pero me acuerdo todavía de las escenas con niños recostados contra los árboles, de hombres enterrados hasta el cuello, con las cabezas a ras del suelo y el tractor pasando y cortando esas cabezas con su hoja para abrir la tierra, para crear riqueza a los hombres. ¡Con qué placer destruí hace poco el bulldozer! Era parecido a aquel que le arrancara la cabeza a mi padre. El bulldozer no tiene

⁵ UPA: Unión del Pueblo Angolano.

la culpa, depende de quien lo conduce, es como un arma que se empuña. Sin embargo, no puedo dejar de odiar a los tractores, disculpenme.

Ahora Luchamos esta hablando con los trabajadores. Tal vez les está explicando que yo quería avisarles, pero que fui descubierto. ¡Y lo dejan hablar! El Comandante no comprende, él no estaba en Angola en 1961, o si estaba, no estaba sufriendo. Si estaba en Luanda, debería haber sido estudiante ¿Quién lo supiera? ¿Y el comisario? El Comisario en estas cosas es un blando, el cree que con buenas palabras se puede convencer al pueblo de Cabinda, y este, es un pueblo de traidores. Solamente el Jefe de Operaciones..., pero él es solamente el tercero en el Comando y no tiene poder de decisión.

Aunque era un niño pequeño huí con mi madre. Fuimos para Kinshasa. Después me enrolé en el MPLA⁶, recomendado por mi tío, que era uno de los dirigentes. Eso en aquel tiempo, ahora no, lo expulsaron. El MPLA expulsa a los mejores, solamente porque ellos no se dejan dominar por los kikongos, los que lo invadieron. Pobre del MPLA, solamente en la región primera es todavía como era, un movimiento de vanguardia. Y nosotros, los de la región primera, forzados a hacer la guerra aquí, en una región extraña, donde no hablan nuestra lengua, donde el pueblo es contra-revolucionario ¿Y que es lo que hacemos aquí? ¡Pobre MPLA, lejos de nuestra región, no podrá hacer nada!

Caminaron toda la tarde, subiendo por el Lombe. Se detuvieron a eso de las cinco, para buscar leña seca y preparar el campamento: A las seis de la tarde, en el Mayombe, es la hora más oscura y no se puede avanzar.

La cena fue común: arroz con porotos y un poco de pescado, que Luchamos y uno de los obreros pescaran en el Lombe. Los trabajadores no habían intentado huir, si bien miles de ocasiones se les habían presentado durante la marcha. Sobre todo cuando Milagro cayó con la bazuka y los guerrilleros se dieron cuenta cuando los trabajadores aislados, se sentaron en espera de los combatientes, sin escapar. La confianza mútua provocaba conversaciones animadas.

Aprovechando algunas informaciones recogidas, el comisario habló a los trabajadores mientras los tenedores con arroz y porotos viajaban a su destino.

- Ustedes ganan veinte escudos por día, talando los árboles con machetes, marchar, y cargarlos. El mecánico gana cincuenta escudos por día, por trabajar con la sierra. Pero, ¿Cuántos árboles abaten ustedes por día? Unos treinta. ¿Y cuánto gana el patrón por cada árbol? Un dineral. ¿Y qué es lo que hace el patrón para ganar eso? Nada, nada. Pero eso es lo que él gana. ¿Y las azadas con las que ustedes trabajan? Ni siquiera son de él, son de ustedes, que las tienen que comprar en la cantina de su propiedad, por setenta escudos. ¿Las azadas y los machetes son del patrón? No, son de ustedes. ¿El sudor y el trabajo es del patrón? No, es de ustedes, pues son ustedes los que trabajan. ¿Entonces, cómo es que él gana muchos miles por día y ustedes solo reciben veinte escudos de salario? ¿Con qué derecho? Esto es la explotación colonialista. El que trabaja está enriqueciendo a los extranjeros, que no trabajan. El patrón tiene la fuerza del lado de él, el ejército, la policía, la administración. Y es con esa fuerza que él, los obliga a trabajar, para enriquecerse. ¿Hicimos bien en destruir el bulldozer?
- Hicieron bien – Respondieron los trabajadores.

⁶ MPLA: Movimiento Popular para la Liberación de Angola.

- Y esta sierra mecánica, ¿A quién es que le pertenece verdaderamente? El patrón la compró a los alemanes, pero ¿De dónde sacó el dinero para comprarla? ¿A quién explotó él para poder comprar esta sierra? Respondan.
- A los trabajadores – Respondió el joven Antonio.
- Esta sierra les pertenece, pertenece al pueblo. Por esto no puede ser devuelta a los colonialistas. Nostrotros podríamos entregarla a ustedes, porque es vuestra, pero, ¿Qué van a hacer con ella? ¿La pueden vender? ¿La pueden utilizar?
- No. Es mejor que ustedes se la lleven – Respondió el trabajador más anciano, el que tenía las piernas torcidas. – Nosotros no podemos utilizar eso.
- Lo que es de ustedes, las azadas, los machetes, las navajas, el dinero, todo lo que es vuestro les será devuelto. Y también van a llevar las azadas y los machetes de los que huyeron, para entregárselas. Pero lo que es del colonialista, eso se queda con nosotros. Los tugas dicen que somos bandidos, que matamos a la gente del pueblo, que robamos. ¿Les hicimos mal? ¿Matamos a alguno de ustedes? Ni siquiera al blanco, podríamos haberlo matado, pero no quisimos. No somos bandidos, somos soldados que estamos luchando para que los árboles que ustedes abaten sirvan al pueblo y no a los extranjeros. Estamos luchando porque el petróleo de Cabinda sirva para enriquecer a nuestro pueblo y no a los norteamericanos. Pero, como nosotros luchamos contra los colonialistas, es que los colonialistas saben que, con nuestra victoria, ellos perderán las riquezas que le están robando a nuestro pueblo. Es por eso que ellos dicen que somos bandidos, para que la gente nos tenga miedo y nos denuncie al ejército.

La conversación se alargaba, un poco en portugués con el Comisario y Teoría, y un poco en fiote⁷ con Luchamos. Los trabajadores contaban lo que sabían de los cuarteles de la región, de las condiciones de vida, de lo que pensaban los habitantes de las poblaciones. Sin Miedo escuchaba, atento a los comentarios del resto de los guerrilleros. Estos se dividían, a grosso modo en dos grupos: Los kimbundos al rededor del Jefe de Operaciones, y el grupo de los otros, los que no eran kimbundos, los kikongos, umbundos y destribalizados como Muatiánvua, hijo de padre umbundo y madre kimbunda, nacido en Luanda. Mundo Nuevo era de Luanda, de origen kimbundo, pero los estudios o tal vez su permanencia en Europa, lo habían liberado del tribalismo. Se mantenía aislado, limpiando su arma a la luz de la hoguera.

Cuando se acostaron, el Comisario preguntó a media voz:

- Entonces, ¿Qué piensas de esta operación?
- Hablas como un cura – Dijo Sin Miedo. – Si no creen en ti, por lo menos son lo suficiente educados para disimularlo... pienso que sí, que es necesario repetir acciones de este tipo, esta gente puede ser movilizada. Si tuviéramos aquí una organización sólida, sí. ¿Pero qué quieres? Con la organización que tenemos, con los bribones que existen, estas acciones me recuerdan demasiado a las promesas del Seminario. Por eso es que te comparé a un cura. Es como si les prometieras la vida eterna más allá, cuando aquí en la tierra se hace el máximo para hacer la vida insoportable.
- No comprendo lo que quieres decir.
- Cuando estaba en el Seminario, una cosa siempre me intrigó, era como una nota discordante. Fue esa nota discordante la que me empujó para el sacrilegio, y más tarde hacia el ateísmo. Por qué es que los curas, tan puros, tan castos, tan bondadosos y tan santos, que nos preparaban para servir a Díos, para merecerlo a Díos, prometiéndonos las delicias de la vida celestial, nos hacían la vida negra en el Seminario, eran tan arbitrarios,

⁷ Fiote: Lengua local.

tan crueles en los tormentos que inventaban para castigarnos. Eso me llevó a desear aquello que los horrorizaba, a querer conocer lo que ellos temían, a buscar lo que nos prohibían de ver o de sentir. Fue Como una mezcla de terror sagrado, de placer carnal y de venganza, que tuve relaciones con mi primera mujer. En pleno Seminario, en un anexo, con una criada que hacía la limpieza y aliviaba a los seminarista y quién sabe. Tal vez a algunos curas. Yo tenía catorce años. Me confesé a la mañana siguiente, escondiendo los hechos, sino me expulsarían: Ya no creía en el secreto de la confesión. Y comulgué en pecado mortal, pues si no lo hacía se darían cuenta que algo había sucedido. Y continué confesándome sin el coraje de lavar el sacrilegio. Y también continué a encontrarme con la criada en los anexos y a obtener cada vez mayor placer en el amor, y sobre todo en el hecho de ser un amor perverso, envenenado por el sacrilegio que nunca corregiría. Hasta que a los dieciseis años, Ya fuera del Seminario – de donde finalmente me expulsaron por amenazar de golpear a un cura blanco que hacía un abierto racismo – Se volvió intolerable mi miedo al Infierno, me sentí enloquecer, perseguido por mil crímenes y por todos los placeres innobles que había practicado. La certeza de que estaba perdido fue tan grande que decidí que el Infierno no existía, no podía existir, caso contrario yo estaría condenado. O negaba, mataba lo que me perseguía, o enloquecía de miedo. Lo maté a Dios, maté el Infierno y maté el miedo al Infierno. Ahí aprendí que se deben enfrentar a los enemigos, es la única manera de conseguir la paz interior.

- No veo la relación – Dijo el Comisario.
- Yo tampoco. Al principio la había, ahora ya ni sé por qué te hablé de ésto. Pero tu manera de hablar, de prometer la libertad, me recordó al Seminario ¿Qué quieres?

Y se tapó con la manta, cayendo inmediatamente en un sueño profundo. El Comisario se quedo pensando en las palabras de Sin Miedo, a mirar las llamas de la hoguera, que cambiaban las facciones de los hombres y de las cosas y facilitaban las confidencias.

Después del desayuno, se despidieron los trabajadores, pero antes se les había devuelto todo lo que les pertenecía. No todo, pues fue imposible encontrar el billete de cien escudos que le habían requizado de los bolsillos al mecánico, Ekuikui lo había guardado, pero ahora no lo encontraban. Habían revisado los bolsos, la ropa, todo sin hallarlo. Ekuikui lloraba, afirmando que la noche anterior aún lo tenía en su bolsillo, se lo quiso entregar al Comisario, pero este le dijo que no valía la pena, que lo tuviese Ekuikui y que a la mañana siguiente, le sería restituido a su dueño. Durante la noche desapareció, alguien lo robó, afirmaba el ex-cazador. Pero él no lo había escondido, nunca robaría a un hombre del pueblo, sabía lo que eso significaba para el Movimiento. Se despidieron de los trabajadores, el mecánico dijo que no tenía importancia, que era poco dinero. Lo que realmente quería era verse libre del problema y el billete perdido atrasaba su libertad.

Cuando los guerrilleros habían avanzado cerca de un kilómetro subiendo el río, el Comandante mando a parar.

- Reunión, sentarse.

Los guerrilleros obedecieron. Sin Miedo continuó.

- Vamos a volver atrás y haremos una emboscada en la ruta. Los trabajadores les van a decir que nos volvimos para el Congo y los tugas no esperaran encontrarse con nosotros en la ruta. Es necesario marchar rápidamente. Claro que no tenemos suficiente comida para estos días de más que estaremos lejos de la base. Tendremos que hacer algunos sacrificios, pero si tenemos éxito, el Comando opina que vale la pena pasar unos días sin

comer. Si ustedes están de acuerdo. ¿Están de acuerdo con aguantar un poco y darle una buena paliza a los tugas?

Los guerrilleros sin excepción aprobaron entusiastamente. Hacía mucho que no habían tenido un encuentro con el ejército colonial.

- Bien. Dijo Sin Miedo, sonriendo – Entonces dejemos que los trabajadores avancen un poco más. Mientras tanto, vamos a ver este caso de los cien escudos. Esto es grave, pues pone en tela de juicio todo lo que dijimos. Quiere decir que, al final, somos bandidos, que robamos al pueblo. El cabrón que se quedó con el dinero es un contra-revolucionario. Además de ser un ladrón barato, pues saboteo toda la buena impresión que podríamos haber causado a los trabajadores. Es mejor que él diga ya dónde está el dinero... ¡Cuánto más demore será peor!

Nadie habló. El Comisario apoyó las palabras del Comandante. Nadie dijo nada.

El Comandante ordenó que vinieran a él, de uno en uno, para revisarlos. En ese momento el Jefe de Operaciones dijo:

- Pero, que yo sepa, es Ekuikui el que tenía el dinero. ¿Por qué se piensa que no fue él y que fué otro?. Puede haber enterrado ese billete, o escondido detrás de un palo, para que no se lo encontraran en caso de ser revisado. Además, todo debería haber sido puesto bajo la vigilancia del Comisario, era él el que lo debía haber guardado. ¡Ahora, revisando a todos es un acto de desconfianza, es una ofensa!
- Ya se que la culpa es mía – Explotó el Comisario. Es cierto que la culpa fue mía por no haberme quedado con el dinero, de la misma manera que lo hice con los relojes. Sí, la culpa es mía. Pero lo que se debe hacer ahora es revisar a todos. Ya lo revisamos a Ekuikui, y ahora lo vamos a hacer con todos. No es ninguna ofensa, pero por uno tendrán que pagar todos.

Sin Miedo no miraba la cara exaltada del Comisario, o los ojos fríos del Jefe de Operaciones, Sin Miedo estudiaba las reacciones de cada uno de los guerrilleros.

- Yo no estoy de acuerdo con la desconfianza que hay en contra de los guerrilleros – Dijo el de Operaciones, lo que estimuló a algunos combatientes en murmullos de aprobación – Si un responsable comete un error, ¿Por qué ese error se vuelve en desconfianza hacia los combatientes? ¿Por qué es que todos los guerrilleros deben ser avergonzados, todos, a causa de uno? ¿Y si el error vino de un responsable?
- Basta – Gritó Sin Miedo – El error de un responsable no justifica el robo, un robo de mierda de cien escudos, de un saboteador miserable. Vamos a pasar revista. ¡Las guerras no se ganan con demagogia, para hacerse popular con las bases! Luchamos, acércate.

Pero Sin Miedo no miraba a Luchamos, que se aproximó con la casaca abierta. Sin Miedo se fijaba en el grupo del fondo. A Luchamos lo revisó el Comisario fijándose en todos los objetos donde se podría esconder un billete de cien escudos. Luchamos estaba vistiéndose de nuevo, cuando Sin Miedo dio un salto terrible, rugiendo sobre el grupo del fondo. Lo tomó de un brazo a Ingratitud del Tuga, que intentó liberarse, cayendo el billete de cien escudos al suelo.

- Cabrón – Dijo Sin Miedo arqueándose – Desconfiaba de tí desde el primer momento.

Lo arrastró a Ingratitud al medio del grupo y dijo:

- Era este el que durmió al lado de Ekuikui, ahora estaba intentando enterrar el billete, para recuperarlo después. Pero yo estaba atento. Habla, ¿Cómo fue que le robaste el billete?

Era inútil desmentir, Ingratitud confirmó que había dormido al lado de Ekuikui y que había visto en que bolsillo el ex-cazador había guardado el billete. Se lo había robado durante la noche. Los guerrilleros no decían nada, algunos estaban a favor de Ingratitud, otros en contra.

- Serás juzgado al regresar a la Base. Tu arma la tendrá Ekuikui, quien será tu custodio. Mucho cuidado de que no se escape, serás tú el juzgado en su lugar. ¡Qué cagada de guerrillero me saliste, que te dejas robar! ¿No aprendiste a dormir con un ojo?
- Ayer estaba muy cansado, camarada Comandante. Me dormí muy pronto.
- Comandante, cómo vamos a hacer para reencontrar a los trabajadores – Dijo Luchamos – Ahora ya deben estar muy lejos, es imposible.
- Yo pienso que lo mejor es que después del ataque, intentemos ponernos en contacto con la población – Propuso Teoría – Estudiaremos la mejor manera. Tenemos el nombre de él y del kimbo⁸, en una de esas, conseguimos llegar allí. y devolverle el dinero.
- Muy arriesgado – Masculló el de Operaciones.
- Yo me presento como voluntario para ir – Dijo el Comisario – Soy el responsable de lo que pasó, sé cual es la importancia de la cosa desde un punto de vista político y...
- Vamos a estudiar eso después – Cortó Sin Miedo.
- Ahora vamos a avanzar. Pero con cuidado. Por si acaso los tugas nos esten persiguiendo para saber hacía dónde vamos, en ese caso, nos podemos encontrar cara a cara con ellos. Por eso iremos por otro camino, no tenemos ninguna prisa por llegar.

Luchamos se puso al frente de la columna que lo siguió, llevando en el medio a Ingratitud del Tuga desarmado, lo que representaba un riesgo, pues el enemigo podía aparecer repentinamente en cualquier momento.

Los hombres comenzaban a dar señales de fatiga, hacía cuatro días que habían salido de la base y las provisiones muy pronto escasearían, pues gran parte de ellas ya habían sido compartidas con los trabajadores. Y ésto eran datos que se tenían que tener en cuenta, pensaba Sin Miedo con el AKA sostenido por el cañón recostado negligentemente sobre el hombro, el sombrero cubano protegiendo el riesgo de un balazo en la piel de la cabeza. (Aquella vez que lo sorprendió el enemigo en el río bañándose y tuviera que fingirse muerto, lo que era confirmado por la sangre que le corría de la cabeza y se mezclaba con el agua del río; cuando los camaradas reaccionaron, él pudo esconderse entre las piedras y volver a la base, desnudo, por ello lo castigó el Comando, allá en Henda, porque su cantimplora y el cinturón con municiones fueron recuperados por el enemigo, no así el arma, ésta se la trajeron los compañeros). Después de una hora de marcha, Sin Miedo ordenó detenerse.

- Vamos a pescar, debemos ahorrar comida.

La mayor parte de las provisiones eran conservas (Corned beef, sardinas y un poco de leche condensada), el resto era arroz y xikuanga⁹.

Luchamos tenía siempre anzuelos y línea. El, y Mundo Nuevo, se subieron a una piedra mientras los demás se dispersaban en distintos grupos por el Lombe, lavándose o

⁸ Aldea.

⁹ Pasta de mandioca fermentada envuelta en hojas de banano, o xikuanga.

conversando. A Sin Miedo le gustaban estas pausas en la marcha, en las que filosofaba consigo mismo contemplando los árboles, o aprovechaba para auscultar la manera de ser de sus compañeros. Vio que Teoría estaba aislado de los grupos, masajeándose el tobillo y se aproximó a su lado.

- ¿Te duele?
- Un poco, pero está mejorando.

Sin Miedo encendió un cigarrillo, uno de los últimos que le quedaban. Cerró los ojos para saborear mejor las últimas pitadas.

- Cuando era pequeño, antes de estudiar en el Seminario, me sucedió algo. Debería andar por los ocho años. Me peleé con uno más grande que yo, y él me dio una buena zurra. Huí cagado de miedo. Abandoné el combate. Durante días, me sentí un cobarde, un debilucho, y sentí que cualquier niño me golpearía y yo nuevamente me daría a la fuga...

Se calló un instante, observando al profesor. Teoría lo escuchaba con aire impenetrable. Sin Miedo continuó.

- Decidí entonces que para ganar de nuevo mi autoestima y el respeto por mi mismo, sólo había una cosa que debía hacer; buscar el desquite. Lo provoqué al otro nuevamente, no te imaginas el miedo que sentía, estaba seguro de que me zurrarían de nuevo, no tenía la más mínima posibilidad de ganar. El otro era más fuerte y ducho en las peleas callejeras. Me defendí como pude; más del miedo que él me inspiraba que de los golpes que recibía. Finalmente, no me dolían tanto. Sangraba de la nariz, fue desde allí que me quedo la nariz ligeramente torcida, como puedes ver. Bueno, finalmente no me dolía, fue el otro que paró, cansado de golpearme. Yo estaba decidido a llegar al final, hasta la muerte si era necesario; pero no me rendiría. Terminó diciéndome: Ganaste, desisto. Después de eso quedamos muy de amigos.
- A partir de ahí comprendí que no son los golpes sufridos los que duelen, lo que hace daño es el sentimiento de derrota o de haberse acobardado. Nunca más fui capaz de huir. Siempre quise ver hasta donde era capaz de dominar mi miedo.
- ¿Por qué me cuentas esto? – Preguntó Teoría.

Había algo que él quería descubrir en Teoría, había algo que se le escapaba. Respondió con otra pregunta:

- ¿Tienes siempre miedo?

El otro lo miró asustado. Si asustado, reparó Sin Miedo. Asustado, pero en el fondo, como aliviado. En una inconsciente altivez, como cuando uno se libera. Teoría le dijo:

- Sí, siempre tengo miedo. El miedo me persigue. No sé por que te lo digo, más es verdad. Tengo miedo de hacer guardia durante las noches, tengo miedo de entrar en combate, hasta me da miedo de vivir en la Base...
- Ya me parecía, ¿Y por que no lo demuestras?
- ¿Demostrarlo? ¿Un mestizo demostrando miedo? ¿Tienes idea de lo que resultaría? Tengo que esforzarme en dominarme, vencer el miedo, ¿Comprendes? Es como si yo fuera dos personas; una que tiene miedo, siempre tiene miedo, y la otra que se presenta siempre de voluntario a las misiones difíciles, arriesgadas, que muestra constantemente, de una voluntad de hierro... Hay una de ellas que tiene ganas de llorar, de quedarse en el camino porque le duele el tobillo, y la otra que dice, no es nada, podemos continuar. ¡Por qué existen los demás! Sé que sólo soy un cobarde, incapaz de tener un comportamiento de

hombre. Pero cuando los otros están allí, controlándome, espiando mis reacciones, a ver si doy un paso en falso, para entonces poder demostrar todo su racismo, la segunda persona que existe en mí predomina y me lleva a decir lo que no quiero, a ser audaz en demasía, simplemente por que no puedo recular...!Es duro!

Sin Miedo le tendió el cigarrillo que había fumado hasta la mitad. Teoría lo tomó ansiosamente y lo fumó hasta el fin, sin parar, temblando. Sin Miedo le dijo dulcemente:

- Hay cosas que una persona oculta, oculta y que son difíciles de contar. Pero cuando se cuentan, repentinamente, todo parece más claro y nos sentimos liberados. Es bueno conversar. Esto es del tipo de problemas que pueden destruir al individuo, si se los guarda solamente para sí mismo. Pero puedes tener por seguro que todos sienten miedo, el problema es que los intelectuales lo exageran, dándole demasiada importancia. Este es un problema de las clases sociales... Todos creemos tener dos personalidades, la que es cobarde y la otra, la que no llamamos de valiente, y sí de corajuda, pero inconsciente. El miedo... El miedo no es el problema. La cuestión es dominarlo, sobrepasarlo. Dices que lo superas cuando los otros te observan, o cuando piensas que te observan, que es lo más verídico..., pero si estas solo, no eres capaz. Tal vez, le das demasiada importancia a lo que los otros piensan de tí. Hoy, tú ya no tienes color, por lo menos en nuestro grupo guerrillero eres aceptado, completamente aceptado. No es de un día para otro que te vas a liberar del complejo del color, no. Pero sería bueno que comenzaras a pensar que esto ya no es un problema para tí. Es probable que seas el único que goza de la simpatía y el respeto de los guerrilleros, esto es algo que he notado varias veces. No puedes vivir con esa angustia constante, sino tus nervios no te responderán. Y ahora ya no tienes nada que temer.
- ¿Mis nervios me traicionaron algunas veces...?
- Todavía no ¡Fueron sólo amenazas! Es bueno hablar, es bueno conversar con un amigo, a quien se le abre el corazón siempre que uno tiene problemas. Siempre que los tengas ven a hablar conmigo, juntos hablaremos. Guardarse las cosas para sí mismo no es bueno, a no ser que seas un escritor. Porque un escritor pone todo en un papel, en la boca de otros. Pero cuando no se es escritor, es necesario desahogarse hablando. La acción es otra especie de desahogo, muchos de nosotros utilizamos este medio, otros le pegan a su mujer o se emborrachan. Pero la acción como desahogo pierde para mí todo su valor, se vuelve selvática, irracional. Las otras formas son soluciones de cobardes. Sólo el diálogo franco me parece lo mejor para mí, que no soy escritor. No fue una casualidad que los curas inventaran la confesión, ella se corresponde con la necesidad humana del desahogo. La religión supo desde el principio servirse de ciertas necesidades subjetivas, y nació de esas necesidades. Por ello es que el cristianismo fue tan aceptado. Hay ciertas sectas protestantes, no sé si en todas, en que la confesión es pública. Eso está en correspondencia con un grado mayor de socialización, aunque las personas sean menos profundas, menos francas en la confesión. Lo cual se corresponde mejor con la hipocresía burguesa... Y de allí, no sé, ya que nunca fui muy franco en mis confesiones individuales de católico...

Luchamos había pescado un pez grande y recibía los aplausos de los demás, olvidándose de el sitio donde estaban. El Comisario los mando a hacer silencio.

- ¿Pero es posible superar el miedo? – Preguntó Teoría. – Yo nunca tuve peleas cuando niño, no tengo esa experiencia. ¿Es posible que jamás pueda superar el pánico?

- Tu problema principal es el complejo racial. Ese es el que condiciona lo demás, pienso yo. Si te liberases de el y comprendieras que tirar el xanguí¹⁰ de vez en cuando no te va a rebajar a los ojos de los demás, que lo hacen constantemente y sin remordimiento. Entonces dejaras de tener pánico y actuaras normalmente, con miedo algunas veces, sin miedo algunas otras. De todas maneras ya has combatido algunas veces y sería bueno que te sientas habituado a ello...
- ¿Y tú? ¿Nunca sientes miedo?
- ¿Yo? A veces lo siento, si. El pulso se acelera, tengo frío, hasta dolores de barriga. Otras veces no. Generalmente, en los momentos de mayor peligro, me quedo calmo, lúcido. Pienso que asustarse es lo peor. Esto me ayuda.. No tengo exactamente miedo a la muerte, lo que me da miedo es acobardarme cuando ella llegue y perder en ese momento, el respeto a mi mismo. Debe ser horrible morir con la sensación de que en los últimos instantes de vida, se destruye la idea que se tiene de si mismo, esas ideas que se llevaron durante toda una vida y que nos forjaron una identidad.

El Jefe de Operaciones, se aproximó, pero como vio que hablaban en voz baja, se detuvo. Sin Miedo lo llamó.

- ¿Pasa algo?
- ¿No sería bueno comenzar a preparar el almuerzo?
- Sí, si, puedes dar la orden.

Sin Miedo y Teoría fueron a ayudar a preparar el almuerzo.

Después de comer, siguieron avanzando. Encontraron al frente una montaña que comenzaron a subir a eso de las dos de la tarde. La ladera de la montaña estaba cubierta de hojas de xikuanga, lo que dificultaba el ascenso. Las mochilas pesaban en los hombros, las piernas se curvaban. Se detenían frecuentemente, para retomar aliento. Cuando parecía que se aproximaban a la cima, surgía una nueva elevación. Las hojas de xikuanga fueron suplantadas por vegetación espesa, fue necesario abrirse camino con los machetes. A las cuatro comenzó a llover. El agua descendía por la ladera de la montaña empapando el suelo. Las botas se volvieron unas diez veces más pesadas, con el peso del barro. Las caídas eran frecuentes y Pangu-Akitina, al resbalarse, dejó caer su AKA, lo que hizo que se tuviera que ir a buscarla unos veinte metros más abajo. A eso de las cinco, arribaron a la cima de la montaña, exhaustos. Después de un descanso corto, comenzaron a descender, ya que era imposible pernoctar en la montaña a causa del frío. El descenso era más rápido y peligroso que el ascenso. El Comisario se resbaló en el barro, hasta que pudo frenar su caída agarrándose a las lianas. Las piernas y los tobillos dolían por el esfuerzo de aguantar el descenso. La lluvia continuaba cayendo. A las seis de la tarde oscureció totalmente y ellos aún no habían conseguido descender la montaña. El resto del camino fue hecho a rastras, en la oscuridad de la montaña traicionera, con la lluvia golpeandoles el rostro. Si alguno se caía, los otros no tenían esperanzas de encontrarlo. Finalmente llegaron al río. La oscuridad no permitía buscar un lugar mas o menos seco para acampar. Se dejaron caer en una especie de claro, se numeraron para ver si estaban todos. Felizmente no faltaba ninguno. Abrieron sus bolsos, donde todo estaba mojado, la manta de dormir, la comida, las municiones, tomaron las latas de leche y bebieron la leche fría, pues era imposible encender fuego después de la lluvia caída.

¹⁰ Deseo de huir, huir en Lengua local.

Teoría se había vuelto a lastimar el tobillo al caerse nuevamente. La sangre se había detenido y Pangu-Akitina observó la herida a la luz de la linterna de pilas, y decidió dejarla así. Ya que no podía curarla, todas las compresas estaban mojadas. La limpió solamente con un chorro de alcohol vertido sobre la herida. Teoría apretó los labios, lo que no impidió que se le escapara un gemido tímido. Hubo algunos que extendieron el paño mojado sobre el suelo y se acostaron sobre él. La mayoría, sin embargo, se acostaron sobre el suelo tapándose con el paño mojado.

- Mueve los brazos y las piernas de vez en cuando – Le dijo Sin Miedo al Comisario – Si no, pueden criar raíces en el suelo, pues esta tierra es tan fértil, que con el aguacero, se crían raíces rápidamente, de un día para otro. ¡Buenas noches, que tengas sueños rosados!

¿Cómo puede él bromear todavía? Se preguntó el Comisario medio escandalizado.

Yo, el narrador, soy Milagro el hombre de la bazuka.

¿Ya vieron como el Comandante se preocupó tanto con los cien escudos de ese traidor de Cabinda? No se pregunten por qué, no se asombren, pues se los voy a explicar. Resulta que el comandante es kikongo; aunque haya vivido desde pequeño en Luanda, la verdad es que su familia es de Uíje. Bien, el fiote y el kikongo son parientes, y en el fondo son el mismo pueblo. Es por eso que él estaba tan furioso porque le habían robado a uno de sus primos. Es por eso que él protege a Luchamos, otro traidor. ¿Vieron con que rabia lo agarró a Ingratitud? ¿Por qué? Ingratitud es kimbundo, y esto lo explica todo. Los intelectuales tienen la manía de que somos nosotros, los campesinos, los tribalistas. Pero ellos también lo son. El problema es que hay tribalismo y tribalismo. Está el tribalismo justo, porque se defiende a la tribu que se pertenece. Y está el tribalismo injusto cuando se quiere imponer a la tribu que no se merece tener todos los derechos. Fue lo que Lenin quiso decir con eso de las guerras justas y las injustas. Es necesario distinguir entre el tribalismo justo y el tribalismo injusto, y no hablar tontamente. Es verdad que todos los hombres son iguales, todos deben tener los mismos derechos. Pero no todos los hombres están al mismo nivel; hay algunos que son más avanzados que otros. Son los más avanzados los que deben gobernar a los otros, son ellos los que saben. Es como en la tribu: Los líderes deben dirigir a los demás para que avancen y de esta manera gobernar. ¿Pero qué es lo que estamos viendo aquí? Son los más retrasados los que quieren mandar. Y ellos van tomando todos los lugares claves, hay hasta algunos de nosotros que los ayudan. Como ese estúpido del Comisario que no entiende lo que está pasando. Se deja llevar por el Comandante, está siempre en contra del Jefe de Operaciones. ¡Un tipo realmente inteligente, carajo! Él lee mucho, pero al final se deja influenciar por los otros. ¿O será que lo hace a propósito? A veces pienso que él tiene un pacto con los otros en contra nuestra, los de mi sangre. Yo he sufrido el colonialismo en carne propia. Mi padre fue asesinado por los tugas. Como puedo soportar que aquellos que no sufrieron, vengan ahora a mandarnos, hasta decirnos lo que necesitamos. Es en contra de estas injusticias por las que debemos luchar: Que sean los verdaderos hijos del pueblo, los genuinos, los que debemos tomar las cosas en nuestras propias manos.

Llovió durante toda la noche. Sólo unos pocos guerrilleros consiguieron conciliar el sueño, entre ellos Sin Miedo. La mayoría no consiguió pegar un ojo, temblando de frío y sintiendo en el rostro y en todo el cuerpo el azote frío de la lluvia.

A la madrugada, los rostros desencajados reflejaban el cansancio, esfuerzo y sufrimiento que habían realizado en los últimos días. Sólo había leche para beber, todo el resto de la comida estaba mojada, sólo les quedaba arroz y algunas escasas latas de conservas.

Toda la selva estaba húmeda, goteando de las hojas y el suelo era un pantano resbaladizo. Avanzaron siempre a corta camino hasta que a eso de las diez de la mañana, se reencontraron con el Lombe. Una patrulla subió a una elevación buscando orientación. Descubrieron que estaban cerca de la ruta. Retomaron la marcha olvidando el cansancio. Al llegar a la ruta, escucharon dos explosiones sordas, seguidas de otra más: Los tugas habían saltado con las minas dejadas cerca del bulldozer. Los guerrilleros sonrieron apretando con firmeza las armas.

Después de unos momentos, el Jefe de Operaciones fue a hacer un reconocimiento en busca del mejor lugar para hacer la emboscada. Al mediodía volvió y todo el grupo avanzó hacia el lugar escogido. Sin Miedo observó el sitio aprobándolo con movimientos de la cabeza.

Dispuso a los hombres a lo largo del camino, nadie comió, sólo bebieron un poco de leche de las latas, era necesario estar preparados para cualquier cosa, pues los soldados podían volver de un momento a otro transportando los heridos por las minas.

Pasaron dos horas sin que sucediera nada. Sin Miedo fue a hablar con el Comisario y el Jefe de Operaciones.

- Se llevaron los heridos para otro cuartel, seguramente – Dijo el Comandante – Pero, es probable que envíen alguna patrulla hacía este lado. Aguantemos un poco más.
- La última vez que comimos fue ayer al mediodía – Dijo el Comisario – Los camaradas no soportan mucho más, después del esfuerzo de ayer... Lo mejor sería retirarnos para poder encender fuego y cocinar. Mañana ellos van a pasar.
- No – Dijo el Jefe de Operaciones – Ellos van a pasar hoy por aquí. Es imposible que no les envíen refuerzos de Sanga. Por lo tanto, esos refuerzos pasarán por aquí, además ellos no acostumbran a dormir en la selva. Los camaradas aguantarán, queremos combatir. Alargar esto un día más será peor, nos quedaremos sin comida.
- Tienes razón Jefe de Operaciones. Vamos a esperar hasta las cinco de la tarde – Dijo el Comandante – Si hasta entonces ellos no aparecen, entonces nos retiramos para acampar y buscar leña seca. ¡Hay tiempo!

El Comisario estaba disgustado con el brillo de los ojos del Jefe de Operaciones; pero no dijo nada. Volvieron a tomar sus posiciones.

Algunos guerrilleros se adormecían, con el arma en posición y el dedo en el gatillo. El Comandante recorría constantemente la fila de combatientes despertándolos suavemente para no asustarlos, preguntándoles cosas insignificantes, susurrándoles historias y anécdotas, para levantarles la moral. Los guerrilleros sonreían, le guiñaban un ojo, demostrándole confianza. Es gracioso, pensaba Sin Miedo, al ir de un lado a otro, aún aquellos que no me tragan, demuestran que me adoran. ¡Esta es la solidaridad del combate!

Le habían devuelto su arma a Ingratitud del Tuga, pero Ekuikui había recibido la misión de controlarlo de cerca y cumplía muy compenetrado su papel.

El Comandante se recostó al lado de Teoría, el profesor le lanzó una rápida mirada, pero no dijo nada. Sabía por qué Sin Miedo estaba allí. Sin Miedo también sabía por que lo hacía.

- ¿Entonces? – Preguntó el Comandante.
- Mi otro yo prevalece – Dijo Teoría – No te preocupes.

- No estoy preocupado, ya lo sabía.

Sin Miedo se levantó y caminó a lo largo de la ruta hasta donde estaba el puesto de avanzada colocado a doscientos metros. Ellos eran los encargados de dar la señal cuando las tropas portuguesas aparecieran.

- ¿Nos vamos, camarada Comandante?
- No, ellos van a aparecer.
- Tengo hambre, camarada Comandante.
- Y yo unas terribles ganas de fumar – Respondió Sin Miedo.

Volvió al sitio de la emboscada colocándose en su lugar y esperó, con una leve soñolencia sólo interrumpida con el gesto de ver la hora. A las cuatro el sol estaba oculto por los árboles del otro costado de la ruta.

La espera era lo peor. Cuando apareciera el enemigo, se acabarían los problemas, los fantasmas quedarían atrás y sólo la acción sería la que contara. Pero, en la espera, los recuerdos tristes de la niñez se mezclaban con la nostalgia de los amigos muertos en combate y hasta el rostro de Leli, ésto sobre todo. Sin Miedo se dio cuenta que habían pasado seis meses sin que pensara en Leli. Desde el último combate, al ir a atacar el Puesto de Miconje, la imagen de Leli se le apareció confundida con la lluvia que formaba torrentes de barro, mientras avanzaban por la cuesta hacia el enemigo. Habían avanzado durante la noche, bajo un aguacero constante para llegar al punto de ataque a las seis de la mañana. El barro y la lluvia los cegaban, los asfixiaban, jadeando por el esfuerzo de subir esa colina cubierta de selva espesa. Fue ahí, cegado por la selva y por la lluvia que Leli se le apareciera, imponiéndose de nuevo. La angustia lo persigió hasta que diera la orden de fuego. El grito de fuego le salió de adentro como un acto libertario, o como un berrido de animal huyendo de una trampa. El grito herido de Sin Miedo auyentó la imagen de Leli.

Una y otra vez, Leli volvía imponiéndose. Los ojos de Leli lo acusaban de mil crímenes, vengativos y dulces; existía una soledad y abandono en los ojos de ella que Sin Miedo quiso gritar, para auyentar al fantasma. Pero era demasiado temprano y el enemigo no aparecía, y él no podía dar la orden de fuego. Las cuatro y cuarto. La angustia se le metía por el vientre, sentía cólicos. Olvidándose de donde estaba, su cuerpo se hacía sentir en los codos adormecidos, las manos aferradas en el AKA, con los ojos temerosos clavados en el camino, hacia el principio de la curva. Leli suplicaba y acusaba, muda, las palabras eran inútiles, él las conocía y no se le olvidaban. Esa fue tu venganza, reconquistarme para luego abandonarme, al saber que yo estaba nuevamente preso de tí. Tu orgullo, todo tu orgullo, un orgullo sin límites, que todo lo sacrifica. El conocía las palabras que mil veces martillaban su memoria, era por eso que ahora, sólo los ojos de Leli eran los que hablaban.

Ella corría sobre una playa blanca. Los cocoteros se inclinaban para saludarla. Desnuda, resplandeciente a la luz de la Luna, su cuerpo castaño perlado de gotas de agua que reflejaban el brillo de la Luna. Ella corría por la playa blanca a su encuentro. Se abrazaban desnudos, bajo la sombra confidencial de los cocoteros, y se dejaban caer en la arena.

El sudor le manchaba la camisa. Se sentía mal, la angustia subía desde su vientre hacia el pecho y la respiración se le hacía dificultosa. Tu orgullo, un orgullo sin límites... Sin Miedo se quiso levantar y echar a correr, correr hasta el lugar donde estaba el enemigo, vaciar todos los cargadores hasta apagar la imagen de Leli. Pero los de la avanzada hicieron la señal y la imagen de Leli desapareció.

Por las señas, Sin Miedo comprendió que los soldados venían a pie, lo que dificultaba la operación. La noticia corrió rápidamente por las filas guerrilleras. Unos instantes después, se oían las primeras voces. Los tugas venían alegres por que regresaban al cuartel, barullentos y despreocupados, convencidos de que los guerrilleros ya estaban en el Congo. Sin Miedo comprendió la alusión que grito uno de los soldados respecto de la hermana de otro. Los portugueses siempre son lo mismo, en cualquier circunstancia, pensó. ¿Será quizás al que habla al que tumbaré con mi ráfaga, o al otro, cuya hermana fue ofendida?

Los primeros soldados aparecieron en la curva del camino. Después de un momento, el resto de la compañía. Venían sin orden, en grupos, confiados con sus armas en los hombros. El grupo de vanguardia entro en la zona de muerte, avanzó hasta pasar frente al Comandante. Sin Miedo contaba los soldados enemigos. Contó hasta setenta. Los guerrilleros esperaban la ráfaga del Comandante, que era la señal de fuego. La vanguardia enemiga se aproximaba al último guerrillero, en tanto que los de la cola entraban en el área de la emboscada.

Está bien, entraron como patitos – Pensó Sin Miedo. Y disparó apuntando a los que estaban al frente suyo, a menos de cuatro metros. Las AKAs inmediatamente crepitaron con su barullo de máquinas de coser. Dos segundos después Milagro se levantaba y disparaba con su bazuka al grupo de avanzada. Los soldados agarrados por sorpresa sólo atinaban a tirarse al suelo o rebotaban en el, cuando ya muchos habían caído. Los gemidos se confundían con el cacareo de las AKAs y el estruendo de las granadas. Finalmente, los primeros soldados comenzaron a responder al fuego timidamente, permitiendo que los que aún estaban en el camino, pudiesen refugiarse en la espesura protectora.

Sin Miedo cambió el cargador, en el momento en que se dio cuenta de que un soldado al frente suyo, acostado a la orilla del canimo, intentaba febrilmente destrabar su G-3, el soldado lo había visto, pero su arma se trabó. Sin Miedo le apuntó con su AKA. El soldado era un muchacho aterrorizado que no conseguía destrabar su arma. Los dos sabían lo que sucedería, necesariamente, como en cualquier tragedia. La bala de Sin Miedo abrió una pequeña perforación en la cabeza del muchacho y su mirada aterrorizada desapareció. Necesariamente, sin que alguno de los dos pensase en otra posibilidad.

Los soldados que se encontraban sobre la ruta, estaban muertos o heridos. Los restantes disparaban ahora furiosamente apuntando a los árboles. Habían quedado muchos vivos, y era imposible pasar al asalto. Sin Miedo dio la orden de retirarse. Eso era lo más difícil: Ya que las balas silbaban por encima de sus cabezas, cortando las ramas y clavándose en los troncos de los árboles. Milagro, exponiéndose peligrosamente, bazukeó un matorral desde donde el enemigo hacía un nutrido fuego. Esa acción hizo detenerse al fuego del enemigo y fue aprovechado por los guerrilleros para iniciar el retiro reptando en el suelo hasta no estar al alcance de las balas enemigas.

¡Que gran combatiente es Milagro! Pensó Sin Miedo, mientras se alejaba arrastrándose por el suelo. A los diez metros de distancia del sitio de la emboscada, ya pudieron erguirse un poco, pues la densidad de los árboles los protegían. Los soldados coloniales lanzaban insultos mezclados con balas, envalentonados porque ahora si que los guerrilleros se habían alejado. Del cuartel de Sanga comenzaron a caer los primeros morterazos, tirados a tontas y locas, solamente con la intención de hacer ruido y levantarle la moral a la aporreada tropa portuguesa.

Cuando llegaron al punto de encuentro, los responsables de grupos pasaron revista a los combatientes: Alborada tenía una ligera herida en el hombro y Muatiánvua todavía no había

llegado. Continuaron a esperarlo mientras Pangu-Akitina curaba al herido, y Muatiánvua no llegaba.

- Lo deben haber capturado – Dijo el Comisario. – Es necesario ir a buscarlo.
- No es posible – Dijo Milagro – Yo estaba a su lado y no vi que lo capturaran.
- ¿Lo viste retroceder? – Preguntó el Comandante.
- No.
- Entonces puede haber sido capturado en la retirada. ¿Quiénes son los voluntarios para ir a buscarlo?

Los guerrilleros se miraron hesitando, los soldados aún estaban disparando y era más peligroso volver al sitio de la emboscada. Luchamos y Ekuikui se ofrecieron para ir, Teoría permaneció callado y Sin Miedo pensó que él estaba haciendo progresos, en otra circunstancia habría sido el primero en ofrecerse como voluntario. El Comandante dejó partir a los dos voluntarios y luego se volvió hacia el grupo diciendo:

- Nadie se quería ofrecer, porque Muatiánvua es un destribalizado. Si fuera kikongo o kibumdo seguramente cuatro o cinco se habrían ofrecido rápidamente. ¿Y sin embargo quienes fueron? Luchamos que es cabinda, y el Ekuikui que es umbundo. Vale decir, unos destribalizados como él, ya que aquí no hay otros cabindas o umbundos. ¿Es así cómo vamos a ganar la guerra? El soldado a quien se le trabó el arma debería haber sido miñoto o tramontano. Y los otros miñotos y tramontanos disparaban rabiosamente para cubrirlo, y cuando disparé, todos comenzaron a disparar hacia el sitio de donde se había disparado. En eso ellos no hacían ninguna diferencia.

Los voluntarios no necesitaron llegar al sitio de la emboscada, pues lo encontraron a Muatiánvua que se dirigía tranquilamente al lugar de reunión.

- ¿Qué te quedaste haciendo? – Le preguntó Sin Miedo.
- ¡Contando a los muertos, para el Comunicado de Guerra! Había dieciseis cuerpos sobre la ruta, muertos o heridos ¿Quién sabe? Los otros estaban enojadísimos maldiciendonos y...
- Cuando yo ordeno retirarse, hay que retirarse – Le grito Sin Miedo. Luego cambió el tono de voz. ¿Dieciseis dijiste? No está mal. ¡Vámonos!

Avanzaron cortando camino, con Luchamos adelante abriendo senderos con su machete, a eso de las seis, se reencontraron con el río Lombe acampando en su ribera. Ya no escuchaban los disparos de los soldados, seguramente se les habían acabado las municiones, pero la artillería del cuartel inutilmente continuaba con sus disparos de mortero. Así seguirían toda la noche. El combate sólo duró dos minutos, constató Sin Miedo.

Le volvieron a quitar el arma a Ingratitud del Tuga. No pusieron guardias, durante la noche, en la floresta, la mejor guardia era la impenetrabilidad del Mayombe y el enemigo no sabía hacía donde ellos se habían retirado; era por eso que los obuses caían a unos cinco kilómetros de donde ellos se encontraban. Los morterazos además no eran utilizados como un arma ofensiva, los disparaban con el propósito de levantarle la moral a los soldados portugueses, cercados en una selva desconocida y temible, llena de monstruos aterradores. El estruendo de las explosiones los calmaba, les daba conciencia de su poderío protegiéndolos de su miedo. El Comisario se sentó al lado del Comandante, la joven frente surcada por una arruga. El Jefe de Operaciones ya estaba allí.

- Camarada Comandante ¿Debemos pensar en cómo restituiremos el dinero al trabajador? ¿Cómo haremos para devolversele?
- Acabála con eso – Dijo Sin Miedo.

- No, no la voy a acabar. Es importante. Los tratamos bien a los trabajadores, hacía mucho tiempo que no teníamos ningún contacto con la gente de aquí, los resultados pueden ser muy positivos. Pero hay una sombra, a uno de ellos se le robó y eso se sabe. ¿Qué pensarán los otros trabajadores? ¿Qué es lo que se comentará entre la gente del lugar? Los combatientes del MPLA los trataron bien, es cierto, pero eso sólo fue para movilizarlos. En cuanto pudieron les robaron lo poco de valor que llevaban. Qué importancia tiene hacer este tipo de acciones si vamos a quedar malparado.
- Bien ¿Cuál es tu propuesta?
- Yo regreso con dos camaradas. Intentaremos llegar a la aldea donde vive el mecánico y dejaremos el dinero en un papel. Alguién encontrará el papel y se lo entregará al mecánico.
- Quien encuentre el dinero se quedará con el, no lo entregará a su dueño. ¡Un riesgo para no conseguir nada! – Dijo el Jefe de Operaciones.

El Comisario movió la cabeza, los ojos le brillaban. Tomó de nuevo la palabra.

- Esperaremos al mecánico a la orilla del camino que sale de la aldea. El va muy temprano al trabajo. Le entregamos el dinero y le pedimos disculpas...
- Arriesgado, muy arriesgado – Respondió Sin Miedo – Todos los caminos deben estar patrullados.
- Tres hombres solamente se pueden esconder en cualquier lugar.
- Y si el mecánico le avisa a los tugas, que deben estar vigilando toda la zona y ellos les cortan la retirada. El único camino que les queda es venir cortando camino por el Lombe y ya se sabe que no es fácil...
- No, en ese caso no será tan fácil. ¿Pero tienes una idea mejor?
- Yo la tengo – Dijo Sin Miedo. Olvídense del dinero.
- No puedo.
- Camarada Comisario dijo el Jefe de Operaciones – Oiga al camarada Comandante. Es un plan muy arriesgado. Y el resultado...
- Es ahí que ustedes se engañan. El riesgo se evalúa por la importancia de las cosas. Y ustedes no comprenden que esto es fundamental, puede incidir en la impresión que el pueblo vaya a tener de nosotros. Y por esto es muy importante.

Sin Miedo fumaba su primer cigarrillo del día, sólo le quedaba uno para el día siguiente. Me estoy volviendo viejo – Pensó – Me he vuelto precavido. Antes me habría fumado todos los cigarrillos en los primeros días, aunque después sufriera por no tener. Solamente los viejos son capaces de dosificar el placer. Es por esto de estar poniendo viejo con tan sólo 35 años que me enojé con Muatíánvua por su osadía. ¿Y por estar volviéndome viejo, es que no aprobé el plan del Comisario? El riesgo es como el placer, los jóvenes no saben dosificarlo.

- ¿Con quién irías? – Preguntó Sin Miedo.
- Con dos voluntarios. Uno tendría forzosamente que ser Luchamos, ya que es el único que conoce esta selva.
- ¿Y nosotros? ¿Nos quedaríamos aquí esperando?
- No es necesario, nos reencontramos en la Base.
- Yo continuo a no estar de acuerdo, camaradas – Dijo el de Operaciones – Es demasiado peligroso. Los portugueses están alerta, ellos tienen soplones por todos lados, ustedes van a dejar rastros que ellos van a encontrar. Va a ser la gente misma que va a denunciar estos rastros.

El Comandante lo cortó:

- Bueno, vamos a cambiar un poco el plan. Un grupo de seis vuelve a donde está el tractor, tres avanzan y se quedan a la espera. El resto se queda aquí, si sucede algo, vamos en socorro. Los tucas ahora están ocupados sepultando a los muertos...
- Pero, no tenemos comida – Terció el de Operaciones.
- Es cierto Comandante – Agregó el Comisario – Lo mejor es que se retiren a la Base y nos dejen la comida que sobra. Dentro de dos días nos reencontramos en la Base.
- Bien – Dijo Sin Miedo – Hagamos un compromiso. Ustedes tres se van. Yo y dos camaradas más nos quedaremos cerca de la aldea, para protegerlos en caso de necesidad. El resto se vuelve con el Jefe de Operaciones a la Base. ¡Y no hay más discusión!
- Pero... – Dijo el Jefe de Operaciones.
- No hay peros, ya lo decidí – Respondió cortante Sin Miedo.
- ¿Por qué necesariamente tú, Comandante? – Preguntó el Comisario.
- ¿Por qué necesariamente tú, Comisario? – Respondió Sin Miedo.

El Jefe de Operaciones partió a las siete rumbo a la Base. Sin Miedo y dos guerrilleros siguieron al Comisario que iba acompañado de Luchamos y Mundo Nuevo. Avanzaban prudentemente, evitando los senderos que se apartaban de la selva. Al mediodía llegaron muy cerca de una aldea; escucharon gritos y llantos de niños. Se apartaron un poco y se prepararon el almuerzo. A la tarde, Luchamos y Mundo Nuevo fueron a hacer un reconocimiento, volvieron tres horas después.

- ¿Hay soldados? – Preguntó Sin Miedo.
- No nos aproximamos mucho, vimos el camino que sale a la ruta. Tratamos de que no nos vieran y de no dejar huellas.
- Bien. Vamos a avanzar para dormir al lado del camino – Dijo el Comisario – Ustedes tres, Comandante, se quedan aquí.
- Si Jefe – Dijo Sin Miedo haciéndole una señal al Comisario para decirle al oído – El de Operaciones me repitió mil veces que desconfiáramos de Luchamos.
- ¿Y tú crees en eso?
- No lo creo, pero debía decírtelo.
- Si te hubieras ido, como te lo propuse, a estas horas estarías fumando todos los cigarrillos que se te diera la gana allá en la Base. Pero ahora vas a tener que aguantar un día y una noche más...
- Hay que saber retardar el placer, así lo puedes disfrutar mejor.

Los guerrilleros se abrazaron, como lo hacían siempre que enfrentaban un peligro. Después, el Comisario, Luchamos y Mundo Nuevo partieron cautelosamente para apostarse a la orilla del camino. Demoraron casi una hora en llegar allí, preocupados por escuchar todos los ruidos y de no pisar leña seca. Invisibles por las sombras y la maleza, se abrazaron a las lianas, se cubrieron con sus hojas y se prepararon para pasar la noche.

Los despertaron las primeras voces que se liberaban del espacio limitado de la aldea para irse a mezclar con el rocío que perlaba las verdes hojas. Se sacudieron el sopor de sus miembros doloridos y avanzaron hacia el camino para apostarse. Cada perro que ladraba les traía la impresión de ser ladrones esperando a su víctima. Sin embargo ellos esperaban a un hombre para entregarle su dinero. Extraña situación que lleva al que da, a esconderse, pensó Mundo Nuevo. Sólo el colonialismo podía provocar esta situación aberrante.

Las voces se aproximaban. Dos hombres conversaban caminando. Era imposible verles los rostros, en la oscuridad. No podían detenerlos para preguntarles quiénes eran. Los hombres ya

estaban al frente de Luchamos y se escuchó que venían comentando el combate. El Comisario tomó del brazo a cada uno de sus compañeros, indicándoles que no hicieran nada. Los hombres siguieron de largo. Luchamos secreteó a los otros que ninguno de ellos era el mecánico.

- ¿Cómo lo sabes?
- Por la voz.

Quince minutos después otro bulto se desprendió de la oscuridad, era una mujer que iba para su huerta y tampoco la detuvieron.

Había comenzado a clarear, cuando distinguieron a unos diez metros de ellos el rostro inteligente del mecánico. Venía con otra persona más, era el viejo con la pierna defectuosa. Cuando pasaron junto a ellos, el Comisario lo llamó en voz baja:

- ¡Malonda!

El interpelado se volvió atónito y asustado, Luchamos surgió entonces desde su camuflaje de hojas y ramas.

- Somos nosotros. Vengan, es sólo un minuto.

Los trabajadores reconocieron a Luchamos. Dudaron mirando para atrás, en dirección a la aldea, después miráronse interrogantes y mudos. Luchamos repitió la invitación y los hombres se decidieron a entrar en la espesura.

Los guerrilleros se apartaron con ellos un poco del camino.

- Le trajimos su dinero – Le dijo el Comisario. – Uno de nuestros camaradas lo había robado. El va a ser juzgado y castigado por esto. Aquí está su dinero.
- ¿Volvieron solamente por esto? – Preguntó el Cojo – Es muy peligroso...
- Era nuestro deber. El MPLA defiende al pueblo, no le roba al pueblo. Dijo Mundo Nuevo.
- Hubiera sido mejor que no volvieran – Dijo el Mecánico – No tiene importancia.
- Si que la tiene – Respondió el Comisario – Ustedes podrían creer que nosotros somos bandidos, como afirman los portugueses y eso no es cierto.
- Pero ustedes se pueden quedar con el dinero – Dijo el Mecánico – Es verdad, se lo ofrezco al MPLA , por favor quédense con el.

El mecánico miraba nerviosamente para atrás, hacia el camino. Si bien hablaban en susurros, un susurro puede llegar muy lejos en la selva. El Comisario agradeció y se guardó el dinero.

- ¿Escucharon algo del combate?
- Sí. Dijo el Cojo – Murieron muchos. Murió un muchacho de una aldea vecina, ayer hubo duelo.
- Nosotros siempre aconsejamos a los angolanos a desertar del ejército. Las balas no hacen diferencias. ¿Fue el único angolano que murió?
- No, hubo otros. Pero esos eran del sur. Hubo muchos blancos muertos, entre ellos, un capitán.
- ¿Cómo se llamaba?
- Capitán Lima. Ellos dieron órdenes de buscar huellas en todos lados, pero la gente no lo está haciendo...
- ¿Y a ustedes, les hicieron algo?

- Nos interrogaron – Dijo el Mecánico – Nos hicieron muchas preguntas. Cuántos guerrilleros eran. Cómo era el jefe, adónde fueron, qué era lo que nos decían, qué era lo que comían, qué tipo de armamento tenían... Nos mostraron fotografías, preguntado si ustedes eran algunos de los que estaban en esas fotos. ¡Ninguno era! Se quedaron disgustados. Especialmente con lo de las minas. Nos decían que nosotros sabíamos lo de las minas y no dijimos nada. Pero nosotros no sabíamos. Ellos están muy enojados, hasta pusieron uno de la policía secreta en la aldea.
- ¿Ustedes saben quién es...?
- Si que lo sabemos, él es de la policía secreta, de la PIDE¹¹, es por eso que es peligroso que ustedes volvieran.
- Bueno, ya nos estamos yendo – Dijo Luchamos.

Surgieron voces en el camino. Esperaron que los pasos se apartaran y se despidieron de los trabajadores. Estos se aproximaron cautelosamente al camino, espionaron hacia los dos lados y no viendo a nadie se internaron en él. Los guerrilleros los habían seguido para comprobar si efectivamente seguían hacía su trabajo o si volvían a la aldea. Esperaron algunos minutos más, con los nervios tensos, pero los trabajadores no los traicionaron. Tranquilizados se sumergieron en la espesura.

Cuando llegaron al lugar de encuentro, los camaradas estaban despiertos.

- ¿Y cómo fue? – Preguntó Sin Miedo.
- ¡Fue todo bien! Lo encontramos sin problemas. Nos dio el dinero como colaboración al MPLA.

La carcajada de Sin Miedo retumbó imprudentemente, podía ser oída desde lejos. Pero el Comandante no se pudo contener.

- Realmente... venir de tan lejos, arriesgar tanto para que el dinero continúe con nosotros, en nuestros bolsillos.
- Pero era lo que se debía hacer. – Dijo el Comisario un poco avergonzado.
- Ya lo sé, ya lo sé. Pero no deja de ser un poco cómico.

Partieron apresuradamente, intentando apartarse de la zona de peligro. El almuerzo consistió en los restos de sardina en lata, que los detuvo solamente diez minutos. Prosiguieron la marcha a corto camino, sin preocuparse por las huellas que podían ir dejando. La noche los encontró en la marcha, pero decidieron seguir marchando, ansiosos de dormir bajo techo y poder comer algo caliente.

La oscuridad y el barro provocaron innumerables caídas. Si no fuera por el sentido de orientación de Luchamos se habrían perdido mil veces en las curvas del río Lombe. La fatiga, los dolores, el hambre, habían desaparecido, eran máquinas hechas para andar. A eso de las diez de la noche llegaron a la Base. Habían marchado dieciseis horas seguidas.

Antes de saludar a alguien, Sin Miedo pidió un cigarrillo y lo fumó íntegramente, recostado contra un árbol, mientras oía al Comisario narrar a los otros las peripecias de la misión. Sólo cuando terminó su cigarrillo, sintiendo los dedos quemados fue que Sin Miedo se dio cuenta que aún tenía la mochila en la espalda. Fue entonces a calentar agua para hacerse un café y fumar otro cigarrillo, ya que para comer, tenía la noche entera.

¹¹ PIDE: Policía Secreta Portuguesa.

El juicio a Ingratitud del Tuga se realizó al día siguiente. En el juicio participaron todos los guerrilleros de la Base. Ingratitud reconoció que había robado. Cada uno de los guerrilleros habló condenando el gesto. Pero algunos invocaron circunstancias atenuantes; entre ellos, Teoría y Ekuikui. El Comando se reunió prontamente para deliberar sobre la pena a aplicar. El Comisario fue uno de los primeros en hacer uso de la palabra:

- Como prevee la Ley de la Disciplina y como se hace habitualmente en otras Regiones, este crimen sólo puede tener un castigo; el fusilamiento. No tengo más para decir, la situación es muy clara, Ingratitud debe ser fusilado, por robar bienes del pueblo, por sabotear las relaciones entre el movimiento y el pueblo, sobre todo ahora que estamos en el inicio de la lucha.

Las palabras del Comisario fueron seguidas de exclamaciones. Su dureza provocó un silencio helado y un estremecimiento en los otros dos. Sólo después de un largo silencio, el Jefe de Operaciones dejó de jugar con un puñal, para decir:

- Me parece que el camarada Comisario es muy duro, no nos debemos olvidar las actitudes de esta gente en contra del MPLA. Muchos camaradas murieron a causa de las traiciones de ellos, es por eso que a nuestros guerrilleros les disgusta la gente de Cabinda. Esto los lleva a cometer delitos. Está mal, lo sé. Nadie está defendiendo a Ingratitud, pero es preciso tener en cuenta que él cometió un delito menor, considerando que hay razones como las anteriores que lo llevaron a cometer ese delito.
- ¡No existe justificación! Si el pueblo de Cabinda antes nos traicionaba, había razones, ellos no estaban politizados. El Taty¹² los engañó y ellos creyeron que los portugueses cambiarían de política y que éramos nosotros los que lo estábamos impidiendo, insistiendo en hacer la guerra. En cambio Ingratitud a esto, lo tiene claro. ¿Cuántas veces repetimos como se debe tratar al pueblo? Un error anterior no justifica un error presente. Y sólo puede haber un castigo. Somos nosotros, con nuestras debilidades, con nuestro tribalismo, los que impedimos la aplicación de la disciplina. ¡Si seguimos así, jamás cambiaremos nada!

El Jefe de operaciones iba a responder, cuando Sin Miedo tomó la palabra.

- Camarada Comisario, tú eres joven y, como todos los jóvenes, inflexible. Mas ten un poco de calma. ¿Qué se debe hacer con un tipo que roba dinero del movimiento? Fusilarlo. ¿Fue alguien fusilado por ello? No. ¿Qué se debía hacer con quien se negara a venir a la Base? Expulsarlo, después de un tiempo en prisión ¿No es así? ¿Entonces que es lo que sucede en realidad? Es protegido, la única consecuencia es unos quince días en la cárcel y después se queda en Dolisie. Podría darte miles de ejemplos... ¿Cómo podríamos entonces ahora aplicar la pena de muerte? Y no es por debilidad, créemelo. Pero la indisciplina que existe allá afuera es la que influye aquí. Los ejemplos de allá afuera, del exterior, de los refugiados uniformados de militantes, eso es lo que influye en nuestros combatientes, y les debilita su moral. Esto no sucedería si la región funcionase bien. Veamos el caso de Ingratitud, combatiente en el norte del 61 al 65. Combatiente en Cabinda desde esa fecha. Hace diez años que combate contra el enemigo. ¿Tiene poca formación política? ¡Ciertamente! Pero la culpa no es de él. ¿Quién la tiene? El ve los ejemplos que nos llegan de la cúpula.

¹² Taty: Probablemente el jefe político de la UPA.

La culpa tampoco es tuya. Tú tomas este hecho como una ofensa personal, porque eres el Comisario, el responsable de la formación política. No puedes hacer más de lo que haces para convencer a Ingratitud que la gente de Cabinda es igual a la del resto de Angola. Ingratitud no puede convencerse sólo con palabras. Únicamente la práctica es lo que lo llevará a esa conclusión. No es justo fusilar a un combatiente con diez años de lucha, cuando otros criminales ahí afuera quedan impunes, aunque su crimen teóricamente; merezca ese castigo. No, no se puede. En otras circunstancias Ingratitud no habría hecho lo que hizo y sería más permeable a la formación que le intentamos dar. Pero en la situación actual, esto es imposible.

El Jefe de Operaciones apoyó las palabras de Sin Miedo.

- Si lo ejecutamos, o se produce una revuelta en la mayoría de los guerrilleros, o desertan masivamente. Y no tenemos demasiados efectivos...
- Eso no es un argumento – Dijo el Comisario – Que nos queden solamente cinco, pero cinco de los buenos, cinco concientes... Lo cual sería mejor que tener muchos a causa de compromisos. ¡No puedo admitir el chantaje!
- ¿Chantaje?
- Sí, esto es chantaje. Los guerrilleros con mala formación nos chantajea a causa de los pocos efectivos con que contamos. Los verdaderos efectivos están allí, adonde fuimos, en aquellas aldeas, en aquellas explotaciones madereras. Ese es el verdadero efectivo de esta Región. Y no es permitiendo los robos como conseguiremos ese efectivo. Menos aún, si nuestros responsables aceptan los chantajes.

El tono había subido peligrosamente. Por ello, Sin Miedo intervino:

- Pienso que el Comisario tiene razón en este aspecto. Lo dicho no es un buen argumento. Sin embargo, me gustaría que él respondiera a los míos.
- Tú eres un sentimental, Sin Miedo – Dijo el Comisario, alterado – No creo que tengas el coraje de mandar a fusilar a un traidor.

Sin Miedo apretó las manos, los nudos de los dedos se le pusieron blancos, los labios le temblaron. Habló en voz baja, dominándose con gran esfuerzo.

- Para que sepas, camarada Comisario, yo ya ejecuté un traidor. No solamente tomé la decisión yo solo, si no que también yo solo lo ejecuté. Y no fue de un balazo, pues el enemigo nos cercaba en el sitio donde nos encontrábamos. Lo apuñalé. ¿Le has metido un puñal en la barriga alguna vez a alguien, Comisario? ¿Has sentido como el puñal se entierra entre las tripas de ese alguien? Podría haber evitado ser yo mismo quien lo hiciera, pero todos lo evitaban y no había voluntarios y yo no tuve el coraje, si el coraje de mandar a algún camarada a ejecutarlo, entonces me escogí a mi mismo como voluntario; para dar el ejemplo. Tú todavía no estabas aquí, si no te lo han contado es porque a nadie le gusta contar ciertas cosas... En ese momento no huí de mis responsabilidades, camarada. Y esa fue la responsabilidad mas difícil de asumir, comparado con eso, ofrecerse como voluntario para asaltar un cuartel es sólo un juego de niños. Hay asesinos que disfrutan matando. Pero a los hombres que respetan la vida humana, que luchan por esa vida humana, camarada, les es muy difícil ofrecerse voluntariamente para ejecutar a puñaladas a otro hombre, aunque sea un miserable traidor. Yo vi las caras de los otros, los combatientes más aguerridos volvían sus ojos para no ver. Los más duros combatientes se tapaban los ojos con las manos. Y estas manos, camarada, estas manos le

introducían el puñal en la barriga del traidor rasgándole el vientre de abajo para arriba. En todo mi cuerpo sentía las convulsiones de la muerte en el cuerpo del otro. Quieres más detalles camarada Comisario, agradezco tus palabras que me trajeron a la memoria un momento terrible de mi vida, el más terrible...te lo agradezco camarada Comisario.

Y se sumergió en un silencio espeso. El Comisario percibió las lágrimas que colgaban de los ojos de Sin Miedo. Cada palabra había sido silabeada como una bofetada. No dijo nada más, y nada más había para ser dicho. – De cualquier manera – Dijo el de Operaciones – Nosotros no tenemos la autoridad para condenar a muerte a un guerrillero. Lo único que podemos hacer es proponer, pero quien decide es la Dirección.

Yo, el narrador, soy Milagro.

Vean la injusticia, yo, Milagro, vine de Quibaxe, donde los hombres atacaron al enemigo armados sólo de machetes y de su coraje, yo vine de lejos, mi padre fue asesinado, su cabeza cercenada por la hoja del tractor, y todo esto ¿Para qué? Para ver a uno de los nuestros amarrado, caminando amarrado hacia El Congo. ¡Y todo por los miserables cien escudos de un traidor de Cabinda! ¡Yo, Milagro nací para ver esto!

Ingratitud fue condenado a seis meses de carcel. Y cuantos traidores no son castigados, por el contrario ellos son aceptados en altos cargos. ¿Acaso Luchamos fue castigado? El intentó poner sobre aviso a los trabajadores que iríamos a prenderlos, intentó sabotear la misión, y no fue castigado. Castigaron solamente a uno de los nuestros.

¿Quién lo decidió? El Comandante. ¿Quién hizo presión para que fueses condenado? El Comandante, siempre el Comandante. Un intelectual que no conoce nada de la vida, que no sufrió. ¿Es un hombre de esos el que puede condenarnos?

Así va la vida. ¡Ah, en la Región primera... allí esto no quedaría así! Ese Comandante no duraría mucho entre nosotros, hubiera huido con los portugueses para escapar de nuestro castigo. Y el Comisario de seguro lo seguía, ya que él hace todo lo que Sin Miedo le dice que haga. ¿Sin Miedo? ¿Quién le puso ese nombre? Nunca vi que fuera tan valiente. ¡Es valiente, si, pero no tanto!

Y ahora esta injusticia que tenemos que ver, sin poder hacer nada. ¿Cuándo cambiará esto? Oh, Nzambi ¿Cuándo cambiará esto?

Capítulo II: LA BASE

El Mayombe había aceptado que los golpes de los machetes le abrieran un claro. Un claro invisible desde lo alto, invisible a los aviones que escudriñaban la espesura intentando localizar en ella la presencia de la guerrilla. Las casas fueron construidas en ese claro y los árboles alegremente las ocultaron en una bóveda de ramas y de hojas. Los troncos sirvieron para las paredes, la paja de los techos fue transportada de lejos, desde las riberas del río Lombe. Un montículo se excavó lateralmente y ahí se transformó en un horno de pan. Los troncos muertos de las paredes echaron raíces agarrándose a la tierra y las cabañas se transformaron en fortalezas. Los hombres vestidos de verde se volvieron más verdes, como las hojas, y castaños como aquellos troncos colosales. La bóveda del follaje no dejaba penetrar el sol, el pasto no creció en el terreno limpio que conectaba a las edificaciones con un suave color amarillo; pero todo estaba conectado por el intenso color verde de la vegetación circundante.

Así nació desde las entrañas del Mayombe la base guerrillera.

La comida era escasa y la selva proporcionó las llamadas “comunas” que eran unos frutos secos almendrados, cuyo carozo podía ser partido con cuchillo pudiéndose comer la nuez al natural o asándola a las brasas. Las “comunas” eran muy alimenticias, contenían aceites y proteínas que proporcionaban energía. Por esta razón se las había bautizado de “comunas”. El sitio donde se las almacenaba recibió el nombre de “Casa del Partido”. Y este “comunismo” hizo restablecerse a la tropa después de los siete días de marchas forzadas y fuertes emociones.

El Mayombe había creado el fruto, sin dignarse a mostrarlo a los hombres: Los gorilas fueron los encargados de hacerlo. Ellos dejaban los carozos partidos cerca de la Base, mezclados con sus rastros. Y los guerrilleros comprendieron que el Dios Mayombe les indicaba que allí estaba su contribución al coraje de los que lo desafiaban. Zeus apiadado de Prometeo, Zeus preocupado con salvaguardar a Prometeo, arrepentido de haberlo encadenado, enviando ahora al aguila, no para perforarle el hígado, sino para socorrerlo ¿Habría sido Zeus el que engrilló a Prometeo, o tal vez haya sido al revés?.

La selva tendió cuerdas a los pies de los hombres, les colocó serpientes, la selva alzó montañas insalvables, fieras, aguaceros, ríos caudalosos, fango, oscuridad, miedo. La selva abrió vallas camufladas de hojas a los pies de los hombres, barullos inmensos en el silencio de la noche, derrumbó árboles sobre los hombres. Pero los hombres continuaron avanzando. Ellos se volvieron verdes y de sus brazos brotaron las hojas y las flores, la floresta se curvó en bóveda cubriéndolos con su sombra protectora entregándoles su fruto. Zeus arrodillado delante de Prometeo. Y Prometeo le entregó impunemente a los hombres el fuego de la inteligencia. Los hombres comprendieron al final, que Zeus no era tan invencible, que Zeus se apiadaba del coraje, gracias a Prometeo que les diera la inteligencia y la fuerza de afirmarse como hombres en oposición a los Dioses. Este es el tributo del héroe, el de llevar a los hombres a desafiar a los Dioses.

Así es Ogún, el Prometeo africano.

Tres días después de la misión, llegó a la Base un grupo de ocho guerrilleros novatos.

Todos jóvenes, las edades variaban entre los diecisiete y los veinte años. Habían atravesado hacía poco clandestinamente el río Congo, de Kinshasa para Brazzaville, recibiendo un entrenamiento militar de un mes.

- Es poco – Dijo Sin Miedo – Y este es demasiado joven, debería estar estudiando. ¡Es casi un niño! Estamos necesitando guerrilleros y nos envían a niños sin entrenamiento que sólo sirven para hacer guardia.
- Se formarán aquí – Le respondió el Comisario.
- ¿Y entre tanto? Nos van a causar problemas. Se quiere engrosar el efectivo a tontas y locas, sin tener en cuenta la calidad. Mientras hay gente en el exterior, con suficiente experiencia, pero como son primos de tal o cual responsable, no pueden venir a la guerrilla. Los que no tienen familiares influyentes son los que caen aquí...

Mundo Nuevo esbozó una sonrisa picaresca y dijo mirando al Comisario:

- Pero camarada Comandante, este niño es de la familia del camarada Andrés, si, es de la familia de él.
- Sí, ya lo sé – Dijo Sin Miedo – Pero es un primo en desgracia, pues su padre le partió la cara a Andrés en Kinshasa en 1963, cuando militaba en la UPA. A causa de unos medicamentos que desaparecieron. Estos líos entre kikongos estoy bien enterado, porque yo también pertenezco a la misma familia.

Estaban en la casa del Comando, el lugar de reunión donde al atardecer acostumbraban a oír las transmisiones de radio del MPLA. El recién llegado joven aspirante a guerrillero estaba recostado tímidamente en un rincón. Entendía muy mal el portugués, solamente hablaba kikongo y un poco de francés. La personalidad del Comandante lo atemorizaba, eran parientes lejanos y había oído hablar mucho de él, y era esta la primera vez que se encontraba en su presencia. La barba espesa, el cabello descuidado del Comandante, su cabeza grande, el torzo fuerte, la voz firme y su mirar agudo, contribuían a atemorizarlo. Sin Miedo se volvió hacia él.

- ¿Cuál es tu nombre de guerra?
- No tengo.
- Bueno, tendremos que conseguirte uno. ¿Qué proponen camaradas?

Los guerrilleros estudiaban al jovencito. Este bajó los ojos tímidamente.

- Onhoká, la serpiente – Propuso Ekuikui.
- Ya saliste con tu idioma umbundo – Cortó Sin Miedo – O le das un nombre en su lengua o en portugués, que es la de todos. Pero no en la tuya. ¡Ahí comienza el imperialismo umbundo! Además, no me parece que se parezca a una serpiente.

El bautismo de un guerrillero es siempre tema de grandes discusiones. Las propuestas salían de todos los lados. Los guerrilleros lo obligaron a ponerse en medio del cuarto, para estudiar todas las características de su personalidad y así encontrar un nombre adecuado. Las carcajadas se mezclaban con las palabras. Cada uno contaba una historia que conocía de él, hasta que una idea clara se fuera formando del nuevo recluta. Los restantes recién llegados esperaban su turno. Milagro propuso “Avanza” y Muantiánvua dijo que no era posible, el chico tenía cara de quien reclusa. Entre risas y chistes todos arribaron a una conclusión como característica del joven; su tímido. Finalmente fueron unánimes en la elección del nombre Vewé, que significa “el cagado”

- Bueno Vewé, ya eres uno de los nuestros – Dijo Sin Miedo. Espero que no nos des mucho trabajo, sobre todo al Comisario, cuando tenga que lavarte los pañales.
- Eres duro con él – Le secreteó el Comisario.
- Y no pienses que porque seas mi pariente tendrás algún privilegio. De ninguna manera voy a ser una gallina cuidando su pollito.

Bautizaron a los restantes y luego oyeron la transmisión radial. Luego, cuando en la casa del comando solo quedaban los responsables, Sin Miedo dijo:

- Nos mandan más bocas, pero no nos mandan comida. Comisario, tendrás que partir y conseguir comida. Si alguno de nosotros no va, bien nos podríamos morir de hambre que los civiles del exterior ni se preocuparían. ¡Así es esta guerra!

El Jefe de Operaciones estaba visiblemente contrariado, ya que pensaba que era él quien debería ir a Dolisie y de paso, poder pasar unos días con su mujer. Miró con una mirada cargada al Comisario.

- ¿Quién debería ir eres tú, camarada Comandante – Dijo el Comisario – Hace tres meses que no sales de aquí. Una semana allá te haría bien.
- ¿Estás bromeando? Estás ansioso por ir allá por las razones que todos conocemos. Además, sabes bien que los civiles me sacan de quicio, no puedo soportar estar en Dolisie. No sé como puedes afirmar que es a mí, a quien haría bien una semana allí. Por otro lado si fuera para allá, iría derecho a partírle la cara a mi primo Andrés, por mandarnos estos caga-pañales y no nos envía comida. Por eso es mejor que vayas tú, que respetas a Andrés como tu responsable.
- ¡Un problema de disciplina!
- ¡Te quedan bien esos sentimientos! Por eso mi decisión es la más justa.
- Pero, tal vez el Jefe de Operaciones quisiera ir – Propuso el Comisario.

El Jefe de Operaciones se encogió de hombros, aunque esperaba ansioso la respuesta de Sin Miedo. Esta fue un chicotazo que retumbó en la selva.

- ¡Pas question!¹³ El que vaya, tiene que llevarse a Ingratitud a la carcel. El Jefe de Operaciones es capaz de dejarlo huir, solamente porque son parientes.

El Jefe de Operaciones se encogió bajo la chicotada, sonrió con la boca torcida intentando tragar el gusto amargo que se le había pegado en los labios.

- Pero, camarada Comandante ¿Estás bromeando?...!Yo...!
- ¿Bromeando? Nunca hablé más en serio. ¿Te crees que no conozco a mi gente?

El Comisario intentó una respuesta. El Jefe de Operaciones no osaba reaccionar ante la alusión, era como una alfombra que se medía bajo los pies del Comandante. La hiel lo estaba sofocando y él continuaba en una actitud servil de perro apaleado.

El Comisario momentos después, se arrepintió de alegrarse por lo sucedido: Para perdonarse, acabó apresuradamente con la discusión.

- Bien, entonces yo voy. Lo que no me desagrada. Además aquí solo hay comida para tres días. Si consigo algunas vituallas lo forzaré a Andrés a que las envíe con un grupo de reabastecimiento. Saldré a la mañana. ¿Hay algunos otros asuntos a resolver allá? Nuestro

¹³ En Francés: Sin Discusión.

efectivo ahora es de treinta guerrilleros y debe hacerse un presupuesto mensual mayor. Además necesitamos un nuevo enfermero para sustituir por unos días a Pangu-Akitina, que debe ir hasta Punta Negra a hacerse ver de la vista.

- De acuerdo, de acuerdo – Lo cortó sin Miedo – No me ametralles más, te pareces a una mujer que conocí que disparaba doscientas palabras por minuto. Eres como Jesús Cristo, con tu concepto de la honra: No quieres que Judas sea castigado en tu presencia, aún sabiendo que te denunció con su beso. No vale la pena, no insisto más.

El Jefe de Operaciones no comprendió, pero sí el comisario. Sin Miedo le había leído el pensamiento y, magnánimo, no quería herirle los escrúpulos.

El Comisario miró a Sin Miedo con espanto, como quien mira a un hechicero. El Comandante sonrió – ¿No es por un acaso que tengo 35 años? ¡Pequeño!

El Comisario partió de mañana con un pequeño grupo, del cual hacía parte Ingratitud del Tuga. Después de su partida, la mayor parte de los guerrilleros se fueron a la sala que se encontraba en el centro de la Base y que servía de escuela. Tres combatientes salieron de patrulla, otros se ocuparon de la cocina, algunos no hacían nada, buscando pretextos para no estudiar.

El Comandante se dirigió con un grupo hacía un claro de la selva, para hacer ejercicios y explicarles los rudimentos de las tácticas guerrilleras, en tanto el jefe de Operaciones se fue a cazar armado con un rifle 22 largo. Mundo Nuevo había estudiado en Europa y por esta razón era el ayudante de Teoría. Pero hoy estaba libre y se fue acompañando al grupo de novatos. Recostado sobre el pasto, donde el escaso sol del Mayombe golpeaba durante dos horas, oía distraidamente las explicaciones de Sin Miedo, mientras limpiaba su arma. Luchamos ya había pasado una vez en dirección al río y regresaba a la Base. Volvió a pasar hacía el río, observó un poco al grupo y terminó sentándose al lado de Mundo Nuevo.

- ¡Andate a la escuela!
- ¡Oh! Tengo trabajo – Dijo Luchamos.
- ¿Qué tienes que hacer?
- Lavar la ropa.

Mundo Nuevo sonrió. Eran habituales las fugas de la escuela de Luchamos, especialmente cuando el Comisario no estaba presente. Ya había sido castigado por no estudiar, pero no se escarmentaba.

- Tienes que convencerte que necesitas estudiar. ¿De que maneras serás útil cuando acabe la lucha? Escasamente sabes leer, ¿Dónde vas a trabajar?
- Me quedaré en el ejército – Respondió Luchamos.
- ¿Y te crees que para quedarte en el ejército no necesitas de estudiar? ¿Cómo vas a aprender artillería o táctica militar o blindados? Necesitas saber Matemáticas, Física...
- ¡Pero si yo no quiero ser oficial!
- ¿Y quiénes van a ser los oficiales entonces? Aquellos que se formaron en el ejército de los Tugas, sin formación política, los que algún día intentaran un golpe de Estado? Es eso lo que quieres? ¿Que después de la Independencia haya golpes de Estado todos los años, como en los otros países africanos? Necesitamos tener un ejército bien politizado, con cuadros salidos de la lucha de liberación. ¿Cómo haremos, si los guerrilleros no quieren estudiar para ser cuadros?

Luchamos se encogió de hombros. Contempló al grupo de jóvenes que hacían piruetas en la tierra, transpirando, la transpiración agarrándose al fango del Mayombe, y al Comandante

también haciendo piruetas con el torso desnudo, corriendo y arrojándose al suelo, todo esto mezclado con explicaciones y gritos.

- Camarada Mundo Nuevo, hay muchos que estudian. No es por uno que no quiere estudiar que la cosa se va a pudrir. Yo nací en la selva, lo que me gusta es cazar, andar de un lado para otro, hacer la guerra. Pero no me gusta estudiar. Aprendí a leer y escribir. Sé hasta hacer cuentas y multiplicar... ¡Y esto ya es suficiente para mí! El año pasado estudié con el Comisario. Pero ahora se acabó. El Comisario no me hará caer de nuevo en la trampa. Claro que lo que él dice es cierto, él tiene razón. Pero las milicias populares van a impedir los golpes de Estado, el pueblo en armas...
- ¿Y quién va a instruir al pueblo? Tenemos que ser nosotros. ¿Quién va a formar las milicias? Tiene que hacerlo un ejército bien formado, y para esto es necesario tener cuadros bien formados.
- Sí, es lo que dice el camarada Comisario. Todos los que tienen mucha política en la cabeza hablan así. Pero yo no tengo mucha política en la cabeza, soy solamente un guerrillero. Cuando alcancemos la Independencia, si no me aceptan en el ejército, me vuelvo para aquí y continuo cazando en el Mayombe. Yo no aspiro a ser algo. Hay algunos que aspiran a ser directores, jefes de no sé qué, comandantes... Esos son los que estudian. Yo no aspiro a ser Jefe.

Mundo Nuevo dio por terminada la limpieza de su arma. Comenzó a montarla cuidadosamente. Luchamos observaba la operación, con su AKA entre sus piernas.

- Hay camaradas que estudian solamente para ascender, eso es cierto. Pero no puedes afirmar que lo hagan todos. Hay quienes verdaderamente quieren ser útiles. O que desean aprender, por el placer de aprender.
- ¡Bah! – Dijo Luchamos – No lo creo, todos quieren subir o vivir mejor, o mandar.
- No todos, no todos. Es cierto que una persona que se perfecciona piensa en su futuro personal, y calcula que así vivirá mejor. Pero mientras unos piensan así, están los otros que piensan en el pueblo.
- Nombrame alguno aquí en la Base que sea así...
- Se puede encontrar.
- ¡Nombrame alguno!
- No sé, no los conozco bien, he llegado hace poco. Pero pienso que debe haber, tengo que creer que los hay...

Sin Miedo interrumpió los ejercicios para un descanso corto. Había oído las frases y sentándose cerca preguntó:

- ¿Tienes que creer que los hay Mundo Nuevo? ¿Tienes que creer?

Mundo Nuevo se acarició la barba, hesitó unos segundos.

- Sí, debo de creer.
- ¿Cómo todos los creyentes que tienen que creer en un Dios? Porque tienen miedo de dejar de creer, de perder el amparo de esa creencia que les da significado a sus vidas, ¿No es así?
- No es exactamente eso.
- Es casi eso. Practicamente es lo mismo. Cuando alguien afirma que debe creer en el desinterés de algunos hombres, porque eso se corresponde con la idea que él tiene de la humanidad, aún cuando le demuestren lo contrario, entonces ¿Qué es ésto? Se tiene una idea preconcebida del género humano, una idea optimista. Por eso se recusa a ver la

realidad que es contraria a esa idea. Es como el esquematismo en la política. Es un aspecto religioso, una concepción religiosa de la política. Infelizmente es una manera común de pensar de muchos revolucionarios.

- Pero, camarada Comandante, ¿No crees que hay camaradas que estudian desinteresadamente?
- ¿Crees que hay alguna cosa que se haga desinteresadamente en la vida?

Luchamos pensó que el Comandante lo apoyaba y se envalentonó diciendo:

- Es por eso que no estoy de acuerdo con el Comisario que nos obliga a ir a la escuela.
- Tú, Luchamos eres un burro – Le respondió Sin Miedo – Aquellos que no quieren estudiar son burros, y es por esto que el Comisario tiene razón. Quieres continuar a ser un tapado, uno a quien lo engaña todo el mundo... Es necesario estudiar, pues esta es la única manera de poder pensar con su propia cabeza, y no con la cabeza de los otros. Los hombres deben saber siempre más y más, para poder conquistar su propia libertad, para saber juzgar. Si no comprendes las palabras que digo, ¿Cómo podrás saber si lo que estoy diciendo es cierto? Le tendrás que preguntar a otro, dependerás siempre de otros, y de esta manera no serás libre. Es por esto que tienes que estudiar. El objetivo principal de una revolución es hacer que la gente estudie. Pero el camarada Mundo Nuevo es un ingenuo, que cree que hay que estudiar sólo para el bien del pueblo. Eso es una ceguera, eso es un idealismo que hace cometer los mayores errores. No hay nada que sea desinteresado.
- Estás entrenando a esos jóvenes. ¿Que ganas personalmente con eso?

Sin Miedo encendió un cigarrillo y se estiró sobre el pasto.

- Podría responderte que tengo pena de ellos, están tan mal entrenados que morirían en el primer combate. Y en parte hasta podría ser verdad. También podría decirte que es para formar más guerrilleros, para que la lucha avance. ¡Y sería exacto! Pero ¿Para qué quiero yo que la lucha avance? ¿No es acaso para vivir mejor, en una Angola Independiente? Por lo tanto, esto que estoy haciendo tiene un fin interesado, lo que es normal y es humano. Podría también decirte que es para dar una bofetada en los civiles de Dolisie, que nos envían hombres mal entrenados. Y también esto podría ser verdad. Entonces, dime ¿Dónde está el desinterés?

Mundo Nuevo pesaba las palabras. Los reclutas se aproximaron al verlo al Comandante fumando recostado en el suelo. Sin Miedo les ordenó continuar con los ejercicios mientras los observaba.

- Pero ¿No crees Comandante, que debe haber hombres totalmente desinteresados?
- ¿Jesús Cristo?...Tal vez si, tal vez exista uno por ahí. El Comisario, por ejemplo, es en cierta medida un desinteresado. Pienso que pueden existir algunos elegidos, en algunos períodos determinados. Pero sólo como un factor temporario. Nadie es perpetuamente desinteresado.
- ¿Ni Lenín?
- ¡Lenín! Yo no conocí a Lenín ¿Cómo podría hablar de él? Háblame de los que conozco, de aquellos hombres que conocemos. Y te debo decir que nunca vi a alguien totalmente y permanentemente desinteresado. Y déjate ya de tirarme con los grandes hombres en la discusión, solo para meterme miedo y dar fuerza a tus argumentos. ¡Esos son trucos políticos!
- Yo creo que hay hombres para los cuales sólo cuenta el bien común. El Che Guevara, Henda, sólo para mencionar algunos, hay muchos otros anónimos. Quien no creé en esto, no tiene confianza en la generosidad humana, en la capacidad de sacrificio de la humanidad. Es un pesimista...

- Y por lo tanto, incapaz de luchar correctamente ¿No es así? – Dijo Sin Miedo.

Mundo Nuevo lo miró de frente. Bajó la cabeza murmurando

- Es así.

Luego los ojos de Mundo Nuevo se iluminaron, y continuó más firme:

- Para luchar de una manera coherente, es necesario un mínimo de optimismo, y confianza en los hombres. ¡Esto vale para mi y quizás no valga para tí, Comandante! Yo tengo confianza. Si no fuera optimista, no podría combatir.
- ¿Qué hago yo?
- No niego que combates, no. Pero puedes abandonar todo si las dificultades fueran grandes, puedes cansarte más fácilmente que otros que sean más optimistas. Es necesario tener una gran fe, para poder soportar todas las adversidades.

Recién llegas a la guerrilla, pensó Sin Miedo. Con que derecho hablas como si ya hubieras pasado innumerables vicisitudes. Todavía no has visto la verdadera guerra y ya tienes el coraje de decir que aguantarás más que yo. Estos jóvenes vienen de Europa con la idea que los estudios teóricos del marxismo es una poción mágica que los hará ser perfectos en la práctica. Pero, de todas formas es un tipo que puede hablar de frente con su Comandante, lo que ya es una buena base para comenzar; el resto vendrá con el tiempo y con los puntapie que le de la vida.

- Pienso que es como la religión – Dijo Sin Miedo – Hay algunos que la necesitan. Hay otros que necesitan creer en la generosidad abstracta de una humanidad abstracta, para poder seguir por el camino duro, como lo es el camino revolucionario. Opino que ellos, o son débiles, o son espíritus jóvenes que todavía no han visto la realidad de la vida. Los débiles abandonan la lucha sólo porque sus ideales se derrumban cuando ven a un dirigente engañando a los militantes. Los otros se acomodan, se vuelven más relativos, menos exigentes. O mantienen la fe encendida. Ellos mueren felices, aunque hayan sido unos inútiles.
- Pero hay hombres que no necesitan de la fe para poder soportar los sacrificios; son aquellos que, racionalmente, con una perfecta independencia, escogen ese camino, teniendo en claro que los objetivos sólo serán alcanzados en un cincuenta por ciento, lo cual significa un progreso inmenso. Es evidente que ellos también tienen un ideal, todos lo tienen, pero en ellos este ideal no es abstracto ni irreal. Yo sé, por ejemplo, que todos tenemos bien allá, en el fondo, un lado egoísta que pretendemos ocultar. Así es el hombre, por lo menos el hombre actual. ¿Para que sirvieron siglos y milenios de economía individualista, sino que para construir hombres egoístas? Negarlo es huir de la dura verdad. En fin, sé que el hombre actual es egoísta. Por eso, es necesario mostrarle siempre que lo poco conquistado no alcanza y que es necesario continuar. ¿Y esto, podría ser para mi un impedimento para continuar? Esto lo sé así, a sangre fría, y sin embargo continuo luchando, continuo pretendiendo ayudar a los pequeños egoístas, contra los grandes egoístas que acaparan todo, entonces no veo cuál sería la causa para desistir cuando hay muchos que continúan. Solo me detendré, y ahí racionalmente, cuando vea que mi acción es inútil, que es gratuita, esto es, si la Revolución fuera desviada de sus objetivos fundamentales.

Luchamos había dejado de seguir la discusión y se fue hacia la ribera del río. Los novatos cansados de sus piruetas, esperaban órdenes del Comandante. Mundo Nuevo, pensativo no respondió. Sin Miedo, levantándose le dijo:

- ¿No estás de acuerdo? No tienes la obligación de estarlo. Después continuaremos nuestra charla, tenemos tiempo de sobra. ¡Ahora le tengo que prestar atención a mis pollitos!

Y se mezcló con ellos, Mundo Nuevo seguía tenazmente con los ojos las intrincadas redes de lianas que colgaban de los árboles y clavaban sus dedos en la tierra echando nuevamente raíces. De esta manera el Dios Mayombe tejía una tela que lo mantenía amarrado, dándole el ser.

Yo, el narrador, soy Mundo Nuevo

Me rehuso a creer en lo que afirma Sin Miedo. Allá esta él, en medio de los novatos, rasgándose la piel con las raíces de la selva, triturándose los hombros contra el duro suelo, putrefacto y húmedo del Mayombe, enronqueciendo con los gritos e imprecaciones que blasfema, eyaculándolos en el semen de la jungla, en este semen generador de gigantes, sudando el fango que sale de la corteza de los árboles, pellizcando en los frutos escondidos debajo de las hojas caídas, allá esta él, en medio de los jóvenes, enseñándoles lo que sabe, totalmente entregado a sus alumnos, abriéndose como las piernas de una doncella virgen, y es él el que está allí, diciéndome que lo hace por su propio interés.

Sin Miedo es un desinteresado, la tercera camisa que poseía se la regalo a un guía que finalmente, huyó con ella y terminó entregándose a los tugas.

El afirma que tiene intereses, eso es vanidad. Es vanidad mostrar los defectos que muchos esconden, y también es una afirmación de la personalidad. Por supuesto que es una afirmación exagerada, extremista, un defecto de su mentalidad pequeño-burguesa.

¡Como si fuera posible hacer una revolución solamente con hombres interesados, egoistas! Yo no soy un egoista, el marxismo-leninismo me demostró que el hombre como individuo no es nada, solamente las masas construyen la Historia. Sí fuera egoista, ahora estaría en Europa, como tantos otros, trabajando y ganando bien. ¿Por qué vine a luchar? Porque soy un desinteresado. Los obreros y los campesinos son desinteresados, son la vanguardia del pueblo, vanguardia pura, que no lleva en sí, el pecado original de la burguesía y del cual, los intelectuales con muchas dificultades se pueden liberar. Yo me pude liberar, gracias al marxismo.

Por eso, Sin Miedo esta equivocado. Pero como explicárselo ¿Cómo hacer para que entienda que su actitud anarquista es perjudicial a la lucha? Allá esta él, riéndose cuando alguno se golpea y molestándose cuando alguno hace algo mal, es ese sadismo maternal que los hace soportar y superar el miedo de lanzarse al espacio agarrándose a lianas fugitivas. Es una sonrisa de triunfo pintada en los ojos, sonrisa discreta del que superó la prueba y pasa la orden al siguiente. ¡Y sin embargo con que remordimientos se revolvería en su cama si alguno de sus reclutas se hiriese gravemente! Al verlo, se diría que es un desalmado, pero fue casualmente él, el que corrió a pecho descubierto para salvar a Muatiánvua cuando cayeron en la emboscada y lloró al verlo ileso. ¿Cómo es posible que diga entonces que todos somos egoistas? Es vanidad, vanidad pequeño-burguesa y nada más. No le puedo creer, me niego a creerle.

El Comisario andaba de un lado para otro en Dolisie, buscando a Andrés, el responsable.

Este le había marcado un encuentro la tarde anterior, en un bar, y no había aparecido. En la mañana del día siguiente el Comisario estuvo temprano en casa de Andrés; a eso de las siete, pero él ya no estaba.

El Comisario mandó entonces a Verdad a quedarse en la oficina, haciendo guardia por si aparecía Andrés por ahí. En tanto él, iniciaba la búsqueda cruzando calles y entrando en todos los bares, irrumpiendo en las casa de los militantes, sin conseguir encontrar algún rastro de Andrés.

Podría haber ido a encontrarme con Ondina, desde que llegué ni siquiera la he buscado por andar de aquí para allá detrás de un hombre que se oculta de mi. ¿Es esto un responsable? Ondina debe estar furiosa porque yo aún no la he buscado.

Volvió a pasar por la oficina a eso de las once horas, Verdad montaba guardia.

- No ha entrado ni salido.
- ¡Quédate aquí, yo voy para la escuela!

El Comisario caminó hacia la escuela del Movimiento, a un kilómetro de la salida de la ciudad, allí, Ondina trabajaba de maestra. Los camaradas de la Base deben de estar prácticamente sin comida, pensó. Una rabia sorda lo invadía gradualmente.

La caminata bajo el Sol ardiente, lo enfurecía aún más. Se había desacostumbrado al sol por haber estado tanto tiempo escondido en la sombra protectora del Mayombe. A Ingratitud lo había dejado en la cárcel, pero necesitaba informar a Andrés de la decisión del Comando y combinar con él cual sería el régimen al que Ingratitud debería someterse. Pero Andrés se escondía...

La escuela estaba ubicada en una elevación cubierta de árboles. Varias casas de adobe se desparramaban en un radio de cincuenta metros, éstas servían como escuela y hospital. En la cúspide había una casa de madera que era el internado.

Los niños y Ondina estaban en clase y decidió esperarla. Saludó a las personas que encontraba y preguntó si alguien había visto a Andrés. Mientras tanto alguien avisó a Ondina de su presencia y ella salió de la clase para recibirlo.

- Llegaste ayer, ya lo sé.
- Si, pero he andado todo el tiempo buscado al camarada Andrés. Y él no aparece.

Ondina estaba disgustada, eso era evidente. El intentó tomarle la mano, y ella la quitó rápidamente, mirando en derredor.

- ¿Qué te pasa? – Dijo él – Todos saben que somos novios...
- Es mejor que no. Espera un poco, ya estoy terminando la clase. ¿Te quedas a almorzar conmigo?

El Comisario hesitó, desviando los ojos.

- Tengo que ver si puedo encontrar al camarada Andrés a la hora del almuerzo.
- ¿Quiere decir que ya mismo te vuelves a Dolisie? – Preguntó ella friamente.

Los camaradas están pasando hambre y era por ésto y por Ingratitud que él había venido. No por Ondina. Trabajosamente respondió:

- Tengo que volver muy pronto. No tenemos comida en la Base.

Ondina no replicó, se volvió de espaldas y se fue para el aula. El Comisario se quedo mirándola, con el sombrero de guerrillero pasando de una mano a la otra y con su nombre

atravesado en la garganta. Fue a visitar a los camaradas heridos, para pasar el tiempo, tratando de limpiar la actitud de ella. Y era él quien se sentía culpable.

La campana finalmente sonó y Ondina salió de clase rodeada por la gritería de los pioneros en libertad. El Comisario se fue con ella a su cuarto. Ondina vivía en un cuarto de la única casa de material, y lo compartía con una alumna mayor llamada Ivonne.

- ¿Por qué no te fuiste a Dolisie? – Preguntó ella bruscamente.
- Todavía es temprano. Andrés debe estar ahí a eso de la una.

Esperó a que ella lo invitara a sentarse, y lo hizo al borde de la cama. Ondina estaba de pie, fingiendo arreglar algunas cosas, para dominar su irritación.

- Ondina, debes comprender que vine para tratar de ciertos asuntos urgentes. Ayer a la noche, estuve por venir aquí, cuando perdí las esperanzas de encontrar a Andrés... Pero era muy tarde ... Ya sabes como es la lengua de la gente, decidí no venir...
- ¡Decidiste algo mejor! Te fuiste al bar...
- Pero, sólo estuve allí una media hora...

Quería decirle que fue convidado por un camarada. Quería explicarle lo que significa beber una cerveza helada después de haberse pasado meses en la selva. Quería contarle que no había prestado atención a la conversación, porque todas sus ansias eran de correr hacia ella, y que su imagen se reflejaba en la espuma de la cerveza y que si no fuera por las malas lenguas... Pero nada dijo, intimidado, vencido.

- Vinieron a decirme que te vieron en el bar – Dijo ella – No me vengas con esa historia de que andabas buscando a Andrés, Andrés no va a los bares.
- ¿No va a los bares? ¿Se pasa la vida allí!
- ¿Que tienes en contra de Andrés? El no se hubiera ido a un bar, si estuviera en tu lugar.
- Bueno, no quieres comprender.

Ondina hacía ya un año que había venido de Angola. Casi tenía sus estudios secundarios completos. Cuando se pusieron de novios eso fue una barrera entre los dos. El Comisario consideraba que ella le hacía un favor, aceptándolo, pues podía aspirar a hombres más cultivados. El tenía formación política, pero eso no lograba convencerlo de que estaban en pie de igualdad. Si no terminaba con esos complejos, el romance terminaría en un fracaso, le había dicho Sin Miedo un día. Pero el Comisario nunca antes había estado enamorado, sus experiencias eran únicamente con prostitutas, a diferencia de Ondina que había conocido a otros hombres.

La primera vez que hicieron el amor, fue ella la que lo provocó y quien tomó el comando, en tanto él se angustiaba, se atemorizaba y se inhibía. Aunque tuvo algunas experiencias más con Ondina, jamás pudo gozar como lo hacía con las simples muchachas campesinas. Y presentía que a Ondina, su forma de amar la descomplacía.

- Voy a intentar encontrarlo ahora. A la tarde podremos estar juntos, yo vendré. Si consigo comida, mandaré un grupo a llevarla y me quedo unos días. Es todo lo que puedo hacer... Tuvimos un combate...

Esto lo hizo sobresaltarse. Se volvió hacia él tomándole las manos.

- Ya me enteré. ¿Fue peligroso?
- No, todo ocurrió de la mejor manera.

Se aproximaron. Los ojos le brillaban. El Comisario sintió un fuego indefinible subirle por el cuerpo y toda su amargura desapareció. Se besaron. Estoy perdonado, pensó. Pero ya estaba pensando como se disculparía para poder partir rápidamente y el hielo que se formaría nuevamente entre ellos. Su voz sonó triste.

- Ondina, me tengo que ir.
- ¡Vete!

El estaba parado, con el sombrero en la mano, miraba a la puerta y a Ondina, a Ondina y a la puerta, sin decidirse.

- Los camaradas están pasando hambre... A la tarde vuelvo.

Y salió, con un sollozo oprimiéndole el pecho, con la rabia concentrada en Andrés que lo obligaba a correr para encontrarlo, que le quitaba su tiempo, el hombre que tenía el dinero para comprar comida. Disparó hacia la ciudad, sin hablar con nadie, vengándose en las piedras del camino, casi volando debajo de un sol inclemente por la calle polvorienta. Se encontró finalmente con Andrés, este era alto y delgado, con una barba en pera que le aguzaba el rostro dándole un aire de aristócrata intelectual. Tomó al Comisario por un brazo llevándolo hacia la varanda, diciendole en tono confidencial.

- Hay graves problemas con los congolese, camarada Comisario. Por eso ando corriendo de un lado para otro. Pero no me he olvidado de ti. Me ando rompiendo la cabeza, porque no hay dinero... Es verdad, no hay dinero. Pero trataremos de conseguir algo para esta tarde, si, vamos, almuerzo conmigo ¿Quieres?

El Comisario deseaba decirle que él vio el jeep andando de un lado para otro, y que para eso si había dinero, mientras ellos pasaban hambre en la Base. Que le estaba mintiendo. Pero, estaba habituado a respetar a los superiores.

- No hay comida en la Base. Ayer estuve esperándolo todo el día...
- Pues ese es el problema del que te hablé. Me vinieron a buscar con urgencia. Pero esta tarde trataremos de conseguir alguna cosa y podrás salir mañana de vuelta a la Base.
- Yo quería discutir contigo otros asuntos. El caso de Ingratitud...
- ¡Ah, si, si, está bien!. Lo mejor será que te quedes unos días en Dolisie. Metió la mano en el bolsillo y le dio un billete de quinientos francos – Para que te tomes una cerveza con la camarada Ondina. Pero, vamos primero a almorzar. Unos congolese me regalaron una gallina...

El Comisario no quería aceptar el dinero, Pero Andrés insistió. Se lo guardó con la sensación de que lo habían sobornado. Y este era el precio de su nivel moral. Negarse, decirle a Andrés unas cuatro verdades, era lo que tal vez haría Sin Miedo, pero Sin Miedo era casi de la misma edad que Andrés, él no.

Se sentaron a la mesa y muy prontamente aparecieron cinco personas, más la mujer de Andrés. El almuerzo consistía en Fúnji¹⁴ más la gallina que había sido regalada por los congolese – Según Andrés. La gallina le sabía mal al Comisario, tenía gusto a dinero del Movimiento. Pero comió. Con toda su rabia contenida adentro, rabia contra Andrés, pero por sobre todo, rabia contra si mismo. ¡Que fácil era enfrentarse con el enemigo! ¡Mil veces más

¹⁴ Masa de maíz molido, parecida a la polenta.

fácil que los enredos políticos! Sumergido en sus rencores íntimos, respondió con monosílabos a las preguntas de Andrés, y éste, desistió de intentar iniciar un dialogo con él. Al finalizar el almuerzo, el Comisario buscó iniciar el informe con Andrés, pero este se disculpó arguyendo que debía buscar la comida que sería enviada a la Base. Y preguntó:

- ¿Hay camaradas para el transporte?
- Vinimos solo tres, no es suficiente.
- Bueno, entonces tengo que formar un grupo de reabastecimiento, y también tratar de conseguir dinero.
- Tiene que partir esta noche. Dijo el Comisario.
- Si, si. ¿Cuándo nos encontramos? ¿Aquí mismo, a las seis, está bien?
- Está bien – Respondió el Comisario contrariado. Una vez más se le cortaba el encuentro con Ondina.

Andrés desapareció y el Comisario enfiló hacia la escuela. Se cruzó con Verdad, que estaba acompañado de una mujer.

- Prepárate a partir esta noche. Enviaremos un grupo de reabastecimiento.
- Pero, camarada Comisario, yo tengo un problema...
- Te vas de regreso esta noche ¡Preparate!

Verdad continuó callado su camino. Va furioso, pensó el Comisario. Naturalmente que su problema era esa mujer, con quien iría a pasar la noche, más que evidente. Pero todavía tiene tiempo, la hora de partir siempre era de madrugada. ¿Con qué derecho me puedo quedar unos días aquí, y envío a Verdad de regreso a la Base? Lo envío porque allá hay pocos efectivos, porque vino a una misión que ya cumplió. Por eso, no hay ninguna razón de que se quede. ¿Y yo? ¿Por qué me quedo yo? Esta noche puedo ponerme de acuerdo con Andrés respecto al caso de Ingratitud. No tengo otra razón, que no sea Ondina. Entonces ¿Qué derecho tengo de enviar de vuelta a la Base a Verdad, si por la misma razón yo me quedo?

La duda fue creciendo a medida que se acercaba a la escuela. Los dirigentes son una casta que se apropian de todos los derechos, decían los militantes. Y era verdad. Era verdad, él estaba ahí confirmándolo. Tomó una decisión antes de llegar a la escuela. Ondina lo recibió con cierta hostilidad. Pero tan pronto como Ivonne abandonó el cuarto, ella se suavizó. Salieron abrazados y fueron a meterse en los altos pastizales, lo más lejos posible de la escuela. Se detuvieron bajo un majestuoso mangal, sentándose a su sombra.

Hicieron el amor una, dos veces, él siempre de manera desganada. El Comisario estaba convencido que ella no tenía ningún placer, y se perdía en sus divagaciones, auscultando las reacciones de ella, sin entregarse realmente, y sin gozar. Ella se sentía espiada y se retraía: El orgasmo era un resultado mecánico de un acto maquinal. Se mentían después el uno al otro, afirmando que habían tenido un gran placer; cada uno sabiendo que ambos no decían la verdad. Ondina no se atrevía a hablar de este problema, para no chocar con su novio. El no permitía que hubiera entre ellos la intimidad de los amantes, que les permitiera hablar naturalmente, sin preconceptos. Ella presentía que debían buscar una explicación. Pero resolvió usar una solución práctica: Con el tiempo, él estaría menos tensionado y quizás se entregaría. Pero el tiempo parecía ser incompetente para resolver la cuestión, pues muy raramente se encontraban: Un par de días después de dos meses o más. Tal vez si se casaran. Pero Ondina sabía que el casamiento no iría a cambiar nada. El seguiría en la Base y ella en la escuela. Ondina no encontraba como resolver este impase.

En el fondo, Ondina tenía nostalgias de otras experiencias vividas que le causaron más placer. Con él ¿Sería siempre así? Siempre que se alejaban el uno del otro, ella sentía un deseo

intenso que quedaba insatisfecho. Ondina se negaba a ver esta cara de la realidad. Por eso, cubría la relación con un aire intelectual.

- ¿Qué es lo que sucede con Andrés? Me parece que no le tienes simpatía.
- ¡Es un saboteador! En la Base hay hambre, nos envió guerrilleros casi niños, prácticamente sin entrenamiento y no nos envió comida. Yo vengo para arreglar el problema y él juega a las escondidas. Me da citas en las que no aparece, después dice que no hay dinero y que buscará préstamos. Sin embargo me pasó un billete de quinientos francos, sin que yo lo solicitara, y él anda en el jeep de un lado para otro derrochando gasolina.
- ¡Ustedes son todos iguales! Te dio quinientos francos y todavía refunfuñas. Si no te hubiera dado, dirías que sólo le da a los civiles y no se importa de los guerrilleros. ¡Siempre encuentras cosas que criticar!
- No es eso, Ondina. Si no hay dinero para comprar comida para la Base, no puede ser que ande regalando quinientos francos para gastarlos en cerveza. Si hay dinero, lo normal es que le de a una persona que ha estado más de tres meses perdido en el Mayombe y que naturalmente tienen necesidades. Pero, eso depende de la situación y las posibilidades...
- Yo creo que Andrés es un buen responsable. El siempre se preocupa de atender las necesidades de los militantes...
- Eso es falso – Respondió tajante el Comisario – Se preocupa de ciertas personas, y no de todos los militantes.
- A mi nunca me faltó nada.
- A tí, pero ¿Y a los demás?

Ondina lanzó una carcajada y pellizcando el brazo del Comisario dijo:

- Ahora comprendo, a tí no te simpatiza el Andrés, porque él siempre me trata bien. Estás celoso de él...
- ¿Yo?

Los ojos espantados del muchacho, convencieron rápidamente a Ondina que había fallado completamente en el blanco.

- Nunca lo pensé... Que él podría tener algún interés en tí, jamás se me pasó por la cabeza. Pero, en el fondo, tal vez tengas razón. El es un nguendeiro,¹⁵ tiene un montón de mujeres por ahí, por lo que dicen. Podría ser que estuviera interesado. Por aquí no hay muchas como tú, con estudios, bonita...
- No hagas caso de esas calumnias. La gente habla de más. Yo he visto como trata a su mujer, él no es de los hombres que ande con otras, son calumnias.
- Bueno, la trata exactamente como a la madre de sus hijos...

Ondina lo acarició para suavizar una arruga de preocupación en la frente del Comisario. El continuó:

- El cuenta con el apoyo de las mujeres, ellas afirman que es un hombre bello. Habla bien, da la impresión de que tuviera mayores estudios de los que en realidad tiene. Y tiene un cargo importante. En fin, todo eso cuenta mucho para las mujeres despolitizadas.
- No para todas, y menos aún para las despolitizadas. Pero, dejemos de lado al Andrés. Cuéntame del combate.

El Comisario le obedeció narrándole todo lo que sucediera. Le explicó también el caso de Ingratitud y la respuesta del Comandante a su observación poco feliz, sobre los traidores.

¹⁵ Mujeriego en Lengua local.

- Me parece que Sin Miedo tiene razón – Dijo Ondina – El se enojó, porque fuiste tú el que lo dijo. Hay que ver como habla de tí, parece que fueras su hijo...
- Si, yo sé que él me tiene simpatía.

Se quedaron en silencio pensando los dos en Sin Miedo. Y la angustia del Comisario volvió nuevamente. ¿Cómo explicar? ¿Cómo explicarle que a las seis debería partir para Dolisie y que debía partir esa misma noche? Sobre todo, cuando él le había prometido que se quedaría unos días...

El silencio de él hizo despertar a Ondina. Recostándose sobre él, pregunto:

- ¿Qué te pasa?
- Nada.
- ¡Vamos, cuéntale a tu Dina!

Suspiró profundamente, tomando coraje.

- Sabes, a las seis tengo un encuentro con Andrés. Y me tengo que marchar esta misma noche.

Ella se levantó repeliéndolo.

- Pero, tú dijiste...
- Si, pero Andrés... En fin, no fue el Andrés. Soy yo que creo que tengo el deber de ir. No tengo nada más que hacer aquí

Ondina no respondió. Se quedó sentada, con los brazos sobre sus rodillas y el vestido tapándole la mitad de las piernas. El se acercó, tomándola de los cabellos.

- ¿Y yo? – Dijo ella.

El comisario la tomó nuevamente de los cabellos.

- ¿Y yo? – Repitió ella.
- Voy a intentar volver lo más pronto que pueda.
- No te creo.

Las caricias de él se volvieron más insistentes y ella sintió un fuego que comenzaba a quemarle el vientre. Se olvidó por un momento de su irritación entregándose. Pero él pensaba en la inminente separación, ya eran las cinco y no correspondió al deseo. Fue, como tantas otras veces, un acto cerrado y racional. El fuego de ella se apagó más rápido que lo acostumbrado y cuando volvió a abandonarse, él ya estaba terminando. El vientre de Ondina gemía de insatisfacción, al regresar a la escuela. Pero supo esconder su dolor y su despecho. El, partía para el frente de combate, la despedida de un combatiente no puede hacerse con quejas y con disgustos, sólo debe haber ternura, si es que eso existe para entregar.

El Comisario debió esperar hasta las ocho, para poder encontrarse con Andrés. Este llegó en el jeep con diez kilos de harina y otros tantos de arroz, y un poco de pescado seco.

- Esto es lo que conseguí. Tengo tres camaradas para transportar la carga.
- ¿Sólo éstos? Pero si esto no alcanza ni para dos días... Y para llevar esto no son necesarios tres personas.
- No hay dinero, camarada. Esto fue lo que un congoleño ahora mismo me facilitó... Mañana trataré de conseguir más. Y siempre hay camaradas que van hacia la Base, así que con ellos enviaré las cargas, como te digo, mañana voy a conseguir más...

Si, es cierto que hay camaradas que visitan la Base, pero tú jamás pusiste los pies allá, pensó el Comisario.

– Mañana...

Andrés lo tomó del brazo.

– ¿Ya cenaste?

– ¡No!

– Entonces venga aquí, mañana consigo comida para quince días.

– Tengo que preparar mi regreso. Tenemos que hablar ahora camarada Andrés.

– Pero mañana...

– ¡Hoy mismo, ahora! Me voy esta noche.

– ¿Pero por qué? Te puedes quedar unos días y llevarte el resto de la comida...

Lo que el Comisario deseaba era huir de Dolisie, refugiarse en su Base. Aquí perdería toda su fuerza moral, se acorbararía.

– ¡No! Debo partir esta noche. Vamos a hablar. ¡Después podrás cenar!

– Pero...

– Cenas después – Le grito el Comisario – Hay asuntos de guerra que tratar, la cena puede esperar. Estoy cansado de esperar hasta mañana.

– Bien, bien camarada Comisario.

La discusión duró unos diez minutos, Andrés tomaba nota de lo que el Comisario decía, aprobando sistemáticamente. Andrés siempre estaba de acuerdo con su interlocutor, era su característica. Solamente en el caso de Pangu-Akitina, se debería esperar la respuesta de Brazzaville, pues en Dolisie no había enfermeros que pudieran sustituirlo por un tiempo en la base.

Cuando acabó la reunión, el otro lo invitó nuevamente a cenar.

– Ya almorcé gallina, camarada Andrés. No sé si en la Base los camaradas tuvieron algún almuerzo. No necesito cenar. Hasta la próxima camarada Andrés y muchas gracias por los quinientos francos, voy a comprar comida para los guerrilleros con ellos.

Y salió golpeando la puerta. La guerra había comenzado y el Comisario sabía que se consiguió otro enemigo.

A las cuatro de la mañana, en medio de los preparativos de la partida, el Comisario preguntó:

– ¿Y Verdad?

– No viene.

– ¿Cómo que no viene?

– Tiene autorización del camarada Andrés para quedarse.

– ¿Qué? ¿Qué? ¿Qué?

El comisario recorría el cuarto oscuro, golpeando los tacos en la tierra batida. Sentía deseos de ir a arrancar a Andrés de la cama y abofetearlo. ¿Cómo? El no había autorizado a Verdad a quedarse y si lo había hecho Andrés. ¿Quién era el Comisario de la Base? ¿Con qué derecho Andrés se metía en dar permisos? El se marchaba para no dar un mal ejemplo de abusos y el responsable los estimulaba.

Casi con lagrimas en los ojos dio la orden de partida. El cortejo de cinco hombres se sumergió en la selva, acompasando el paso de un Comisario que huía, como un loco, corriendo hacia su Base, donde las cosas eran normales, donde los hombres hacían lo que podían para luchar y para olvidar el clima que golpeaba sus espaldas. Rompió el día y el Comisario no paró. Al frente de su grupo, contra todas las medidas de seguridad, volaba sobre el trillo escurridizo, indiferente al pedido de los hombres que querían beber agua, indiferente a las lianas que le golpeaban el rostro, defraudado, violado, jurando venganza, buscando desesperadamente la compañía y la seguridad que brindaba Sin Miedo, el que ya no se desilucionaba de nada, porque ya no tenía ilusiones.

La marcha duró solamente cinco horas y media, cuando generalmente tomaba ocho horas.

Al oír el relato del Comisario, Sin Miedo se rió de él. Miraba el aire avergonzado de él, medio ofendido, y reía, reía hasta torcer todo el cuerpo. El Jefe de Operaciones, esbozó una sonrisita leve con su bigotito bien afeitado.

- ¡Esto es lo que se consigue queriendo ser más papista que el Papa! Tenías todo el derecho de quedarte unos días en Dolisie, pues ya hace meses que no ibas para allá y aquí no hay nada urgente para hacer. Quisiste ser irreprochable hasta el fin, quisiste tener una idea superior de ti mismo... ¡Y te jodiste! Eso es lo que pasa por ser ingenuo. ¿Te piensas que mañana recibiremos comida? ¡Un huevo! Va a ser necesario que alguno de nosotros tenga que ir allá. Si no fuera por la mandioca, nos moriríamos de hambre.

El Jefe de Operaciones levantó el brazo, como pidiendo la palabra: Habló pausadamente, intentando con cada palabra lanzar una piedra al Comisario.

- No nos vamos a morir de hambre, he conseguido cazar una cabra de monte. Tendremos carne por unos días. Mañana puede ser que cace más. Es una pena que el comisario se haya olvidado de traer aceite y sal, con eso se podría haber preparado mejor la carne.

El Comisario intentó responder.

- Hiciste muy bien Jefe de Operaciones – Dijo Sin Miedo – ¡Fue una operación brillante! Te vamos a nombrar cazador oficial de la Base.

Y después se volvió hacia el Comisario.

- ¿Cómo quedó Ingratitud?
- Hablé con Andrés. Todo está resuelto. Estará en la carcel de Dolisie. Andrés aseguró que se tomarían medidas especiales...
- Me imagino – Dijo Sin Miedo.

El Comisario se levantó y tomó un uniforme lavado.

- Me voy a bañar.
- Te acompaño – Dijo Sin Miedo.

Se fueron al río. Sin Miedo montaba guardia en tanto el Comisario se lavaba. Salió del agua fresca y corrió hacia el claro donde el sol mostraba sus últimos rayos. El Comandante le alcanzó la ropa que había olvidado a la orilla del río, sintiendo el acto de solicitud del amigo. Esto le hizo olvidar la risa burlona de Sin Miedo, cuando le contara los sinsabores de Dolisie.

- Ondina y yo... como te decía, las cosas no están bien.

Sin Miedo fumaba en silencio. Sentado en el tronco de un árbol caído, sintió valor de contar lo que pasara en la tarde anterior. El Comandante Lo escuchó, con los ojos fijos en el cañón de su AKA.

- Sexualmente ustedes no se llevan bien ¿No es así?
- ¿Por qué lo dices? – Dijo el Comisario lanzándole una mirada inquieta – Al principio no, pero ahora esto se está normalizando.

Sin Miedo tiró la colilla del cigarrillo. Un par de monos se perseguían en los árboles cercanos. Un tiro liquidaría a uno de ellos seguramente. Pero el Comandante no se atrevió a deshacer la pareja que se preparaba para hacer el amor. Una comida menos, pensó. Volviéndose a concentrar en la charla.

- No lo sé. Hay algo que me choca, cuando los veo juntos. Ustedes son dos personas, siempre dos personas, no una simbiosis. Es como si se vigilaran constantemente, con una especie de desafío entre ustedes dos, utilizando a terceros en vuestro duelo. El amor es un duelo. Pero el amor realizado es también una combinación, se dice que las viejas parejas acaban asemejándose físicamente. Ustedes aún no se han fundido físicamente el uno con el otro, ninguno de los dos se dejó fundir. Pero sería necesario conocerla mejor a Ondina, y yo la conozco muy superficialmente...

La solución de este problema sólo sería posible si me acostara con ella, pensó Sin Miedo. Hay mujeres que pueden ser conocidas desde su aspecto exterior, las actitudes se corresponden a la manera de ser. Otras, sólo pueden ser estudiadas en la intimidad, en el modo de entregarse, en sus centros de placer, y en las defensas que se forjan. Ondina era una de estas últimas. Sabía por boca del Comisario, que ella había tenido relaciones con otros hombres, a los quince años perdió la virginidad, desde entonces había tenido relaciones regularmente. A los veintidos años era una mujer, sentimentalmente más madura que su novio, un adolescente de veinticinco años.

- Ya te dije que una mujer debe ser conquistada permanentemente – Dijo Sin Miedo. Sería un error creer que la conquistaste cuando te aceptó, eso sólo es el prelude. El concierto viene después y es allí que se ve la raza, el talento, del maestro. El amor es una dialéctica cerrada de repulsas y atracciones, de ternura e imposiciones. Si no, se cae en la rutina, en la tibieza de la relación y por lo tanto, en la mediocridad. ¡Detesto la mediocridad! No hay nada peor en el hombre que la falta de imaginación. Lo mismo sucede en la política o en la pareja. La vida es una creación constante, muerte y resurrección, la rutina es exactamente lo contrario de la vida, es la hibernación. A veces el hombre es como un reptil, necesita de hibernar para cambiar de piel. Pero en este caso la hibernación es una fase intensa de autocalpelización, es por lo tanto dinámica y creadora. No es rutinaria. Hay que evitar a la rutina en el amor, las discusiones mesquinas sobre los problemas diarios, busca lo fundamental de las cosas. Para tí, lo fundamental es la diferencia cultural entre ustedes. Todavía no te has librado de ese prejuicio. Cuando hablas de ella hay una admiración latente por su manera de expresarse, en la búsqueda de sus frases, y de su manera de pronunciarlas. Sin embargo, tú eres más culto que ella. Tus estudios fueron menos avanzados, pero tienes una comprensión de la vida muchísimo más superior. Ella conoce más de Física o de Química, pero es incapaz de comprender la naturaleza profunda de la oposición entre los dos polos de un electrodo y su interrelación esencial. Tú conoces muy poco de Física, pero eres capaz de comprenderla mejor, porque conoces la dialéctica de la vida. Tu acción en la lucha, en la que estás contribuyendo para cambiar la sociedad,

es un acto cultural mucho más profundo que todos los conocimientos literarios que ella tiene. Ustedes pueden completarse, pues tienen mucho que aprender el uno del otro. Pero tú te cierras en tus prejuicios, en la conciencia de tu incultura que, al fin de cuentas es sólo aparente; ella siente eso y se siente intelectualmente superior, de ahí al desprecio, sólo hay un paso. Y eres tú el que la lleva a dar ese paso.

El Sol desapareció en el follaje. El Comisario se vistió. Cuando se estaba poniendo las botas pregunto:

- ¿Qué es lo que debo hacer?
- Conquistarla verdaderamente. Conquistarla sexualmente, pienso que aún no lo has hecho. Hace tres meses cuando la vi, tenía todo el aspecto de no estar saciada sexualmente. Y eso se nota en una mujer, créeme.
- Pero ¿Qué es lo que debo hacer?
- ¿La receta práctica? No te la puedo dar. Es como el Marxismo. Sirve de guía, de inspirador para la acción, pero no te resuelve los problemas prácticos...

Sonrió silenciosamente empuñando el AKA. Después continuó.

- Siempre me pareció ridículo el individuo que se pasa una noche entera leyendolo a Mao, para establecer la planificación de una emboscada. Mao da lecciones de estrategia, no de la táctica que se necesita en cada momento. El individuo debe tener imaginación, estudiar el terreno, y recrear su táctica. Te puedo dar una orientación, pero no te puedo dar los detalles del procedimiento. Hay mujeres que aman la violencia, que aman ser violadas, otras prefieren la violación psíquica, otras ternura, otras las técnicas. Tienes que estudiar a Ondina, saber cuál es su género, y entonces hacerte un plan. Al poner en ejecución tu plan tienes que ser lúcido, pero al mismo tiempo, apasionado, intuitivo, para poder cambiar si fuera necesario. La lucidez no significa frialdad en el amor. Puedes ser espontáneo y lúcido.
- ¡Muy complicado!

El Comisario hizo un gesto de desaliento. Sin Miedo le dio un golpecito en un hombro. En ese momento volvía Ekuikui de una ronda de caza, sin nada. Tenía el mismo aire de desaliento que el Comisario y una mueca de vergüenza grabada en el rostro.

De vuelta a la Base, los guerrilleros salían de clase y comenzaban a encender los fuegos para hacer la cena. Sin Miedo dijo:

- Lo quería evitar, pero me parece que tendré que ir a decirle un par de cosas a Andrés. Si mañana no llega la comida...
- Entonces, podrías hablar con Ondina. En una de esas, entiendes mejor lo que pasa, podrías aconsejarla...

La voz era una suplica reticente. Un esfuerzo de desprendimiento, pensó Sin Miedo.

- Si tengo ocasión.

Que choque sería para el Comisario, si le dijera que solamente podría conocer verdaderamente a Ondina si la hubiera estudiado sexualmente. Nunca lo comprendería, perdería sin duda toda la confianza que tenía en la amistad. Era de aquellos que renunciaría a la mujer en beneficio de su amigo. Yo nunca lo haría. O, si lo hiciera sería a cuenta y riesgo de lo que podría suceder, y sin culpar a nadie por lo que sucediera. ¡Si es que había algo a

quien cargarle la culpa! Pero el Comisario es demasiado joven para entenderlo. Y, de cualquier manera, Ondina no me interesa.

Entraron en la Comandancia y se encontraron con varios grupos de guerrilleros discutiendo el último diario del Movimiento que llegara de Dolisie. El Comisario se metió en la discusión, ese era su trabajo.

El Comandante se recostó en su catre, fumando. ¿Ondina no le interesaba? No, eso era cierto. Y no porque ella fuera la novia del Comisario, había dejado de creer en la pureza de la amistad cuando había mujeres de por medio. ¿Acaso Caín no lo mató a Abel por causa de una mujer? Intentó recordar el pasaje de la Biblia. Es posible que no esté dicho así en la Biblia. Pero es evidente que fue una mujer la causa del crimen. Ondina debía ser una artista en la cama, se notaba que tenía mucho fuego escondido bajo el barniz de muchachita educada de Luanda. Había que ver como estudiaba a los hombres, los evaluaba, constatando su valor, buscando una especie de duelo sordo cuando sus ojos se cruzaban, intentando ser la última en desviar la vista. Tenía siempre los sentidos alertas para conocer si ella agradaba al hombre que tenía al frente, si una palabra suya bastaba para excitarlo. El había entrado en ese duelo, antes de que el Comisario la conociera.

La cosa había sido así, un atardecer estando en Dolisie, ella llegó de Kimongo, donde estaba la Base antigua. Los presentó el camarada Kassule, aquel que fuera trasferido al frente Este. Ella enfrentó la mirada apreciante que él le dejara caer, convidándola a tomar un café en su cuarto. Ella se sentó en la cama, él se quedó de pie, bebiendo su café. La pollerita corta dejaba al descubierto los muslos. El la miró descaradamente, haciendo subir la mirada desde los tobillos hasta la bombacha blanca que se le adivinaba, detuvo sus ojos largamente ahí, y después continuó la ascensión hasta los ojos que brillaban, desafiantes, ojos de tigre. Ella sostuvo la mirada, esperando el resultado del examen. El volvió a bajar los ojos, lentamente hasta su cuello alto, y vio su garganta contraerse, continuó hasta sus senos pequeños y duros, el vientre delgado, fue de nuevo hasta sus piernas redondas. De allí, la mirada de Sin Miedo volvió a la taza. Ella esperaba la reacción. El no dio ninguna muestra de perturbación, de eso estaba cierto.

La charla continuó, ahora él estaba sentado en un banco frente a ella. Hablaron de Luanda, de las personas que ambos conocían. Ondina insistía en el duelo, no dejaba de mirarlo de frente, con una lucita brillando en el fondo de sus ojos. Sin Miedo a veces se perdía en la contemplación de sus piernas, que eran lo más exitante de ella, le hacían recordar otras, sólo que estas eran más oscuras. La mirada de ella era entonces discretamente jubilosa, pero él no parpadeaba ni contraía los labios, o tragaba saliva. Mantenía el aire indiferente de los gigantes del Mayombe, y el júbilo se apagaba suavemente en los ojos de ella, dando paso a un tono de perplejidad.

Sin Miedo se fue, y nunca más permitió que se repitiera el desafío, aunque ella lo provocara, aún cuando ya era la novia del Comisario.

Hay mujeres para quienes ese tipo de desafíos, son sólo un capricho, una necesidad fútil de medir fuerzas, sin llegar más allá. No era así en el caso de Ondina. Sin Miedo sentía que en ella, lo que parecía solamente un juego, era al final, una necesidad imperiosa de reafirmarse y rehacer la piel que había perdido durante el duelo. Lo que comenzara como un juego, se transformó en una invitación muda. Y era esto lo que hizo que Sin Miedo se desinteresara de ella, era una presa demasiado fácil, demasiado fácil desde la misma tarde en que se conocieron. No era que él buscara confrontaciones difíciles, no. Pero tratándose de una muchacha bien educada, con maneras adquiridas en los sectores exclusivos de la gran ciudad,

entonces o la relación era natural y directa, o sino difícil. O ella conducía el juego, si no, no provocaba un duelo para entregarse gimoteante. Sin Miedo apreciaba a las mujeres con dignidad que son capaces de luchar por lo que desean y que eran capaces de retardar la captura sólo para aumentar el placer. Ondina dejaba ver una naturaleza un tanto equívoca. Y era eso lo que hacía desinteresar a Sin Miedo.

Sumido en estas reflexiones estaba cuando Vewé entro y se sentó en el catre de Sin Miedo. Reparó que no le había pedido permiso, en un gesto de familiaridad rara, inedita en Vewé. Lo cual le agrado.

– ¿Ya no soy tu papá?

El joven no comprendió la alusión. Lo miró con unos ojos limpidos donde no se leía el temor.

– Te sentaste sin pedir permiso, como si fuera en tu propia cama. Quiere decir que ya no me tienes miedo...

Los otros guerrilleros observaban la escena del otro lado de la ventana, sin poder oír, pues Sin Miedo hablaba bajito. Vewé bajo los ojos esperando una reacción violenta. Si la familiaridad se la ha tomado por el hecho de ser mi pariente, entonces esta mal; si es porque comienza a salir de la cascara, y se desarrolla como el feto de un hombre adulto, entonces esta bien. ¿Cuál es el móvil de Vewé?

- ¿Piensas que el hecho de ser primo mío te da derechos que los otros no tienen?
- Va a iniciarse el programa de radio...
- Ya lo sé, no es eso lo que te pregunté – Levantó la voz para que escucharan los que estaban del otro lado de la ventana – Te pregunto si piensas que por ser primo del Comandante, eso te hace considerarte superior a los demás.
- No, no, camarada Comandante.
- Entonces ¿Por qué no pediste permiso para sentarte?

Vewé dudo. Miró hacia atrás del Comandante, hacia el grupo de espectadores que se había formado detrás de la ventana sin que el Comandante los viera. Respondió alto, para que todos oyesen.

– Lo encontré normal, de la misma manera que el camarada Comandante se podría sentar en mi cama sin pedir autorización.

Sin Miedo sonrió. El aire tímido de Vewé engañaba: Tenía carácter, comenzaba ahora a sacar lentamente las uñas. No era Vewé, era un gato, un tigre o leopardo. Quién sabe, tal vez un león. El Comandante le palmeó el hombro.

– Puedes estar cómodo. Conquistaste el derecho de sentarte en mi cama sin pedir autorización. Dudo de que eso te beneficie en algo, pero en fín...

Vewé miró hacia la ventana. El murmullo que recorrió a los guerrilleros hizo comprender a Sin Miedo que algo pasaba. Se fijó en Vewé y vio el aire triunfante y tranquilizado. Sin Miedo comprendió todo: No era una iniciativa de Vewé, era simplemente una apuesta que hiciera con los otros.

– ¡Andate! – Gritó el Comandante – ¡Sal de aquí, desaparece!

El jovencito lo miró perplejo y atemorizado.

– ¡Desaparece! – Grito Sin Miedo, furioso.

Vewé se puso el sombrero en la cabeza y desapareció. El Comisario dijo desde el otro extremo del cuarto:

– ¡No tienes derecho de hablarle así a un guerrillero, Comandante!

Sin Miedo aplastó la colilla del cigarrillo en el suelo. Se sentó en el medio del catre con los ojos echando chispas. El Comisario camino hasta el centro del cuarto. Sin Miedo lo observaba con el ceño cargado.

– No sé lo que pasó – Dijo el Comisario – Pero no son maneras de hablar a un guerrillero.

El Comandante se incorporó. Los combatientes agudizaban los oídos, adivinando la tensión que se creara entre los dos hombres. Los ruidos de la selva era audibles, ritmados por el ruido del talón del Comandante martillando el suelo.

– Es un impostor – Dijo Sin Miedo – ¡Si no sabes lo que pasó, entonces no te metas!

Y salió de la casa sin mirar a nadie, dejando al Comisario con la palabra en la boca. El grupo de guerrilleros que rodeaba al Comisario y el que estaba detrás de la ventana, se callaron desilusionados al ver que no habría discusión entre los responsables.

Teoría entró en la cabaña del jefe de grupo Kiluanje y ya estaba allí Milagro, Pangu-Akitina, Ekuikui más otros guerrilleros. A un costado rumiando sus pensamientos se hallaba el joven Vewé. Teoría notó que Kiluanje había dejado de hablar, pero cuando vio quien era el recién llegado, continuó.

– El problema que tenemos aquí es que el Comandante no tiene razón y que Vewé antes que nada es un guerrillero, aunque sea el primo de él.

– Es el primo, y por eso el tiene derecho hasta de pegarle – Dijo Pangu-Akitina – Y ustedes no tienen derecho de meterse.

– Se fijaron como se enojó el Comisario – Preguntó Milagro – Si él estaba así, es porque el Comandante hizo mal. ¡El Comisario no se enoja por nada!

– ¿Por qué el Comisario nunca comete un error? – Dijo Pangu-Akitina.

– No es eso lo que yo quiero decir – Respondió Milagro – Pero tú, solamente porque eres un kikongo te pones en defensa del Comandante.

– ¿Y es por eso que ustedes lo atacan? Porque son kimbundos...

– Es mejor dejar esta discusión – Dijo Teoría.

Ninguno le prestó importancia.

– Entre nosotros, los Dembos – Dijo Milagro – Un tipo como Sin Miedo ya estaría muerto. ¡Ya lo habríamos barrido!

– De la misma manera que barrieron los asimilados y los umbundos en 1961 – Dijo Pangu-Akitina – Pero eso no terminó ahí, todavía hay muchas cuentas que ajustar.

– ¡Camaradas, por favor acabenla! – Gritó Teoría, metiéndose en el medio.

– ¿Ustedes creen que pueden hacer lo mismo que el UPA? – Dijo Milagro – El partido de ustedes es el UPA, que es el partido de los kikongos, solo vinieron aquí para sabotear, en realidad, están trabajando para el imperialismo.

- ¡Basta, Milagro! – Dijo Kiluanje – Esto lo vamos a resolver algún día, pero no con la boca.
- ¿Con qué lo van a resolver entonces? – Preguntó Pangu-Akitina – ¿Con qué entonces?
- ¡No interesa, dejémoslo así!
- Camaradas, si continúan así tendré que llamar a los responsables – Dijo Teoría.
- ¡Tú te callas! – Dijo Milagro – No tienes nada que decir. La charla no es contigo...
- Pero...
- Camarada Teoría – dijo Kiluanje – Tú no fuiste llamado a participar de esta discusión. Por eso es mejor que no se meta.
- Pero lo que ustedes están discutiendo es grave – Dijo Teoría – ¿Todavía no se han dado cuenta?
- Como que no se han dado cuenta – Interrumpió Ekuikui – Ellos saben lo que están diciendo, es lo que ellos realmente sienten. No solamente el camarada jefe y Milagro o Pangu. Ellos saben lo que están haciendo y lo que quieren. Pero como yo no estoy de acuerdo ni con unos ni con los otros, me voy a dormir. ¡Y digan si quieren que es porque soy umbundo, que la discusión no me interesa, me cago en eso!

Ekuikui iba a salir cuando Teoría lo tomó de un brazo. El profesor estaba temblando. Los otros guerrilleros escuchaban.

- No te puedes ir Ekuikui. Hay que terminar esta discusión.
- Camarada profesor, cuando se entra en una discusión tribal, lo mejor es dejar de discutir y no meterse en ella.
- ¿Discusión tribal? – Cortó Kiluanje – ¿Quién es el que está haciendo una discusión tribal aquí?

Ekuikui rió tenso.

- Entonces me equivoqué, camarada jefe. Me pareció que se estaba discutiendo entre kimbundos y kikongos. Si no fue así, entonces no hubo una discusión tribal. ¡Fui yo el que escuchó mal!
- ¿Cómo? – Dijo Teoría – Así no se puede hablar. Lo mejor, Pangu-Akitina es que te vengas conmigo.
- ¿Por qué me voy a ir, si aquí estoy bien?
- El que se va, soy yo – Dijo Vewé – Esta charla no me interesa.
- Ustedes dijeron que las cosas se resolverían, pero no de boca – Dijo Pangu-Akitina a Kiluanje – ¿Cómo las van a resolver? ¿A los tiros?
- Dejen eso, camaradas – Gritó Teoría.
- Se van a resolver, es lo que te digo. ¿Te acuerdas del grupo de Tomás Ferreira asesinado por la UPA? ¿Y todos los demás? Eso todavía no ha sido pagado...
- ¿Y yo soy del UPA, sólo por qué soy kikongo? ¿Que culpa tengo que la UPA haga esas cosas?
- Eso lo vamos a cobrar, es lo que te digo.
- ¿Y los bailundos que fueron asesinados en el 61? ¿Te crees que ellos han olvidado? Fuimos nosotros los que los protegíamos de ustedes que venían a matarlos con machetes.
- Camaradas, voy a llamar al Comisario – Dijo Teoría.
- No es necesario – Dijo Kiluanje – Está todo en claro. No discuto más.
- Acabénla con sus amenazas – Dijo Pangu-Akitina – ¿Piensan que les tenemos miedo? Nosotros también estamos armados.

Teoría lo tomó del brazo a Pangu-Akitina y lo empujó para afuera. Pero el enfermero era muy fuerte y fue Teoría el que fue arrastrado hacia el centro del cuarto.

– ¿Ustedes no tienen miedo, no?

Los guerrilleros kimbundos rieron y no respondieron nada. Habían sostenido a Milagro fuertemente, para evitar que siguiera discutiendo. Kiluanje estaba calmo.

– ¡Nosotros también tenemos armas! ¿Están amenazándonos... El MPLA es de ustedes? El MPLA no es de los kimbundos, es de todos.

Los otros no respondieron. Esperaban que los gritos de Pangu-Akitina que ya habían atraído a otros guerrilleros que espían por la ventana, también llamaran la atención del Comisario. Teoría lo empujaba hacia afuera, pero el enfermero lo repelía con brutalidad.

– Nosotros barrimos a muchos de ustedes en el pasado. Los Dombos y los Nambuangs le pagaban impuestos al Rey del Congo. Ustedes eran nuestros esclavos ¿Con que coraje nos hablan ahora?

El barullo atrajo al Jefe de Operaciones.

– ¿Qué pasa aquí?

– El camarada Pangu-Akitina nos vino a insultar – Dijo el jefe de grupo Kiluanje.

– No – Dijo Teoría – Comenzaron a discutir y yo intenté interrumpir, pero tanto unos como otros no querían dar por terminada la discusión.

– Pero quién es el que está discutiendo ahora, provocando – Dijo Kiluanje – Nosotros nos callamos cuando vimos lo que Pangu pretendía. Pero él continuó. Y hasta nos llamó esclavos de los kikongos...

– ¡Es mentira! Dijo Pangu-Akitina

– ¡Es verdad! – Dijo Ekuikui – Sos un burro, perdiste la cabeza, que era lo que ellos pretendían. Lo dijiste, sí. Pero los que provocaron la discusión fueron ellos, luego se fue calentando. No fue Pangu quien vino aquí a insultar.

– Bien, el Comando va a resolver eso después – Dijo el Jefe de Operaciones – ¡Ahora se dispersan!

De regreso hacia el cuarto que compartían, Ekuikui le dijo a Teoría:

– No sé si Pangu, se dejó llevar o simplemente estaba buscando líos.

– Fueron los otros los taimados, lo irritaron y después se callaron la boca para que Pangu se enterrara solo. El reaccionó cuando se tocó el tribalismo.

– Claro camarada profesor. Pero me parece que él ya lo sabía y no le dio importancia. Lo estaba haciendo a propósito.

– ¿Para provocarlos?

– Sí, para provocar una pelea tribal.

– Pero ¿Con qué fin?

– Vaya a saber... Los hombres siempre muestran una parte muy pequeña de lo que tienen guardado en su corazón.

– ¿Entonces te parece que los dos son culpables?

– Camarada Teoría, los dos querían la misma cosa. Cuando hay problemas tribales no vale la pena buscar culpables. Si alguna vez es alguien que provoca, es por que otra vez algún otro lo provocó. ¿Quién nació primero, el huevo o la gallina? Es lo mismo que el problema tribal

Teoría entró en la casa y se quedo callado. ¿Su actitud, habría sido la correcta? ¿Qué más podía hacer? Intenté impedirlos, hasta me puse en contra de todos los que allí estaban, sin miedo de meterme. ¿Será esto una señal de que estoy progresando, de victoria sobre mi miedo? En otra ocasión me habría callado o me hubiera ido, para no provocar más problemas. Pero fue más fuerte que yo, no me pude controlar, hice lo que me pasaba por la cabeza. Si, tal vez haya sido una victoria.

Y se adormeció sin haber fumado.

Yo, el narrador, soy Mundo Nuevo.

Nuevas cosas suceden en la Base: El Comisario osó confrontar al Comandante. Para que el progreso tenga lugar, es necesario que un elemento cree su contrario, el cual entrará en contradicción con él para negarlo. Sin Miedo, de alguna manera creó al Comisario, lo formó. Pero es este el que lo supera en grados de conciencia. Surge naturalmente una lucha entre ellos, lucha que se traduce en terminos practicamente antagónicos. Hasta ahora, el Comisario se limita a seguir al Comandante, a imitarlo; hasta sus gestos, su estilo de combatir, la indiferencia aparente con que enfrenta al enemigo. Pero hoy, se le opuso públicamente, levantó la voz para criticarlo. Sin Miedo, pasmado por la rebeldía de su pupilo, abandonó la casa de Comando y se fue a pasear por la noche. El Comandante en el fondo no es más que un pequeño burgues diletante con rasgos anarquistas. Formado en la escuela del Marxismo, guarda de su clase de origen una buena dosis de anticomunismo. Lo cual se hace visible en su negación de la igualdad proletaria. No es de buen grado que acepta la democracia que debe reinar entre los combatientes y, a veces tiene crisis agudas y súbitas de tiranía irracional. Defensor verbal del derecho a la revuelta, adepto de la contestación permanente, abusa de su autoridad cuando la contestación se hace en su contra. El caso de Vewé, deja al desnudo su mentalidad dictatorial. Es este caso flagrante de abuso de poder, es lo que motivó al Comisario, este tiene una formación ideológica mucho más clara y esto lo lleva a tomar posición en la línea de las masas. Estas contradicciones me hacen pensar que la relación de fuerzas en el Comando va a cambiar. Como dice el Jefe de Operaciones, el desprecio del Comandante por la opinión de los otros miembros del Comando lo ha llevado a cometer graves errores, situación aún más agravada por el hecho de que el Comisario siempre aprueba las propuestas de Sin Miedo. Pero ahora quizás veamos la tan deseada unión del Comisario con el jefe de Operaciones en contra del Comandante, defensor del nihilismo pequeño-burgues. No hay que lamentarse de las divisiones entre los responsables: Ellas son una necesidad histórica.

¿Por qué Sin Miedo perdió la cabeza? He hablado con Vewé, me he enterado de la apuesta que había hecho, de las palabras murmuradas del Comandante. Este se había hecho una idea superior de Vewé, que se atrevía a desafiarlo, y se desilusionó al comprobar que la osadía de Vewé era apenas el fruto de una apuesta. Reaccionó personalmente, al comprobar que la idea que se había hecho de Vewé, era falsa.

No fue Vewé el que lo desilusionó, fue él el que se ilusionó con Vewé.

¿Podemos tener confianza en un hombre tan poco objetivo?

La Revolución se hace con las masas populares, la única entidad con capacidad para dirigir la lucha, y no los individuos como Sin Miedo.

El futuro ha de verme apoyando a los elementos proletarios contra este intelectual, que gracias a arriesgar la vida por razones subjetivas llegó a Comandante. La guerra recién empieza.

Al día siguiente, esperaron impacientes hasta el mediodía. No llegó nada del exterior. La comida sólo alcanzaría para ese día, después deberían volver al regimen de las comidas asadas.

El Comandante amaneció mudo, fijandose frecuentemente en el reloj. No había salido de la casa de Comando ni había ido a entrenar a los reclutas. Después del almuerzo, la esperanza de ver llegar un grupo de Dolisie se desvaneció.

- Este Andrés, una vez más nos ha jodido – Dijo el Comisario.
- ¿Qué esperabas? – Respondió Sin Miedo, levantándose y tomando su AKA llamó a Luchamos y a Muatiánvua.
- Vamos de patrulla – Les dijo.

Los tres guerrilleros salieron de la Base a paso rápido, con el Comandante al frente. Anduvieron ininterrumpidamente hasta las tres de la tarde, inclinándose para subir las laderas montañosas que se elevaban siempre delante de ellos. Llegaron a un arroyuelo y Sin Miedo paró para beber agua, los otros lo imitaron. Luchamos fue a observar un caminito que estaba en las cercanías y que ellos habían minado. Muatiánvua se recostó a fumar. Sin Miedo estaba taciturno, así había estado todo el día. Luchamos volvió al grupo, sin nada anormal que reportar.

- Ni caza se encuentra – Dijo Muatiánvua. – Parece que los animales se hubieran puesto de acuerdo con Andrés, para que nos muramos de hambre.
- Si nosotros estuviéramos más unidos – Dijo Luchamos – Podríamos dar un golpe de Estado y sacarlo a Andrés del puesto de responsable. Esto es lo que haría falta. ¡Pero nosotros no estamos unidos!

Y miraba al Comandante, estudiando sus reacciones. Sin Miedo se mantuvo callado. Muatiánvua intercambió una mirada complice con Luchamos y agregó:

- Si tuviéramos un comando unido, ellos podrían imponer ciertas cosas a Andrés...

El Comandante encendió otro cigarro contemplando las copas de los árboles que sólo dejaban ver fragmentos del cielo azul. Fingió no darse cuenta de las alusiones de sus compañeros y fumó indiferente. Muatiánvua desistió de intentar iniciar una conversación y se fue a observar el río, con la esperanza de encontrar buenos lugares de pesca. Entretanto, Luchamos observaba al Comandante, discutiendo interiormente si debería hablar directamente o no. Hay algo en el aire, pensó Sin Miedo, se siente en el ambiente desganado de la Base, en el nerviosismo de los hombres. Y aquí se está aproximando la tronada.

- Vamos a marchar hasta el desierto – Dijo él.

Anduvieron más de media hora para salir de la selva arribando a una montaña sin árboles, sólo cubierta de pasto. A esto es que ellos llamaban el desierto. Todo es relativo. Para los hombres acostumbrados a tener un techo de hojas por encima de sus cabezas, cualquier terreno en el que sólo hubiera pasto es un desierto. De la misma manera que una sabana sería un Mayombe para un camello. ¡Todavía hay hombres para los cuales su verdad debe ser

conocida por todos, pensó Sin Miedo, es la propia vida la que nos lleva a relativizar todo, hasta el propio vocabulario!

El fuerte sol de la media tarde les hirió los ojos, haciéndolos pestañear frecuentemente. Se sentaron en la cima del monte, vigilando el horizonte. Muatiánvua y Sin Miedo se quitaron las camisas poniéndolas a secar sobre el camino en que se encontraban y que era utilizado por los soldados portugueses en sus patrullas por la región.

Las nubes se acumulaban sobre la selva. La selva concentra a las nubes, pensó Sin Miedo. Ellas vienen de los desiertos y van a juntarse sobre el Mayombe. Corren libremente por el espacio, en juegos esenciales de deformación constante – o recreación constante – para ser atraídas en masa informe volviéndose prisioneras de su propio contenido. Una nube aislada tiene la individualidad que le es otorgada por su propia mutabilidad inquieta y caprichosa; esta individualidad se pierde en la masa que se concentra y que vale por su propio peso, por su potencia salvaje.

Sin Miedo se identificó con una nube cenicienta y bordes blancos que se movía en revolución constante y parecía que podría escaparse y pasar de largo a la masa de nubes que se condensaban sobre el Mayombe. Con el corazón palpitante siguió los movimientos frenéticos de la nubecita que por algunos momentos era una luz, en otro momento los cabellos de una mujer rubia, en otros un caballo galopando. En su interior, hacía votos para que ella pasara al lado de la masa que amenazadoramente la atraía invenciblemente. Por un segundo, le pareció que la nube conseguiría pasar y continuar su camino precipitado. Pero, quizás un golpe de viento o atracción, lo cierto es que la nubecita fue engullida por la masa ceniciento-oscura deshaciéndose en ella. Con el corazón apretado y un gesto de desaliento preguntó.

– ¿Qué es lo que pasa, camaradas?

Muatiánvua había estado esperando ésto. Se amazó la barba mientras sus ojos parecían salirse del rostro anguloso.

- Lo que pasa es que está por haber revuelta en la Base. Algunos afirman que si no hay comida es por que la dirección no tiene confianza en el Comando de la Base, que estamos divididos. Otros dicen que es porque el Comandante no sirve y no hace acciones que justifiquen los alimentos. Los menos dicen que la culpa es de los civiles y que es necesario cambiar las cosas. Están los que son leales al Comandante, los kikongos; los que están a favor del Comisario en contra del comandante; los que están a favor del Jefe de Operaciones y contra el Comisario y el Comandante; los que están por el Jefe de Operaciones y el Comisario en contra del Comandante: En fín, son esos...
- ¿Y los que están a favor del Comandante sin ser kikongos, o por el Comisario sin que sean kimbundos?
- ¡Hay alguno, pero son muy pocos!
- Por lo que entendí, hay quienes piensan que entre mí y el Comisario hay problemas...
- Si. Desde ayer...

Sin Miedo no respondió. Luchamos aprovechó la pausa para decir:

- Es necesario unificar el Comando en contra de los civiles. Tenemos que dar un golpe en contra de Andrés.

El Comandante lo miró fijamente.

- ¿Junto con el Jefe de Operaciones? ¿Piensas que con el mismísimo Jefe de Operaciones? ¿Sabes por qué te lo pregunto, no?

Luchamos sostuvo la mirada penetrante.

- Si, Camarada Comandante. El Jefe de Operaciones no me traga, desconfía de mi, pero eso es normal. La gente de aquí no nos apoya, solamente con ser de Cabinda ya se es traidor... Pero él es un buen militar y un día va a comprender. Yo sólo pretendo que la lucha avance, y es por esto que debemos tener un Comando unido para poder obligar a la Dirección a poner otro responsable en Dolisie. Solamente así podrá avanzar la lucha. Esta gente no es traidora, pero necesita saber que la guerra le esta saliendo mal a los portugueses. El pueblo apoya a quien tiene la razón, pero si el que tiene la razón demuestra que es el más fuerte. Los civiles murmuran en Dolisie, para que enviarles comida si ellos no estan haciendo la guerra y además el comando está dividido por el tribalismo y la ambición...
- ¡Ustedes siempre hablando de la desunión del Comando! – Dijo Sin Miedo – ¿Adónde han visto que el Comando este dividido? Hay, o había problemas entre el Comisario y el Jefe de Operaciones. Yo nunca tuve problemas con alguno de ellos. Lo que sucedió ayer... Quiénes son los que están magnificando lo que sucedió ayer, a darle mayores dimensiones de las que realmente tiene. Ayer no sucedió nada especial. ¿El Comisario me criticó? Esta muy bien, debería hacerlo más a menudo. ¿Piensan que eso ha creado problemas? Están muy equivocados, no hay ningún problema. Ustedes no le dan el valor que se merece al Comisario, ustedes piensan que él es muy suave y un jovencito. Sin embargo el tiene cabeza y piensa muy bien.
- Sabemos de eso – Dijo Muatiánvua.
- Si alguna vez él discute conmigo, bueno, es por que hay alguna cosa seria para discutir. ¿No es normal que dos hombres discutan y hasta se enojen, sobre todo si son amigos? Yo les digo a ustedes que aquí somos destrribalizados, no hay kikongos ni kimbundos; no intenten ponerme mal con el Comisario, con intrigas, con el que dice la gente. Eso conmigo no va, y tampoco va con el Comisario.
- No. Nosotros sólo estuvimos diciendo lo que comentan los guerrilleros – Dijo Muatiánvua. Yo no soy de esos que andan tratando de poner una persona en contra de la otra. Yo sigo al que tiene razón. No me gustan las intrigas, siempre hablé de frente, de hombre a hombre. Lo que digo, lo puedo repetir en una reunión con Andrés. Es todo.
- Ya lo sé – Dijo Sin Miedo.

Muatiánvua era considerado por muchos como el “anarquista de las palabras”. Cuando él se levantaba a hablar en una reunión muchos temblaban intimamente: Muatiánvua sólo hablaba cuando tenía una bomba en la discusión, la tiraba en medio de la reunión con un gesto juguetón en los labios, sus cabellos desordenados y con los ojos cargados de dardos de desprecio para el responsable en falta. Muchas veces se lo sacó de las listas de promociones o cursos especiales. Siempre aparecía un enemigo causado por sus palabras a sabotear sus posibilidades. Muatiánvua se encogía de hombros y decía que él no había venido a la guerrilla para pasear por el extranjero – que él conocía por sus viajes de marinero – o para llegar a ser un jefe: El había venido a luchar. Sin Miedo le dio una palmada en el brazo.

- Yo sé, no lo digo por tí, ni por Luchamos. Pero hay muchos que solamente esperaban una pequeña discusión entre el Comisario y yo, para comenzar a conspirar. Muchos sin saber realmente lo que hacen. Están confundidos. Lo que nos une a mi y al Comisario, es muy fuerte, demasiado fuerte...

Se calló, porque la voz le salía con dificultad, con su garganta contraída. Ellos respetaron su silencio. Sin Miedo miró el bulto amenazador de nubes sobre el camino que tendrían que recorrer de vuelta para la Base. Se puso la camisa.

– Nos va a agarrar la lluvia.

No sólo los agarró la lluvia, tan pronto como se internaron en la selva, la noche los sorprendió en su camino, tropezando en los troncos caídos, resbalándose en el fango del suelo, se enrollaban en las lianas que los guiaban. Sin Miedo avanzaba al frente, impaciente por llegar, no por el abrigo y calor de su cuarto, si no por el café que el Comisario preparaba sabiendo que ellos llegarían cansados y con frío. Y no era solamente por el café, si no porque era el Comisario quien lo preparaba para él, Sin Miedo.

El Comisario ya había preparado el café y le llenó una de las latas de leche que hacía de taza. Sin Miedo bebió el café y encendió un cigarrillo. Después de fumar, se cambió de uniforme, la cena hacía mucho que se enfriara en su plato. El Comisario se sentó en la cama, a su lado.

- Quiero hablarte.
- ¿Por lo que sucedió ayer?
- Si.
- No vale la pena – Dijo Sin Miedo.
- Claro que vale. ¿No vas a cenar ahora?
- Más luego.
- Entonces vamos allá afuera. Hace rato que dejó de llover.

El Comisario estaba nervioso y en sus ojos se revelaba la inquietud. Para qué discutir – pensó Sin Miedo. Desenterrar lo que ya murió. A los hombres les gusta flagelarse con el pasado y nunca se sienten bien si no lo hacen. Tienen la incapacidad de poner una piedra sobre los hechos y continuar avanzando hacia el futuro. Hay otros, que no saben gozar de la vida, que sólo miran hacia el futuro. Incapacidad de sufrir o de gozar de una situación. Si sufren, se consuelan pensando que mañana será mejor. Si son felices, malogran su felicidad, pensando en la brevedad de ella. Yo vivo el presente, cuando hago el amor, no pienso en las veces en que no encontré placer, o que tenía que lavarme a continuación. Pero el Comisario aún es un niño, su personalidad esta balanceándose entre el presente y el futuro. Alguna vez aprenderá a gozar de la vida. Pero por ahora, necesita de explicaciones.

– Vamos – Dijo Sin Miedo.

Se sentaron sobre un tronco caído, a la entrada de la Base, con las armas sobre las rodillas. Muatíánvua los vio y no les despegaba los ojos a los dos bultos.

- Te quiero pedir disculpas por lo que sucedió ayer – Dijo el Comisario – No debería haberte hablado así delante de los guerrilleros y desautorizarte, eso quita confianza en los guerrilleros por el Comando.
- Tenías razón, yo no debía tratar a Vewé como lo traté.
- Pero no debía habertelo dicho ahí. Debería habertelo dicho aparte. Los guerrilleros...
- Los guerrilleros deben acostumbrarse a oír a los responsables criticarse y ver que eso no provoca problemas entre ellos.

El Comisario negó con la cabeza.

- ¡Fue un gesto impensado! Las críticas deben ser hechas en reuniones o en privado. Es así que siempre se ha dicho...
- Pues esto es lo que está mal – Dijo Sin Miedo – Las cosas pasan sólo entre los responsables. Si hay ropa sucia que lavar, es preciso que los militantes no lo sepan, esta es lavada en la capilla. ¿Cómo vas a enseñarles a los guerrilleros a criticar y ser sinceros y a controlar a sus responsables, si en la práctica no les das ejemplos? Yo, cuando tengo algo que decirte, o decirle al Jefe de Operaciones, no los llamo a la capilla para criticarlos en secreto ¿Te diste cuenta? Con ustedes debe ser de la misma manera.
- Eso dices tú, pero los guerrilleros ya andan diciendo que hay problemas entre nosotros y que el comando está dividido.
- Y eso es porque tú siempre evitas hacerme las críticas públicamente. Si lo hicieras, ya estarían habituados y no se inquietarían por una cosa de estas.
- ¡Ese principio está equivocado!
- Bueno, tú tienes necesidad de sentirte en pecado y buscas confesarte. En tanto no te den la penitencia, no tendrás el alma tranquila. A la confesión la llamas de “autocrítica”, a la contricción la llamas de “reconocimiento del error”. ¿Esperas que te ordene la flagelación para que expíes el sacrilegio?
- ¡Ves en todo un pensamiento religioso!
- Porque él está en todo. Los cuadros del Movimiento están impregnados de religiosidad, puede ser católica, o protestante. Y no tan sólo en el Movimiento. Tomá cualquier partido. Hay los que intentan engañar al cura escondiendo los pecados: Es lo mismo que los militantes que huyen de las críticas y jamás las aceptan. Hay otros, que inventan pensamientos impuros que al fin de cuentas ni siquiera llegan a tener, salvo en el momento de la confesión, para sentirse miserables en comparación del sufrimiento de Cristo: Son los militantes que están siempre dispuestos a autocriticarse, a reconocer errores que no cometieron, sólo por la impresión de ser buenos militantes. Un Partido es como una Iglesia. Es de ahí que encuentras que los responsables deben ser criticados en secreto, como el cura y el sacristán, que solamente en la sacristía se acusan de robarse las amantes; porque si lo hicieran en público los creyentes se transformarían en escépticos.
- No es lo mismo. Un Partido no es una Iglesia.
- No debería ser una Iglesia, pero sin embargo lo es. ¿Dónde están los dirigentes que discuten en público? No, eso solamente lo hacen en círculo. El militante tiene que entrar en el círculo, pertenecer a la casta, vale decir, volverse un dirigente, así podrá saber de los trapos sucios que se lavan en las altas instancias. Un dirigente es públicamente criticado cuando ya cayó en desgracia, como un Obispo hereje, o un Lutero.
- ¿Entonces, encuentras que todo debería hacerse públicamente?
- Por lo menos frente a los guerrilleros, los militantes “vanguardia del pueblo” como se afirma. Ustedes hablan tanto de las masas populares y esconden todo a los ojos del pueblo.
- ¿Ustedes, quiénes?
- Ustedes, los cuadros políticos del Movimiento. Los que tienen una sólida formación marxista.
- Tú también la tienes.
- ¿Yo? – Sin Miedo sonrió – Yo soy un hereje, estoy en contra de la religiosidad en la política. ¿Soy marxista? Creo que sí, conozco lo suficiente de marxismo para comprobar que mis ideas están de acuerdo con él. Pero no creo en una serie de cosas que se afirman o que se imponen, en nombre del marxismo. Soy por lo tanto, un hereje, un anarquista, un sin partido, un renegado, un intelectual pequeño-burgues...

- Algo que me enferma es la facilidad con que ustedes le aplican rótulos a las personas, solamente porque estas no tienen exactamente la misma opinión sobre los distintos problemas.
- ¿Por qué dices siempre “ustedes” y me incluyes en ese grupo?
- Porque haces realmente parte de un grupo: Los futuros funcionarios del Partido, los cuadros superiores, los que lanzarán las excomuniones a los herejes como yo. “Ustedes” representan a todos los que carecen de humor, los que se volvieron serios y siempre demuestran un aire de gravedad en todas las ocasiones.

Sin Miedo calló. El Comisario esperaba la continuación, pero el comandante parecía haber terminado de hablar. Encendió un cigarrillo y se quedó observando las volutas de humo azul que se perdían en la noche, hacia lo alto, hacia la oscuridad del Mayombe. Muatiánvua los observaba de lejos y Ekuikui se aproximó a él.

- ¿Están discutiendo?
- No, están solamente conversando – Dijo Muatiánvua.
- ¿Están enojados?
- No lo sé.
- Si al menos se pusieran de acuerdo...
- ¿Por qué es que no habrían de ponerse?

El Comisario dio un golpecito en la pierna de Sin Miedo. El Comandante fumaba con la mirada perdida en la oscuridad de la noche.

- ¿Por qué no continuaste hablando? – Preguntó el Comisario – ¿Para no ofenderme?

Sin Miedo sonrió, se quedó callado unos segundos, sonriendo.

- Sé que no te ofendes por lo que digo. Todavía te quedan algunos restos de comprensión, todavía no estás totalmente dogmatizado... Eso vendrá con el tiempo, por ahora puedes oír algunas verdades sin ofenderte.
- ¿A partir de que momento piensas que comenzaré a ofenderme?
- ¿Tú? Cuando esta guerra termine. Cuando seas parte de un Partido victorioso y glorioso que conquistó el Poder y que considerará paganos a todos los que no participan de él. Cuando estés sentado en el poder, perteneciendo al grupo restringido que dominará el Partido y el Estado, después de la primera desilusión al comprobar en la práctica que el socialismo no es la obra de un día ni la de la voluntad de mil hombres.
- No es obligación que una persona se vuelva dogmática...
- ¡Entonces tendrás que abandonar la Iglesia!
- No es necesario...
- ¿Bueno, vamos a tomar el poder y que le vamos a decir al pueblo? Que vamos a construir el socialismo. Y esa construcción nos puede llevar unos 30 o 50 años. Al cabo de cinco años, el pueblo dirá: Pero, el socialismo no nos ha resuelto este o aquel otro problema. Y será cierto, porque hay muchos problemas que no se resuelven rápidamente en un país subdesarrollado al cabo de cinco años. ¿Y cómo reaccionaran ustedes? Dirán que el pueblo está siendo agitado por elementos contra-revolucionarios. Y también será cierto, porque cualquier régimen crea sus elementos de oposición, hay que poner presos a los cabecillas, hay que vigilar las maniobras del Imperialismo, hay que reforzar a la policía secreta, etc, etc.
- Lo dramático es que ustedes tendrán razón. Objetivamente será necesario apretar la vigilancia al interior del Partido, aumentar la disciplina, hacer limpiezas. Objetivamente es

así. Pero esas limpiezas servirán de pretexto para que los ambiciosos mezclen a los contrarrevolucionarios con aquellos que critican sus ambiciones y errores. De la actitud vigilante en el seno del Partido, se pasará a un ambiente policial dentro del Partido y toda crítica será arrancada de su seno. Se reforzará el centralismo y la democracia desaparecerá. Lo dramático es que no se puede escapar a todo eso...

- Depende de los hombres, depende de los hombres...
- ¿De los hombres? – Sin Miedo sonrió tristemente. Los hombres serán prisioneros de las estructuras que ellos mismos crearon. Todo organismo vivo tiende a cristalizarse si está obligado a cerrarse sobre si mismo, si el medio ambiente le es hostil: La piel se endurece y crea puntas defensivas, la cohesión interna se vuelve mayor, haciendo que la comunicación interna disminuya. Un organismo social, como lo es un Partido, o se encuentra en un estado excepcional que exige una confrontación constante de sus miembros con la practica – como en una guerra permanente – o tiende a su cristalización. El grupo de hombres que ha trabajado mucho tiempo juntos, cada vez tiene menos necesidad de hablar, de comunicarse, por lo tanto también son menores sus desencuentros. Cada uno conoce al otro y los argumentos de cada uno, lo cual ha creado un compromiso tácito entre ellos. La crítica desaparece por que no hay razón de criticar. Los críticos serán mezclados con los contrarrevolucionarios y la burocracia será la dueña y señora, con el resultado del conformismo, el trabajo ordenado y sin pasión, y la incapacidad de reformular todo lo que sea necesario reformular. Un organismo vivo, verdaderamente vivo, es aquel que es capaz de negarse para renacer de nuevo, de manera diferente, o para dar origen a algo distinto.
- Dependerá de los hombres – Dijo el Comisario – Si ellos son revolucionarios y capaces de ver las necesidades del pueblo, se podrán corregir todos los errores, se podrán cambiar las estructuras...
- ¿Y la edad? ¿Y los asientos que ganaron? ¿Querrán perderlos? ¿A quién le agrada perder un cargo? Sobre todo cuando se está en la edad del comodismo, del sillón confortable con los cigarros y las chinelas que en ese momento podrán comprar. ¿Es necesario ser muy excepcional!
- Hay hombres excepcionales...
- Si los hay, uno cada diez años. ¿Un sólo hombre excepcional podrá cambiar todo? Si es así, entonces todo estará en sus manos y caeremos en el culto a la personalidad, en el endiosamiento, cosa que se da bien en los pueblos subdesarrollados, de tradición religiosa. Ahí esta el problema, en nuestros países todo está regido por nucleos restringidos, por la ausencia de cuadros, y a menudo un líder solitario. ¿Cómo hacer criticas en un nucleo restringido? Porque es demagogia afirmar que el proletariado tomará el poder. El que toma el poder es un pequeño grupo de hombres, en la mejor de las hipótesis, representando al proletariado, o queriendo representarlo. La mentira comienza cuando se dice que el proletariado tomó el poder. Para poder ser parte de un equipo dirigente, es necesario tener una razonable formación política y cultural. El trabajador que llega a eso, es porque se pasó muchos años en los trabajos de organización política o estudiando. Por lo tanto dejó de ser un proletario, es un intelectual. Pero no todos tienen miedo de llamar a las cosas por su nombre, y por sobre todo ese nombre de intelectual. ¿Tú, Comisario, eres un campesino? ¿Sólo por qué tu padre fue un campesino, eso determina que tú seas un campesino? No, eres un intelectual, si lo niegas es demagogia, es populismo.
- Está bien, seamos todos intelectuales... ¿Eso qué tiene que ver?
- No estoy en contra de los intelectuales. Hay intelectuales que tienen vergüenza de su pecado original, que están siempre disculpándose de serlo y gritan a los cuatro vientos su anti-intelectualismo. Yo no soy de esos. De lo que estoy en contra es de afirmar que un Partido dominado por intelectuales se denomine de proletario. Eso no es verdad. Y esa es

la primera mentira, después vienen las otras. Lo correcto es decir que el Partido está dirigido por intelectuales revolucionarios y que intentan hacer una política a favor del proletariado. Pero se comienza a mentir al pueblo, el cual bien ve que ellos no controlan el Partido ni el Estado y allí nace la desconfianza, lo cual dará lugar a las movilizaciones populares en contra. No afirmo que esto sea lo fundamental, tomá nota.

- Si, noto que estas siendo parcial. Si se hace una política generalmente justa y se consigue mejorar el nivel de vida del pueblo, este tendrá confianza. Y eso será un progreso enorme en relación al estado actual...
- ¡Evidentemente! Comisario, compréndeme bien. Lo que estamos haciendo es la única cosa que se debe hacer. Intentamos independizar el país, hacerlo totalmente independiente, lo cual es la única vía humanamente posible. Para ello, deben crearse estructuras socialistas, estoy de acuerdo. Nacionalizar las minas, reforma agraria, nacionalización de la banca, del comercio exterior, etc,etc. Sé que esta es la única solución. Al cabo de cierto tiempo, si no se cometen muchos errores, ni demasiados desvios de fondos, el nivel de vida aumentará, para lo cual no necesitamos de mucho para que aumente. Lo cual será sin duda un progreso, hasta ahí estamos de acuerdo, y no vale la pena discutir. Pero no llamemos socialismo a eso, porque no lo será. Tampoco lo llamemos de Estado proletario porque tampoco lo será. Desmistifiquemos los nombres. Acabemos con el fetichismo y con los rótulos. Nada de Democracia, porque no habrá democracia, habrá necesariamente, fatalmente una dictadura. Ella tal vez sea necesaria, no lo sé. No encuentro otras vías, pero no es lo ideal, y eso es todo lo que sé. Seamos sinceros con nosotros mismos. No vamos a concordar con el cien por ciento; tal vez estemos de acuerdo en un cincuenta por ciento. ¿Entonces, para que mentirle al pueblo diciéndole que vamos por el cien por ciento?
- ¿Como le podríamos decir que solo llegaremos al cincuenta por ciento? Eso los desmovilizaría...
- ¡Ahí es donde yo quería llegar! Como todos los de tu grupo, opinas que no se le puede decir la verdad al pueblo, porque eso desmoviliza. Se tiene que aumentar, es necesario exagerar para darle calor a las esperanzas populares para que con ellas aguanten los duros tiempos iniciales. Yo si estuviera al borde de la muerte, preferiría que me lo dijeran, detesto las mentiras piadosas. Y esto es lo que ustedes quieren hacer. Para que el moribundo no se desanime, no se suicide, le prometen la salud: Los curas prometen la salvación en el otro mundo. Vuestro Paraíso, ese Paraíso que agitan delante de los ojos de las masas, es el futuro, un futuro tan abstracto como lo es el Paraíso cristiano.
- ¡No me caben dudas de que aún tienes problemas metafísicos! ¡El vocabulario te traiciona, Comandante!
- Es posible – Dijo Sin Miedo – O talvez sea un hábito que se me pegó. Todos pensamos en la muerte y eso es un problema metafísico. Pero este tipo de lenguaje expresa bien mi pensamiento y es por eso que lo utilizo. Lo que quería que comprendieses, y que me parece que Mundo Nuevo no lo entendió los otros días, es que por el hecho de que sé que no llegaremos al Paraíso prometido por lo que me echaré atrás.
- Yo lo sé, él me lo dijo. Me colocó esa duda. Le respondí que no te echaras atrás porque tus razones de luchar son sinceras.
- ¿Cuáles son?
- ¿Cuáles son? ¡Qué sé yo! Son razones humanas, de creencia, de una necesidad de justicia, de odio a la presión... Las mismas que las nuestras. La única divergencia es el concepto de futuro. Tú eres un hombre para esta etapa de la lucha y por eso te rehusas a pensar en el futuro. Nosotros pensamos en el futuro. ¿Cómo te ves en una Angola independiente?
- ¿Yo? No me veo. Simplemente y con sinceridad, no me veo. ¿Es ésto lo que te choca?

- En fin, cada uno tiene sus propios planes... Adónde le gustaría trabajar, o que desearían hacer, según sus ambiciones.
- Yo a ti te veo claramente, como un cuadro político. Pero yo, realmente no me veo allí. Tal vez en otro país en lucha... ¿O en la cárcel? Pero no me puedo ver en una Angola independiente. Lo que no me impide luchar para lograr esa independencia.
- La primera vez que te vi, no, fue la segunda vez, estabas bebiendo una cerveza en un bar. La gente bailaba, las mesas estaban llenas de parejas barullentas, así como es en los bares congoleños. Recuerdo que había una orquesta tocando en ese inmenso barullo infernal, las parejas que bailaban, las mujeres que pasaban frente a tu mesa haciendote señales elocuentes. Alguién me susurró. Allí está Sin Miedo, el Jefe de Sección, Sin Miedo. Yo era un recién llegado al Movimiento, hacía poco que había venido de Kinshasa, te había visto una sola vez anteriormente en la oficina del Movimiento, y desde esa vez, comprendí que eras un hombre solitario. Los otros quisieron ir a sentarse a tu mesa, conseguí convencerlos para que nos fuéramos a otro lado y te dejáramos en paz. Nunca olvidaré ese momento, tú mirabas fijamente la botella vacía, lejos, muy lejos del mundo que te rodeaba.

El Comandante asintió con la cabeza.

- Sin embargo – Continuó el Comisario – Hay algo en ti, tal vez sea tu soledad que intimida, pero al mismo tiempo lleva a las personas a sincerarse contigo...
- Tal vez la soledad...
- ¿No te parece que es así?
- Todos somos unos solitarios – Dijo Sin Miedo – ¡Los solitarios del Mayombe! ¿Por qué nos gusta vivir en la maleza? ¿No será por qué nos agrada sentirnos solos en medio de la multitud de árboles que nos rodean? Cuando vivía en Europa, me gustaba caminar en medio de la gente a la hora de la salida de los trabajos. Era anónimo, absolutamente anónimo en el medio de la masa de gente. De ahí que me guste vivir en las grandes ciudades o en la selva, donde no solamente se es anónimo, sino singular, de la misma manera que en medio de una multitud. Y por eso no me agradan las ciudades pequeñas, que son el detestable termino medio de la mediocridad. ¡Disculpa estos palabrones, pero realmente es así!

Muatiánvua le toco la pierna a Ekuikui susurrándole:

- Parece que está todo bien, es una charla suave.
- Si, parece que todo está bien. ¿Vamos a acostarnos?
- No, aguantaremos un poco más, la noche está oscura.

Teoría había ido a orinar y ahí encontró a los otros dos.

- ¿Qué están haciendo, camaradas?
- ¡Guardia! – Dijo Muatiánvua, apuntando hacía los dos bultos.

Teoría se sentó también, con el arma sobre las rodillas contemplando al Comisario y a Sin Miedo.

- Mientras que hay tantos que esperan que ellos se peleen, ustedes están aquí, haciéndoles guardia.
- Hay más, camarada, hay más – Dijo Ekuikui.

Sin Miedo encendió otro cigarrillo. A la luz del fósforo, el Comisario vio sus ojos brillantes. Le apretó el brazo.

- ¡Comandante, puedes tener confianza en mí, confianza total! Tienes un secreto, algo que te hace ser un solitario, más solitario que todos nosotros. Si encuentras que te haría bien hablar, puedes tener confianza. Mi boca no lo revelará jamás a nadie.
- Alguna vez, Comisario, alguna vez. Pero no creas que es un secreto terrible lo que me lleva a la soledad. Todos tenemos nuestras historias, y yo tengo una, pero no es nada de especial. Siempre fui un solitario. ¡Cuando era pequeño, me escondía para inventar aventuras extraordinarias en las que yo participaba, como héroe, naturalmente! Todo comenzó con una paliza que me dio un chico más grande, del cual huí vergonzosamente. Como compensación comencé a inventar historias situadas en los más diversos ambientes en los que el fin era siempre el mismo; una lucha a muerte con el chico que me había zurrado. Un buen día comprendí que inventar historias no me llevaba a ningún lado, y como no era un tipo de continuar inventándolas, sólo me quedaban dos caminos; escribirlas o vivirlas. La Revolución me dio la oportunidad de crearlas en la acción. Si no hubiera sido por la Revolución, seguramente habría acabado como escritor, lo cual es otra manera de ser un solitario. Como ves, no es este secreto un secreto terrible el que me hace ser un solitario, sino una cuestión de temperamento.
- ¿Sabes lo que pienso? Pienso que te deberías casar.
- ¡Trop tard!¹⁶
- ¿Por qué?
- Ya se me pasó la época. Opino que ya me habitué a ser el dueño de mi mismo y que me sería difícil compartirme. Sino, tendría que conseguirme una mujer en la que yo mandase, lo cual no es mi estilo. Vivir con una mujer, respetar sus deseos, hacer que coincidan con los míos, buscar compromisos cuando esos deseos son divergentes, aceptar que ella decida, tanto en los pequeños como en los grandes problemas, todo eso hoy me sería muy difícil. Me he vuelto demasiado independiente. Y si me caso, no podría hacer una vida independiente. Prefiero la independencia de una vida a la dependencia de una noche, de vez en cuando. ¡A menos que se me aparezca una mujer excepcional, de aquellas que solamente aparecen a la vuelta de decenios! Pero, hasta ahora no la he encontrado. Pero todo esto nos ha llevado muy lejos de la charla inicial y yo todavía no he cenado.
- Tienes razón. Soy un egoísta – Dijo el Comisario.
- ¡Ya estás de nuevo a disculparte! Si yo no hubiera querido no habría venido, o hubiera abreviado la charla.
- ¿Sabes lo que está pasando en la Base? Está la fracción kimbunda y la kikongo. Ambas fracciones desean nuestra ruptura, para tener un Jefe de fracción.
- Pero existen los elementos destribalizados que apoyan nuestra unión – Dijo Sin Miedo.
- Exacto. La tensión tribal está creciendo desde que volvimos de la misión. Los kimbundos no están contentos por lo que sucedió con Ingratitud y por causa de Andrés...
- En eso del Andrés, tienen razón...
- Los kimbundos atribuyen todos los errores a Andrés, pero también a ti. Son los dos kikongos que más se destacan. Quieren entonces, un conflicto, de esa manera yo me tendría que apoyar en ellos en contra tuya. Los kikongos, por su lado, defienden a Andrés y desean que tú seas el líder militar kikongo que expulse a los kimbundos del Comando.
- La mala suerte de los kikongos es que yo no tengo simpatía por Andrés, y no lo oculto.
- Es la misma mala suerte de los kimbundos, ya sabes el aprecio que le tengo al Jefe de Operaciones...

¹⁶ En francés: Demasiado tarde.

Y soltaron una carcajada, como dos niños que engañaron a sus padres. Muatiánvua y los compañeros que escucharon las risas, se apretaron los brazos los unos a los otros.

- El Jefe de Operaciones está trabajando en las sombras – Dijo el Comisario. ¡Se pasó toda la tarde hablando con los kimbundos, hasta lo llamó a solas a Teoría!
- Mirá que cosa, el tribalismo es más fuerte que el racismo. No lo creía.
- ¡No es tribalismo! ¡Es ambición!

Sin Miedo aprobó con la cabeza. El Comisario dijo:

- Habló también con Mundo Nuevo, el cual me vino a sondear al rato. ¿A qué la juega Mundo Nuevo?
- Me parece que no se mezclará en ese lío, si se da cuenta que la base de todo es el tribalismo. Tal vez todavía no tiene bien en claro ésto, que ese tipo de contradicciones existen. A mi me gusta él, a pesar de que piense que soy un pequeño-burgues y que él sea el más alto exponente de vuestro grupo de dogmáticos. Espero que algún día se le pase.
- ¿Qué podemos hacer? – Preguntó el Comisario.
- Me parece que lo mejor es dejar que las cosas sigan andando – Respondió Sin Miedo.
- Si llamamos a reunión, como sería de tu gusto, porque así está en el manual del Comisario perfecto, no resolveremos nada, les daremos la razón a los que piensan que tenemos problemas ocultos. Dejemos que las cosas se calmen mientras nos preparamos para otra misión, y después de éso, cuando el ambiente se enfríe, entonces hacemos una reunión.
- Estoy de acuerdo contigo. ¿Pero, cómo vamos a preparar una nueva misión si no tenemos vituallas?
- Es cierto, ese Andrés... Tenemos que resolver eso primero. No es conveniente que ninguno de nosotros abandone la Base. Vamos a envíar al Jefe de Operaciones a Dolisie. Ya sé que él se va a quedar una semana, pero no hay otra solución.
- OK.
- Cuando él traiga comida, nos prepararemos para hacer una acción. La inactividad crea todo tipo de problemas. Como dice Milagro, la guerra esta fría, por eso la Ley también esta fría. Solo podremos vencer al tribalismo cuando la gente de Cabinda comience a enrolarse en nuestro Movimiento, entonces los problemas entre los kikongos y los kimbundos, serán sólo pequeñeces.
- Tendremos que tener mucho cuidado de no cometer ninguna injusticia que pueda provocar una catástrofe. Y debemos demostrar en todo momento que estamos unidos y unánimes en las decisiones. En cuanto al caso de Pangu-Akitina, es mejor no prestarle mucha importancia.
- Bueno, era ésto todo, Comisario. ¿No hay algo más?
- No, lo que queda lo dejaremos para después, ahora estás con hambre.
- Y cómo, esta charla me ha abierto el apetito.
- A mi, me levanto la moral.
- Comisario, y qué significa mi apetito súbito ¿No es lo mismo?

Se levantaron riendo y fueron hacia la casa del Comando, sintiéndose libres como volutas de humo que se liberan de la selva. Tranquilizados. Muatiánvua y sus compañeros se fueron a dormir.

Un momento después sonaban las palmadas del toque de silencio.

Yo, el narrador, soy Muatiánvua.

Mi padre era un trabajador bailundo de Diamang, mi madre una kimbundo de Sango. Mi padre murió de tuberculosis, como un trabajador de minas, un año y medio después de que yo naciera. Nací en Lunda, en el centro de los diamantes, allí mi padre cavó la tierra virgen, cargó vagones de tierra que sería sarandeada para separar los diamantes. Murió en un hospital de la compañía. Las manos rudas de mi padre habían extraído millones de Escudos en diamantes. A nosotros no nos dejó ni uno, ni siquiera el salario de un mes. Los diamantes le habían entrado en el pecho, chupándole las fuerzas, chupándolo hasta que murió.

El brillo de los diamantes son las lágrimas de los trabajadores de la Compañía. La dureza del diamante es la ilusión: No son otra cosa que gotas de sudor desparramadas entre toneladas de tierra que las cubren.

Nací en el medio de la tierra de los diamantes, sin llegar a verlos, quizás por que nací en el medio de ellos. Desde joven sentí atracción por las gotas del mar inmenso, aquellas gotas diamantinas que quedan prendidas del casco de los navíos, o las que saltan en el aire con el brillo lechoso de lágrimas ocultas.

Recorrí el mar durante muchos años, de norte a sur. Desde Namibia, donde las arenas del desierto se confunden con las arenas de la playa. Viaje a Gabón, Ghana y Senegal, donde el mar y las playas van adquiriendo un tono dorado hasta confundirse con las de Mauritania uniendo el Africa del norte con el Africa Austral. Fui marinero del Atlántico y también del Indico, arribé a Arabia y desde ahí a Mozambique y Benguela. ¡Playas de Benguela, playas de Mauritania, playas de Arabia, todas las playas del mundo son amarillas!

En todos los puertos tenía una mujer, en todos los puertos tuve peleas. Hasta que un día en las Camarón, oí en la radio el ataque a las carceles aquel 4 de Febrero. Mi barco volvía para el sur y no pasaría por Angola. Me quedé en Matadi, ex-Congo Belga. Lumumba había muerto, la herida sangraba todavía, esa herida sólo dejó de sangrar cuando el 4 de Febrero estalló.

Donde nací yo, había hombres de todas las lenguas viviendo en las miserables moradas de la Compañía. Crecí en el barrio de Benfica en Benguela. Allí vivían también hombres de las más diversas lenguas, sufriendo las mismas amarguras. En el primer barco que trabajé había hasta marineros blancos, y también hijos de umbundos, tchokue, kimbundo, fiote, kuanhama.

A las mujeres que amé, eran de todas las tribus. Desde las reguibat de Marruecos, las Zulu de Africa del Sur, todas ellas eran bellas y sabían hacer el amor. ¿Cuál es la diferencia entre una mujer que esconde el rostro tras un velo, y aquella otra que lo deforma con escarificaciones?

¡Y alguien pretende hoy que yo sea tribalista!

De qué tribu, me pregunto yo. De qué tribu, si yo soy de todas las tribus, no solamente angolanas, si no de las africanas. ¿Acaso no sé swahili, y hablo el aussa como un nigeriano? ¿Cuál es mi lengua, yo que no podía decir una frase sin emplear lenguas diferentes? Y ahora el portugués que utilizo para hablar con mis camaradas. ¿El portugués, a qué tribu angolana pertenece el portugués?

Yo soy aquello que se deja de lado, porque en mi no prevalece la sangre kimbundo de mi madre, o la umbundo de mi padre. Al igual que Sin Miedo, que Teoría, y también el Comisario y tantos más.

La inmensidad del mar, me enseñó la paciencia. El mar une, el mar estrecha, el mar acerca. Nosotros también tenemos nuestro mar interior que no es Kuansa, ni Loje, ni Kuneme. Nuestro mar esta hecho de gotas de diamantes, sudores y lagrimas caídas, nuestro mar es el brillo de un arma bien aceiteada como una chispa en medio del verde del Mayombe, fulgurante como un diamante al sol de Lunda.

Yo, Muatiánvua, el de nombre de Rey, yo, el que escogí mi ruta en medio de los caminos del mundo, yo, ladrón, marinero, contrabandista, guerrillero, siempre al margen de todo ¿Acaso las playas no son un margen? Yo no necesito de una tribu para apoyarme y sentir mi fuerza. Mi fuerza viene de la tierra que chupó la fuerza de otros hombres, mi fuerza viene de atar cabos y dar vueltas a manivelas, dar golpes en las mesas de las tabernas portuarias del mundo, al margen de las rutas de los grandes transatlánticos que navegan indiferentes, sin comprender la diferencia entre el brillo de un diamante y el brillo de la arena de la playa.

Capítulo III: ONDINA

La comida y la presa que había cazado el Jefe de Operaciones se habían acabado. Los hombres iban cada vez más lejos a juntar comunas, porque los árboles que estaban cerca de la Base ya estaban agotados. Era necesario ir hacia un lugar a dos horas de marcha para llegar a un sitio virgen donde todavía había frutos. Allí iban de a tres y llenaban las mochilas. Las comunas eran repartidas de igual modo a todos. Había guerrilleros con diarrea, causada por el aceite del fruto. Ekuikui salía de madrugada y volvía a la noche en búsqueda de caza, sin encontrar nada. El enflaquecía a ojos vista con el esfuerzo no compensado, pero obcecadamente volvía a salir al día siguiente.

Hacía cuatro días que el Jefe de Operaciones partiera. Había enviado un mensajero diciendo que los aprovisionamientos llegarían en breve, pero los días pasaban y el reabastecimiento no llegaba. Ya hacía una semana que toda la Base no se alimentaba debidamente. Las comunas eran nutritivas, pero no quitaban el hambre, ellos estaban acostumbrados a comer mandioca, que llena el estomago sin alimentar. El hambre aumentaba el aislamiento.

El Comisario corría de un sitio para otro intentando resolver los conflictos que se multiplicaban en la tropa. Varios guerrilleros hasta habían amenazado con desertar, pero todo se quedó en palabras; pero un día, las desertiones serían reales. Sin Miedo le dijo al Comisario que evitara dar castigos en casos de conflictos tribales, pues el hambre acentuaba el nerviosismo y florecían los conflictos tribales. El Comisario al principio no quería ceder, pero acabó reconociendo que la situación era anormal y que la irritación se apoderaba de todos. Se volvió un mediador entre los adversarios en vez de un juez.

Mundo Nuevo había notado la modificación en la actitud del Comisario. Un día le solicitó un momento para hablar. Estaban cerca del río y el Comisario dio su consentimiento.

- Camarada Comisario, me parece que ustedes han adoptado un aire muy liberal. Han sucedido cosas graves, muy graves aquí en la Base, y el Comando no ha dicho nada sobre ellas. ¡Ahora solamente faltan los tiros! Y usted, en vez de imponer disciplina intenta apaciguar las cosas.
- Hay hambre, camarada. Las cabezas no funcionan bien con hambre, y mucho menos los nervios. No podemos reaccionar con la misma rigidez que lo haríamos en periodos normales.

Los ojos del Comisario estaban fijamente clavados en el río, como esperando ver un cardumen de peces. Ya había pensado ir hasta el Lombe a pescar, pero sabía que eso no compensaría el esfuerzo y el riesgo... para peor, no tenían ni sal.

- Yo creo que no se puede transigir, porque la situación se agrava más, todos se disculpan de sus enervamientos y no se contienen. Pienso que usted, camarada, como Comisario debe ser inflexible.
- No, eso sólo provocaría una rebelión, lo cual sería injustificable.
- Pero, no se puede ablandar la disciplina solamente por el temor a una rebelión.
- Depende de las ocasiones, de las circunstancias.
- No, camarada Comisario, no puedo estar de acuerdo. Eso es un compromiso, y es oportunismo. Hay cosas inamovibles como la disciplina...

- El problema no es la disciplina. Es el castigo a la indisciplina. Cuando la situación cambie, criticaremos a los que en este momento han cometido indisciplinas. Pero no ahora. Todo depende de las circunstancias.
- Hay cosas que deben estar por encima de las circunstancias. No se puede entrar a ningún lado sin tener que oír una discusión. ¿Por qué mi comuna es más pequeña que la tuya? ¿Por qué el Intendente te dio más comunas que a mi? Etc, etc. Esto no puede continuar así. Si pasa algo grave, la responsabilidad sera suya.
- Nunca huí de la responsabilidad, camarada Mundo Nuevo, no es necesario que me lo recuerde. Estoy dispuesto a defender mi opinión en cualquier lado.
- Ahí será demasiado tarde, pues lo malo ya habra sucedido. Los problemas disciplinarios le competen a usted, es por eso que debe decidir con toda autoridad sin pedirle opinión a nadie.
- Muchas gracias por el consejo, pero le recuerdo que conozco mi trabajo. Y le pido opiniones a quien deseo... Hasta estoy obligado a oír las opiniones de los que me imponen las suyas, como usted lo está haciendo ahora...

El Comisario le dio la espalda y se volvió para la Base. Mundo Nuevo se quedo apretando los puños para no gritar. Teleguiado, murmuro entre dientes. El Comandante te agarró aprovechando la ausencia del Jefe de operaciones, y te metió en su bolsa.

El Comisario fue directamente a la casa del Comando. Allí estaba Teoría y Sin Miedo. El Comisario se recostó en su catre intentando calmarse.

- ¿No escuchaste la declaración en la Radio? – Un guerrillero fue capturado e hizo declaraciones. ¡Declaraciones en contra nuestra, claro! Puede ser mentira, pero también puede ser verdad.
- No las escuché – Respondió el Comisario.
- Decían que fue en Moxico.
- Es muy difícil para uno que cae preso – Dijo Teoría – Está aislado, solo contra todos. Todos a los que ves es un enemigo y tú estás allí, solo en medio de ellos. Es duro, no hay duda de que es duro. ¿Que hacer en una situación así? Hay algunos que resisten, otros hablan. Tengo la impresión de que hablan a causa del aislamiento moral, mas que por el sufrimiento físico.
- Depende de los individuos – Dijo Sin Miedo – Están los que en primer lugar se conforman; son los desesperados, que se dejan destruir, que se quejan constantemente pero que aceptan en el fondo la desgracia. Formalmente, aparentemente son los más inconformistas, porque gritan, protestan, lloran. Pero eso es una forma de aceptación. El inconformismo es una actitud racional y coherente. Los otros son tipos sin personalidad, para quienes las lagrimas y los gritos no son nada más que un medio exterior para convencerse de que todavía son revolucionarios.
- Esta buenísimo – Dijo Teoría – Continua.

El Comandante lo miró al Comisario que estaba con los ojos cerrados. Una arruga de preocupación le surcó la frente.

- Están también los inconformistas, que luchan para huir, que preparan planes y crean otros cuando aquellos fallan, que viven en oposición directa con los guardias, que son castigados todo el tiempo, pero siguen levantándose.
- ¿Y después?

- El tercer tipo es el de los inconformistas serenos. Viendo que la fuga es imposible, se organizan y hacen agitación junto con los otros presos, consiguen las maneras de estudiar, de escribir, etc. Nunca se lamentan, porque saben que es inútil. No intentan fugas individuales porque son inútiles. Y ellos detestan los gestos inútiles, que solamente desgastan la capacidad de revuelta.
- Te veo en el segundo grupo – Dijo Teoría.
- Yo preferiría verme en el tercero – Respondió Sin Miedo. – Pero tal vez tengas razón. No siempre se consigue ser lo que se desea.

Los guerrilleros llamaron a Teoría porque era la hora de clases. Clases que no despertaban mayor atención. Pero el Comando y el profesor insistían en ellas, pues de cualquier modo ayudaban a pasar el tiempo y olvidarse un poco del hambre. Teoría sufría debilitado por el esfuerzo de tener que hablar constantemente, pero cumplía con su deber.

El Comisario y Sin Miedo se quedaron solos. El Comandante apagó la radio.

- ¿Qué pasa Comisario?
- ¿Por qué lo preguntas?
- Porque estás con cara de quien se enfrenta con un gorila.
- ¡Y me lo enfrenté! Mundo Nuevo me agarró junto al río y me dio una buena batida, por que estoy dejando ablandar la disciplina en la Base. Me dijo que debía ser más duro, que estoy tomando posiciones liberales...
- ¡Eso es típico de él!
- Que seré yo el responsable de lo que suceda algún día, que habrá tiros, que no debo seguir las opiniones de otros. Con eso quiso decir que no debo oír tus opiniones. Y me estaba gritando las de él. ¡Te das cuenta!
- ¿Y tú?
- Terminé dándole la espalda. Es cierto que la situación es delicada, y nadie está seguro de lo que se debe hacer. Andan todos nerviosos y se debe tener eso en consideración. Pero también es necesario no dejar que todo se pudra.
- ¿Qué es entonces lo que piensas que se debería hacer? ¿Poner entre las cuerdas a los guerrilleros que se insultan?
- No es eso, no.
- ¿Ponerlos a hacer guardia suplementaria?
- Con el hambre nadie aguanta de guardia más que el tiempo reglamentario. Se dormirían en la guardia.
- ¿Entonces? – Preguntó Sin Miedo.
- No sé, no sé. Pero pienso que no se pueden dejar las cosas correr.
- Claro, yo también pienso lo mismo. El problema es que no se puede castigar ahora. Pero se debería criticar a los que cometen faltas, críticas muy duras.
- ¡Pero si es esto lo que hago continuamente!
- ¿Entonces, qué es lo que quieres modificar en tu actitud?
- Yo, en nada. Mundo Nuevo es el que lo proponía.
- Hace un momento me parecía de que no estabas totalmente seguro de tu posición.

El Comisario lo miró a Sin Miedo irguiéndose en la cama hasta quedar sentado.

- ¿Alguien puede estar seguro, en una situación como la actual, alguien puede estarlo?
- Sí, se puede. Mundo Nuevo por ejemplo. El tiene una Biblia... Toda la verdad está escrita, gravada en piedra, ni dos mil años de historia podrán adulterarla. ¡Felices los que creen en

lo absoluto, de ellos será la tranquilidad del espíritu! ¿Quieres ser feliz, segurísimo de ti mismo? ¡Consíguete un catecismo...!

El Comisario sonrió, volvió a acostarse.

- ¿Qué debemos hacer?
- Nada. Esperar.
- ¡El pueblo está tan ausente! – Dijo el Comisario – Si tuviéramos al pueblo más cerca nuestro serían ellos los que nos alimentarían. Aquella aldea en la que estuvimos últimamente podría aprovisionarnos. Deberíamos llevar a la Base más adentro, hacia aquella zona. Ellos podrían abastecernos ¿No te parece?
- Podría, podría... Ahora sólo nos resta esperar al de las Operaciones. Si es que el Señor Andrés se dignó a abrir sus bolsillos.
- ¿Pero debe tener dinero?
- ¿Quién?
- ¿El Andrés?
- Por supuesto que tiene dinero, lo que está haciendo es sabotaje.
- Pero ¿Por que? – Preguntó el Comisario.
- ¡Vaya uno a saber porque un burócrata sabotea la guerra! Puede ser porque la guerra produce más cuadros, los cuales lo pueden sustituir... O por que las cosas deben ser hechas dentro de las normas que él creó y que no se pueden transgredir de ninguna manera. ¡Vaya a saber! Yo tampoco lo comprendo. Porque él se guarda el dinero para gastarlo con mujeres. Gasta bastante con ellas, se dice que tiene una serie de amantes. Pero si sacase dinero a otros sectores menos fundamentales, los sectores civiles, para no dañar la guerra con su vida nocturna. Eso sería lo que haría cualquier tipo deshonesto, pero inteligente. El no. Sabotea exactamente el sector que lo puede liquidar. Porque ahora sería fácil provocar un levantamiento, sería muy simple llevar a los guerrilleros a Dolisie para tomarlo prisionero. ¡Un juego de niños! Eso forzaría a la Dirección a que tome medidas, y cualquiera que ellas fueran, daría con sus huesos en otro sitio. Muchas veces me pregunto si no es esta la única solución que nos queda....
- ¿Por qué no la pones en práctica?
- ¿Cuáles serían los guerrilleros que no lo harían? Sólo los kikongos. Aunque tal vez marcharían si yo los convengo.
- No sé, el Andrés siempre les da dinero a escondidas, cuando van a Dolisie.
- ¡Ahí está! No a todos. El mismo Pangu-Akitina se queja. Y aunque los kikongos no quisieran, ellos son una minoría que no se opondría, porque yo estaría con los amotinados.
- Perderías totalmente el prestigio delante de ellos.
- ¡Oh! Si supieras como me cago en ese prestigio tribal! Si no lo hago no es por eso.
- ¿Por qué entonces?
- Tal vez porque es un gesto de rebelión demasiado fuerte, exagerado en relación a la gravedad del caso. O porque tengo una secreta esperanza de que haya otra solución.
- ¡Conque esas tenemos! Dijo el Comisario – Si lo dijera otro no me asombraría. Pero quedo pasmado al oírte hablar así.
- ¿Qué quieres? A lo mejor soy menos anarquista de lo que supones...Y tú ¿Serías tú el hombre que dirigiría ese levantamiento?
- Ya lo pensé. Sería capaz, si el naciera de una reunión de militantes. Si la mayoría de los militantes lo exigiera. ¿Por qué no? Lo que está en causa es nuestra lucha. La última acción demostró que hay condiciones para llevar aquí adelante la lucha. Sólo hace falta crear organización. Andrés está saboteando el desarrollo de la guerra. Es el dinero de los

militantes lo que él esta utilizando. Pero, como te digo, tendría que ser una decisión tomada en una gran reunión de militantes.

- ¡Te estas volviendo un demagogo! Bien sabes que la mayoría marcharía si nosotros dos tomásemos una posición a favor del levantamiento. No me vengas con el cuento de que te someterías a la desición de la mayoría cuando sabes bien que puedes influir en ella.

El Comisario estaba a punto de responder cuando Luchamos entró abruptamente en la casa del comando.

- Camarada Comandante ¿Puedo ir a cazar?
- ¿Tan tarde?
- Estaba en el río y vi un pájaro azul en el cielo. Eso es señal de suerte. Seguro que hay caza aquí cerca. De seguro que voy a encontrar algo, eso es lo que el pájaro me señaló.
- Alla tú y tu superstición – Dijo Sin Miedo – Anda, anda porque si no vas a decir que yo soy el responsable del hambre, porque no dejo a los cazadores marcados por la providencia ir a cazar. Claro que aunque no encuentres nada, vas a seguir creyendo en los pájaros.

Luchamos se encogió de hombros y se fue.

- ¿Cuándo vas a acabar con estas creencias, Comisario?
- ¡Ni con veinte años de Socialismo!

El Comandante volvió a encender la radio. La emisión oficial transmitía músicaailable. Estábamos hablando del levantamiento – Dijo el Comisario – Debo reconocer que si nunca te hablé de ésto, fue por temor a incitarte. Pensaba que en algún momento tomarías una desición política (el Comisario recalcó el termino) harías un discurso a los guerrilleros y les darías la orden de ataque, como si fuera una operación...

- Como lo ves, te engañaste rotundamente.

Indescifrable Sin Miedo, pensó el Comisario. Realmente las líneas nunca son rectas.

- ¿Sabes una cosa, Comandante? Tengo deseos de fumar.
- Que tipo. Pero si tú nunca fumas...
- Hay veces que tengo ganas.
- Toma un cigarrillo, no vayas a toser ni ahogarte.

Sin Miedo le alargó el paquete. El Comisario sacó un cigarrillo y luego lo volvió a colocar en el paquete.

- Mejor dejemos. Los cigarrillos se están acabando. Yo no estoy enviciado y sería egoismo fumarme uno de los pocos que te quedan.
- Tienes razón, no insisto. Me quedan tres. Al hambre lo puedo soportar más facilmente. La falta de cigarrillos es lo peor. Cuanto menos se come, mayor es el deseo de fumar. ¿Qué haremos si el de las Operaciones no llega hoy? Tendremos que marchar hacia Dolisie.
- ¿Sólo por causa de tus cigarrillos?
- ¡Claro! Ahí ya tendré un motivo serio que me hará olvidar los escrúpulos.

El Comisario se rió, con una risa juvenil en la que todos los músculos participan del esfuerzo. Al contrario la risa de Sin Miedo, parecía venir desde muy adentro y se soltaba en una carcajada atronadora. La risa del Comisario salía de su piel, o de su vientre. ¿Será la edad lo que lleva a la risa a enterrarse en el cuerpo? Pensó Sin Miedo. ¿Cómo reiré yo dentro de diez años? Con una sonrisa bajita sin mover los labios, como sonidos roncós liberándose de una garganta vieja. Ronco como los de un León. El León siempre está asociado con la idea de vejez. ¿Y dentro de veinte años? ¿A los cincuenta y cinco? Bueno, a esa altura ya no estaré vivo y la risa saldrá de una tumba, un metro debajo de la tierra, por lo tanto será más profunda y hará estremecer la lápida con su letras y fechas. Si es que tengo una lápida...

Sin Miedo se fue a entrenar los reclutas nuevos y el Comisario se marchó hacia la escuela, para distraer el tiempo, pero también para estimular al profesor y sus alumnos. Los reclutas se quejaban de debilidad, no estaban acostumbrados a tal régimen. Sin Miedo se hacía el sordo y no escuchaba sus protestas, obligándolos a realizar los ejercicios habituales, aunque les diera más espacios de descanso y no insistiera con los más duros. Vewé, continuaba a escabullir el contacto con él, por eso el Comandante se colocaba siempre cerca suyo y lo elegía como compañero en los ejercicios de par. Vewé obedecía pero no habría la boca. ¿Está ofendido o avergonzado? Ciertamente que son las dos cosas.

La escuela y los entrenamientos fueron interrumpidos por los avisos de la guardia: Se acercaba un grupo de hombres. Los guerrilleros abandonaron lo que estaban haciendo y corrieron a la entrada del camino olvidando hasta las armas. Sabían que solamente podía tratarse del grupo de abastecimiento del Jefe de Operaciones. Los abrazos de los que llegaban y de los que los esperaban demostraban no solamente la alegría del reencuentro, sino el sentimiento de que se había quebrado el aislamiento. Los gritos y abrazos demostraban que el ambiente en la Base se había distendido.

Pero el Jefe de Operaciones no solamente traía el reabastecimiento. Lo llamó al Comandante aparte.

- Traigo un mujimbo.¹⁷ Y usted es la persona más adecuada para resolverlo.
- ¿De qué se trata?
- Hay una maka¹⁸ en Dolisie. Fue por eso que nos demoramos allí. Era imposible de encontrarlo al camarada Andrés, se anda escondiendo de los militantes. Es sólo su ayudante el que sabe dónde está. Nos consiguió comida, pero se demoró bastante.
- Pero ¿Qué es lo que pasa?
- Algo muy serio, y hay mucha preocupación... ¡Se los encontró al camarada Andrés con la camarada Ondina...en los pastizales! Está todo ardiendo como pólvora. Dolisie está a punto de arder. No sé que debo hacer con el Comisario. Todo el mundo lo sabe, él tiene que saberlo.

Sin Miedo se recostó contra un árbol. Encendió un cigarrillo. El Jefe de Operaciones notó que la mano del Comandante temblaba.

- ¿Qué debo hacer, camarada Comandante?
- No hacer nada, no digas nada.
- ¿Y él quedará sin enterarse?
- No, yo voy a hablar con él – Suspiró Sin Miedo – ¿Quién es el que podría hablar con él, si no soy yo?
- Traigo una carta de Ondina para él.

¹⁷ Noticia, chisme en Lengua local.

¹⁸ Lío, problema en Lengua local.

- ¡Ah bueno! Se la entregaré después de que hablé con él. ¿Estás seguro de que todo es cierto?
- Si, es verdad, camarada Comandante. Debe estar llegando hoy a Dolisie, un camarada de la Dirección para resolver el caso.

Volvieron a la casa del Comando. El Comisario estaba con algunos guerrilleros charlando animadamente, sin notar la reserva de ellos que le hablaban ceremoniosamente. Lo que el Comisario no notaba, Sin Miedo lo descubrió inmediatamente. El Jefe de Operaciones lo miró a Sin Miedo. Esté le ordenó con la cabeza lo que tenía que hacer.

- Tengo una carta para usted, camarada Comisario.

El Comisario reconoció la letra. Una sonrisa se le dibujó en los labios y en los ojos. Interrumpió la charla y rasgó precipitadamente el sobre sentándose en la cama. Sin Miedo estudiaba sus reacciones, y vio como el Comisario pasaba lentamente, con la lentitud que leía la carta, del estado de deleite al de estupefacción, después al de incredulidad, para terminar en apatía. Se recostó en la cama, mirando el techo con la carta en la mano. Ondina le había explicado todo, eso era evidente.

¿Qué se podía hacer? Lo mejor era dejarlo salir solo de su apatía, cuando la desesperación hubiera aflojado sus garras, entonces, sería el momento de intervenir.

El Comandante fue a la cocina a ordenar que se preparase un almuerzo abundante, pero el Jefe de día ya había tomado la iniciativa. Los grupos se secreteaban y el mujimbo pasaba de la boca de los que habían regresado de Dolisie a los oídos de los que se habían quedado en la Base. Por lo menos una vez, pensó Sin Miedo, el mayor interesado no fue el último en enterarse. Necesitaba conocer los pormenores antes de poder formular una opinión, pero sentía por primera vez una cierta admiración por Ondina, que fue capaz de utilizar la primera oportunidad para contar lo sucedido. Bueno, eso dice mucho a su favor...

El Jefe de Operaciones se le acercó.

- Va a haber muchos problemas en Dolisie, camarada Comandante. Como ya le dije, la Dirección ha enviado un camarada, y seguramente el camarada Andrés será sustituido.
- Y no será a destiempo – Respondió Sin Miedo.
- Me parece que usted debería ir allá, junto con el camarada Comisario.
- El Comisario irá si él quiere. Eso es un problema personal y no tenemos por qué meternos. Yo también estoy pensando en que tendré que ir, ya que ésto es un problema de organización. ¿Pero dónde se encuentra Andrés?
- Escondido. Tiene miedo de la reacción de los militantes, y de lo que se dice. Porque los problemas tribales también van a ser puestos sobre la mesa. Están vigilando los trenes, pero él no ha tomado ninguno. Por lo tanto, debe estar en Dolisie, a menos que haya viajado haciendo dedo a algún automóvil de Brazzaville.

Andrés era kikongo y Ondina la novia de un kimbundo. No se necesitaba de ser brujo para adivinar el clima que reinaba en Dolisie, pensó, Sin Miedo. Andrés se enterró definitivamente. En tanto tenía amantes congoleñas, la gente murmuraba, pero no se atrevían a hacer algo. Ahora era diferente. Lo dramático era que ésto sucediera a costa del Comisario. Si, era injusto. ¡Pero, como saber lo que era justo o injusto cuando hay mujeres de por medio! ¿No fue a causa de una mujer, que Cain lo mató a Abel? Si no se lo reconoce, es porque la Biblia escondió púdicamente la verdad.

Al volver a la casa del Comando, Sin Miedo encontró al Comisario preparando su mochila, él lo miro, y Sin Miedo al notar el aire ausente en la mirada sintió temor. Sería inútil tratar de esconder o ir con medias palabras, era necesario hacer algo ahora.

– ¿Adónde vas..? ¿A Dolisie?

El Comisario no respondió. Dobló la colcha sobre la mochila y apretó las correas. El Comandante le puso una mano sobre el hombro.

– ¿No quieres que hablemos un poco?

El otro no respondió. Se puso la mochila en la espalda, tomó el arma y la cantimplora.

– Comisario, respóndeme ¿Adónde es que vas?

El Comisario se volvió y movió los labios, y repentinamente salió. Sin Miedo tomó el AKA y salió detrás de él.

El Comisario caminaba rápidamente. Pasó por delante del centinela, atravesó el río y tomó el atajo hacia Dolisie. El Comandante lo seguía a diez metros de distancia. Marcharon atravesando el río en los vados. El Comisario no parecía darse cuenta de la presencia de Sin Miedo. Va ciego y sordo, pensó éste. Es muy peligroso caminar así en la selva. Sin embargo el Comisario se detuvo y miró hacia atrás.

– ¿Qué quieres, Sin Miedo?

– Voy contigo.

– ¿Por qué?

– No me respondiste adónde te marchabas. Yo soy el Comandante y tengo el derecho y el deber de seguir a los que salen de la Base ilegalmente. Y detenerlos si lo juzgo necesario.

– Yo no estoy huyendo.

– ¿Quién me lo garantiza?

– No estoy desertando.

– Estás en un estado de deserción, pues no me dijiste donde vas.

– Sabes muy bien adonde voy.

– No, no lo sé porque no fui avisado. Puedes pensar que es un acto burocrático, pero ese es mi deber.

– De todas maneras me marchó. – Dijo el Comisario – Puedes considerarme un desertor si lo deseas. Y no te creas que me queda mucho respeto por tu organización...

– No puedes condenar a la Organización por la actitud reprobable de un responsable.

– Son todos la misma cosa. Se aprovechan de el hecho de ser dirigentes para...

– ¡Tú también eres un dirigente, Comisario!

El Comisario se encogió de hombros. Estaban frente a frente en el medio del camino, el Comisario con el arma en las manos, el Comandante con la suya sobre el hombro.

– ¡Sentémonos a conversar! – Dijo Sin Miedo.

– No hay nada de que hablar.

– ¡No seas pavo! ¿Te vas a Dolisie a hacer qué? Yo también voy a ir a Dolisie. Lo había pensado hacer mañana. Hoy es muy tarde y quiero aprovechar a cenar. Si lo deseas, puedes venir conmigo. Además, es mejor que vayamos los dos, pues habrá serios problemas políticos a resolver.

– ¡Me cágo en los problemas políticos!

- Esta bien, lo sé. Comprendo perfectamente lo que sientes, creeme. ¿Pero, para que desertar cuando podemos ir legalmente? ¿Por qué vas a perder tu razón a los ojos del Movimiento, sólo por hacer algo impensado?
- No estoy desertando, ya te dije donde voy. De todas maneras, soy miembro del Comando y puedo tomar mis propias decisiones. Y además no me importa lo que piense el Movimiento.
- No me obligues a que sea yo el que tenga que defender el Movimiento, Comisario. Yo, el anarquista, impidiendo que el Comisario Político haga un acto irrespetuoso al Movimiento.
- ¿Qué le da el Movimiento a los militantes? Sólo puñaladas por la espalda.
- No confundas a un dirigente irresponsable con la Organización.
- ¡Son todos iguales!
- No lo son, y tú bien lo sabes.

Sin Miedo le extendió el paquete de cigarrillos que le trajera el Jefe de Operaciones. El Comisario aceptó. Los dos comenzaron a fumar.

- ¡Sentémonos! Fumar de pie no es agradable.

El Comisario obedeció. Gané el primer asalto, pensó Sin Miedo. Ahora hay que ir cautelosamente adelante.

- ¿Qué vas a hacer si continuo andando? – Preguntó el Comisario.
- De las dos, una: O te detengo, o te acompaño. Estoy indeciso. La primera alternativa me repugna, no es la justa. La segunda hipótesis me agrada más, pero no avisé en la Base y no traje mi mochila.
- ¿Nunca me detendrías?
- Me vería forzado a hacerlo, pues no te puedo dejar ir solo. La noche ya esta cayendo.
- ¿Nunca lo intentarías?
- ¿Te parece que no?

El Comisario tiró la colilla del cigarrillo.

- ¿Qué vas a hacer en Dolisie, Juan?¹⁹

Por primera vez, Sin Miedo lo llamó con su nombre, el mismo con que Ondina lo llamaba.

- Voy a resolver el problema.
- ¿De qué manera?
- ¡Qué sé yo!
- ¿No sería mejor que lo pensaras un poco y fuéramos mañana allí los dos?
- Necesito de verla, de hablar con ella... No puedo decidir nada sin antes hablar con ella.
- ¡De acuerdo! Pero es mejor que lo hagas mañana. Vas a llegar en medio de la noche, sin Guía de Marcha. Claro que eso no es grave, pero, puede complicarte la vida, si alguien lo desea.
- ¿Te parece que alguno me pedirá la Guía de Marcha? Todos huirán de mi, como si tuviese sarna, al que es necesario evitar, pues nadie sabe como se le habla a un sarnoso... Puedo desertar, puedo ofender, todo me esta permitido, porque soy un sarnoso. Esta es una sarna que no se cura, una sarna que durará hasta que llegue la muerte, como un signo infamante. ¡Yo soy un cornudo! ¿Comprendes? Y tú me vienes a hablar de pequeños aspectos

¹⁹ João, en portugués.

formales, como Guías de Marcha... Se que estás buscando un pretexto cualquiera, que quieres retenerme en la Base, tienes miedo de que me marche en medio de la noche. ¡OK!
¿Por qué andas con tantas vueltas?

Sin Miedo desvió la mirada hacia el camino. Un día de estos, los portugueses lo descubrirían e irían derecho hacia la Base. Los exploradores coloniales ya los andaban buscando. La existencia de la Base fue detectada por los espías infiltrados en el Congo. Tal vez ahora estuvieran esperando en alguna emboscada, toda la atención era poca, y el Comisario, solo por ese camino, sin reparar en el ruido de un pie imprudente al quebrar los gajos.

- No puedes hablar así, no sabes lo que pasó en realidad.
- Ondina en su carta me lo cuenta todo.
- ¿Tenían una relación permanente o sólo fue circunstancial?
- Fue circunstancial, sólo una vez. Por un acaso. No, eso nunca es por un acaso. Si por lo menos estuviera enamorada de él, yo lo comprendería. Tuve ese presentimiento un día, pero fue algo muy vago. Ella dice que realmente no lo quiere, que solamente fue un acaso... Y yo no entiendo, Comandante, no entiendo. Hago un esfuerzo, pero no consigo comprender.

Yo lo entiendo, pensó Sin Miedo. ¿Pero quién puede afirmar finalmente que comprende?
¿Quién puede estar seguro de algo?

- Me parecía que ella me quería, aunque tuviéramos algunos problemas, y así lo dice en su carta... No sé. Me dice que se marchará, que pidió una transferencia, me pide perdón... Y yo no consigo entender, Comandante. ¿Por qué? ¿Por qué? Oh ¿Por qué?

Sin Miedo lo dejó llorar. Eso era lo que deseaba, que llorase como un niño. Y él sería una madre dejándolo llorar en su regazo. Lo abrazó, y sintió las convulsiones del cuerpo del comisario, esto le trajo a la memoria las convulsiones del traidor apuñalado. Una sensación desagradable se apoderó de él, sintió deseos de repeler al Comisario. El pánico se apoderó de Sin Miedo abrazando un Comisario moribundo que temblaba. No podía repelerlo, él necesitaba sentirse niño entre sus brazos para poder dejar escapar toda la rabia, toda la desesperación acumulada. Sin Miedo soportó estoicamente la desagradable sensación hasta que el Comisario se calmó.

Se levantó y tomó su arma desandando el camino hacia la Base. Sin Miedo lo siguió. Cuando llegó al río, sumergió la cabeza en el agua, levanto la cabeza para respirar y la sumergió de nuevo, repitiendo la misma cosa unas cinco veces. Al final, se sentó en una piedra con el agua cayendo de su cabeza y chorreando por su cuello mojándole la camisa. Se levantó de pronto diciendo.

- Me voy a Dolisie.
- ¡No digas tonterías! Esperemos hasta mañana.
- Necesito de verla hoy. Necesito poder descansar.
- ¿Descansar de qué?
- De saber realmente lo que pasó.
- ¿Y con el Andrés? ¿Qué piensas hacer con él?

El Comisario lo miró a Sin Miedo con una mirada pura, de niño ahogado por las lágrimas. Es así que te vas volviendo un hombre, pensó Sin Miedo. Volverse hombre es crear una cáscara

protectora alrededor llena de espinas que protejan, una cáscara más y más dura que se va endureciendo con los golpes sufridos.

- Nada. Claro que no le haré nada. Que sea el Movimiento el que se encargue de él.
- Suponía que te querías vengar.
- ¿Vengarme de qué? ¡El no la violó!
- Hace un rato me decías que todos los dirigentes son iguales, que abusan de su poder.
- Eso le compete a la organización. La falta de él, es una falta con el Movimiento, es un dirigente que cometió una falta de disciplina. Y eso no me importa. Lo que me importa es ella.
- Entonces no has perdido tu confianza en el Movimiento...
- ¿Cómo habría de hacerlo, Comandante? ¿Qué sería yo sin el Movimiento? Un huérfano. Si en el Movimiento todavía hay tipos como tú ¿Cómo podría perder la confianza?
- ¡Cuidado! Esas ideas son muy peligrosas y equivocadas... De ahí es muy fácil caer en el culto a la personalidad...
- ¡Qué tonto soy! Me desafías a la discusión para distraerme, y yo caí en la trampa... Me marchó. ¡Déjame pasar!
- No Juan, no pasarás. Iremos mañana.
- ¡Déjame pasar!

El Comandante estaba parado cubriendo el camino hacia Dolisie, con el arma sobre su hombro. El Comisario le apuntó con su AKA.

- Yo voy a Dolisie, Sin Miedo, no intentes impedírmelo.
- No lo hagas Juan, si no tendré que detenerte.
- Inténtalo, si te crees capaz.

El Comisario avanzó, apuntando con el arma: Sin Miedo estudió sus ojos. Avanzó un paso. Los ojos del Comisario se encendieron con un fulgor repentino que pronto desapareció. Sin Miedo avanzó otro paso. El cañón del AKA del Comisario le tocó el vientre. Sin Miedo apartó el cañón con el brazo izquierdo, sin quitar los ojos de los ojos del Comisario, tomó el arma por el cañón tirando hacia sí. El Comisario soltó el arma. El Comandante puso tranquilamente las dos armas sobre su hombro.

- ¡De vuelta a la Base! ¡Avanza!

El Comisario caminó delante de él, sin protestar. Cerca de la Base Sin Miedo le devolvió el arma.

- Esto queda entre nosotros.

Cuando volvieron a la base ya eran las dos de la tarde y el almuerzo estaba listo. El Comisario se dirigió hacia la casa del Comando, Sin Miedo pidió a los guerrilleros que lo dejaran tranquilo y se fue a la cocina a pedir comida para los dos. El Comisario no deseaba comer y Sin Miedo no insistió, dejando el plato sobre la mesa. Un momento después el Comisario lo tomó y con una sonrisa avergonzada comenzó a comer.

- Disculpa ¿Me puedes dar un cigarrillo?

El Comandante le alcanzó el paquete.

- No me digas que ahora vas a comenzar a fumar.
- Es probable. ¿Acaso no dicen que el cigarrillo es el único compañero fiel?

Sin Miedo sintió la amargura del otro, le encendió el cigarrillo sin responder. Y luego se encendió el suyo.

- Los otros días querías conocer mi secreto. ¿Te recuerdas? Todavía lo quieres oír?
- Si.
- Bueno, creo que ha llegado el momento. Vamos hasta el río. Allí está nuestro confesionario.

Fueron y se sentaron sobre un tronco. Sin Miedo se sacó las botas y metió los pies en el agua.

- Deberías imitarme, es una sensación deliciosa.
- Ciertamente – Dijo el Comisario. – Pero si aparecen los tugas, tendrás que dejar las botas y huir descalzo, lo que no será nada agradable.
- Ya me sucedió una vez.
- Ya lo sé.
- Como ves, hay faltas que no se corrigen. Pero tu querías oír mi historia. ¡Muy bien! En Luanda yo tenía unos veinticuatro años y vivía con una muchacha que se llamaba Leli, ella era mestiza. No nos casamos por problemas con su familia. ¡El padre era comerciante y deseaba que su hija se casara con un blanco, para mejorar la raza! Pero ella lo convenció de que andaba con otro. Un día llegó a la casa diciendo que se marchaba. Yo ya lo desconfiaba pues últimamente, andaba ausente y fría, siempre irritada. Yo era todavía muy joven, sin mayores experiencias. Ella era mi primer mujer, anteriormente sólo había tenido contacto con prostitutas, y eso no era suficiente. Con las prostitutas no hay una relación, todo se hace en base al dinero. La única manera de tener una relación con ellas es si uno es el cafizo. Pero yo nunca tuve condiciones de ser un cafizo. Desconocía toda la técnica de dominar al otro.
- Se asegura que es un gran arte, el ser cafizo – Dijo el Comisario.

El Comandante no escuchó el comentario y siguió en sus recuerdos.

- Fue una escena terrible, ella lloraba en un rincón, yo en el otro. Ella aseguraba que no se había acostado con el otro, pero que era lo que más deseaba en su vida. Acabó por quedarse conmigo un tiempo más. ¡Y yo seguía sin aprender! Parecía que todo se había calmado, pero sólo habíamos retrasado el final. Yo por ese tiempo hacía trabajos clandestinos y a veces tenía que viajar para Caxito o Dalatando. Mi trabajo se resentía a causa de esto, pero a mi no me importaba, la que si importaba era ella, me acusaba de que yo viajaba para encontrarme con otras mujeres, que no quería tener una buena posición social, y que ella era la que sufría miserias, etc. Yo consideraba todo esto como celos y me quedaba tranquilo. Si tenía celos era por que me amaba. ¡Qué ingenuo! Los celos y el amor son independientes, por lo menos en esta sociedad. Pues bien, un día ella me repitió que iría a encontrarse con el otro y se fue de casa. Esa noche me revolví en los celos más feroces. ¡Deseaba salir y recorrer todo el barrio buscándola, me imaginé matándolos a los dos, y muchas otras barbaridades! Después comprendí que nuestra vida era monótona, que todo el amor se había acabado en el primer año juntos. Decidí que debía reconquistarla. Ella regresó a la mañana siguiente, compungida. Me confesó que no había tenido el coraje de ir a encontrarse con el otro, y que había dormido en la casa de una amiga. Comprendí

que estaba bastante presa de nuestra relación y que precisaba de alguna experiencia negativa por otro lado, para poder reconquistarla.

- Entonces la empujaste...
- Exacto. Le dije que no quería saber nada de ella, que buscaría otra mujer. Esto la liberó de mí, pero al mismo tiempo, la choquéo. El hecho de perderme inmediatamente la hizo vacilar. Dominé los deseos que tenía de decirle la verdad y finalmente le expliqué que durante esa noche había comprendido que ella no me interesaba más. Leli no atinaba a hacer nada, la vi desamparada. En ese momento supe que la había vencido y que todo lo demás era solo una cuestión de tiempo.
- ¿Por qué no la recuperaste ahí mismo?
- Necesitaba consolidar mi victoria. Ella se fue a vivir con el otro, un empleado de Correos con aires de intelectual y extremadamente vanidoso y vacío, en el fondo. Yo sabía encontrarme con Leli frecuentemente, me comportaba con ella como su mejor amigo o confidente. Ante ella adopté la personalidad de un libertino, comprensivo con todo y con todos. En el primer mes, Leli no me perteneció, vivía con el otro. Pero, observé como caía en un pozo de desilusión a medida que el tiempo transcurría y lo conocía mejor a mi rival. Inconscientemente ella lo comparaba a él, con el nuevo hombre que tenía ante sí, más adulto y seguro de sí mismo. Fue con deleite que moldeé la personalidad con la que me presentaba. Solía aparecerme acompañado de jovencitas y disfrutaba viendo como los celos se avivaban en ella. Leli siempre fue una buena actriz, pero ahora ella no fingía, Leli se ponía celosa de cualquier muchacha que yo mirase con interés. Sin embargo aún era temprano para actuar. La dejé que se desilusionara totalmente del otro, cenábamos casi todos los días juntos y ella en confianza me narraba sus amarguras, yo subrepticamente, la inducía a reconocer la vanidad, las pretensiones, las ideas pequeño-burguesas y atrasadas que poseía el otro.
- ¡Bueno! Necesitaste de mucha sangre fría... ¡Hasta hiciste un análisis de clase!
- No, esto te lo explico ahora, en aquel momento no era capaz de hacerlo.

Sin Miedo sacó los pies del agua y se los refregó distraídamente.

- Fue a partir del segundo mes que comprobé que Leli estaba harta del otro. Sólo los ligaba una cierta relación sexual. Era allí donde yo tenía que actuar. Una noche me contó confidencialmente que se buscaría un amante, que cuando estaba conmigo jamás lo hiciera porque me respetaba, pero con él... Me lo dijo de una manera superficial, como queriendo saber mi opinión. Y fue en esa noche que la invite a mi casa. Puse música, bailamos, y por fin, atacué. Sólo se dió cuenta de lo que había sucedido cuando terminamos de hacer el amor, quiso lamentarse, pero yo le dije que había sido la cosa más natural, que no tenía nada que reprobarse. Hicimos el amor durante toda la noche. Al día siguiente ella fue a buscar sus cosas a la casa del otro.

El Comandante se calló, con los ojos perdidos en la lejanía.

- ¿Y después?
- Vivimos de esta manera dos meses. Y aquí ahora viene la parte más difícil de contar. Durante el tiempo que estuvimos separados me habitué a la nueva personalidad que me forjara. Todo el esfuerzo por dominar los celos, y de pensar en ella como una victima a abatir, acabó endureciéndome. Dejé de sufrir, o por lo menos, de sufrir de aquella manera absoluta como lo había hecho hasta ahí. Y ahora necesitaba liberarme de ella, de la influencia que Leli tenía sobre mí. Para eso había sido mi reconquista, para hacerme sentir

superior a ella, de ser capaz de actuar racionalmente, sin sentimientos. Después de reconquistarla, me sentí liberado.

- ¿Estabas vacío, no es así?
- Podría decir que mi amor propio estaba vengado. Comencé a descubrir las mezquindades de Leli que antes no había visto. La costumbre de tener otras mujeres me llevó a buscar otras mujeres. Nunca más le fui fiel. Ella lo sabía y me lo perdonaba. Tal vez pensaba que lo hacía como una especie de venganza tardía. Se sentía dolida por esta situación y sin embargo agradecida porque la había aceptado nuevamente. No sé si lo comprendes, pero ella había entendido que me amaba irresistiblemente cuando sintió que me perdía.
- ¿Entonces?
- Al cabo de los dos meses me analicé profundamente. En la mesa de un bar, como acostumbro a hacerlo cuando quiero ser sincero conmigo mismo. Me analicé y comprendí que me había liberado. Que el pasado estaba muerto, que no sentía absolutamente nada cuando pensaba en Leli en los brazos del otro. Decidí acabar de una vez. Entré en la casa y se lo dije, ella al principio no lo podía creer. Se lo repetí “Se acabo, ya no te quiero más, me acostumbré a vivir sin ti”. Ella por fin lo comprendió. Te ahorro la escena. Me dijo algunas verdades, como por ejemplo, de mi orgullo sin límites, y que todo lo sacrificaba por el. No es realmente cierto, las cosas son más complicadas.
- Pero había una gran parte de verdad. La recuperaste para luego dejarla una vez que habías satisfecho tu amor propio. ¿Y después?
- Tenía que hacerlo para liberarme ¿Comprendes? De todas maneras, cuando la reconquisté era sincero, no pensaba en abandonarla, pero después... Todas las interpretaciones son posibles. Continuo... El 4 de Febrero estalló y yo estaba en la organización clandestina, conseguí salir para el Congo. Leli me buscaba intentando recuperarme. Y huyó de Luanda en Abril intentando llegar al Congo. Fue apresada y asesinada por la UPA. Ya te conté que ella era mestiza...
- Quiere decir que...
- ¡No lo digas! ¿Qué fui yo el que causó su muerte, era eso lo ibas a decir? Si, yo fui el que causo su muerte, involuntariamente ¿Qué importa? Leli viva jamás conseguiría reconquistarme. Su venganza fue su muerte. Esto me amarró fatalmente a ella, en un sentimiento que no es amor, pero sin embargo me ata a ella. Hoy no puedo amar a ninguna mujer por temor de hacerle mal. Cuando siento interés por alguna, zás, hay un cristal que me separa, es el miedo de volver a sentir lo que sentí al saber de la muerte de Leli. Matar es fácil, Comisario. ¡Y es mucho más fácil cuando se mata en la guerra!

El Comisario midió las palabras.

- Eso se te pasará cuando en su momento, encuentres a la mujer adecuada.
- ¡Encontré tantas! Me fui para Europa en 1962. Conocí tantas estudiantes, me acosté con tantas de ellas. En el 64 me reincorporé a la lucha. ¡Y conocí tantas muchachas! No, hay algo que se quebró con Leli. Tal vez me haya vuelto muy duro, pero lo cierto es que hay una barrera. Está es la historia. Yo me quedo con las heridas, tú te puedes quedar con la experiencia. Y es por ésto que te confiaré la lección que aprendí.

El Comisario aprobó silenciosamente con la cabeza.

- Comprendí, en primer lugar, que el verdadero hombre, aquel que no puede ser dominado, es el que puede acallar su pasión para poder alcanzar friamente su objetivo. Todo lo que sea sentimientos, irracionaliza, y por ello, incapacita para la acción. Que todos los dominadores son siempre dominados, esta es la relación dialéctica entre los esclavos y el

esclavista. Que las relaciones humanas son siempre contradictorias y que no existen las relaciones perfectas. Que la suerte sonríe a aquellos que la buscan, arriesgando. Que no hay actos gratuitos y que no existe el coraje gratuito. El está siempre en relación a la búsqueda de un objetivo. Y que cuando alguien quiere hacer una tontería, pues debes dejar que la haga. ¡Cada uno actúa según su mejor parecer! Después de que se haya quebrado la cabeza, aceptará mejor los consejos. Sólo se puede saber que un proyecto es malo, cuando no se pudieron alcanzar los objetivos propuestos.

- Se podría decir que toda tu vida te llevó a la estrategia militar, Sin Miedo. El seminario, el amor...
- Si. La vida me moldeó para la guerra. ¿Fue la vida o fui yo mismo? Es difícil de saber.
- ¿Piensas mucho en Leli?
- Si. Antes de entrar en combate. Eso me da fuerzas para combatir.
- ¿Es por eso que luchas?

Sin Miedo lo observó. Después desvió la vista hacia el agua que corría a sus pies.

- No, creo que no. Antes de eso yo ya combatía. Pero nunca hay una sola razón que lo lleva a uno a luchar. Esto cuenta, pero no es la única razón. Pero ¿No me criticas? ¿Mi historia no te ha chocado?
- Hoy no. Tal vez más adelante ¿Quién sabe?

Sin Miedo se desvistió. Cerca de allí había una piedra enorme que se sumergía en el agua. Al lado de la piedra el río era profundo y formaba una piscina natural de unos siete metros de largo por tres de ancho. Sin Miedo se sumergió y quedó sumergido hasta perder el aliento. Emergió y dio unas brazadas, tocando el borde de la piscina. Se volvió a sumergir, atravesando la piscina por debajo del agua y emergiendo cerca del Comisario.

- Deberías nadar.
- ¿Y quién haría guardia?
- Esta bien, cuando me vista, yo haré guardia.
- El Comandante se volvió a sumergir. El agua estaba fresca, casi fría. En el Mayombe el agua siempre es cristalina pues son ríos que nacen en las montañas. Salió del agua temblando, buscando los últimos rayos de Sol.
- Puedes bañarte, yo hago guardia.
- No – Dijo el Comisario – Recién he comido.
- ¡Teorías! Nunca le hizo mal a nadie. Sólo tienen congestiones los que tienen miedo de ellas.
- Y es estúpido morir de una congestión.
- ¡Es estúpido morir! Te garantizo que no hace mal... Deja de pensar en eso y sumérgete. Vas a ver que nada te pasará.
- No vale la pena.

Sin Miedo se encogió de hombros. Aún temblaba, pero su cuerpo ya estaba casi seco.

- Hay algo que no me explicaste, Comandante. Si no comprendí mal, Leli siempre te amó. ¿Entonces por qué buscó una relación con el otro?
- El amor es así. Si se vuelve rutinario, la pasión desaparece. Es necesario reavivar la pasión constantemente. Yo no lo sabía por entonces, me dejé llevar por la rutina, por la vida cómoda detrás de un escritorio en Luanda. Si bien es cierto que hacía mi trabajo clandestino y que Leli había comenzado a interesarse por el marxismo, pero

sentimentalmente estábamos en punto muerto. La culpa fue mía, que me dejé llevar por la rutina. Y porque no entendí que la rutina es el peor enemigo del amor. Luego apareció el otro, con aires de poeta, haciéndole versos, hablándole con buenos modales. Esto le tocó la cuerda sentimental. A todas las mujeres les agrada ser la musa de un poeta. Ella me mostró esos poemas, eran detestables, pero despertaban emociones. Y ella nunca tuvo un gran espíritu crítico, es necesario que lo reconozca, y él utilizó todos sus golpes bajos. Solamente después de que vivieron juntos, fue que Leli aprendió a conocerlo. ¡Y yo también lo conocí, debía conocer bien a mi adversario para poder liquidarlo mejor!

- ¿Y no lo agarraste a golpes?
- ¿Para qué? Le quité a Leli cuando se me dio la gana. ¿Quieres una mejor paliza?

Una gran bandada de aves se posó en los árboles cercanos. Graznaban como patos. Sin Miedo tomó su arma, después la volvió a dejar encogiendo de hombros; había comida en la Base.

- Los primeros tiempos de la separación deben haber sido los más duros.
- Si. Las cosas no ocurren linealmente. Tenía mis crisis de angustia, mezcladas con momentos de apatía. Todo mi trabajo se resintió. Durante la noche pensaba que ella estaba en los brazos de otro. Me esforzaba por conciliar el sueño, para demostrarme que era el más fuerte, que era capaz de dominar todos los sentimientos. Me adormecía agotado. Muchas veces tuve deseos de correr y rogarle que regresara. Pero cuando la encontraba, mantenía mi rostro de piedra, como una esfinge. Y ese fue el nombre que me di, la Esfinge. Este fue mi nombre de guerra, hasta que me lo cambiaron por el de Sin Miedo, no sé por qué. Creó que el de Esfinge me quedaba mejor.

El Comisario lo vio a Sin Miedo dominando el desierto, recibiendo los chicotazos de arena sin mover los párpados. Todo transcurría en su interior, en las convulsiones de la piedra, en las corrientes de aire recorriendo los túneles excavados por el tiempo, en el lento burbujear de la materia aparentemente inmóvil.

- La negación de la vida es la quietud – Dijo Sin Miedo – En el amor es lo mismo. Si una persona se muestra entera al otro, el interés del descubrimiento desaparece. Lo que cuenta en el amor es la constante experiencia de ir descubriendo al otro, sus pecados, sus vicios, sus locuras, su grandeza o sus puntos flacos y todo lo que constituye al otro. El amante que quiera ser amado debe dosificar estos descubrimientos. No hay que pretender saberlo todo de golpe ni revelar todo de una vez. Esto tiene que ser hecho como con cuentagotas. Y es que el alma humana es tan rica, tan compleja, que estos descubrimientos podrían llevarnos toda la vida. Conocí a un tipo, un militante, que al juntarse con una mujer se hizo una autocrítica sincera de lo que él era. Se pasó toda una noche hablando. Le contó todo tal cual él se veía. “Ahora ya me conoces, ya lo sabes todo”. Al cabo de un mes, la mujer lo abandonó. A él, que era el mejor tipo del mundo. Su error fue aplicar en el amor, lo que había aprendido en el Partido sobre los beneficios de la autocrítica.
- Eso depende del tipo de mujer. Hay mujeres que desean saber exactamente como es el hombre, para acomodarse a sus gustos, para moldear su comportamiento, según los deseos de su marido.
- Son esclavas. Son las que no buscan el amor, con todos sus riesgos, son las que buscan una situación tranquila. No es de ellas que hablo. Me refiero a las que son adversarios serios, y por lo tanto, son capaces de dar los mayores placeres o los mayores desencantos y disgustos a un hombre. ¡Aquellas que no tienen personalidad, que sólo viven en función del otro, son las sumisas, comparables al hombre que acepta las desgracias sin reaccionar, son mediocres!

- Son las consecuencias de una sociedad – Dijo el Comisario.
- Conocí a una mujer así. Estaba casada, el marido la abandonó. El creyó que la había convertido en una halfombra para limpiarse los zapatos. Esto sucedió allá en Europa. Ya hacía más de cuatro meses que se habían separado, ella tenía un cuerpo bastante exitante, la ocasión se dio, y yo aproveché. Aceptó fácilmente mis besos y mis caricias, pero no quería acostarse conmigo. Todavía le quedaban esperanzas de volver con su marido y no deseaba traicionarlo aunque estuvieran separados. Al final se fue a la cama conmigo por que tenía una gran necesidad de un hombre, esta es una de las cosas en que una persona se habitúa, aunque lo haya hecho de la manera más mediocre. Me costó más de tres horas convencerla.
- Una gran lucha...
- ¡Ni te lo imaginas! Necesité llevarla a revivir el instante de la separación, le hice ver a su marido en los brazos de otra, la hice llorar, para luego con caricias hacerle perder la cabeza. En esa noche yo estaba exitado, ella tenía unas piernas muy hermosas, sino, habría desistido. ¡No, no fue por éso! Fue por una apuesta conmigo mismo y por la curiosidad de saber como era ella realmente. Después que hicimos el amor, ella se puso a llorar, a decir que ya no podría volver con su esposo, que era una puta, etc. La sumisión había moldeado completamente su espíritu. Nunca más volví a encontrarme con ella.
- Eso es parte del papel social de la mujer – Dijo el Comisario – En una sociedad donde es el hombre el que controla los medios de producción , donde es el marido el que trabaja y trae el dinero a casa, es natural que la mujer se someta a la supremacía masculina. Su defensa social es la sumisión en el hogar familiar.
- Generalmente es éso. Pero hay mujeres que no se someten, que encuentran en el amor el contrapeso a esa inferioridad social. Aunque no trabajen y aunque sean dependientes economicamente, son capaces de jugarse codo a codo con el hombre. Encontrando en ello su mejor defensa.
- Son excepciones. Recuerda que existen siglos de sumisión. Y ésto es determinante.
- Tienes razón. Pero de estas mujeres que te conté, como tantas otras, eran de un país socialista.
- Lo cual no significa nada, Comandante. En primer lugar, este problema no está resuelto en los países socialistas. En segundo lugar, esta debe ser la última superestructura posible de modificar. La más difícil de cambiar, la que choca contra los valores morales y los preconceptos individuales que los modos de producción anteriores establecieran.

Sin Miedo estaba con el cuerpo seco, se puso el uniforme contemplando el río.

El Comisario había dejado de lado su problema para más tarde, estaba un poco más calmo. ¡Sí, todo quedaría para más tarde! Cuando llegaría la noche y comenzará su revolverse en la cama. Pero por ahora, la desesperación había desaparecido, lo cual no era un mal resultado. Se levantaron y volvieron hacía la Base sin hablar.

Partieron de la Base a las siete de la mañana, con otros tres guerrilleros. A la media hora de marcha subían la Cállate-la-boca, una ladera montañosa que se tardaba unas dos horas en subir, con intermitencias a causa del suelo eternamente resbaladizo por la humedad

permanente. El nombre de la montaña se lo habían puesto los primeros dos grupos de reabastecimiento, en los tiempos en que la Base estaba siendo instalada. Uno de ellos era un grupo compuesto de civiles y uno de ellos al alcanzar la cumbre se puso a llorar diciendo que no caminaría más. Alguién le dijo “Cállate la boca, no llores, quién te mandó a incorporarte a la revolución” Todos los sitios tenían nombres picarescos. Un tronco de árbol en el que un civil cayera era llamado el “árbol del Nuñez”. Una ladera en el que una pionera se resbalara era la “Caída de la Helena”. Un vado era llamado el “Vado de Nganda” recordando a este cuando cayera al atravesarlo. Todos estos nombres que recordaban las “proezas” de los civiles de Dolisie. A los guerrilleros les gustaba deleitarse con estos nombres.

Vencieron la Callate-la-boca y se sumergieron en los altos pastizales que golpeaban los rostros y se metían en la ropa provocando comezones. Ya estaban en el Congo. Angola era, atrás de ellos, una montaña cubierta de selvas con la cumbre oculta entre las nubes. Llegaron a Dolisie a las dos de la tarde. El Comisario siguió hacia la escuela y el Comandante se dirigió hacia la oficina. En la oficina se lo encontró al viejo Kandimba que le dijo que no tenía almuerzo. ¿Los dirigentes? El Andrés aún no había aparecido y el miembro de la Dirección que había venido de Brazzaville había salido.

– ¡Consígueme un pan, Viejo, todavía no he almorzado!

El viejo Kandimba le trajo un medio pan. Sin Miedo lo comió en la puerta, observando la calle. Se cambió el uniforme por ropa civil, pero no se bañó en la casa de los guerrilleros, lo haría en la oficina después de haber comido el pan.

- ¿Así que ahora ustedes se meten con las mujeres de los otros? – Dijo Kandimba.
- ¿Ustedes?
- Sí, ustedes, los kikongos.
- Esa sí que esta buena – Dijo Sin Miedo.

Terminó de comer el pan y se retiró hacia el baño. Kandimba le alcanzó una toalla.

- Esta mal – Dijo el viejo – El camarada Andrés hizo bien en huir, si no se habría llevado un tiro.
- Era lo que merecía – Dijo Sin Miedo.
- ¿Opinas lo mismo?
- ¿Por qué no?

El viejo movió la cabeza. Recibió la toalla mojada y de nuevo movió la cabeza. Apuntó a la etiqueta de cigarrillos que sobresalía del bolsillo de la camisa sobre la silla.

- ¿Puedo sacar uno?
- Sí, puedes viejo. ¿Andrés no te paga el sueldo?
- ¿Ese?. ¡Fuuu!

Escucharon el ruido de un automóvil y salieron hacia la oficina. El viejo salió corriendo. Allí encontraron al miembro de la Dirección y a Andrés maniatado, había perdido todo su porte aristocrático. Sin Miedo saludó al dirigente.

- ¿Cuándo llegaste de la Base?
- Hace un momento. ¿Este tipo finalmente apareció? – Dijo Sin Miedo, apuntando con la barbilla hacia Andrés.

- ¿No me saludas? – Preguntó Andrés
- ¡A tí, sólo a trompadas!

El dirigente lo miró al viejo Kandimba que presenciaba la escena. Este, sin una palabra, abandonó la oficina.

- Estaba escondido en su casa, dio mucho trabajo arrancarlo para aquí.
- Me van a matar, yo sé que me van a matar.
- El Comisario vino conmigo – Dijo Sin Miedo.

Andrés se estremeció, se levantó de la silla agarrándose al brazo del dirigente.

- ¡Déjeme que me vaya! Me van a matar. Es un escándalo para el Movimiento, déjenme ir.
- Parecías más valiente cuando estabas frente a mujeres – Dijo Sin Miedo.
- Nadie le hará daño, dijo el dirigente – Usted camarada se quedará en su cuarto, con militantes de guardia en la puerta para protegerlo. Cuando acabe mi investigación, marchará hacia Brazzaville.
- Van a ser los mismos guardias los que me matarán.
- Dejate de llorar como una gallina, dijo Sin Miedo – Si te matan, no se perderá demasiado.
- ¡Basta, Sin Miedo! – Dijo el dirigente.

El Comandante salió de la oficina. Le asqueaba ver a un hombre aterrorizado ante la muerte: Típico comportamiento de los traidores. ¿Y esto es lo que queda del poderoso señor de Dolisie?

Los barnices siempre se caen cuando el peligro se presenta.

Andrés fue llevado para el cuarto custodiado por dos guerrilleros armados. El dirigente lo llamó a Sin Miedo, él se sentó frente al escritorio.

- Lo peor ya pasó – Dijo el miembro de la Dirección – Cuando llegué aquí, el ambiente estaba explosivo. Hicimos una reunión de militantes, donde se aclaró todo. Las acusaciones llovían. No solamente por este caso, si no por la corrupción, el desinterés por la lucha, el tribalismo. Nadie se atrevió a salir en defensa de Andrés.
- Todas las acusaciones son verdaderas ¿Cómo sería posible defenderlo? Pero no te hagas ilusiones. El tiene apoyo aquí.
- Ya lo sé. Apoyo tribal.
- Claro, aquí es así.
- No pienses que sucede sólo aquí – Dijo el dirigente – En las otras regiones pasa lo mismo. El tribalismo es un fenómeno objetivo que existe en todos lados. Lo curioso es que... ¡Vaya ha saber! Si tomas un grupo de aquí y lo desparramas en otra región, ellos serán los primeros a gritar en contra del tribalismo.
- Lo hacen cuando están en minoría – Dijo Sin Miedo – Aquí vemos que los camaradas que son de otra región, aparentan estar destribalizados. Digo bien; aparentan, pues si los colocáramos de nuevo en su región de origen, al ser mayoritarios, volverían automáticamente al tribalismo.
- De allí que las mayorías son tribalistas ¿No es así? Pero no solamente las mayorías, basta que exista un grupo pequeñito que esté en minoría. Este grupito recreará la antigua solidaridad tribal.
- Así es – Dijo Sin Miedo – El ideal sería que cada individuo estuviera un cierto tiempo aislado, en medio de otro grupo, eso le haría perder los sentimientos tribales. Al cabo de un cierto tiempo creo que los perdería.

- Esto en parte sucede con la urbanización. El proceso es doloroso, pero tiene el mérito de ir eliminando el tribalismo lentamente.
- Todos estos procesos son lentos. Mirá en Europa, con sus problemas de las minorías nacionales. Aún no lo han resuelto...
- Sin embargo a los europeos les gusta refregarnos por la cara nuestro tribalismo – Dijo el dirigente.
- Para ellos, lo que sucede en Europa no es producto del tribalismo. Esta bien, allí ya no existen tribus, el nombre es incorrecto. Pero es un fenómeno muy similar. ¿Hay veces en que me desespero pensando si será posible vencer este mal aquí?
- No te quepa duda. Pero es necesario mucho trabajo. Y no son casualmente tipos como Andrés, los que nos ayudan a vencerlo.
- Si – Dijo Sin Miedo – Tipos como él sólo refuerzan estas situaciones. Lo que me llama la atención es que sea necesario llegar a escándalos como este para poder sacarse de encima a un dirigente incapaz. Nosotros, sin saber lo que estaba sucediendo, estábamos preparándonos a marchar sobre Dolisie para ponerlo preso, porque nos estábamos muriendo de hambre y él no enviaba alimentos. Durante cuatro días sólo nos alimentamos con comunas. Esto no es nuevo. La Dirección estaba bien al tanto de lo que pasaba ¿Por qué dejarón podrir la cosa?
- No teníamos datos concretos.
- ¿No tenían datos concretos? ¿Cuántos informes nosotros envíamos avisando de ésto? Fue necesario un lío de mujeres para resolver el problema.

En responsable le ofreció un cigarrillo.

- Sin Miedo, escucha. Hay decisiones que no se pueden tomar en el aire. Nosotros leímos los informes, recibimos sus cartas, pero eso no era suficiente. Teníamos que tener hechos...
- Siempre es así. Cuando alguno anda con una pistola gritando que va a matar a alguien nadie hace nada. Sólo cuando él dispara es que se toman las medidas.
- Hay muchos problemas a ser resueltos. Las cosas no son simples.
- Las cosas nunca son simples, camarada – Dijo Sin Miedo – Y ellas se complican más mientras más tiempo pasa.
- Yo entiendo que para ustedes las cosas deben ser resueltas rápidamente, este es el deseo que hace progresar a la guerra, y está bien. Y ustedes no toman en cuenta otros factores, o los subestiman. Nosotros muchas veces estamos obligados a ir más lentamente de lo deseable... En fín, todo esto es buena materia de discusión, pero yo todavía no he almorzado...
- Yo tampoco – Dijo Sin Miedo.
- ¿Viniste de la Base sin comer?
- Si, el viejo Kandimba me dijo que no había nada para comer.
- ¡Con que esas tenemos! ¡Kandimba! ¡Kandimba!

El viejo apareció inmediatamente en la puerta.

- Usted me dijo que debía guardarle el almuerzo, y yo se lo guardé. No me ordenó que debía dárselo a otro.
- ¿Y por eso no le diste de comer al camarada Comandante?

El viejo afirmó con la cabeza.

- Una persona viene de la Base y tú no le das nada de comer. Esto no puede ser. Vamos a almorzar Sin Miedo.

Se levantaron y fueron al cuarto contiguo. El viejo les sirvió el almuerzo. Cuando este se retiró, el dirigente dijo:

- No entiendo lo que está pasando aquí.
- Pasa que yo soy un kikongo y él es un kimbundo. En este momento, esto cuenta, es la causa de las reacciones de cualquier persona, ya que Andrés es también un kikongo. Entonces, no fue él el que cometió el delito, fueron los kikongos.
- Si, y además mezclado con la burocracia. ¡No te dio de comer porque yo le ordené de guardarme la comida!
- La burocracia es su defensa. – Dijo Sin Miedo – El se refugia en la burocracia, pero en el fondo, no es ese el problema. Y sin embargo me pidió un cigarrillo...
- Hay que conseguir un reemplazante de Andrés – Dijo el dirigente .
- No debe de ser muy difícil.
- ¡Hum!. No te creas que es tan fácil. Hay que considerar una serie de aspectos.
- ¿Ondina ya fue interrogada? – Preguntó Sin Miedo.
- Si.
- ¿Pidió la transferencia?
- Si, eso es exactamente lo único que se puede hacer.
- No se. – Dijo Sin Miedo – Las cosas todavía se pueden arreglar con el Comisario. Por lo menos es éso lo que él piensa. En este caso, tal vez sería mejor esperar un poco.
- No lo creo. La Dirección verá qué es lo que se hace en estos casos, puede ser un castigo, o una suspensión.
- ¡Si, la eterna moral cristiana! – Dijo Sin Miedo.
- Moral revolucionaria, camarada.
- ¡Dejate de esas!... Moral revolucionaria, un cuerno. Sería moral revolucionaria si todos los casos fueran castigados o ninguno lo fuera. Hay toda una serie de casos similares que están pasando y nadie hace nada. Sólo cuando estalla el escándalo es que el Movimiento se mete. Esto es moral cristianan, que solamente le importan las apariencias. Además, pienso que un caso como este no es un crimen contra el Movimiento. Es solamente humano, por lo menos desde el punto de vista de Ondina, no en el caso de Andrés porque él era un responsable.
- No cambias nunca, Sin Miedo.
- Y algún día acabaré mal, lo sé.

Comieron en silencio durante un cierto tiempo. El almuerzo consistía en fúnji de pescado. Kandimba puso sobre la mesa un botella de maluvo²⁰ y llenaron las copas.

- ¿Hace mucho que no bebes, Sin Miedo?
- Hace más de cuatro meses.
- Quien te viera allá en Europa, no lo podrían creer. Siempre me recuerdo de aquella fiesta de estudiantes en que te apareciste tan borracho que casi te caías al suelo.
- Pero no decía tonterías. Bebía de más, es cierto, pero me las aguantaba. Cuando estaba muy borracho me dormía.
- ¡Una actitud muy prudente!
- Me acostumbé a no beber en Luanda – Dijo Sin Miedo – Una borrachera es peligrosa para los que hacen trabajos clandestinos, pues puede hablar más de la cuenta. Fue ganar un buen hábito el dejar de beber.

²⁰ Vino de savia de palmera o del fruto del cajú.

- Generalmente cuando las personas se emborrachan es cuando dicen la verdad.
- Eso me pasaba a mi. Es muy peligroso decir verdades. Por eso, cuando siento que me estoy extralimitando, me adormezco, pierdo los sentidos como si entrara en coma.

Acabaron el almuerzo y la bebida. Fumaron en silencio, observándose.

- ¿Como está el Comisario? – Preguntó el dirigente.
- Abatido
- Se le va a pasar.
- Esas son cosas que lo marcan a uno para siempre. Yo tenía temor de que intentara hacer alguna tontería, pero no, él esta muy lúcido.
- ¡Qué bueno! El es un joven que puede llegar lejos.
- Sí, puede llegar lejos – Dijo Sin Miedo.
- Es necesario que no haga tonterías.
- No las hará.
- Tú velas por él ¿No es cierto?
- Hago lo que puedo.
- Escuche decir que eras como un padre para él.

Sin Miedo sonrió, lanzando una bocanada de humo.

- Si hay algo que jamás tuve, fueron instintos paternos. Pero en fin, puede ser una buena manera, como cualquier otra, de rotular mi actitud.
- El puede ascender, es disciplinado, buen combatiente, con buena formación política. Como te decía, es necesario que no cometa ninguna tontería. Cambiando de tema... Fue muy bueno que hayas venido, pues es imprescindible dejar aquí alguien. Después que la investigación este realizada, tengo que irme con Andrés hacia Brazzaville. Quizás mañana. Hasta que llegue el nuevo responsable te tendrás que ocupar de Dolisie. No protestes. No hay nada que puedas hacer, es necesario. Te prometo que no serán más de dos semanas.
- Lo cual es lo mismo que decir un mes.
- No, sera muy rápido. Sabemos que haces falta en el interior en esta jugada.
- Estábamos por hacer una serie de acciones. Todos nuestros planes rodaron por el suelo. Primero fue la falta de alimentos. Ahora por causa de lo que pasó, y encima tengo que quedarme... Es necesario considerar que el Comisario en este momento, no es el más indicado para cargar con todas las responsabilidades. Debemos esperar que esto comience a solucionarse.
- Sólo te quedarás una semana.
- Pero, por favor, consigan alguno que sea capaz. Hace mucho tiempo que necesitamos un dirigente capaz y no uno de esos burócratas que se instalan en los lugares vitales y sabotean todo.
- Los mejores están en la guerrilla – Dijo el dirigente.
- Acepto sólo como última instancia. Sólo como última instancia. Aquí tenemos jóvenes muy capaces: Mundo Nuevo, Teoría... Todos con una cierta experiencia, ellos pueden ser excelentes cuadros, sobre todo cuadros políticos. Entre los militares tenemos buenas promesas: Muatiánvua, el Jefe de Operaciones, Milagro, Verdad... Estos son los mejores combatientes.
- ¿Te parece que Mundo Nuevo serviría aquí en Dolisie?

Sin Miedo bajó los ojos. Terminó el cigarrillo, reflexionando.

- Mundo Nuevo es un duro. Me agradaría tenerlo un tiempo más en la guerrilla para saber si realmente es un duro, o si es sólo una capa. Parece ser un duro. Es decidido, tiene buena formación, tiene conocimientos de organización, es dinámico y está en la guerrilla. Conoce por lo tanto, las dificultades y las necesidades de ella.
- ¿Estarías de acuerdo en que él ocupará el cargo?
- El problema es que es un ascenso brusco. Yo estaba pensando nombrarlo jefe de grupo, para comenzar. ¿No crees que un salto así, tan grande podría ser perjudicial? De guerrillero simple, a responsable de Dolisie... Podría malograrse. Aunque no creo que sea posible, si, él es muy sólido.
- ¿No tienes reservas en contra de él?
- Personalmente no me agrada demasiado. ¡Es un dogmático! Pero esto es una cuestión personal, que no tiene que ver con el resto. No podría ser mi amigo, pero puede ser un buen responsable en esta fase, y quién sabe si también lo sería en el futuro. Necesitamos sangre nueva. El es capaz de hacer un buen trabajo, de eso estoy seguro. Los peces aprenden a nadar viviendo dentro del agua. La guerrilla podría ser un ámbito estrecho para él.
- ¿El hecho de ésta, no sé como llamarla, incompatibilidad de hechos entre ustedes, no sería causa de problemas entre la Base y la retaguardia?
- No, no lo creo.
- Cuando lo conocí me di cuenta de que él era un duro – Dijo el dirigente – Vamos a estudiar la hipótesis del salto brusco. Pero me estabas hablando de la lógica de las cosas.
- El puede organizar bien la retaguardia. Y sin una retaguardia sólida no haremos nada.

Se levantaron de la mesa. Kandimba se llevó los platos vacíos y ellos se recostaron a la sombra del alero.

- Sólo podríamos completarlo con un café y un poco de aguardiente – Dijo Sin Miedo.
- Al café lo podemos conseguir, pero no al aguardiente, recuerda que estamos en crisis financiera.
- ¡Como siempre!
- ¿Qué quieres? En tanto que no contemos con nuestras propias fuerzas, esto será así. El pueblo no nos apoya, ni siquiera conseguimos cotizaciones serias. Todo nos tiene que venir del exterior. Kandimba ¿Puedes hacer café por favor? A propósito de Mundo Nuevo: ¿A qué es lo que llamas de ser dogmático?
- ¿Ser dogmático? Lo sabes tan bien como yo.
- Depende. Las palabras son relativas.

Sin Miedo sonrió.

- Tienes razón, las palabras son relativas. El es demasiado rígido en su concepción de la disciplina, no se fija en las condiciones existentes, quiere aplicar el esquema tal cual lo aprendió. A ésto llamo ser dogmático, pienso que es la verdadera acepción de la palabra. Su verdad es absoluta y está hecha, se niega a ponerla en duda, ni aún cuando tiene que discutirla para reforzarla con la práctica. Como los católicos que se niegan a poner en duda la existencia de Dios, porque eso los perturbaría.
- ¿Y tú, Sin Miedo? ¿Tus ideas no son absolutas?
- Todos tenemos tendencia a ello. Sobre todo si se tuvo una vocación religiosa. Muchas veces tengo que hacer enormes esfuerzos para evitar engullirme como verdad universal cualquier constatación particular. Estamos habituados a no discutir, a no cuestionar una serie de aprendizajes que nos viene desde la infancia. Es necesario estar constantemente

atento, para no caer en la facilidad de colocar rótulos y de esta manera huir de los análisis profundos y de los hechos. El esquematismo, el rotulismo son prejuicios intelectuales. Perjuicios intelectuales o falta de cultura. Pero la primera es muy grave, y además una cobardía.

- Sabes una cosa Sin Miedo. ¡Eres un intelectual.
- Lo somos.
- No lo digo en sentido peyorativo. ¡Es que eres un intelectual. Yo creo que es bueno que los haya. Tal vez tienes una actitud demasiado crítica, quizás influido por la Región, por los fracasos, por los errores. En otras Regiones no es así. Si fueras para otra Región, entonces modificarías un poco tu actitud, verías que las cosas no son tan malas, ganarías en perspectiva, además no creo que pase mucho tiempo.
- ¿Voy a ser transferido?
- Se está pensando en eso. Pero por ahora que quede entre nosotros. ¿Te agrada la idea?

Sin Miedo permaneció callado unos instantes. Observó la calle y a los raros transeúntes que se aventuraban bajo los rayos del Sol. Miró al responsable.

- Me agrada sin duda. Estoy harto de resolver problemas de faldas. Me gusta hacer la guerra y aquí no existe la guerra. Uno se cansa de luchar sin apoyo popular. Sin embargo, debo decirte que me agrada esta Región y que le veo posibilidades. La culpa es nuestra, no supimos aprovechar las oportunidades. Pero, si me dan a elegir, preferiría ir para otra Región; sobre todo, si fuera una Región nueva.
- ¿A abrir un nuevo frente?
- Sí, en la sierra de Chela, por ejemplo. O en Huambo.
- ¡Es el espíritu de pionero el que habla! ¿Eso no será un complejo que aún tienes?
- No entiendo lo que quieres decir.
- ¿Has desvirgado alguna muchacha?
- No, nunca me sucedió.
- Esto es lo que quería decir. Hasta que no lo hagas, siempre querrás abrir frentes nuevos.

Sin Miedo largó una carcajada. El otro también rió.

- Freud no lo explicó a todo.
- Pero tiene respuestas para mucho – Dijo el dirigente.
- ¡Es curioso!
- ¿Qué?
- Es curioso – Dijo Sin Miedo – Que estemos aquí hablando de Freud, cuando estamos envueltos en un lío político, con adulterio y revueltas. Es un vicio de intelectuales, que pueden dialogar en cualquier circunstancia.
- No, la tribu de los kimbo son peores. Y toma en cuenta que esto es un paréntesis, estábamos hablando de tu transferencia...
- ¡Estás absuelto, camarada responsable! ¿Es algo serio?
- Ciertísimo. El problema es encontrar un sustituto. Claro que no es inmediato, puede llevar unos tres meses. Pero entre tanto, las cosas aquí progresarán un poco, espero. No vine aquí con esta misión, pero vas a ser contactado por la Dirección, ellos quieren conocer tu opinión. Aunque pienses lo contrario, hay ciertas medidas que no tomamos sin antes consultar con los interesados. Cuando esto es posible, evidentemente. La sugerencia vino del Este, nosotros aquí debíamos dar nuestra opinión. Tu deseo será realizado, pues se necesita de un Comandante para poder progresar en las regiones actualmente en guerra. Adónde, no lo sé, eso es secreto militar. Pero será una nueva región.

Los ojos de Sin Miedo se iluminaron. Sintió en la nariz el viento de las llanuras centrales que había conocido en su juventud. Vio la vertiente imponente de Tumbala, donde el mundo se abría para generar el desierto de Namibia. El Tumbala era como las piernas entreabiertas de la montaña que las dejaba extender en las arenas del desierto, inundando el horizonte hasta Africa del Sur. Sintió el perfume de los eucaliptos en las montañas del Lepi, recordó los sembradíos de maíz en Bié y Huambo, las banderas rojas de las acacias en el Chongorói, todo eso yendo a dar donde la tierra se acaba y los esclavos del pasado perdían para siempre su destino. Vio a Benguela, el antiguo almacén de esclavos, la quinta de engorde de los negros, como bueyes, en la espera del barco hacia América. Ahí se iniciaba el camino de América, pero se cerraba el de la vida para el hombre negro. Ahora Benguela no sería el cementerio anticipado del nuevo mundo, si no la puerta abierta del mundo nuevo. Los ojos de Sin Miedo descendían sensualmente por las vertientes escarpadas del Huile o por las dulces vertientes de Huambo deleitándose, hasta llegar a perderse en el mar, confundiéndola con las siluetas de espuma de los imbondeiros²¹ o los peinados arquitectónicos de las mujeres de las llanuras centrales.

– Sería un paraíso – Susurró.

Había recorrido todo eso como turista, desde un autobus de pasajeros. Ahora haría el mismo circuito a pie, con la casa a cuestras como un caracol empuñando un arma. Esta vez identificándose con las sombras de los imbondeiros y no con las moras del Mayombe, con sus raíces entrelazadas con los árboles de teca y las comunas en un abrazo vital.

- Por el momento, tu lugar de combate está aquí – Cortó el dirigente.
- Lo cual no me impedirá soñar con ese futuro.
- Si esos sueños no disminuyen tu capacidad de razonamiento en el presente, no está prohibido.
- No me las quitará. No soy un soñador pasivo. Los sueños me llevan a crear futuro.
- ¡No jodás! Hace mucho tiempo que no te veía tan optimista, tan seguro de ti mismo.
- Me diste la mejor noticia que he recibido en los últimos años.
- Y ese café, viene o no – Gritó el miembro de la Dirección.
- Lo estan plantando – Dijo Sin Miedo – En esta Región todo toma su tiempo.

El café llegó finalmente. Lo tomaron en silencio.

- Me voy a la escuela – Dijo Sin Miedo – Debo vigilar al Comisario. Velar por él, como tú dices. Mirá, ahí está quién me puede sustituir.
- Yo también había pensado en él. Pero, es demasiado joven.
- ¿Cuál es el miedo a los jóvenes? Me haces recordar a los viejos funcionarios que temen la competencia de las nuevas generaciones. Bien, nos encontraremos luego. Ahora voy a cumplir mis obligaciones paternas.

Las personas lo evitaban. Cuando no lo podían hacer, lo saludaban sin saber realmente lo que decían. Un sarnoso, penso él. Un cornudo, para llamar a las cosas por su nombre. Ondina estaba en su cuarto. Golpeó la puerta y le respondieron desde adentro. Entró. Ondina lo miró, aceptó la mano que él le extendía.

²¹ Imbondeiros: Arbol típico de la sabana africana.

- Hubiera sido mejor que no vinieras.
- Recibí tu carta. Tenía que hablar contigo.
- ¿Para qué, Juan? No hay nada de que hablar.

El se sentó en la cama. Evitaban mirarse. Pero él a pesar de todo vio las profundas ojeras de la muchacha. Ella se sentó en el banco con las manos entre las piernas.

- Necesito saber. Creo que tengo derecho a una explicación.
- Es inútil.
- Debo saber.
- Eso es masoquismo.
- No lo es. Hasta ahora no he comprendido el por qué. Quiero saber adónde es que fallamos. ¿No te parece que tengo ese derecho?

Ondina irguió la cabeza. Por primera vez lo miró a los ojos. El no pudo sostener la mirada.

- ¿Tienes ese derecho? No lo sé. El problema no es de derechos o deberes. Vamos a remover la herida inútilmente. Vamos a sufrir sin ningún resultado concreto. Habría sido mejor que yo me hubiera marchado sin habernos encontrado. Se terminó. Cada uno por su lado.
- No.

Ondina levantó un brazo y lo dejó caer, desalentada.

- Está bien. ¿Qué quieres saber?
- ¿Qué es lo que pasó?.
- ¿Qué es lo que pasó?. ¿Quieres los detalles?.
- Todo.
- Juan, eso es masoquismo.
- Tal vez, no me importa si es masoquismo. Yo quiero entender. No me basta aceptar sin comprender, sería para mí lo mismo que no aceptar.
- Bien, hace una semana me encontré con Andrés en el camino hacia Dolisie. El paró el jeep y se ofreció llevarme, acepté y nos fuimos para un bar, bebimos unas cervezas y volvimos para la escuela, ya oscurecía y él paró el jeep en el medio del camino.
- ¿Y después?
- Después no fuimos para los pastizales.
- ¿Simplemente así?
- ¿Qué más quieres saber?
- No te irías con él así porque así a los pastizales, te conozco.
- ¿Me conoces, Juan?

El no respondió. Ella lo miró y vio sus manos que se retorcían.

- Bien, si quieres saber... él me besó en el jeep. Cuando me propuso que fuéramos a los pastizales, yo acepté.
- ¿Por qué dejaste que te besara? ¿Por qué aceptaste?
- No lo sé... me apetecía.
- ¿Pero por qué? Esas cosas no suceden a tontas y locas.

- Conmigo si, depende de las circunstancias, depende del hombre... Me sentía sola y Andrés en un hombre atractivo.
- Entonces no me amabas.
- Quién sabe. Hay varias especies de amor. Además todo eso ya no tiene importancia. Yo me voy, y tú encontrarás otra mujer.
- No me interesa. ¡Ninguna otra mujer me interesará nunca más!
- No seas niño. ¿Te imaginas lo que sería si no nos hubieran visto? Un militante vio el jeep abandonado en el camino, desconfió de algo, ya sabes como son ellos, lo espiaban a Andrés buscando eliminarlo. Nos vio cuando volvimos al jeep.
- Si no los hubiera visto...

Ondina guardó unos momentos de silencio. Volvió a hacer un gesto de fastidio.

- Te habría escrito de cualquier manera. Fue esa misma noche que escribí la carta que recibiste, aún antes de saber que el caso había sido descubierto. No, no podría habértelo ocultado.
- ¿Pero antes, Ondina? ¿Nunca tuviste nada con Andrés?
- No, él me agradaba como hombre, eso es todo.
- ¿Y después de eso, comenzaste a amarlo?
- No, todo acabó allí.

El Comisario se levantó y le tomó las manos.

- Ondina, nadá está perdido. A mi no me importa.
- No Juan; no vale la pena.
- Si estuvieras enamorada de él, sería diferente. Pero así no tiene importancia. Estabas sola, estabas amargada por la manera en que nos despedimos, la ocasión se presentó favorable. Si, yo sé, fue así exactamente. Un gesto impensado. ¡No me importa!
- Dices eso ahora, Juan. Después vendrán las quejas, las acusaciones.
- No hablaré más de esto.
- Aunque no lo digas, no podrás olvidarlo. Cada vez que te vayas, te iras desconfiando. Estarás siempre esperando recibir otra carta. No tengo derecho de condenarte a una situación así.

El intentó abrazarla, ella lo repelió dulcemente.

- Recordarás todo lo que te hizo daño y nunca me lo perdonarás. Nuestra relación estará llena de celos, de amor y de deseos de venganza. Viviremos como sobre una cuerda estirada. Hasta que un buen día, me echarás en cara todo lo que pasó.
- ¡Nunca!
- Dices eso ahora.
- Yo te amo, Ondina.
- Tal vez sea cierto. Y es eso lo que complica más las cosas. Todo podría ser más fácil, podríamos ser amigos.
- O amantes o enemigos. Entre nosotros la amistad no es posible.
- Ya lo sé, es una pena.

El Comisario intentó abrazarla de nuevo. Ondina se dejó abrazar. El le revolvió el cabello, la besó en el cuello y cuando buscó sus labios, ella se retiró.

- No Juan, es inútil. Yo no te quiero ¿Comprendes? ¿Cuándo entenderás ésto de una vez? No te amo, y no te querré nunca más.

La voz alterada de ella hizo enfurecer al Comisario.

- ¡No es cierto! Yo sé que no es cierto.

El Comisario la abrazó con violencia, la apretó contra si. Ella intentó huir, pero él la retuvo. La besó en los labios, casi mordiendo. Ondina gimió, él la acarició brutalmente, después la derrumbó sobre la cama.

- Es mejor que no, Juan.

Le quitó el vestido mientras se desnudaba rápidamente, dominándola.

- Voy a probarte que me amas.

El fue brutal, sin importarse de ella. Ondina se quedó acostada, con los ojos cerrados con sus piernas en la misma posición. El sintió repulsión y arrepentimiento.

Se dejó caer a sus pies, sollozando quedamente. Ella salió de su sopor y le acarició la cabeza. El Comisario volvió a acostarse y puso su cabeza entre los senos de ella, sollozando y el amor fue menos brutal, esta segunda vez.

- Nos van a oír – Dijo ella cuando se apartaron.
- ¡No me importa! ¡No me importa! ¡Te quedarás conmigo, dímelo!
- Te lo podría decir ahora, Juan. Pero que valor tendría que te lo diga aquí en la cama después que hicimos el amor. Mañana, friamente te diría lo contrario.
- No, dirías lo mismo.
- Ahora aceptaría quedarme. Esta fue la primera vez que nos entendimos realmente. Pero después volvería a lo mismo, a desear otros hombres.
- Me dices que me quieres.
- Si, Juan, pero mañana...
- ¡Qué me importa el mañana!

Nuevamente se abrazaron. La noche caía y el cuarto estaba a oscuras.

El Comisario muy tarde volvió a Dolisie, el Comandante se había acostado. Juan fue a encontrarse con él. Sin Miedo vio los ojos luminosos del Comisario, buscando encontrar en los suyos aprobación.

- ¿Qué piensas, Comandante?
- Eres tú el que lo sabe. Si te parece que las cosas se pueden arreglar, tanto mejor para ustedes. Me quedo satisfecho. Lo que pasó puede no tener importancia.
- Y no lo tiene, fue solamente un impulso del momento. Sin importancia, Sin Miedo.
- ¿Realmente para ti no tiene importancia, Juan?

El Comisario bajó los ojos, perturbado. Luego se irguió, pero el brillo luminoso había desaparecido.

- Haré lo que sea posible, Sin Miedo. Trataré de acostumbrarme lentamente a esa idea.

No lo conseguirás, pensó Sin Miedo. Quizás lo consigas en tu próxima relación, quizás entonces sea más relativo y sin tantos preconceptos. Pero ahora es temprano. Yo tenía un año menos que tú, cuando intenté pasar la esponja en circunstancias menos dramáticas. O quizás

más dramáticas ¿Quién podría comparar lo incomparable? Ondina no es Leli, Ondina es dominadora, Leli era sumisa. El problema no es Ondina, eso sería lo peor. El problema está en mi, está en ti. Yo también quería liberarme, tener la última palabra. ¿Me haría bien ésto? Será el verdadero amor, el que destruye al amor propio. ¿Existirá realmente? Existió en Leli, cuando intentó recuperarme. Fue una fase pasajera, porque no encontró a otro. Lo cierto es que no encontró a otro porque no tuvo tiempo. ¿Y en Juan, existirá realmente?

- ¿Cómo la convenciste? Porque supongo que ella no quería.
- A la fuerza. Casi la violé. Después aceptó.

¿Y lo demás, Juan? El sexo era el fin ¿Pero antes de eso? ¿Será realmente el fin? Y en la base, bien podría ser el principio. ¿Quién sabe dónde es el fin y el principio de una circunsferencia? El amor es una circunsferencia, cuyo centro es el sexo, tal vez esto sea la verdad. Lo que al final no es nada. ¿Quién puede delimitar el amor, o geometrizarlo?

- Deberías de hablar con ella, Sin Miedo.
- Tal vez.

El que se mete en los líos de un hombre y una mujer, jamás resuelve nada, sólo puede complicar aún más las cosas. Más no te puedo decir, Juan. Cómo podría decirte: ¿Crees en las Adas buenas? ¿Cómo decirte que si yo intentara pegarlos, podría ser en cambio el ácido corrosivo que acabará destruyendo la frágil unión entre ustedes? Esto sólo lo pueden solucionar entre ustedes, nunca hay que aceptar un consejero en las cuestiones de pareja, Juan. ¿Cómo te lo digo? Hay tantos hogares destruidos por los buenos oficios de terceros armados en aprendices de brujos. Se destruyen los que tienen los cimientos en ruinas. Este es tu caso, Juan. Y sucede siempre ésto cuando se necesita de la ayuda de terceros, la gangrena ya destruyó los cimientos, y la cola de pegar, no sirve para nada. Solamente cabe derribar y construir de nuevo. Y no hay otra solución, pero ¿Cómo te lo digo, Juan?

- Esto lo tienen que resolver juntos, Juan.
- Tú eres mi amigo, me puedes ayudar, Sin Miedo.
- ¡No, cada uno se rompe la cabeza como mejor le parece!
- ¿Me dejas solo?
- Me dices que ya resolviste el problema. ¿Será de la mejor manera? ¿Cómo lo puedo saber? Solamente son ustedes los que lo saben.

Y el cigarrillo alimentando el vicio, aquel que se dice que es el último. ¿Por qué no dejo de fumar de una buena vez? Miedo del salto hacia el abismo. Me sostengo desesperadamente en las raíces frágiles, atrasando lo inevitable. Salta, Juan, suelta la raíz y salta al abismo. Tal vez haya agua en el fondo que amortigue tu caída. No tengas miedo a los riesgos, Juan. Pero ¿Cómo te lo digo? ¿Qué derecho tengo a decírtelo? Lo que puede ser verdad para unos no lo es para otros. Ondina no te quiere, todavía no lo has entendido, Juan. Te lo dijo hoy, te ofreció el último cigarrillo. Pero mañana ya no te amará. Enfrentate con la verdad. ¿Cómo decírtelo? ¿Cómo decírtelo sin matarte? Desintoxícate de una vez, eres lo suficientemente fuerte para aguantar, no es necesario que vayas disminuyendo el vicio gradualmente. Libérate, Juan, salta al abismo, no aceptes el último cigarrillo.

El Comandante no dijo nada. El Comisario fue a acostarse molesto. Los dos se quedaron insomnes, pero sin cruzarse una palabra.

Yo, el Narrador, Soy Andrés.

Estoy en el tren, viajando hacia Brazzaville, camino de mi destierro. Sentado frente mi tengo un hombre que no me responde si no es con monosílabos, grave como debe ser un miembro de la Dirección. El portafolios a su lado cerrado con llave, lleno de documentos que me comprometen. Me basta con ver su rostro para saber que el proceso me será desfavorable. ¿Adónde están mis compañeros que no me defendieron? Todos huyeron, nadie abrió la boca en mi favor. Todos aquellos que me lisonjeaban, que andaban al lado mío esperando unas migajas, huyeron con miedo de los kimbundos. No me cabe duda de que son los kimbundos los que dictan las leyes. ¿Acaso no consiguieron la libertad de Ingratitud? Quiero ver ahora que es lo que hará Sin Miedo, como él resolverá este problema. Ya consiguió lo que quería. Siempre deseó estar en mi lugar, es por eso que movió los hilos, levanto a los kikongos en mi contra, hasta se vino de la Base cuando tuvo conocimiento de lo que sucedía, sólo para estar presente y enterrarme más.

Me da risa cuando recuerdo la cara del miembro de la Dirección cuando supo de la huida de Ingratitud de la carcel. Ahí en la estación de trenes el dirigente miró a Sin Miedo duramente. ¿Sabrá acaso que fue Sin Miedo el que se negó a fusilarlo? Sí, lo debe saber, ellos saben siempre todo. Sin Miedo no pudo contestar, se quedó sin habla. Ahora él tendrá que resolver el caso, lo cual es muy complicado, pues deberá tomar medidas contra los kimbundos, en estos momentos en que el conflicto tribal es muy fuerte. Allá, en la Base, él reculó: Por miedo a ese conflicto, fue clemente, sabiendo perfectamente que Ingratitud en Dolisie huiría. Nos vamos a reir, nos vamos a reir mucho. Hizo de todo para quedarse con mi lugar, él siempre quiso estar en la retaguardia, su mentada combatividad son solamente fuegos artificiales. Tienes ahora mi trabajo, vas a copmprobar cuantas espinas hay en el asiento, primo mío.

¿Por qué nadie se puede equivocar sobre el complot que él fue armando en mi contra? No teniendo cosas concretas, planearon el golpe utilizando a Ondina, por supuesto que lo ayudé con mi imprudencia, por mi credulidad. ¿Deseaba a Ondina? Sí, desde hacia un tiempo. Sus piernas era una tentación. Sus ojos prometedores, desafiantes. Al verla en el camino, no tuve ningún pensamiento de poseerla. Fue en el bar que vino el deseo. ¿Por qué no? Estaba oscureciendo y ella me miraba de manera desafiante, y después en el jeep, sus piernas se abrieron, miré, y ella me miraba fijamente. Vio que miraba sus piernas y en un bache que dio el jeep aprovechó para abrirlas más. Paré el jeep ¿Quién no lo haría? ¡Un hombre no es de piedra! ¿Fui yo el que la besó, o fue ella la que inició el primer movimiento? La muy puta aceptó rápidamente ir a los pastizales. ¡Qué fuego, mi Dios! ¡Qué volcán! Perdí mi trabajo, pero valió la pena. Habían puesto una serie de militantes en la ruta para que fueran testigos. Y ella se prestó para el complot, porque es una vaca que le gustan los hombres y porque de esta manera su Comisario va a ascender. Sin Miedo se queda con el puesto que deseaba y ¿Quién será el nuevo Comandante de la Base? Claro que será el Comisario.

Si, todo fue armado por Sin Miedo, no tengo dudas. Fácil le resulto convencer al Comisario, él hace todo lo que Sin Miedo le pide y que además tiene sus propias ambiciones. ¡Simple como el agua! ¡Me la hicieron, pero que bien que la pasé, que momento! Y la muy cabra gozó. No paraba, quería más, siempre más, ni sentía los mosquitos que le picaban el culo. Cuando volvió al jeep, casi no podía caminar, estaba derretida. Ella aprovechó para tener un hombre, porque no es el joven Comisario, quien la satisface, eso se ve claramente. Seguramente que el Comisario hubiera deseado que ella fuera hasta los pastizales y luego negándose, volviera hacia el jeep. Lo cual bastaría para la trama que habían planeado. Si, ese debe haber sido el plan. ¡Pero la puta quería su parte! Fue celosa, las mujeres siempre

son así, modifican todo a su favor, lo que debería demorar quince minutos lo alargan a dos horas.

Y yo muy imbecilmente no me di cuenta de nada. ¿Quién creerá que fui víctima de un complot? Nadie, ni vale la pena denunciarlos, nadie me creerá, pensarán que estoy buscando disculpas. De todas maneras estoy jodido. Pero el peor momento ya pasó. En Brazzaville no me matarán. Algunos apoyos me quedan. No de aquellos tipos que no se atrevieron a defenderme, no de la plebe. Tengo aún apoyo de gente de rango, con influencias. Me haré una autocrítica para desarmar a mis rivales y eso les dará posibilidades a mis amigos para abogar por mi causa.

Lenin tenía razón cuando inventó la autocrítica. ¡Qué cosa buena que es la autocrítica! Hay tontos que se niegan a ella. Todavía no han descubierto los beneficios. Cuando estés en dificultades, haz tu autocrítica. Todos los ataques cesarán inmediatamente. Esta es la teoría de la acción y la reacción: Una fuerza que necesita que exista una reacción para que pueda manifestarse. Si tu eliminas la reacción, lo que en este caso es tu defensa ¿Qué sucede? La acción desaparecerá. ¡Así de claro! Haré inmediatamente mi autocrítica y allí cesarán todos los ataques. ¿Quién puede atacar a un hombre que no se defiende? Considerarán que soy un buen militante, pues me autocrítiqué. Y no me destituirán de mi cargo, me enviarán a otro lado.

Sólo los burros son obcecados, se mantienen en sus errores. Yo he cometido una falta ¿Para que lo voy a negar? Debería haber desconfiado de Ondina y no haberla llevado adonde la llevé, si no a un sitio más oculto, sin testigos. Tal vez se comentara la cosa, pero no habría testigos y no habría pruebas. El otro error fue confiar en algunos militantes, la plebe siempre es igual, no hay que brindarle confianza. Un dirigente sólo vale para ellos, cuando pueden extraer beneficios. Es por eso que mi padre que era un sabio, siempre distribuía dinero entre sus hombres. El sabía bien que el día que no lo hiciera, perdería fuerzas. Mi error fue olvidar esta enseñanza elemental.

En el fondo, el que se va a joder es Sin Miedo. Yo me iré hacia otro sitio donde seguiré escalando posiciones como siempre lo hice; cuando hay falta de cuadros, el que tiene un ojo es Rey. Y él se queda aquí con todos los gravísimos problemas. Sin Miedo es solamente un lobo, yo soy un lobo experimentado y sé lo que digo.

Ahora tengo que preparar mi autocrítica, ella deberá sonar muy sincera. Y para tener aire compungido, pensaré que podría haberme quedado una semana en los pastizales con Ondina y no solamente aquellas dos miserables horas atormentado por los mosquitos. ¡Así de claro, como el agua!

Al día siguiente muy temprano Sin Miedo acompañó al dirigente y a Andrés a la estación de trenes, antes había sido oficialmente nombrado como responsable del Partido en la oficina de Dolisie, hasta que llegara el sustituto. No le agradaba despedir a las personas que partían, sobre todo en la situación actual. Hubiera sido bueno si el dirigente se quedara unos días más. El Comisario había salido hacia la escuela, ya que el dirigente ordenó que Ondina se trasladara y viviera en la oficina del Partido hasta que su caso fuera resuelto. Por eso el Comisario había ido a ayudarla a traer sus pertenencias.

En la estación se enteraron de la fuga de Ingratitud del Tuga. El dirigente le dijo al Comandante.

- Se trata de uno de tus guerrilleros. Tendrás que resolver este caso inmediatamente.
- Si. Dijo Sin Miedo.

El tren arrancó y desapareció en la curva. Sin Miedo se sintió solo. Pero la investigación había terminado y el dirigente debía informar de sus resultados al resto de la Dirección.

Sin Miedo saltó al jeep y Hungo se sentó a su lado. Que ganas de tomar una cerveza, pensó, enderezando el rumbo hacia la cárcel.

- ¿Cómo es éso de que Ingratitud se fugó?

Hungo hizo un gesto vago.

- Hoy de mañana vieron que él no estaba.
- ¿Quiénes eran los guardias?
- No lo sé.

El comandante paró el jeep para encender un cigarrillo. Pensó que podría ser conveniente ir en busca del Comisario, éste podría ser un buen consejero en estos momentos. Pero luego desistió de la idea; el Comisario era incapaz de pensar en otra cosa que no fuera su propio lío.

La cárcel era un bloque pequeño en el depósito de material de guerra, custodiado por algunos guerrilleros. Sin Miedo saltó del jeep y mostró a los guardias la Orden de Servicio nombrándolo responsable de Dolisie.

- Bien, camarada Comandante – Dijo el Jefe del Depósito – ¿Qué es lo que usted desea?
- ¿Quién estaba de guardia con Ingratitud?
- Tuvimos dos anoche: En el primer turno Mata-todo y en el segundo, Katanga.
- ¿Y en el portón?
- Estaban Tranquilo y Angelo, el que desertó de los tugas hace poco.
- ¿Ustedes ponen un desertor, que recién ha llegado de guardia?
- No tenemos efectivos.
- Pero esto no es posible, esta mal, ustedes no saben quién es él. Puede ser un agente enviado por los portugueses a sabotear.
- Sí, camarada Comandante.

Todos son kimbundos, salvo el desertor, pensó Sin Miedo. Llamaron a los guardias para interrogarlos, las respuestas fueron similares: No habían oído nada, no se durmieron, no señor, y nadie había notado algo anormal. Los guardias del portón podrían no estar implicados. Seguro que Ingratitud había escapado saltando la pared medianera, sin necesidad de salir por el portón. Pero, uno de los guardias le tuvo que abrir la puerta y dejarlo ir. La guardia se quedaba sola de noche, y no verificaban si el preso dormía ahí adentro. Por lo tanto uno de ellos era inocente.

Sin Miedo mandó que se formaran. Después que los guerrilleros estuvieron alineados y que el Jefe del Depósito le presentó la formación, el Comandante dijo:

- Mata-todo y Katanga van a la cárcel. Uno de ellos ayudó a Ingratitud a huir. Van a cumplir la pena que le correspondía a él, hasta que no sepamos exactamente lo que pasó.

Los guerrilleros dudaron en cumplir la orden.

- Camarada Jefe, nombre dos guerrilleros para ir a encerrar a Mata-todo y Katanga. Y si alguno de ellos se fuga, el responsable será el Jefe del Depósito.

El Jefe envió a dos guerrilleros, que de mala voluntad cumplieron la orden. Los otros murmuraban.

- Escúchenme – Dijo Sin Miedo – Se lo que están pensando. Pero quédense tranquilos, esto será resuelto cuando llegue el nuevo responsable, si no es que antes el verdadero culpable se presenta. Estoy obligado a ponerlos presos, porque uno de ellos es el culpable, pero ¿Cómo saber cual?

Los murmullos aumentaron.

- Camaradas, sé que están desconformes, pero ésto no se lo podemos cargar a Andrés. En ésto él no tiene nada que ver. ¡Vamos a hablar claro! Ingratitud es kimbundo, la mayoría de ustedes también lo es. Alguien aprovechó los problemas de Dolisie para dejarlo en libertad. Quizás se pensó que no se tomarían medidas porque Andrés es kikongo y cometió faltas graves, entonces nadie osaría tomar medidas contra un kimbundo. ¡Pues yo las tomo! A mi no me interesa si alguien es kikongo o kimbundo. Lo que me importa es quién hizo que falta. Y estoy en contra del que comete faltas. No puede negar que yo estaba en contra de Andrés, porque él cometía muchas faltas concientemente. Y él era casi mi pariente. Todos aquí me conocen. Sólo los que son ciegos o deshonestos podrían decir que me presto al tribalismo. Y todos saben que no le tengo miedo al chantaje tribal. El camarada Jefe de Depósito es el responsable por los dos presos. Hasta que uno de ellos hable, se acuse y diga que el otro no tiene nada que ver. El que sea inocente, será inmediatamente puesto en libertad.

Sin Miedo partió para Dolisie sintiendo a sus espaldas la hostilidad casi general. Hungo murmuró, pero el Comandante ya había oído el comentario del guerrillero.

- ¡Este Comandante es todo un hombre!

El Jefe del Depósito asintió con la cabeza, pero los otros guerrilleros protestaban contra lo que consideraban que era una arbitrariedad.

Sin Miedo guiaba el jeep distraidamente. Están habituados a que las cosas se demoren, que se hagan investigaciones y que después se tomen las decisiones. Con todo el tiempo que sea necesario y cuando los culpables están lejos. Tendrán que entender que los métodos de Andrés se acabaron, por lo menos, durante el tiempo que yo sea el Responsable de Dolisie. El Comandante encontró al Comisario en la oficina, con aire abatido.

- ¿Y Ondina?
- Ya está en su cuarto.
- ¿Qué ha pasado contigo?
- Discutimos. Finalmente ella no quiere llegar a un arreglo. ¡Tienes que hablarle Sin Miedo. Por favor! Sólo tú la podrás convencer. No me dejes solo. Por favor.

El Comandante no le respondió, pero se dirigió al cuarto que le fuera asignado a Ondina. Golpeó la puerta y entró. Ondina estaba sentada en la cama, con sus manos entre las pantorrillas.

- Buen día, Ondina. Todavía no nos habíamos encontrado.
- No.
- Juan me dijo ahora que no quieres saber nada más con él.

Ella se encogió de hombros.

- ¿Sería mucha osadía pedirle un cigarrillo? Ahora puedo fumar libremente. Evitaba de hacerlo para no chocar a las personas. Me sacaron de la enseñanza de los niños, no soy confiable para darles educación. Por eso puedo fumar, ya nada tiene importancia.

Sin Miedo le encendió el cigarrillo. Ella aspiró el humo.

- Juan no comprende, o no quiere comprender. Lo conozco. Ahora acepta las cosas y su actitud es maravillosa. Y es esto lo que complica todo, que esto tenga su lado maravilloso. ¡Es difícil recusarle algo, queda tan desamparado, como un niño! Ahora acepta. Pero mañana comenzará a reprobarme. Pero el problema no es ni siquiera ese. El problema es que entre nosotros dos, las cosas no van. Soy mucho más madura que él. Tengo la tendencia de dominarlo. Otra vez sucederá algo similar y él será capaz de nuevamente aceptarlo. ¡No es justo!

El Comandante encendió un cigarrillo y se sentó en la cama

- Si no entiendo mal, piensas que hay un desequilibrio entre ustedes, que juega a tu favor.
- Si, es eso.
- Y tú no aprecias este estado de cosas.
- Me conozco. Sé que abusaré de su franqueza, porque él es débil. Y yo no quiero abusar de nadie, sobre todo de él. Necesito encontrar un hombre que no se deje dominar y que lo respete demasiado para no abusar de él.

Sin Miedo la miró en silencio. Había pensado que ella era una mujer libre, que se había creado a si misma. Pero al final se había engañado.

- Juan no es débil, créeme. No tiene mucha experiencia, eso es todo. ¿Quién sabe si esto no hará que madure?
- Ciertamente – Dijo ella – Si acabamos nuestra relación, eso puede endurecerlo. Algo que no pasará si continuamos juntos.
- ¿Y si él luchara para reconquistarte?
- No hay tiempo. Voy a partir muy pronto. Ni siquiera entiendo por qué me dejaron aquí, en Dolisie.
- La táctica del Movimiento es en estos casos, transferir a lugares distintos a los involucrados – Dijo Sin Miedo – Cuando están agotadas todas las posibilidades de reconciliación. Claro, esto es en caso de los matrimonios. En el de ustedes, como no están casados, no sé...
- Sin Miedo, disculpa que te trate así – Dijo ella tomándolo de un brazo – ¿Me comprendes?

El aprobó con la cabeza.

- ¿No piensas que es mejor así? Yo no soy mujer para Juan.

Sin Miedo suspiró. Luego dijo:

- Este es el problema. Tú eres exactamente la mujer para Juan y él lo sabe. Quizás no para el Juan que conociste, sino para el Juan que hiciste germinar, el que está por nacer.
- Era necesario un poco de tiempo.
- Si, lo era.
- Y que yo lo amase.
- En otras circunstancias, sin la guerra, tal vez fuera posible. Lo malo es estar lejos. No tendrá oportunidad de mostrarse con la nueva piel que él se construirá, la que le ayudaste a construirse. Es una metamorfosis y es dolorosa y lenta.

Ella no respondió. Sin Miedo salió del cuarto, cerrando suavemente la puerta. Ahora tendría que enfrentarse al Comisario. Entró en la oficina suspirando.

- ¿Entonces?

¿Qué decir? ¿Cómo decirlo? ¿Cómo endulzar el vinagre?

- No hay nada que hacer, Juan. Ella tiene sus razones. Después lo comprenderás. Un buen día verás que era mejor así. Te lo quise explicar ayer, pero no estaba seguro.

El Comisario se dejó caer en la silla, apoyó la cabeza en el escritorio. Sin Miedo cerró la puerta de entrada, para que nadie lo viése llorar. Los sollozos fueron disminuyendo gradualmente. El Comisario levantó la cabeza.

- Ustedes conversaron muy poco... ¿No pudiste hacer nada para convencerla, no es cierto?

¿Cuál era la verdad? ¿Había hecho algo para convencerla? Si y no. ¿Convencerla de qué? ¿De cuál verdad?

- No, no hice nada. Ella tiene sus razones, y estoy de acuerdo con ella.

El Comisario lo miró en silencio. Las lágrimas se deslizaban todavía, pero los sollozos habían cesado.

- Un día lo comprenderás. Entre ustedes nada es posible. Nada que sea serio, duradero. Tal vez más adelante. Más adelante, si, si se reencuentran. Pero debes dejar de pensar en eso, debes liberarte.
- ¿Tú dijiste que ella tiene razón? ¿Tú le reforzaste esa idea?

¿Le reforcé su idea? Tal vez. Siempre el si o el no, cuando no se sabe que camino seguir.

- Ella ya tenía su idea.
- Pero no intentaste convencerla de lo contrario.
- No.
- Le dijiste que ella hacía bien
- Si no se lo dije, era algo que quería decirle. No sé si se lo dije, pero era eso lo que le quería decir.

El Comisario se levantó. Los labios le temblaban. Apretó violentamente el borde del escritorio.

- Me traicionaste, Sin Miedo. Tú me traicionaste.

- ¿Pero, qué es finalmente lo que quieres? ¿Quieres a Ondina a cualquier precio, quieres una relación seria con ella? ¿Qué es lo que quieres Juan?.
- Yo la quiero a Ondina ¿Todavía no lo has entendido?
- ¿Cualquiera que sean las consecuencias?
- Si.
- Entonces te traicioné, Juan. Te traicioné, porque no es eso lo que yo pienso que es lo mejor. Si era para tener a Ondina a cualquier precio, sin importarte lo que te pueda suceder en el futuro, no me hubieras pedido que fuera a hablar con ella.
- ¿Sabes lo que eres Sin Miedo? Eres un celoso. Hasta pienso si no eres homosexual. Tú me quieres solitario, como tú. Un solitario del Mayombe. Para que yo solamente te tenga a ti, mi protector, mi padrino. Apartaste a Ondina de mí. Nunca quisiste darme consejos, aunque varias veces te lo pedí. Nunca quisiste hablar con ella, aunque tú la habrías convencido. Nunca quisiste meterte a arreglar las cosas entre nosotros. Me querías a mí, y por eso dejaste que las cosas fueran al fracaso. Mira lo que has hecho con tu egoísmo. Mira lo que has hecho. Hoy soy un cornudo, un harapo para limpiarse los pies, un harapo del que todos se ríen. ¿Estás contento Sin Miedo, estás satisfecho?

La bofetada de Sin Miedo lo hizo rebotar contra la pared opuesta. El Comisario se levantó lentamente, con los ojos echando chispas.

- ¡Cuidado, Sin Miedo! No voy a pelear contigo, si es eso lo que estás buscando. Te desprecio. No voy a pelear contigo, no te daré ese gusto. Puedes pensar que tengo miedo, si lo deseas, no me importa. Ya te has equivocado tanto sobre mí, que no importa otra equivocación. Puedes pensar que me liquidaste, que apartaste de mí el amor. Pero no voy a ser un solitario como tú. Nunca me vas a ver detrás de una botella vacía. Con Ondina o sin Ondina. Adios, Sin Miedo, hasta la próxima. Ya verás en lo que me transformaré. Cada éxito que tenga, será el precio de tu bofetada, yo no voy a ser un fracasado como tú.

Salió, golpeando la puerta, temblando Sin Miedo se dejó caer en la silla, encendió un cigarrillo avidamente, como si cada chupada fuera la última. ¡Imbecil, pequeño imbecil! Acabó el cigarrillo. Los papeles se acumulaban a su frente, con un gesto duro los barrió del escritorio. Se levantó y caminó por la sala. ¡Imbecil, pequeño imbecil! Salió de la oficina rápidamente hasta el bar más próximo, se sentó en una mesa apartada y pidió una cerveza, bebió directamente de la botella hasta el fin y pidió otra más. Lleno el vaso. No, no se iría a emborrachar como un muchachuelo. Vació el vaso de un solo trago. Volvió a llenarlo. ¡El amor! El amor vuelve estúpido a los hombres. La mano le ardía, era la misma mano con que tomaba el vaso. Lo vació de nuevo y pidió otra botella. La camarera le pidió que pagase, él pagó las tres cervezas mientras le traían la bebida. Tienen miedo de que me emborrache y no tenga dinero. No no beberé más. Vació el primer vaso, lo llenó de nuevo. Este será el último. Había dejado de temblar, la mano sostenía ahora firmemente el vaso. La cerveza helada le dio dolor de cabeza. ¿Será la cerveza o quizás será ese mocososo? Sin Miedo siempre había resuelto solo sus problemas amorosos, desde el tiempo de seminarista en que no podía confiar en sus colegas siempre dispuestos a denunciar los secretos de la confesión. El Comisario lo había amenazado. ¿De qué? De comenzar a resolver solo, sus problemas personales.

Sintió que la risa le crecía en el cuerpo, pero no pudo evitarla. La carcajada llenó el bar vacío espantando las moscas que sorbían los restos de manchas de cerveza en las mesas. La moza se volvió asustada y lo vio agarrándose el vientre, riéndose hasta las lágrimas, después encogiéndose de hombros continuó limpiando los vasos.

Sin Miedo dejó de reír, sólo las lágrimas le brillaban en el rostro. El jovencito había mostrado las uñas finalmente. Y él, Sin Miedo no había comprendido y en la incompreensión lo había abofeteado. Había castigado las palabras y no había comprendido el significado de ellas. Finalmente suspiró, y yo que no entendí, me ofusqué por las palabras. Yo, que siempre digo que las palabras son relativas...

Vació el vaso y se levantó sonriente de la mesa, saludó a la moza al salir y ella le respondió con un gesto vago.

Cuando volvió a la oficina casi chocó con Ondina que salía con aire asustado.

- ¿Qué pasó? – Pregunto él.
- ¿Dónde estabas?
- Fui aquí cerca. ¿Pero qué pasa?
- Juan, Juan ha enloquecido
- ¿Por qué? ¡Calma, calma, Ondina!

La llevó a la oficina y cerró la puerta. Luego se sentó en el escritorio.

- ¡El se volvió loco!
- ¿Pero qué es lo que ha pasado? ¡Mierda! Cuéntamelo de una vez.

Ondina hacía esfuerzos por dominarse, con voz incierta dijo.

- El fue a mi cuarto, cuando dejó de hablar contigo. Abrió la puerta sin golpear. Comenzó a decirme que tú y yo estábamos equivocados con él, que no se dejaría vencer. Que nosotros queríamos liquidarlo, machucarlo, que habíamos abusado de su ingenuidad. Que yo pensaba que él era un niño, que había hecho de todo para destruirlo, pero que él no era un pequeño y no se dejaría destruir. Que nos demostraría de lo que él era capaz. Y que no quería saber más nada de mi, que ya se le pasaría, que me olvidaría inmediatamente. Y que tú siempre intentaste impedir que yo lo amase, o por lo menos, que no lo ayudaste. Que querías...
- Que él fuera un solitario como yo – Dijo Sin Miedo.
- Si, eso.
- El me dijo el mismo discurso. ¿Y después?
- Después me desvistió. Ayer me había desgarrado un vestido, hoy me desgarró otro. Me desvistió a la fuerza, pero no intentó tocarme. Me dijo: “Ves, puedo estar contigo ahí desnuda y no tengo deseos de hacerte el amor”. Me dijo que era la primera vez que esto le sucedía y que era una prueba evidente de su cura.
- ¿Y tú?
- ¿Yo? Ni abrí la boca. Después me dijo que demostraría que era tan buen militar como tú lo eres, que criaste un mito que él destruiría, demostrando que no eres ningún hechicero.
- Tiene razón.
- Que él se había dejado convencer que eras un hombre excepcional en todos los aspectos y que finalmente no eras nada.
- Tiene razón.
- Que habías criado ese mito tú mismo, por vanidad. Que fingías arriesgarte, pero que siempre medías tus probabilidades de riesgo. Lo cual engañaba a los otros, pues parecía que tomabas posiciones riesgosas, cuando en realidad te colocabas en lugares seguros.
- ¡Ahí está exagerando!

- Que él si lo arriesgaría todo, sin trampas. Y demostraría de este modo que lo que tú haces son sólo trampas y mentiras.
- Espero que no cometa alguna burrada...

¿Por qué será que la afirmación de un hombre debe hacerse en contraposición de otros? Pensó Sin Miedo. ¿Por qué siempre hay que luchar por la vida, luchar por un lugar, o luchar por ganar prestigio? Este realmente es el pecado original, del cual no nos habla la Iglesia, pero si lo hace Marx.

- Me dijo que debía irse inmediatamente para la Base. Que tú te quedabas aquí como responsable y que él asumía el comando de la Base.
- ¡Es el orden natural de las cosas! El Comisario sustituye automáticamente al Comandante. Pero ¿Dijo que partiría inmediatamente?
- Si.

El primer impulso de Sin Miedo fue tomar el jeep para impedirle salir. Era tarde, tendría que caminar solo en la oscuridad, lo cual no era prudente. Pero luego se dejó caer en la silla. ¡Sigo reaccionado como su padre! El se las arreglará.

- Me parece que él no tiene nada de loco – Dijo Sin Miedo – Sus reacciones son casi normales. Un poco impetuosas, como lo son siempre las decisiones rápidas. No debes preocuparte por todo lo que él diga, hoy no sabe bien lo que dice, mañana se le habrá pasado. Lo que debes hacer es observar su actitud. Te dije que se estaba volviendo hombre, y ya probaste un poco de esa verdad.
- Pero son actitudes infantiles...
- El contexto quizás lo sea. Pero las decisiones no lo son. No puedes pretender que él reaccione de una manera totalmente madura, en la forma y en el fondo. No puede hacerlo, aún es muy temprano. Se trata de una revolución profunda. La forma es todavía infantil, dices tú, pero las formas se modifican. Las formas son las actitudes, el fondo es la motivación de la actitud.

Ondina estiró el labio inferior en un gesto escepticismo.

- ¿Te parece?
- Por lo menos en una cosa dialéctica. Puede ser que no se atreva, y es cierto que no se atreverá en algunos casos. Su naturaleza es brusca, violenta, es por eso que no será así inmediatamente. Pero él está en buen camino. Ya tengo alguien que me sustituirá, espero que sea mejor que yo. ¿Qué te parece si vamos a almorzar?
- ¿No estás preocupado, Sin Miedo? ¿No estás choqueado por lo que él dijo de ti? ¿Te quedas así de indiferente?
- ¿Cómo quieres que me quede?
- El te ofendió
- ¡Bueno! Nunca puede ser ofensa el derribar un mito. Es él el que creó un mito de mi, ahora comprendió que se estaba engañando. Puede ser que yo colaboré a crear ese mito ¿Quién sabe? Te todas maneras no era esa mi intención, pero quizás contribuí a crear el mito. El se dio cuenta por si mismo de su error, ahora ira derrumbando las estatuas que encuentre en su andar. No hay razón para estar preocupado ni ofendido. A partir de ahora, él no necesitará de mitos para poder vivir, se volverá un hombre libre. Es por esto que debemos estar alegres.
- No te comprendo, Sin Miedo.

- No eres tu sola. Yo mismo a veces no me comprendo. Mas cést comme ça.²² Vamos a comer, que esta charla me abrió el apetito.
- Yo no voy a comer, no puedo comer.
- ¡Esa es una actitud cristiana! El estómago no tiene nada que ver con los problemas.
- Estoy demasiado nerviosa.

Ondina se retiró a su cuarto, a reflexionar. Sin Miedo se sentó a almorzar.

Al día siguiente, muy temprano, un viejo pidió hablar con el responsable. Lo hicieron entrar en la oficina. El viejo era un militante del MPLA en la frontera. Se asombró de ver ahí a Sin Miedo.

- No te asustes. El camarada Andrés fue transferido, yo estoy reemplazándolo por el momento. ¿Qué es lo que deseas?
- Camarada Comandante, vengo a avisarles que los tugas han hecho un campamento en Pau Caído.²³
- ¿En Pau Caído?
- Sí, los vieron unos cazadores. Es un campamento grande.

El lugar de Pau Caído había sido una antigua base guerrillera, que habían abandonado unos tres años atrás. Los tugas querían controlar la frontera, desde allí podrían vigilar fácilmente todas las entradas y salidas... y estaba sólo a un día de marcha de la Base, caminando directamente.

- ¿Cuándo los vieron?
- Anteayer. Ayer me vine para aca, ayer a la tarde en el camino lo encontré al camarada Comisario.
- ¿Le avisaste?
- Si, me dijo que estaba bien.
- ¿Te dijo que me avisaras?
- No, solamente me respondió que estaba bien. Vine porque estando cerca podría aprovechar de comprar algunas cosa en Dolisie.

El Comisario quería asumir el solo la responsabilidad, pensó Sin Miedo. Y era lo que estaba haciendo. Agradeció al viejo y mandó al jeep a buscar al Jefe del Depósito. Mientras lo esperaba resolvió los pequeños asuntos de los militantes de Dolisie, pero su pensamiento estaba lejos. Los tugas en Pau Caído eran una mala noticia. Muy pronto descubrirían la Base. Además podrían desde allí cortar los caminos de reabastecimiento desde Angola, el camino de entrada en Angola no estaba suficientemente camuflado y servía muy bien para hacer emboscadas o ataques. ¡Para colmo, Juan que se fue solo y furioso! Ellos saben lo que tienen que hacer, no me tengo que preocupar.

El Jefe del Depósito entró en la oficina y se dejó caer en una silla.

- ¿Qué pasa camarada?
- ¿Qué pasa? No he dormido en toda la noche.
- ¿Por qué? ¿Estás enfermo?

El Jefe del Depósito era un hombre gordo, de unos cuarenta años. Suspiró.

²² En francés: Es así.

²³ En portugués: Palo Caído.

- ¡Por culpa de los presos! Tuve que estar de guardia toda la noche.
- ¿Pero por qué? ¿No tienes gente que haga guardia por la noche?
- Sí, tengo. Pero no les tengo confianza. Sólo cuento con dos o tres que son de confianza. Los otros dejaron huir al preso, eso es cierto.
- ¡Conoces bien a tu gente, camarada Jefe!
- Sí, los conozco.

Sin Miedo sonrió: El Jefe del Depósito era kimbundo.

- No fue por esto que te llamé. Me vinieron a informar que los tugas estan acampados en Pau Caído.
- ¿Es cierto?
- Sí, así parece. ¿Sabes lo que éso significa?
- Sí, lo sé, camarada Comandante. ¡Muy peligroso!
- Es necesario que tomemos medidas. El Depósito es nuestra reserva. Se prohíben las entradas y salidas. Mande inmediatamente a limpiar las armas.
- Está bien. Aquí tenemos a militantes que pueden ser armados para reforzarnos.
- Hágame una lista con los nombres de ellos – Pidió Sin Miedo.
- Se la haré llegar inmediatamente, camarada Comandante. Los tugas en cualquier momento pueden atacar la Base.
- O hacernos emboscadas en la frontera, o en el Cala-a-boca. No sé si los de la Base van a mandar un grupo para allá, pero tendremos que pensar en eso nosotros aquí en Dolisie. Los guerrilleros hacen falta en la Base, aquí no los necesitamos.
- Puedes contar con nosotros, camarada Comandante, haremos todo lo que nos sea posible. Hum, peligroso, muy peligroso.
- Si es muy peligroso – Acotó Sin Miedo.
- ¿Y que hacemos con los presos? Preguntó el jefe del Depósito.
- Pón de guardia a tus hombres de confianza y vete a dormir. Esto queda así hasta que llegue el nuevo responsable.

El Jefe del Depósito se retiró y entró Ondina a la oficina.

- ¿Estás muy ocupado?
- Sí.
- En cuanto a mi. ¿Qué decides?
- Yo, nada. Estoy esperando instrucciones.
- ¿No has hecho un informe sobre la decisión de Juan?
- Yo no escribo informes sobre asuntos personales.
- Pero no es un asunto personal, Sin Miedo. Podrías escribir que Juan aceptó la separación y por lo tanto no hay razones que retrasen mi partida.
- ¿Quieres irte, Ondina? ¿Adónde?
- No tengo nada que hacer aquí. ¡Al menos que me castiguen y me envíen al Este!
- Ten paciencia unos días. ¡Por lo menos adorna la casa!
- No te conocía tan galanteador, Sin Miedo. Dime, mi retraso ¿No depende de ti?
- ¿Cómo de mi?
- ¿No eres tú el que debe informar a la Dirección?
- No. Eso ya esta en manos de la Dirección, no tengo nada que ver.
- Bueno. ¿Puedo por lo menos salir a la calle, o estoy presa aquí?
- Puedes ir adonde te venga en ganas.

- Entonces hasta luego, Sin Miedo.
- Hasta luego, Ondina.

Sin Miedo se quedó viéndole las redondas nalgas que se dividían en una zanja profunda. Endendió un cigarrillo y atendió el pedido de un militante. El quería unos pantalones nuevos. Ahora estoy resolviendo problemas por un par de pantalones nuevos, pensó él. Acabé mal, no hay duda. El Comisario tenía razón, soy un perfecto fallado. Espero que ellos tomen todas las medidas de seguridad y que Juan no haga burradas.

- No las haré. – Dijo en voz alta.
- ¿Cómo, camarada Comandante?
- Nada, estaba pensando en voz alta.

Bueno, este ahora va a creer que me estoy volviendo loco; no me falta mucho, sólo será necesario que me mantengan un mes en este puesto. ¿Como estará el Mayombe? Verde, como siempre.

Yo, el narrador, soy el Jefe del Depósito.

Es esta la segunda noche que me paso sin dormir, si me duermo los presos se escaparán.

Fui combatiente en la Región Primera, serví de guía a los grupos que salían o entraban en Angola desde el Congo. Anduve con el escuadrón Kamy en el interior y después de la derrota volví, enfermo y por eso me dejaron trabajando en el Depósito. Hasta ahora, mi salud no me permite estar en la guerra, y esto me pone triste. Pero, siendo responsable del material de guerra es una manera de estar en la revolución.

Allá en Quibaxe, cuando se inició la guerra yo tenía familia. Era un campesino sin tierra, trabajaba en los cultivos de los colonos. Ingresé en la guerra sabiendo que todo lo que hiciera para acabar con la explotación era correcto. Lo hice todo. Pero no tan rápido como lo deseaba. Los traidores impiden que la lucha crezca y se desarrolle. Hay traidores en todas partes. Son mentiras los que afirman que son los kimbundos, o los kikongos, o los umbundos o mulatos los que son los traidores. Yo he visto hombres de todas las lenguas y colores, y también he visto a nuestros propios patriotas dueños de cultivos ensanchar sus campos para enriquecerse y a algunos de ellos volverse colaboradores de la PIDE.

Por ésto, Sin Miedo tiene razón. Es por esto que no duermo, para que haya justicia. Ingratitud cometió un delito en contra del pueblo y los que lo ayudaron a huir también lo han cometido. Esto es lo justo y serán castigados.

Yo ya soy viejo, he visto muchas cosas. Las palabras tienen valor, el pueblo creé en las palabras, de la misma manera que creé en los Dioses. Pero he aprendido que las palabras sólo tienen valor si se corresponden con la práctica.

Sin Miedo hace como dice. Es un hombre sincero. ¿Qué me importa en que lengua hablabán sus antepasados?

El está solo aquí, en Dolisie. Rodeado de enemigos, o por lo menos, de personas que no lo comprenden. Los guerrilleros lo estiman como Comandante, pero desconfían de él porque es kikongo. Yo lo aprecio y no desconfío de él.

Por esto, es que me quedo despierto.

Capítulo IV: LA SURUCUCU

Aquel día transcurrió sin novedades, Sin Miedo esperaba noticias de la frontera o de la Base. Al día siguiente la preocupación disminuyó. Podría haber sido que los cazadores se hubieran engañado o una exageración del viejo campesino, sin embargo el Comandante mantuvo a las tropas del Depósito en estado de alerta.

A la hora de la cena sólo se encontraba ahí Ondina, todos los demás militantes estaban retenidos en el Depósito. Comían frugalmente Té con pan silenciosamente.

– ¿Estás preocupado? – Preguntó Ondina.

Ella no sabía ni podía comprender todas aquellas idas y venidas de él. Sin Miedo se encogió de hombros.

- Estoy harto de estar aquí. Solamente existen problemas de dinero y de indisciplina. La guerra está muy lejos del pensamiento de todos. En una revolución existen los que viven para ella y los que viven de ella. Podría afirmar que aquí sólo están los que quieren vivir de ella y absorben los recursos en todo momento.
- ¿Si fuéramos a dar una vuelta? Podrías convidarme a pasear.
- No puedo. Puede venir alguien a buscarme por algo urgente.
- Andrés no se preocupaba por éso – Dijo Ondina – Salía siempre que le venía en ganas.
- Andrés es un burócrata y un saboteador. Te agradecería que no me compares con él.

Ondina bajó los ojos ante las palabras heladas de Sin Miedo. Susurró.

- No te quería comparar con Andrés. ¡Disculpa!
- No podemos salir, pero si lo deseas podemos ir a la galería a tomar fresco.

Se fueron a la galería desierta y oscura. Se sentaron en el suelo de cemento, contemplando las estrellas y los patios vacíos. Todo movimiento en la pequeña ciudad había cesado, sólo algunos transeuntes se dirigían a pie hacía algún bar del lugar.

- Nunca me gustaron las ciudades pequeñas – Dijo Sin Miedo – Me gustan las grandes ciudades o la selva. Me enferman las ciudades pequeñas.
- Lo que te enferma es el trabajo de oficina.
- Eso también, claro. Pero las ciudades pequeñas donde todos saben lo que hacen todos, me ponen mal.
- Tal vez sea por eso que huíste de tus estudios, con el pretexto de que venías a la lucha. No te veo como un ecónomo, detrás de un escritorio. Los otros días te observé, estabas sentado y te movías a cada rato, como si estuvieras incómodo. No, no creo que te hubieras sentido feliz como un ecónomo.
- Depende, existen los ecónomos que están en movimiento, que no se atan a un escritorio. Pero, si no me ves como ecónomo ¿Cómo me ves entonces?
- Como militar.
- ¿Solamente?
- Si, sólo te veo como militar.

- Yo también me veo así, Ondina. Y ese es un problema, porque un buen día no seremos necesarios y deberemos dejar las armas, no habrá razón para estar uniformado... Además no me gustaría pertenecer a un ejército regular.
- ¿Qué vas a hacer entonces, cuando acabe la guerra?
- No lo sé, y por el momento eso no me preocupa. ¿Y tú?
- Estamos hablando de ti. No te veo como marinero, eso no es lo tuyo. Tampoco eres una persona para vivir de una jubilación y entretener a los demás con tus relatos de guerra.
- En suma, no tengo futuro, pero eso no me desvela.
- Sin embargo deberías hacer planes. ¿No sueñas a veces con tu futuro?
- Sí.
- ¿Qué sueñas?
- Cosas imposibles.
- ¿Por ejemplo?
- Bueno, que todos los hombres dejarán de ser estúpidos y podrán aceptar las ideas de los demás. Que se podrá andar desnudo por las calles. Que se podrá reír sin que nadie se de vuelta y ponga un dedo en la cabeza. Que se pueda amar, si se sienten deseos, sin pensar en las consecuencias, etc, etc... Cosas imposibles como ves.
- ¿Piensas realmente eso?
- ¡Si te lo digo!

Ondina sonrió. Señaló a un borracho que pasaba, tambaleándose.

- A mi también me gustaría. Sin embargo estoy señalando a ese borracho. Y en la calle, sería capaz de volverme y reírme de él.
- Yo también, Ondina. Y esto es lo que me encoleriza. Pretendemos transformar el mundo y somos incapaces de transformarnos a nosotros mismos. Pretendemos ser libres, para realizarnos y en todo momento buscamos disculpas para reprimir nuestros deseos. Y lo peor es que nos convencemos con nuestras propias disculpas, dejamos la lucidez de lado y sólo queda la cobardía. Es el miedo a enfrentarnos, un miedo que nos quedó del tiempo en que teníamos temor a Dios, o a nuestro padre, o del profesor, o de los agentes represivos. Somos unos alienados. Como los esclavos que eran totalmente alienados. Pero nosotros somos peores, porque nos alienamos a nosotros mismos. Hay cosas que ya no tienen validez, pero nosotros continuamos transportándolas en nuestro interior por temor a dejarlas y sentirnos desnudos.
- Hoy estás triste, Sin Miedo.
- Siempre estoy así cuando...
- ¿Cuándo?
- No tiene importancia.

Ondina lo miró. El sostuvo la mirada de ella, sin hablar. Ella bajó los ojos. Sin Miedo la observó. Ondina estaba en su posición habitual, con la cabeza inclinada y sus manos entre las pantorrillas y su vientre dilatándose suavemente. ¿Era Ondina bella? Tal vez no. Tenía algo de niña en un cuerpo de mujer. La posición de ella realizaba esa sensación, así, sentada en el suelo con la piernas encogidas. El silencio puso una barrera entre los dos. Ella fue la primera en romperlo.

- Tú eres un hombre, puedes ser mucho más libre que una mujer, nada te retiene.
- Contigo es lo mismo.
- No. La sociedad es más severa con la mujer.
- No me estaba refiriendo a la sociedad, sino a la moral individual.

Ondina se rió.

- Estás bromeando. ¿Tienes una moral individual?
- Me estás ofendiendo. ¿Te parece que soy un tipo sin moral?
- Estamos hablando de cosas diferentes. En el aspecto sexual, por ejemplo ¿Tu moral te impide satisfacer tus deseos?
- Pero era eso lo que te estaba diciendo, que somos obligados a pensar en las consecuencias y es esto lo que frena nuestros deseos.
- ¿Tú?
- Piensas que soy un tarado sexual...
- No, un libertino.
- Ni siquiera eso. Conocí a un libertino. He conocido a muchas personas, debería ser un escritor, para poderlas describir. Fue en Praga, en unas vacaciones. El era un verdadero libertino. No se le escapaba mujer que le gustase, ni siquiera su hermana.
- ¿Qué le sucedió?
- Nada. No sé. Todavía andará por ahí. Yo no podría ser un libertino, tengo demasiados tabúes para poder serlo. Alguna vez, pensé que esa podría ser la solución, hice de todo para crearme una filosofía libertina; pero no lo conseguí. Siempre aparecen los problemas morales que lo arruinan todo. Discutí mucho con ese amigo de Praga y vi que había un mundo de diferencia entre los dos. Por lo menos una generación.
- ¿Era Checo?
- No. Francés. Comunista. Un comunista no en el sentido clásico, ortodoxo de la palabra, sino en mi propio sentido.
- ¿De qué las mujeres son de propiedad colectiva?
- ¿Que ideas son esas? Eso es propaganda católica anticomunista. Para él, todas las mujeres deberían ser libres de aceptar o de negar, de la misma manera que él era libre de desear o no cualquier mujer. Sólo eso. Y si hubiera consecuencias, cada uno era libre para aguantarlas. Como te decía, era un comunista, pero no en el sentido de que las mujeres son colectivas, sino en el que las mujeres son tan libres, como los hombres libres. Como ves, es un programa que no cabe en una mano.
- Hay tipos que sin llegar a ser comunistas piensan así.
- Ya lo sé, Ondina. Eso solamente no alcanza para ser comunista, pero él tenía todo el resto. Y los burgueses o los pseudorevolucionarios como nosotros, podemos pensar así, pero nunca seremos coherentes hasta el extremo con nuestros actos. El fue la persona más libre que conocí. Siempre lo envidié. Después comprendí que jamás podría ser como él y me conformé. Un hombre debe conocer sus límites y aceptarlos. De otra manera es un estúpido que se ilusiona a sí mismo. O un deshonesto.
- Pero él ponía sus deseos por encima de la revolución?
- Y ese era su drama. Había veces que deseaba a una mujer y tenía un trabajo urgente entre manos, sin posibilidades de dejarlo de lado. En esas circunstancias él elegía el trabajo.
- Entonces no era libre.
- Nadie puede ser libre cuando hay que hacer una revolución. Sin embargo y a pesar de todo, él fue lo más libre que pude encontrar, pues sólo las razones sociales o políticas lo podían frenar. ¡No eran esas razones de moral individual, o porque ella estuviera casada, o porque... que sé yo cuantas cosas más! Hay hombres que no atraen a las mujeres sólo por que no les agrada ser atraídos, y sin embargo son conscientes de que la libertad es igual para todos. Y esos son los evolucionados, pero tendrás que reconocer que ellos están muy lejos de mi libertino de Praga. Y ten en cuenta que estos son los más evolucionados de nuestra sociedad.

- ¿Qué es lo que harías tú?
- ¿Yo?. No me casaría, por ejemplo, es lo más simple.
- Estás eludiendo la respuesta.
- ¡Tú sí que eres avispada! – Dijo Sin Miedo sonriéndole con ternura – Tienes razón, estoy huyendo. Voy a ser sincero, por una vez en la vida. Yo detestaría, no lo podría soportar, que mi mujer durmiese con otro. Sé de lo que hablo, ya me pasó una vez, no me gustaría volver a vivir una situación semejante. Y sin embargo encuentro que ella debería ser tan libre como yo, y tener sus propias aventuras. Si me casara ¿Qué es lo que sucedería? Debería serle fiel. No porque no desease otras mujeres, sino para poder exigirle fidelidad. Como ves, el matrimonio es una prisión hipócrita. Es por eso que no me caso. Todavía no llegué, ni llegaré nunca, al nivel de mi amigo de Praga. Para él, todo esto era natural, estaba en el orden de las cosas.
- ¿Era casado?
- Sí, con una alemana de la DDR.²⁴
- ¿Cómo era ella?
- ¿Me preguntas cómo era físicamente? Era muy bella, verdaderamente muy hermosa. Tenía unos ojos azules que cuando la luz los bañaban le daban fulguraciones violeta.
- Poeta...
- Hay mujeres que me vuelven poeta.
- ¿Te acostaste con ella?

Sin Miedo encendió un cigarrillo. La vio a Karin frente suyo, como una reina desafiante, plantada sobre sus piernas abiertas y las manos en las nalgas, con una sonrisa socarrona.

- No. Huí de ella. Fue allí que comprendí que nunca podría ser como mi amigo. Ella me provocaba, me acariciaba, y yo me hacía el desentendido. ¿Por qué? Porque ella era la mujer de mi amigo. Aunque a él poco le hubiera importado que yo me acostara con ella... Como ves, no puedo ser un libertino.
- El no la quería – Dijo Ondina.
- Eso es lo que diría mi madre y mi tía, y la tía de mi tía. No estoy tan seguro como tú. Razonamos en función de nuestra sociedad, una sociedad asimilada a la cultura judeo-cristiana europea, en la que los hombres deben ser celosos, porque él es el pastor y su mujer el rebaño de su propiedad. En el fondo lo que sucede es que cuando la propiedad es alquilada a otro, hasta se vuelve mejorada, rejuvenecida, con ahorro de capital y de trabajo. Pero nosotros no comprendemos eso. La mujer es una propiedad especial. Hay siglos de atraso. Especialmente en nosotros los negros por fuera. Fíjate, un congoleño encontró a su mujer en flagrante delito, cerca de la frontera. Exigió dinero por la ofensa, naturalmente. Un camarada le preguntó si no había quedado furioso. El respondió: ¿Por qué? Esto no desgasta a mi mujer. Esta es la manera de pensar del africano que tuvo poco contacto con la religión cristiana. Nosotros estamos saturados, aculturados, corruptos y alienados.
- ¿Es por esas razones que no te casas, Sin Miedo? ¿Por los celos y por la enajenación?
- Hoy es esa la razón principal, ayer pudo haber sido otra. Hay muchas razones para ese tipo de actitudes, depende de las ocasiones y las charlas. Es por eso que nunca nadie es sincero. Sólo si se presenta un motivo que lleve a la interpretación del problema. Pero basta de hablar de mi. Hablemos de ti.

Ondina levantó los brazos y los dejó caer de nuevo.

²⁴ DDR, en alemán: Deutsche Demokratische Republik. República Democrática Alemana.

- Dáme un cigarrillo. Yo ya soy una libertina. Me podría casar perfectamente con tu libertino de Praga, haríamos una pareja perfecta...
- ¡Es mentira! Hace poco decías que él no amaba a su mujer porque no era celoso.
- No me dejaste terminar de hablar. ¿Seríamos una pareja perfecta, pero quién habló de amar? Para mí una pareja perfecta es aquella donde hay ternura y deseos a veces de estar el uno con el otro. El amor destruye a la pareja. No creo en el amor. Yo me casaría con un hombre como tu amigo, que sienta que la amistad es una atracción física. Pero jamás encontré un hombre así.
- No te creo ni una palabra – Dijo Sin Miedo
- En este momento pienso así.
- De acuerdo. Pero ayer no pensabas así.
- ¡Oh! Ayer, sí.
- Esta bien. Pero hace un mes no pensabas así.

Ondina se encogió de hombros.

- Tú mismo dijiste que nunca se dice todo. Yo también puedo ser celosa, depende de las circunstancias. En el inicio de una relación soy celosa. A medida que transcurre el tiempo dejo de serlo. Esto significa que me harté de la persona.
- ¿No estás celosa de Juan?
- ¿Por qué vamos a hablar de Juan, Sin Miedo?
- Porque él está aquí, presente.
- Tal vez en relación contigo, pero yo ya lo he olvidado.
- ¡Mentirosa!

Ella volvió a hacer el gesto de los brazos levantados y dejarlos caer al mismo tiempo.

- ¡Ya lo había olvidado! Ya lo tenía tan lejos de mi memoria! ¿No pasa lo mismo contigo? En el fondo eres tú el que debería haber sido su mujer.
- Fue lo que él me dijo. Hasta insinuó que yo debía ser homosexual...
- Le das demasiada importancia a las palabras de él.
- ¡Eres una buena alumna! Me repites lo que te lancé el otro día en la cara... Es por eso que uno no debe tirar piedras hacia el cielo, luego te caen en la cabeza.

Fumaron en silencio. Ondina observaba a Sin Miedo que contemplaba las estrellas. ¿Era Sin Miedo hermoso? Sí, sin duda. De él emergía una fuerza, no la fuerza física animal, sino una fuerza controlada, deseada. La barba de su rostro profundizaba el aspecto de León que duerme tranquilamente, seguro de sí mismo. Demasiado seguro de sí mismo, y era esto lo que la molestaba cuando se conocieron. La venció con la tranquilidad de quién está acostumbrado a vencer y ya no le da importancia a sus victorias. Al lado de él, Ondina se sentía una criatura intimidada, necesitando despertar su atención. Desafiarse carecía de sentido, Sin Miedo no le prestaba atención, no lo hacía por recelo, sino porque no le llamaba la atención conquistarla. Y a pesar de eso, Ondina tenía el presentimiento de que Sin Miedo la deseaba y que hasta sentía ternura por ella.

Y tal vez porque él estuviera callado, ausente en un mundo al que ella no tenía acceso, dijo:

- Una mujer tiene miedo de amar, de aferrarse a ti... Da la impresión de que siempre estás con la mochila a la espalda, pronto a partir.

Sin Miedo sintió la queja, a pesar de que había sido una queja susurrada y se volvió a mirarla.

- Ya me dijeron alguna vez lo mismo.
- ¿Cuántas mujeres se han enamorado de ti, Sin Miedo? Las que conociste y las que se callaron por temor de parecer ridículas. ¿Cuántas lloraron, cuántas huyeron antes de caer en las redes de dónde no hay retorno?
- No lo sé, algunas.
- ¡Millares!
- ¿Por qué dices eso?
- Tú eres del tipo de hombre que gusta a las mujeres. Pasas frente a ellas, indiferente y altivo. Las mujeres son masoquistas, les agrada que las traten como objetos caros, pero accesibles al comprador. Es así como tú opinas de nosotras...
- ¿Es esto una declaración de amor?
- No.
- ¡Ah! Que bueno. ¡Sino ya estaba huyendo!

Ondina rió alegremente. Siempre se deshace con humor una conversación que se vuelve peligrosa. Ondina comprendió que Sin Miedo utilizaba el humor como un mecanismo de defensa. Fue en ese momento que sintió un deseo incontrolable que la llevó a cruzar las piernas y a apretar su sexo con las pantorrillas. Sin Miedo la miró. Ella desvió la vista tragando saliva, él sintió la comunicación dejándose penetrar lentamente por el deseo de ella, haciendo crecer el suyo. Después él la tomó de un brazo y la acercó contra él. Ondina le ofreció los labios y él bebió de ellos.

- Vamos para mi cuarto – Dijo él.

Ondina se levantó y lo siguió apretando las piernas para no gritar. La galería estaba vacía cuando entraron en el cuarto. Ella comenzó a desvestirse sosegadamente. Sin Miedo se lo impidió con un gesto. La besó largamente y después la alzó llevándola a la cama. A la media noche encendieron cigarrillos.

- ¿Aquí no entra nadie? – Preguntó ella.
- No. Si alguien golpeará a la puerta, te escondes detrás de ella. Nadie entra.
- Estaría mal si se supiese. Y no por mi reputación, que está en muy mal estado. Sino por la tuya.
- Sólo me importaría en el caso de Juan.
- ¿Por qué?
- No sería nada agradable para él saberlo.
- ¡Pero si entre él y yo ya no hay nada!
- ¿Y eso qué? ¿Te piensas que mató los celos y el amor en un día? El pensaría que todo fue una táctica mía para quedarme contigo. Puedes pensar que es estúpido pensar así, si lo deseas, pero sería así. ¿Quién sabe lo que razona una persona que está solitaria pensando que el objeto de su amor está en brazos de otro? ¿Te crees que él aún no se retuerce en la cama pensando en ti?
- No me hables de él.

Ondina casi se lo gritó. No es tan insensible con Juan como pretende aparentarlo, pensó Sin Miedo. No se asombró de la certeza de la comprobación. Ondina era como un volcán donde todos los elementos de la naturaleza son desencadenados por un héroe mítico, Sin Miedo sabía ahora por qué había fallado el Comisario, pero era demasiado tarde para poder ayudarlo.

- Tú nunca tuviste ningún placer con él.
- ¿Por qué lo quieres saber?
- No estaba preguntando – Dijo Sin Miedo – Estaba llegando a una afirmación, por eso no necesitas responder.

Ondina tiró la colilla del cigarrillo afuera. Se irguió en la cama ofreciéndole su pecho joven. Sin Miedo le mordió levemente los pezones y ella se echó hacia atrás de espaldas. El se aparto.

- ¿Por qué, no vienes? – Preguntó ella.
- Todavía no he terminado mi cigarrillo.
- ¡Eres un odioso!

El sonrió. Le tomó las pantorrillas con la mano libre y ella se la apretó. Sin Miedo dejó la mano ahí, mientras fumaba.

- Nunca nos entendimos. El se controlaba demasiado, o mejor dicho, me controlaba demasiado, no lo sé. Lo cierto es que él estaba siempre ausente, preocupado... crispado.
- Eso fue lo que hizo fallar a todo.
- Excepto la última vez, cuando me forzó, fue maravilloso. Fue violento, apasionado, se tomaba lo suyo sin preocuparse en el placer mío. ¿Por qué no fue así antes, Sin Miedo?
- Todavía no había sido golpeado... No podía ser así. ¡Con el fracaso él aprendió, si es que hubo algún fracaso! Ahora si existe un fracaso, si tú ya no quieres saber más nada de él. Pero siempre existe la posibilidad de recomenzar.
- El pasado no se puede borrar, Sin Miedo.
- Puedes ayudarlo a borrar lo que ha pasado, lentamente él puede olvidar.
- Pero yo soy así. Me gusta conocer a nuevos hombres. Sé que alguna vez me gustará otro. En el fondo, no será por el hombre en si, sino por ser un hombre nuevo.
- ¿Te gusta descubrir, no es eso? Te agrada el riesgo de los primeros pasos, de la lucha cautelosa que conduce a la aproximación final, a la entrega sin reticencias, preámbulo de la entrega total. ¿No es eso?
- Exacto. ¿Cómo lo sabes?
- Escucha, esto es normal, esto es pasajero. Se me ocurre que es una fase del desarrollo de la personalidad. Yo todavía estoy en esa fase. Es mi lado infantil, lo inacabado. O tal vez sea eso aquello que llamamos amor. Los hombres sentimos atracción por lo que nos causa temor. El Mar, el Desierto, los Abismos, la idea de Dios, la muerte y los relámpagos. Poner frente a frente dos personas provoca miedo, eso es lo que atrae a los aventureros. Sin embargo existen aquellos que encontraron el placer verdadero mucho después del primer amor. Como ves, no existen leyes universales.

Sin Miedo terminó su cigarrillo aplastando la colilla en el cenicero. Ondina se acostó sobre él, y él no la rechazó.

Volvieron a fumar más tarde. Sin Miedo encendió la radio sintonizando la Emisora Oficial, se escuchaba música angolana.

- Contigo si que me quedaría – Dijo Ondina – Contigo viviría.

Sin Miedo se dejó abrazar. Ella le despeinó los cabellos, le besó la barba, los ojos.

- Contigo me quedaría, Sin Miedo.

Ella bajó la cabeza, él la besó.

- No Ondina. No aceptaste al Comisario porque él se sometió a ti. Conmigo sería lo contrario, te someterías a mí.
- Si, pero no me importa. Es eso lo que necesito. Un hombre fuerte que me domine. Me siento como un animal salvaje que necesita ser domesticado. ¡Los animales salvajes domesticados son los más fieles a su dueño!
- Yo no quiero dominar ni domesticar a nadie.

Iba a agregar; no necesito dominar a nadie, pero cambió la frase a tiempo. Ondina se recostó junto a él murmurando.

- Tal vez yo también te domesticaría.
- Cuando sintiése que eso pasa, me marcharía. Es por eso que no tiene sentido intentarlo. Quedémosnos con esta noche, que sera inolvidable. ¿Para que vamos a arruinarlo todo, buscando una continuidad imposible? Hay cosas hechas para ser únicas, como lo es esta noche.

Se despertaron con los furiosos golpes dados en la puerta. Ondina corrió a esconderse detrás de la puerta tapada solamente con la sábana. Sin Miedo preguntó mientras se ponía los pantalones.

- ¿Qué pasa?
- Invadieron la Base – Gritaron.
- ¿Qué?
- ¡La Base ha sido invadida!
- La Base, su Base, camarada Comandante.

Sin Miedo se enredó al ponerse los pantalones, olvidando a Ondina, abrió la puerta. Vewé estaba ahí, exhausto, el Comandante estaba con sus pantalones a medio poner, torcidos luchando desesperadamente por calzárselos. Vewé no se dio cuenta de nada.

- La Base, Comandante, La Base...

Sin Miedo fue a buscar sus botas que estaban debajo de la cama, Ondina continuaba escondida detrás de la puerta. Vewé entró sin que Sin Miedo se lo impidiera.

- Alcánzame las condenadas botas... La Base decías tú. ¿Cómo fué?
- Vewé se agachó en el suelo buscando las botas. Al volverse, Sin Miedo vio el bulto blanco de la sábana y se acordó de Ondina.

- Ven, vamos para afuera. Cuéntame primero como fue – Dijo arrastrando a Vewé afuera del cuarto.
- Los tugas nos atacaron.
- ¿Y el Comisario?
- No sé. Yo estaba en el horno, oí las ráfagas, vi a los camaradas correr, al huir, fui hacía mi casa a buscar la pistola que había dejado allí. Los camaradas corrían para el lugar donde atacaba el enemigo.
- Espérame, voy a buscar a Kandimba, ya vuelvo, tengo que encontrar las botas.

Volvió a entrar en el cuarto. Ondina estaba sentada en la cama, se calzó las botas y se puso una camisa camuflada, luego se puso el cinturón con la cartuchera y tomó su AKA.

- Voy a busca a la tropa del Depósito.
- ¿Qué vas a hacer? – Preguntó Ondina.
- Volver a la Base, intentando salvar lo que se pueda.

Ondina le apretó las manos. Los ojos brillantes de lágrimas.

- ¿Y si Juan hubiera sido aprisionado?

Sin Miedo se encongió de hombros

- Tienes que salvarlo, Sin Miedo, tienes que salvarlo. Por esta noche, por mí, tienes que hacerlo.
- ¡Al final, estás enamorada de él!

Ondina se dejó caer en la cama, sollozando.

- Si algo le pasa...Oh, si algo le pasa, yo seré la culpable...
- ¡Qué disparate! ¿Fuiste tú la que llevó a los tucas allá? Yo lo voy a salvar si es posible.

Sin Miedo le besó la nuca y salió, cerrando cuidadosamente la puerta. Las brumas que tenía delante de los ojos desaparecieron. Con el jeep, corriendo a cien kilómetros por hora rumbo al Depósito Vewé contaba.

- El camarada Comisario trajo la noticia de que los tucas se encontraban en Pau Caído y mando un grupo a patrullar la montaña que esta al frente de ahí. Pero se ve que el enemigo ya había avanzado y nos atacó.
- ¿Quién comandaba el grupo?
- El Jefe de Operaciones.
- Continua...
- El Comisario mandó a reforzar las guardias y cavamos trincheras. Fue ahí que escuche las ráfagas y los gritos de “agárrenlo vivo”, ” agárrenlo vivo”. No sabía que hacer, me acordé que había dejado la pistola en mi cuarto, la ropa la podía dejar, a mi pistola no. Fue entonces que vi correr a los camaradas todos en fila. Pero iban hacia el lado donde se escuchaban los disparos. Se deben haber confundidos.
- ¿Y al Comisario?
- No lo vi. Me acorde del gurdia que estaba del otro lado y fui a avisarle. El ya estaba corriendo hacia la Base, y al verme nos retiramos juntos hasta la montaña.
- ¿Qué crees que le ha pasado a los otros?
- Ellos corrían hacia donde estaba el enemigo...

Había algo en la historia que intrigaba a Sin Miedo. Pero no lo podía precisar claramente.

- ¿Por dónde atacaban ellos?
- Por el río.
- ¿Sólo por el río?
- Los tiros venían solamente de allí.

El tuga no es así de estúpido. ¿Atacar una Base solamente por un flanco? ¿Y cómo era eso de que Muatiánvua o Verdad, hasta el mismo Comisario corrían hacia el lugar de los tiros, cuando tenían la montaña libre a sus espaldas? Sin Miedo dejó de reflexionar al llegar al Depósito.

Entró como una tromba, a los vocinazos, gritando. Los hombres se levantaban estremecidos, con las armas en las manos. Vistiéndose apareció el Jefe del Depósito.

- Atacaron la Base – Gritó Sin Miedo – Vete con el camión a juntar a todos los civiles que sean capaces de tirar tiros. Yo me llevo a los guerrilleros en el jeep, nos reuniremos en la oficina.

El camión arrancó casi inmediatamente. Sin Miedo se quedó con los guerrilleros escogiendo las armas para los civiles. Cargaron las municiones en el jeep y dos ametralladoras ligeras y arrancó hacia la oficina. El camión ya estaba allí, cargado de hombres que rodearon al jeep del Comandante.

- Vamos a intentar de llegar a la Base – Dijo Sin Miedo. Solamente quiero voluntarios. Los que tengan miedo que no suban al camión, no vale la pena. Atacaron la Base y no sabemos que sucedió con nuestros compañeros. Los que no quieran ir, no serán obligados. Los que quieran ir, vengan a recibir armas y municiones.

Todos los hombres extendieron las manos para recibir las armas y el Jefe del Depósito se las distribuyó.

- Camaradas, el MPLA tiene hombres de verdad – Dijo Sin Miedo.

Saltó del jeep y entró en la oficina. Encontró a Ondina en el camino, ella le apretó las manos.

- Prométeme que harás todo lo que puedas.
- Ya te lo prometí, Ondina.
- Gracias.

Sin Miedo le dio algunas órdenes a Kandimba y volvió al jeep. Los hombres se treparon a los dos vehículos y salieron a gran velocidad atravesando la ciudad adormecida y metiéndose en la selva, camino de la frontera. Al Lado del Comandante que guiaba el jeep iba Vewé. ¡Valiente el muchacho! No se olvidó de su pistola ni del guardia en medio de su confusión y sentimientos contradictorios. Sin Miedo pensó en las tres generaciones de combatientes que estaban representadas por él mismo, por el Comisario y por Vewé. La de Vewé tendría que ser definitivamente la mejor, aquella que conquistaría la victoria final. Nosotros somos los cimientos, solo los cimientos de la catedral. Ellos son el techo, las torres de los campanarios... ¡Mierda, ya estoy huyendo nuevamente para el lado religioso!

- ¿Y el Jefe de Operaciones? ¿Y los guardias? – Preguntó Sin Miedo, casi gritando para hacerse oír.
- Lo encontré – Dijo Vewé – El guardia se quedó con él, yo corrí para avisarle. El Jefe de Operaciones está esperándolo a usted en la cascada. El dijo que usted vendría rápidamente con refuerzos, que usted no se quedaría en Dolisie esperando noticias.
- ¡Y qué refuerzos! ¿Viste como todos se ofrecieron? Se olvidaron de las tribus respectivas, se olvidaron de las incomodidades de la guerra, todos se ofrecieron voluntariamente. Golpeó la pierna de Vewé. Es por esto que tengo confianza en los angolanos. Son

buscalíos, pero todos se olvidan de sus barrullos y rencores cuando hay que salvar a un compañero en peligro. Ese es el mérito del Movimiento, haber conseguido el milagro de comenzar a transformar a los hombres. Una generación más y el angolano será un hombre nuevo. Lo que necesitamos son acciones.

Vewé no respondió nada, estaba prendido fuertemente de la parte delantera del jeep para poder sostenerse en los saltos del vehículo que disparaba sobre un terreno virgen. Le parecía en su fuero interno que el Comandante era demasiado optimista, en un momento en que tal vez, habría que reiniciar todo desde cero, contando con la pérdida de los mejores guerrilleros. El jeep continuaba corriendo, dejando una nube de polvo hacia atrás. Muy distanciado del camión a causa de la polvareda. Los arbustos altos al costado del camino fustigaban a los guerrilleros que se encogían constantemente para evitar ser golpeados en la cara.

– ¿Ça va²⁵ camaradas? – Preguntó Sin Miedo.

– Puedes ir más rápido, nosotros lo aguantaremos – Respondió un guerrillero.

Sin Miedo pisó el acelerador a fondo. Unos kilómetros más adelante el camino se volvió impracticable. Amanecía y la frontera estaba al frente de ellos. La frontera era aquella línea de montañas coronadas de árboles a cuyo pie detuvieron los vehículos, descendieron y rápidamente fueron camuflados con ramas y con pasto, luego se encolumnaron. Sin Miedo dijo:

– Vamos a encontrarnos con el grupo del Jefe de Operaciones que nos está esperando en la cascada. Les repito una vez más: ¡Los que tengan cagazo, que se queden!

– Ya lo escuchamos camarada Comandante. Podemos avanzar – Dijo un viejo guerrillero.

Sin Miedo se puso al frente de la columna imprimiéndole un ritmo diabólico. La noche de amor le había dejado profundas huellas en el rostro. ¡Ondina, Oh Ondina, que mujer! Sonrió recordándola. Ella lo ama a Juan, eso es evidente, pero lo rechaza para no hacerlo sufrir. No deja de existir una cierta dignidad en sus actos. No, mejor aún, mucha dignidad. Y naturalmente que Juan es su hombre. Ahí está la estúpidez, presuponer un futuro incierto. Nunca se debe accionar en relación de futuro. ¿Pero, quién no lo hace? Ondina es profundamente humana, concluyó Sin Miedo.

El Jefe del Depósito venía en segundo lugar, a las espaldas del Comandante. Cansado por las noches sin dormir, enfermo, escondía su esfuerzo al acompañar el ritmo de Sin Miedo. Este, de vez en cuando se volvía para guiñarle un ojo y el Jefe del Depósito sonreía, agradeciendo el estímulo.

Luego de dos horas de marcha llegaron a la cascada. El Sol inundaba al Mayombe con todas las tonalidades de verde. Yo voy a abandonar este arcoiris de verdes, a cambio del arcoiris de amarillos del centro-sur, pensó agustiado Sin Miedo.

Los guerrilleros que formaban el grupo del Jefe de Operaciones vinieron a su encuentro, entre ellos, Mundo Nuevo, se abrazaron.

– No pudimos hacer ningún reconocimiento anoche, porque cuando lo encontramos a Vewé, ya era más de la medianoche.

– ¿Y antes de eso?

– Nos aproximamos a Pau Caído, vimos muchos rastros. Es claro que los tugas han estado ahí. Nos vinimos aquí, pues desde la frontera les sería más fácil encontrar el camino hacia la Base. Todos los demás están minados.

– Pero, entonces ¿Cómo es que el enemigo encontró la Base?

²⁵ En francés: ¿Qué tal?

- No lo entiendo – Dijo el jefe de Operaciones – Solamente si es que hay un camino que no conocemos, lo cual es casi imposible, pues los cazadores nos lo hubieran dicho y por otra parte nosotros nunca lo encontramos. La otra alternativa es que alguien nos traicionó. Ese día Luchamos había salido a cazar.
- ¿Aún desconfías de Luchamos?
- ¡Naturalmente!
- Luchamos no nos traicionó.
- ¿Cómo puedes afirmarlo?
- No lo sé – Dijo Sin Miedo – Lo presiento. Conozco a mis hombres y raramente me equivoco con ellos.
- Pero, entonces ¿Cómo se explica esto?
- Lo sabremos más tarde. ¿Cuántos hombres están en tu grupo?
- Nueve, camarada Comandante.
- Yo traje treinta, es un grupo suficiente para atacar la Base, si el enemigo aún estuviera allí.
- ¡Oh, ellos jamás se quedan mucho tiempo en una Base nuestra, es mejor perder las esperanzas!
- Ya lo sé, pero no podemos descartar la posibilidad, ya que no sabemos como es que ellos pudieron dar con nosotros, por lo tanto... Estamos ante un misterio. También puede ser que contra todas las previsiones ellos aún estén ahí. ¡Dentro de un rato voy a creer en los espíritus! ¡Avancemos!

Sin Miedo se puso al frente de la columna, debían ir cruzando la selva, pues el enemigo podía estar controlando los caminos de acceso a la Base. El Jefe de Operaciones se puso al lado del Comandante.

- Disculpe camarada Comandante, pero usted debe ir en el centro de la columna. Yo iré al frente.
- ¡Déjate de esas cosas!
- No. Puede haber una mina, nunca se sabe. El Comandante es demasiado importante para marchar al frente.

Sin Miedo obedeció sin responder. Varios guerrilleros pasaron al frente poniéndose detrás del Jefe de Operaciones que habría camino a golpes de machete.

Marcharon todo el día abriendo camino y evitando los trillos normales. Las lianas defendían el secreto de su impenetrabilidad. Pero los hombres eran obsecados y hollaban con sus pies al Dios Mayombe. A las seis de la tarde, exhaustos, llegaron a cuatrocientos metros de la Base.

- No podemos avanzar más – Dijo Sin Miedo – Atacaremos de madrugada.

Todos estuvieron de acuerdo. Se acostaron sin comer. No habían tenido tiempo de pensar en la comida en el momento de partir. Ya hacía casi veinticuatro horas que ninguno había comido algo, pensó Sin Miedo, y ninguno parece pensar en ello. Lo cual significa que el grupo del Jefe de Operaciones quizás hace mucho más tiempo que están sin comer.

Los guerrilleros se adormecieron apenas se acostaron en el suelo. Ninguno había traído algo para cubrirse. El frío del Mayombe les calaría los huesos, tal vez lloviera, pero no había alguno a quien le importara eso.

Mundo Nuevo se acercó a Sin Miedo.

- Viniste muy rápido.
- Bueno, era lo mínimo que podíamos hacer.
- Nunca pensé que pudieras conseguir tanta gente.

- Ni yo. Pero como ves, la realidad sobrepasa a la imaginación. Muchas veces subestimamos a nuestros militantes...
- Vewé no debería haber venido – Dijo Mundo Nuevo.
- Desde ayer que marcha sin parar, sin dormir y posiblemente, sin comer. El debió haber marchado toda la noche por la selva.
- Tienes razón, él hizo un esfuerzo extraordinario. Es un muchacho muy valiente.
- Usted fue muy inflexible con él...
- ¡Fui! Pero él se ha portado muy bien. Era eso lo que yo quería, que en un momento difícil fuera capaz de cumplir con su deber.
- ¿Reconoces que antes estuviste mal al tratarlo? ¿Qué fuiste injusto?
- Ya saliste de nuevo con esa historia. ¡No me jodas!

Mundo Nuevo no insistió. ¿Que tipo de hombre era Sin Miedo? No lo comprendía, se le escapaba de sus esquemas. Un aventurero quizás. Sin embargo la conclusión no le agradó totalmente. Algo faltaba, algo indefinible faltaba.

- Tenemos que hablar, camarada Comandante. En otro momento, más calmadamente. Me parece que lo que nos separa es el lenguaje, no tenemos el mismo lenguaje.
- Hace mucho que dejé de creer en las palabras – Dijo Sin Miedo – Pero, si lo deseas ¿Por qué no discutir? Pero no ahora, tan cerca de la Base...

Sin Miedo lo dejó para ir a encontrarse con el jefe de Operaciones.

- No aguanto más. Me voy a acercar a la Base, intentaré oír algo.
- Es peligroso, Comandante.
- Tomaré todos los cuidados.
- Entonces te acompaño.
- Vamos.

Se quitaron las botas y avanzaron cautelosamente, evitando pisar las ramas secas cuyos estámpidos sonaban como disparos en la noche. Hoy no he fumado en todo el día, pensó Sin Miedo, pero sabía que el olor de cigarrillos podía llegar hasta las narices del enemigo. Masticó una hoja para que su amargor le quitase los deseos de fumar. Un gesto irrisorio, el deseo no venía de la boca, aunque se manifestaba en un exceso de saliva. El Jefe de Operaciones marchaba adelante caminando como un gato. Sin Miedo era más pesado, a veces hacía barrullos imperceptibles. Caminaban a un metro de distancia el uno del otro. La noche era profundamente oscura y sólo el brillo fugás de las luciérnagas brindaban alguna luz. Al cabo de media hora llegaron al río, habían andado cien metros.

- Vamos a caminar por el río – Propuso Sin Miedo en un susurro.

El otro no respondió, pero se puso en camino. A lo largo del río era mas fácil caminar, pues el terreno estaba limpio. Sólo había piedras que era necesario ir explorándolas con los pies antes de asentarlos. Hicieron unos doscientos metros al cabo de otra media hora. Se recostaron en el suelo uno al lado del otro, con los cuerpos tocándose. Las luces que podrían existir eran invisibles, ya que la Base estaba en la cima de una barranca que descendía hasta el río. Se oían voces apagadas, había gente en la Base. Se mantuvieron recostados otros quince minutos, descansando del esfuerzo increíble de mover cada músculo imperceptiblemente para poder llegar ahí. No pudieron entender ninguna palabra, ni distinguir ninguna voz conocida. Sin Miedo ordenó retirarse.

Rehicieron el mismo camino, ahora un poco más de prisa. Al cabo de media hora se juntaban con el resto de los guerrilleros. Mundo Nuevo y el Jefe del Depósito se aproximaron preguntando.

- ¿Qué pasó?
- Hay gente – Dijo Sin Miedo. – Pero hablaban bajo, cautelosamente.
- Los tuga deben estar esperando que los ataquemos – Dijo el Jefe de Operaciones – Por eso mantienen las medidas de seguridad. Ellos acostumbran a ser muy barullentos, un campamento tuga se oye a un kilómetro de noche.
- Si – Dijo Mundo Nuevo – Deben estar esperando nuestro ataque. ¿A cuántos metros se aproximaron?
- A unos cien – Respondió Sin Miedo – Pero por el lado del río es imposible ver algo. Ni siquiera una luz.
- Solamente los oídos valen – Dijo el Jefe del Depósito.
- Nos vamos a levantar a las cinco – Dijo Sin Miedo.
- Necesitaremos una hora para llegar hasta donde estuvimos, tal vez un poco más, ya que somos tantos.
- No – Dijo el Jefe de Operaciones – De día es más fácil.
- Pero solo amanece a las seis – Dijo Mundo Nuevo – El Comandante tiene razón.
- Mundo Nuevo ya se incorporó al Comando, penso Sin Miedo, y está bien.
- Vamos a dormir – Dijo el Comandante.

Pero Sin Miedo no dormía. Cuando entraba en la soñolencia lo despertaba la angustia. Leli se mezclaba con Ondina y con Juan. ¿Estaría él acaso muerto, o prisionero, o perdido en la selva? La última hipótesis era la más optimista, y se agarraba a ella. Era absurdo pensar que el Comisario o Muatánvua se confundiesen y corrieran hacia el enemigo. ¿Si Vewé pudo escapar, por qué no los demás también? La esperanza se instalaba en él adormeciéndolo. Mas inmediatamente el rostro de Leli venía a despertarlo sumergiéndolo en sudores fríos. Ondina se sobreponía y la paz se instalaba brevemente en él, luego Ondina estaba en brazos de Juan traicionándolo. Las horas no avanzaban en el cuadrante luminoso. El arcoiris desapareció, solamente lo negro existía, y el negro era el color de su angustia.

Yo, el narrador, soy el Jefe de Operaciones.

No duermo en esta noche que no acaba. A mi lado, Sin Miedo tampoco duerme. Pero no puedo hablar con él. Nunca pudimos conversar. El es un intelectual, yo el hijo de un campesino.

En Dembo, los hombres vivían miserablemente en medio de la riqueza. El café estaba en todas partes enroscado a los árboles. Pero nos robaban en el precio, el sudor se pagaba con unos miserables centavos sin valor. Los cultivos de los colonos crecían, crecían engullendo nuestros pequeños labrantíos, empujándonos hacia las tierras más pobres.

Por eso sucedió el Marzo del 61.

Yo era un niño, pero participé de los ataques a las plantaciones de los colonos. Avanzaba con piedras en medio de los hombres con machetes y algunos pocos con trabucos. No podíamos volvernos atrás: Los kimbandas decían que si lo hacíamos moriríamos. Las balas de los

blancos son de agua, afirmaban. Después de la Independencia – afirmaban – renacerían todos los que hubieran muerto en combate. ¡Mentiras! Hoy veo que todo éso era mentiras.

Masacramos a los colonos, destruimos las plantaciones, quemamos el dinero y nos proclamamos territorio liberado. Eramos libres. Los blancos durante siglos nos habían masacrado ¿Por qué no entonces masacrarlos a ellos? Pero una guerra no se hace solamente con odio, y el ejército colonial rápidamente recuperó el territorio, el territorio libre volvió a ser territorio ocupado.

Me marché al Congo y en el MPLA aprendí a hacer la guerra, una guerra organizada. También aprendí a leer. Aprendí por sobre todo, que lo que hicimos en el 61, cortando las cabezas de blancos, mestizos, asimilados y umbundos, era totalmente justo en ese momento. Pero hoy no es orgullo de nadie. Era solamente una necesidad histórica; como dice el Comisario Político. Entiendo el significado de las palabras, él tiene razón, en eso él tiene razón.

En lo que no tiene razón, es de estar de lado del Comandante, un kikongo. Fueron los kikongos los que nos movilizaron, los que nos trajeron las palabras de orden del Congo de avanzar a tontas y locas, sin organización. Lo que los kikongos querían era reconstruir el antiguo reino del Congo. Pero se olvidaron que tanto Dembos como Nambuanguongos siempre fueron independientes del Congo. Por lo menos, desde un cierto tiempo. Eso nos decían los viejos Dembos y eso está escrito en la historia del MPLA. ¿Por qué el Reino del Congo y no el de los Ndango o de los Dembos?

Perdimos la guerra del 62, los kikongos se infiltraron en el MPLA. No es el caso de Sin Miedo. El es kikongo, pero nació en Luanda. El problema es que Sin Miedo es un intelectual, y éso complica las cosas.

El no duerme.

No puede dormir. Su Base está ocupada por el enemigo. El la construyó, él fue quien impuso a Andrés, lo quería en el exterior. Era su Base. Es por eso que está sufriendo. Es su derrota. Sin Miedo es un intelectual y los intelectuales no pueden soportar que sus hijos mueran. Nosotros estamos acostumbrados. Nuestros hijos murieron bajo las bombas, bajo la metralla, bajo el chicote del capataz. Estamos acostumbrados a que mueran. El no. La Base era su hijo, la creó en contra de todos. En contra de nosotros mismos, que solamente queríamos volver a los Dembos y a los Nambuanguogos, allí donde verdaderamente existe la guerra popular. El creé que es posible la guerra aquí, que puede desarrollarse. Esos son sus hijos, está bien, lo comprendo.

El Comisario afirma que si avanza la lucha en Cabinda, eso ayudará a las otras regiones, porque el enemigo deberá dividir sus fuerzas. Es cierto. Por eso estoy luchando aquí. Pero no por Cabinda que no me interesa. Lucho para que mi región tenga menos enemigos concentrados en ella y de esta manera podamos ser libres.

Sin Miedo si que es un hombre: Cuando combate, tiene el mismo odio al enemigo que yo. Las razones son diferentes, pero los gestos son idénticos. Por eso lo sigo en el combate. Desgraciadamente es un intelectual, y ese es su mal: Jamás podrá comprender al pueblo. Sus hijos o sus hermanos no han muerto en la guerra, él no lo puede comprender.

El no duerme.

Me gustaría explicarle todo esto. Pero no sé como decírselo. Y él no me comprendería.

El cuadrante luminoso del reloj de Sin Miedo indicó las cinco de la mañana. Golpeó en el hombro del Jefe de Operaciones y se dio cuenta que ya estaba despierto. Fueron despertando suavemente a los hombres que se levantaban inmediatamente.

Se dividieron en dos grupos. Uno, comandado por Sin Miedo, avanzaría por el río para asaltar la Base, el otro, comandado por el Jefe de Operaciones, debería dar la vuelta por detrás de la Base para atacar al enemigo por su espalda cuando intentase huir hacia las montañas.

– Es necesario que ustedes marchen mas rápidamente que nosotros – Dijo Sin Miedo.

La noche todavía era oscura. Solamente a las seis, los primeros rayos de Sol bañarían las copas de los árboles recreando el verde del Mayombe.

El grupo del Jefe de Operaciones salió hacia la derecha calladamente, a hacer un semicírculo. El plan saldrá bien si no hay nadie en el río, pensó Sin Miedo. Si no, será preciso abrir fuego antes de poder tomar nuestras posiciones para el asalto, y es necesario poder liberar a los prisioneros, si es que los hay.

Sin Miedo se había quedado con los mejores combatientes. Aunque tenía algunos civiles en el medio, algunos otros eran guerrilleros que hacía años que no combatían. Tengo la impresión de que deberé pasar al asalto solo. Tal vez Mundo Nuevo me haga compañía. Será prácticamente un suicidio. La angustia le ganó. Era necesario dispersar a los hombres por la pequeña colina contigua al río, subirla sin ruidos, y solamente entonces abrir fuego. Comienzo a dudar de la seriedad de este plan. Improvisado. Lo que nos vale es nuestro conocimiento del terreno. No me reconozco, estoy demasiado angustiado, no puedo controlar mis emociones. Esperando que el grupo del Jefe de Operaciones ganase terreno, Sin Miedo pensaba.

“En Europa tuve ocasión de jugar en unas máquinas donde una bolita de metal va contando puntos. El jugador sólo tiene que accionar los flippers, cuando sale la bolita, o encaminarla suavemente para los sitios más convenientes. El placer del juego no es ganar. Sino el de alcanzar el éxtasis, el olvido del cuerpo y del espíritu por la concentración total en la bolita que salta de un lado para otro sumando puntos. En los momentos que sabía que ganaría, llegaba al estado de gracia. Dominaba de tal modo la máquina, por el esfuerzo de mi tranquilidad, que de hecho, mis reflejos eran perfectos: Tenía una confianza absoluta en mis dedos que levemente tocaban los flippers y en mis manos que dirigían en movimientos exactos la bolita hacia el sitio deseado. Llegar a ese estado de poseer la máquina, era sin duda casi un placer sensual.

En el juego el hombre que se domina, pero al mismo tiempo se entrega no puede ser un esclavo. Los esclavos son los que se entregan al juego sin dominarse o lo inverso: Es la dialéctica de la dominación – sumisión lo que distingue al hombre hecho para ser un señor, o dominador, y al esclavo. También en el amor.

Hay hombres que ganan al poker, aún perdiendo dinero. Tienen tal dominio de los nervios, siendo simultaneamente osados, que sus adversarios son subjugados, no tienen iniciativa, se quedan afuera en espera de sus reacciones, de sus deseos. Esos son aquellos que pueden en una jugada, arriesgar todo lo que ganaron, sólo por el placer de arriesgar. Los adversarios pueden ganar, en el sentido de que salen con más dinero que su capital inicial: Pero el verdadero ganador fue aquel que los hizo empalidecer, apretar los labios, roerse la uñas,

temblar, tener ganas de orinar, y de arrepentirse en un instante de jugar. El verdadero ganador, el conquistador, no se enoja por haber perdido, esa es la ocasión de dominarse, y de hecho, imponer su ley, se contenta con la derrota. Sólo los hombres de temperamento mezquino sufren con sus pérdidas.

En la guerra, también hay señores que deciden. No son fatalmente los jefes, aunque esas características sólo pueden manifestarse en situaciones de mando. Son los triunfadores, los más magnánimos con los adversarios. Hacen la guerra, en parte, como el que juega a la ruleta: Este es un modo de confrontarse con su otro yo. Lúcidos, comprenden que el enemigo tomado individualmente, es un hombre igual a ellos; pero están luchando del lado injusto y deben ser aniquilados. La guerra revolucionaria es en eso más dura que la guerra clásica. En otros tiempos el soldado estaba convencido que a los extranjeros que confrontaba eran la suma de todos los vicios, de todas las bajezas. Era fácil odiar al soldado que avanzaba en contra de él, no era un enemigo abstracto, aunque podía llamarse Frank, Schulz, Ahmed o Ngonga. Hoy nadie piensa en eso, sólo existe el odio al enemigo abstracto, el odio al sistema que los individuos defienden. Los soldados enemigos pueden estar en contra de la causa que los obligan a defender. El combatiente revolucionario sabe de todo esto; puede pensar que ese soldado enemigo es un buen campesino, o un obrero, útil y combativo en otras circunstancias, pero que está ahí envenenado por preconcepciones, supercondicionado por la clase dirigente para matar. El revolucionario tiene que hacer un compromiso entre el odio abstracto y su simpatía con el enemigo-individuo.

De ahí la dureza de esta guerra, pues siendo humana, debe deshumanizarse.

El dominador, el señor, nunca busca matar por matar, antes por el contrario evita matar. El ve la guerra como un juego de amor. Y su momento de pérdida de la lucidez es cuando el odio abstracto se concretiza en el individuo y avanza coléricamente lúcido, contra los soldados que le impiden avanzar, no porque son el enemigo, sino porque le impiden avanzar, son obstáculos que deben ser apartados del camino. En ese momento, el equilibrio está vencido y la necesidad psíquica – sentida como una necesidad fisiológica – de hacer la acción que lleva al odio frío, calculado, implacable. Eso ahorra el esfuerzo, los gestos, el odio en su accionar, se expresa mejor que los símbolos de su determinación.

Algo así me gustaría ser hoy, pero este tipo de héroes son héroes de novelas. Hay muertos o en peligro de muerte y no consigo dominar mis emociones, no puedo llegar al éxtasis de controlarme, arriesgando friamente, lucidamente. Está Juan en el medio, dejo de ser lúcido, más que de lo acostumbrado, Leli”

Sin Miedo ordenó a sus hombres avanzar, con su propio ejemplo, rehaciendo el mismo camino de la vispera. Avanzó de cluquillas, limpiando el terreno con las manos, evitado que los guerrilleros pisasen un palo seco. Al cabo de un rato, las pantorrillas y las nalgas le dolían atrocemente. Pero esa era la única manera de avanzar. ¿Y si había una víbora? Sólo eso faltaría, pensó. Como ya conocía el camino llegaron al río en veinte minutos. Sin Miedo se tomó un corto descanso antes de proseguir.

Mundo Nuevo se acercó susurrando.

- Ahora es mejor que yo vaya adelante.
- No, yo voy – Dijo Sin Miedo – Tú vienes detrás de mi.

Pusieron las armas en posición de fuego y retomaron la marcha. Hicieron un alto en la última curva del río.

- Ahora debemos esperar la madrugada para poder avanzar. Si no, no conseguiremos desplegar bien a los camaradas.

Estaban más próximos de la Base que la noche anterior. Los guerrilleros se sentaron silenciosamente. El avance fue perfecto, pensó Sin Miedo. Solamente un guerrillero precavido podría haber presentado nuestra marcha. ¿Cuándo podré fumar?

A las seis menos diez, los árboles comenzaron a tomar formas difusas. Cinco minutos después ya se veían los bultos de los troncos. El Mayombe renacía de la oscuridad. Sin Miedo se puso de pie y susurró a sus hombres.

– Uno a cada lado del río, con diez metros de distancia.

Sin Miedo vio a Mundo Nuevo colocarse en primera posición en la otra ribera. Es valiente, va a ser un buen responsable en Dolisie. La vida le enseñará a ser más relativo.

El avance fue mucho más despacioso, pues avanzaban reptando sobre las piedras, a veces tenían que entrar en aguas poco profundas. El agua era fría y las ropas mojadas producían escalofríos en los cuerpos. El Mayombe recuperaba su iris verde. Sin Miedo lo observó como una señal de bienvenida.

Habían acabado de doblar la última curva, solamente veinte metros más y el cerco estaría cerrado. Sin Miedo y Mundo Nuevo doblaron la curva. Se detuvieron de súbito. A quince metros de ellos se encontraba un hombre de piel clara lavándose en el río. Un mulato, pensó Sin Miedo. El Hombre estaba de espaldas hacia ellos. La difusa claridad no permitía todavía distinguirlo muy bien. El Comandante y Mundo Nuevo se interrogaron con la mirada.

El plan falló, pensó Sin Miedo. Era necesario avanzar hasta donde estaba el soldado pues desde ahí se podía cerrar el cerco y evitar la fuga del enemigo por el otro lado del río, de esa manera estaban obligados a huir hacia las montañas donde estaba apostado el otro grupo. Además si subiesen por el barranco desde donde se encontraban, no estarían cerca de la Base, deberían avanzar otros veinte metros en terreno descubierto. Lo cual anularía el factor sorpresa y serían un blanco fácil.

No podían esperar: Si un tuga se estaba lavando, seguramente otros vendrían a hacer lo mismo. Leli reapareció y Sin Miedo le ordenó a Mundo Nuevo a seguir avanzando. Avanzaron más lentamente, con el AKA en posición de fuego. Era un mestizo, no había duda. Se desvistió totalmente y se metió en el agua, siempre de espaldas. Sin Miedo avanzaba más rápidamente que Mundo Nuevo, gracias a su mayor entrenamiento. Cinco metros de distancia. El soldado estaba completamente enjabonado. Si pudiese llegar hasta él y apuñalarlo, todo estaría a salvo. No podía avanzar más, el soldado se daría cuenta de la presencia de ellos. Hizo la señal de que comenzaran a subir por el barranco. Harían fatalmente ruido. Cuando el soldado se diera vuelta, el lo mataría. Después correría para seguir comandando el asalto y cerrar las salidas al enemigo. Era la única solución.

Los hombres que estaban en la margen izquierda del río, lo atravesaron juntándose a los otros. Solamente se veían seis camaradas. Los demás estaban ocultos por la curva del río. Son pocos para comenzar el asalto, pensó el Comandante. Puede ser que el ejemplo los incite a continuar y avancen. ¡Con los civiles nunca se sabe! ¡Vean! Eran los civiles los que estaban atrás, en una posición difícil para pasar al asalto.

Los guerrilleros comenzaron a reptar por el suelo, subiendo el barranco. Seguramente harían un poco de ruido, era inevitable. Sin Miedo no quitaba los ojos del mestizo, aunque continuaba a verlo todo. Este emergió del agua limpiándose los oídos. Ahora, pensó el

Comandante. El mulato escuchó el ruido de una piedrita rodando por el barranco y se volvió a mirar: Sin Miedo apretó el AKA.

El hombre vio a los guerrilleros, vio el AKA de Sin Miedo apuntando hacia él y se quedó pasmado, con las piernas abiertas en el medio del río con el agua llegándole hasta las rodillas. Los brazos se fueron apartando del cuerpo, hasta quedar en posición de Cristo en la cruz. Allí Sin Miedo reconoció a Teoría. El Comandante bajó el arma y se mostró en unos segundos de duda. Después Sin Miedo distinguió nitidamente el corazón de Teoría golpeando a nivel del estómago. Los guerrilleros se aproximaban a la cúspide del barranco. Allí esperarían la ráfaga del Comandante para abrir fuego. Sin Miedo avanzó hacia Teoría.

- ¿Qué pasa? – Susurró.
- Nada – Respondió el profesor en el mismo tono.
- ¿Y los tugas?
- ¿Qué tugas?
- ¿La Base no fue atacada?
- No.

El Comandante incrédulo, aliviado, sin comprender nada, se volvió hacia sus hombres.

- ¡Deténgase, camaradas, deténganse! Son los nuestros los que están en la Base.

Los guerrilleros miraron para abajo y vieron a Teoría. La orden se transmitió a todos los guerrilleros.

- Teoría, andá a avisar a la Base que somos nosotros los que vamos a entrar. Sino, alguno puede abrir fuego. Mundo Nuevo, corre a avisarle al Jefe de Operaciones.

La seguridad de que la Base estaba intacta comenzó a instalarse en todos. Oyeron a Teoría gritando, avanzaron calmadamente, pero todavía en posición de abanico. Los guerrilleros salían de las cabañas, con las armas en la mano. Vieron a los otros avanzar con armas en las manos. En el medio un mulato que gritaba:

- Los nuestros llegaron. Sin Miedo volvió. ¡No tiren, no tiren! Sin Miedo volvió.

Después de los primeros momentos de sorpresa, los guerrilleros corrieron a saludar a los recién llegados, se abrazaban calurosamente. Los que habían quedado en la Base eran sólo doce, y sentían el peligro lejano con la llegada de refuerzos. Los que llegaban se reían de verlos vivos, lo que provocaba nuevos abrazos y risas tumultuosas. Los hombres se miraban, se palpaban para cercionarse de que estaban frente a sus compañeros y se abrazaban nuevamente.

Sin Miedo dejó al Comisario para el último. Casi corrió hacia el con los brazos abiertos, y el AKA olvidada bajo un árbol. Los nervios cedían, quería abrazar a Juan, reír y llorar. Pero el Comisario le extendió una mano fría. Sin Miedo hesitó, hizo una mueca, le apretó suavemente la mano y se tumbó en su catre.

Encendió su primer cigarrillo y lo consumió rabiosamente.

Los responsables se fueron reuniendo en la casa del Comando. Sin Miedo fumaba ininterrumpidamente con los ojos clavados en el techo.

- ¿Qué pasó entonces? – Preguntó el jefe de Operaciones.

El Comisario se sentó en su catre, encendió un cigarrillo. Ya tiene sus propios cigarrillos, reparó Sin Miedo. Mirando al techo estaba atento a los gestos del otro, que evitaba mirarlo.

- Teoría fue al río – Dijo el Comisario, dirigiéndose al Jefe de Operaciones, pero hablando para que Sin Miedo escuchara. Ahí estábamos haciendo refugios, te habíamos enviado a controlar el camino (La voz del Comisario era firme, agresivamente firme, comprobó el Comandante) De repente en el río, Teoría vio una surucucu.²⁶ Parecía que lo atacaría. Teoría le disparó una ráfaga, seguida de otra más. Escuchando eso ordené que todos fueran a los refugios. Después Teoría nos explicó lo que pasó. Nos dimos cuenta de la ausencia de Vewé y del camarada que estaba haciendo guardia. Eramos tan pocos, nos quedamos con un efectivo aún más reducido.

Los guerrilleros que acababan de llegar oían estupefactos la narración del Comisario.

- ¿Entonces era una surucucu? – Preguntó uno – ¿Una surucucu la que invadió la Base?
- Entonces metí la pata – Dijo Vewé desamparado – Pero yo oí gritar “¡Agarrenlo vivo!”
- Yo fui el que grité “¡A los refugios!” Dijo el Comisario.

Los guerrilleros comenzaban a salir de su estupor cuando oyeron que venía del catre del Comandante, una especie de ronquido profundo, que salía de su estómago y que rápidamente se liberó en la más descomunal carcajada de la historia de la Base. La carcajada hizo estremecer a los hombres, subió a través del tronco de los árboles y fue a mezclarse con el viento que agita las hojas del Mayombe.

¿El camarada Comandante se ríe? – Preguntó el Comisario – ¡No veo dónde está la gracia! ¿Todo el esfuerzo que hicieron fue inútil, comprende? ¿Comprende? ¡Trajo tanta gente, las arrancó de sus camas, paralizó todo el trabajo del Movimiento en Dolisie, y todavía se ríe! ¡Todo por causa de un muchacho cobarde que se atemorizó por un par de ráfagas, y el camarada se ríe!

El Comisario estaba delante del Comandante con sus piernas abiertas y un dedo tembloroso apuntándolo.

¡La invasión de la surucucu! dijo Sin Miedo, en medio de la carcajada que lo sofocaba.

Algunos guerrilleros sonrieron. Vewé se encogía en un rincón, fascinado por el Comandante. Teoría andaba sumariamente vestido y también encogiéndose. Mundo Nuevo, con rostro inescrutable miraba a Sin Miedo.

De repente, Sin Miedo saltó de la cama.

- ¿Qué quieren que hagamos? Ahora sólo nos resta reír. ¡Quien no lo comprenda, paciencia, que no lo comprenda! Pero yo prefiero que haya sido una surucucu antes que los tugas a invadir la Base. ¿Esfuerzo inútil? Movilizamos más de treinta hombres en menos de una hora, con los civiles en el medio. ¿Saben lo que esto significa? Si no lo entienden, entonces no sé por qué están aquí afirmando que luchan. Fue la más extraordinaria señal

²⁶ Serpiente sumamente venenosa.

de solidaridad colectiva que he visto. Y no hablemos del espíritu combativo. Para mi esto es suficiente. Estoy contento de encontrarlos a todos vivos. Y encuentro graciosa la historia, sí, la encuentro graciosa. ¿Y qué?

Se volvió a recostar. Teoría vio las lágrimas que chispeaban en los ojos del Comandante.

- La culpa es mía – Dijo – No debería haber hecho fuego, cuando estábamos a la espera del enemigo. Debo ser castigado.
- La culpa fue mía – Dijo Vewé, levantándose y volviéndose hacia el Comandante – El guardia dijo que le parecieron ráfagas de AKA, que era mejor esperar... Pero yo le dije que había escuchado gritar “agarrenlo vivo” y me disparé. La culpa fue mía.
- Los camaradas serán juzgados más tarde – Dijo el Comisario.
- Pero por qué no dio el aviso a Dolisie, camarada Comisario – Preguntó Mundo Nuevo – cuando se dieron cuenta de que los camaradas habían huido, debería haber pensado que ellos iban a dar el aviso a Dolisie. ¿Por qué no envió a alguien? Era cierto que el camarada Comandante vendría corriendo...
- Esperamos que Vewé y el otro aparecieran hasta las seis de la tarde. Después era de noche, preferí no enviar a ninguno. Tendrían que haber partido dos y eso disminuiría mucho más nuestro efectivo.
- Sí. Dijo Sin Miedo – El Comisario actuó correctamente.

Se hizo silencio. El Comisario miró perplejo al Comandante que venía en su socorro. Este fumaba con los ojos fijos en el techo, el cigarrillo le temblaba en los dedos.

- El camarada Teoría debe ser castigado – Continuó Sin Miedo. – En cuanto a Vewé... Los camaradas deberán discernir sobre cuál es, y cuál no es su culpa. La culpa será de quién lo envió aquí, sin preparación. El no sabe, ni puede saber distinguir entre nuestras armas y las armas del enemigo. Nunca entró en combate, le falta la sangre fría. Sin embargo tuvo el suficiente coraje de ir a tomar su pistola, y ir en busca del guardia. Muy pocos lo habrían hecho, si estuvieran es una situación similar. ¡Debemos ser objetivos!
- Eso es algo que el Comando debiera decidir – Cortó el Comisario.
- ¡Efectivamente! Pero como lo estamos discutiendo aquí, yo ya di mi opinión.
- ¿Por qué no hacemos un juicio público, en una reunión con todos los camaradas que están aquí ahora? – Propuso Mundo Nuevo – Sería mucho más democrático.
- Eso no está en los estatutos del Movimiento – Dijo el Comisario.
- De acuerdo, camarada Comisario. Pero el camarada Comandante expresó bien el esfuerzo extraordinario que se hizo. Este asunto compite a tanta gente que tal vez sería bueno, aprovechando la movilización, continuar discutiendo en una reunión ampliada, así cada uno puede dar su opinión. De esta manera, será un gran avance en la politización y movilización de los camaradas.
- Estoy de acuerdo – Dijo Sin Miedo.
- Yo también – Dijo el Jefe de Operaciones.

Mundo Nuevo se ha dado cuenta que se piensa en él como el futuro responsable y está asumiendo su papel, pensó Sin Miedo, o ¿Será que naturalmente se asume como un cuadro consciente?

- Me inclino ante la mayoría del Comando – Dijo sombríamente el Comisario.

Nadie habló más del caso hasta la hora del almuerzo, los que habían venido de Dolisie aprovecharon para dormir un poco. Luego del almuerzo se llamó a reunión general.

Por votación de la gran mayoría de los guerrilleros, Vewé no fue castigado. Teoría tuvo atenuantes al afirmar que la surucucu lo estaba por atacar. Fue castigado con guardias suplementarias durante un mes.

Por la noche, Sin Miedo sintió como el Comisario se revolvió en su cama, pero la falta de sueño de las últimas dos noches lo venció.

Al día siguiente, en reunión del Comando se decidió atacar Pau Caido, para obligar al enemigo a retirarse de ese campamento. Esa base enemiga allí, era como una espada colocada detrás de la Base guerrillera. Tenía que desaparecer. Sin Miedo debía volver a ocupar su puesto en Dolisie y a preparar la logística de la inminente operación. También regresarían los civiles y se intentaría enviar más guerrilleros a la zona.

Sin Miedo y el Comisario se despidieron con un frío apretón de manos.

Yo, el narrador, soy el Jefe de Operaciones.

Una vez más Sin Miedo demostró ser un gran comandante. Para despecho del Comisario que se creía superior. El Comisario no es nada más que un niño oponiéndose alocadamente al Comandante, y cayendo en el ridículo.

Los guerrilleros se dieron cuenta de ello, y creció la admiración al Comandante. Todos elogiaron al Comandante en la reunión por la rapidez con que actuó y por el coraje que dio a los civiles. Un justo elogio. Hasta yo mismo apoyé eso. El es así, cuando le toca defender a un camarada, tira todo y se lanza hacia adelante.

¿Y la carcajada? El Comisario no entendió, pero los guerrilleros que vinieron de refuerzo lo entendieron y lo apoyaron. ¿No es para reírse que una surucucu haya provocado todo esto? Claro que al Comisario no le gustó, él tuvo la culpa de lo que sucedió, no supo decidir rápidamente. Pero el hecho produjo una gran movilización y Sin Miedo supo aprovecharla y apoyarse en ella. El hablo de manera tal, que cada uno se sintió un héroe. ¿A quién le desagrada que lo consideren un héroe?

Hoy, Sin Miedo ganó el apoyo de los guerrilleros de la Base y de los de Dolisie. No se habla de otra cosa, sólo se habla del Comandante. Se olvidaron de que es un kikongo, y sólo ven que es un gran Comandante.

Sí, todos opinan lo mismo, sobre todo el Jefe del Depósito, que es un hombre mayor, tal vez haya algo de cierto en todo esto. He comenzado a pensar que fuimos injustos con él.

Es un intelectual. El pueblo solamente lo entiende cuando él se explica a través de la acción. ¡Y de que manera se explicó, sukua!²⁷

²⁷ Sukua: Aquí se puede traducir esta palabra al castellano como “carajo” yá que en portugués equivale a “porra”.

Capítulo V: LA MORERA

Sin Miedo, acompañado de los civiles, regresó a Dolisie. Los guerrilleros que habían ido de refuerzo aceptaron quedarse en la Base, para participar del ataque. Quedó arreglado que se les enviarían sus cosas, frazadas, mochilas, etc. El Comandante estaba maravillado con el entusiasmo de esos combatientes. El Jefe del Depósito se quiso quedar, pero Sin Miedo insistió en que debía volver a Dolisie.

De camino, Sin Miedo sintió la alegría de ir a reencontrarse con Ondina. Luego se arrepintió. Pensó en la hostilidad del Comisario. ¡Eso se le pasaría! Se lamentaba de que tendría que quedarse en Dolisie y no podría participar de la operación. ¿Sería capaz el Comisario de comandarla? Hacía mucho que no se hacía una operación importante y que hasta ahí, siempre fue él, Sin Miedo, quien las comandara. Juan todavía podía hacer tonterías. ¡Ya estoy pensando como si él fuese un niño! Las metamorfosis son bruscas y sin embargo continuamos a ver al otro en su piel antigua. El se ha forjado la coraza de un Comandante, una coraza llena de espinas agresivas, y yo todavía lo veo como la larva de una mariposa.

Al llegar a la ciudad, Sin Miedo recibió un sobre enviado por la Dirección: Mundo Nuevo era nombrado provisoriamente responsable en Dolisie y Sin Miedo retomaba inmediatamente sus funciones de Comandante, dado el inminente peligro de un ataque colonialista: Se estaba también preparando su traslado al Este. Sin Miedo salió corriendo de la oficina a mostrarle el mensaje a Ondina.

- ¿Estás contento ahora?
- ¡Oh, sí! Todo se esta dando a la medida de mis deseos. Puedo participar del ataque, y después me marcharé para el frente Este, a abrir una nueva región. Pero no lo divulgues, es un secreto militar.
- Entonces no me lo tendrías que haber dicho...
- ¡Es a causa de mi eterno liberalismo, como diría Mundo Nuevo!
- ¿Nos reencontraremos en el Este? – Dijo ella.

Sin Miedo la miró perturbado.

- No lo creo. El Este es muy grande y seguramente estaré en su interior. En cuanto a ti, todavía no veo nada. No, seguramente que no nos encontraremos.
- ¿Por qué?

Ella lo miraba en una muda invitación. Sin Miedo salió sin responder, dominando el deseo.

Envío rápidamente un camarada para la Base a buscar a Mundo Nuevo. Corrió hacia la ciudad a buscar a los pocos guerrilleros que le faltaban, preparó los morteros y las armas, compró conservas para la misión. Aquella tarde no cenó.

Volvió a eso de las once de la noche. Cuando entró en su cuarto, Ondina estaba acostada pero despierta en su cama.

- ¿Qué estás haciendo?

- Esperándote.
- Vete a tu cuarto.
- ¿Por qué?
- Salí de la Base a las seis de la mañana, marché a pie durate ocho horas, después no paré de preparar cosas. Estoy reventado, necesito dormir. ¡Bueno! No es esa la razón. Vete a tu cuarto.
- Me quedaré solamente para verte dormir.
- Andate a tu cuarto.

Ella salió, vejada. Sin Miedo se tiró vestido en el lugar que el cuerpo de ella había estado, y sintió su calor. El calor que venía de la cama lo penetraba, el deseo entro en él con violencia. Fumó para quemar el deseo. El cansancio del viaje y del intenso trabajo acabaron venciéndolo.

Pero Ondina venía en sus sueños ofreciéndose desnuda a él, pero diciéndole “amo a Juan”. Sin Miedo despertaba , fumaba y se volvía adormecer. Ondina corría ahora sobre las sabanas de Huila, sus cabellos eran largos y negros, como los cabellos de Leli, con los brazos extendidos hacia él. Pero él se encontraba cien metros más abajo en el fondo de un precipicio, y Ondina-Leli se tiraba al vacío para caer en sus brazos. La noche fue interminable, se levantó cuando el Sol rayaba, con los ojos pesados y la cabeza dolorida.

Al atardecer llegó Mundo Nuevo y ambos prepararon la misión. Se habían sumado veinte guerrilleros más, lo que hacía ascender el efectivo a cincuenta combatientes. Del grupo de pioneros que se habían ofrecido, se aceptaron a tres para que sirvieran de municiones a los morteros. Se movilizaron a todos los hombres aptos, mujeres y pioneros para trasportar los alimentos y los morteros hasta la Base. Se marcharía a la mañana siguiente bien temprano.

Sin Miedo puso al corriente a Mundo Nuevo de los asuntos más urgentes, después marcharon hasta el Depósito para presentarlo como el nuevo dirigente. Se sentaron a cenar a eso de las diez de la noche, en la mesa dijo Mundo Nuevo:

- No tengo ninguna experiencia en esto. No se por qué me nombraron...
- Yo apoyé tu candidatura para este puesto.
- ¿Tú?
- ¿Te espanta?
- Un poco, si. Parece que no tenemos las mismas ideas. ¿O sólo son palabras?

Sin Miedo bebió un trago de cerveza. Ondina era el tercer comensal en la cena, pero no prestaba atención a la conversación.

- No tenemos las mismas ideas – Dijo Sin Miedo – Tú eres un tipo del aparato, uno de los que van a instalar el Partido único y omnipotente en Angola. Yo soy un tipo que nunca podría pertenecer al aparato partidario. Yo soy del tipo cuyo rol histórico termina cuando hayamos ganado la guerra. Pero mis objetivos son los mismos que los tuyos. Yo sé que para alcanzar mi objetivo, es necesario una fase intermedia. Tipos como tú serán los que llenaran esa fase intermedia. Por eso pienso que hice bien cuando apoyé tu candidatura. Algún día, en Angola no habrá necesidad de aparatos rígidos, ese es mi objetivo. Pero no llegaré hasta allí.
- ¿Y entretanto, qué estás haciendo?
- Estoy haciendo la guerra. Posibilito, por mi acción militar, que el aparato se vaya instalando.

- ¿Y cuando el aparato este instalado, qué es lo que harás?
- No sé. Nunca supe responder a esa pregunta. Lo que sé, lo que querría que comprendieras, es que esta revolución que estamos haciendo es la mitad de la revolución que desearía hacer. Pero esta es la posible, conozco mis límites, y los del país. Mi papel es contribuir a esta media revolución. Por eso iré hasta el fin, teniendo en claro que, en relación con el ideal que me fijé, es en mitad inútil, o mejor aún, solamente la mitad es útil.
- En el fondo, es parecida con mi posición – Dijo Mundo Nuevo.
- Yo sé que no alcanzaremos a construir el comunismo, en nuestra vida, lo más que podremos alcanzar será el socialismo. Son necesarios muchos años para cambiar las relaciones de producción capitalistas y la mentalidad que ellas conllevan. ¿Es tu misma posición?
- No, no lo es. Tú luchas por la independencia, preparando al mismo tiempo el socialismo. Tus objetivos son políticos. Para ti todo tiene valor en relación al objetivo político a alcanzar.
- ¿Y tú?
- ¿Yo? Yo soy en tu terminología, un aventurero. Yo quiero que en la guerra la disciplina sea establecida en función de los hombres y no de los objetivos políticos. Mis guerrilleros no son un grupo de hombres manejados para destruir al enemigo, son un conjunto de seres diferentes, individuales, cada uno con sus razones subjetivas de luchar, y que se comportan como tal.
- No te entiendo.
- No me puedes entender. Ni yo te lo sé explicar, es todo todavía tan confuso. Por ejemplo, yo me pongo contento cuando un joven decide construirse una personalidad, aunque esto signifique políticamente un individualismo. Pero es un hombre nuevo que está naciendo, contra todo y contra todos, un hombre libre de bajezas y de preconceptos, y esto me llena de satisfacción. Aún cuando ello infrinja la moral generalmente aceptada. Es un ejemplo, enfin... No niego que tu posición es la más justa, pues es la que está más de acuerdo con el momento actual. Tú te sirves de los hombres, y en este momento esto es necesario. Yo no puedo manipularlos, los respeto demasiado como individuos. Por esta razón, me es imposible pertenecer a algún aparato. La culpa es mía. ¡Culpa! La culpa no es de nadie.
- ¿Estás desmoralizado, Sin Miedo?
- No – Respondió mirando a Ondina – Estoy angustiado, porque lucho entre la razón y los sentimientos.

Ella bajó los ojos al oírlo. Mundo Nuevo no se dio cuenta de nada, estaba demasiado ocupado analizando lo que dijera Sin Miedo.

Luego de la cena, cada uno se marchó a su cuarto.

Sin Miedo apenas se había acostado cuando oyó al viejo Kandimba llamarlo desde afuera. Fue a ver, apenas vestido con los pantalones. El viejo le dijo:

- Esta ahí un camarada que quiere hablar con el responsable, como el otro recién llegó, creí que era mejor que hablase contigo.
- Bien, ¿Dónde está?
- Allí afuera.

Sin Miedo rezongando interiormente fue hasta el porche. Miró al recién llegado y aunque su cara le resultaba conocida, no sabía donde lo había visto antes. El hombre avanzó sonriente hacia él.

- ¡Qué suerte! Es el mismo señor Comandante al que encuentro. ¿Me reconoce, no?
- No recuerdo...
- Fue aquella vez, cuando talábamos árboles...
- Ya me acuerdo – Gritó Sin Miedo – Eres el mecánico. ¿Qué estás haciendo aquí?
- Vine a incorporarme al MPLA. Quiero trabajar para el movimiento. Salí de mi aldea ayer de mañana, llegué al Congo sin problemas y vine a presentarme.

El Comandante tuvo un segundo de duda, después lo abrazó impetuosamente.

- Eres bienvenido, camarada. ¿Cuándo te decidiste?
- Fue en aquella charla que ustedes tuvieron con nosotros en la que comencé a convencerme. Realmente somos explotados y debemos luchar. Pero lo que terminó de convencerme fue cuando se arriesgaron tanto para devolverme el dinero. Ahí comprendí todo. Ustedes realmente están defendiendo al pueblo. Luego escuché la radio “Angola Combatiente” y aprendí algunas otras cosas más. Después hablé con mis amigos, comenzamos a discutir la política del MPLA. Llegamos al acuerdo de que podríamos trabajar para el Movimiento allí, sin que nadie lo supiera. Pero ustedes no regresaron más. Entonces vine yo a hacer contacto.
- ¿Quieres regresar a tu aldea?
- Puedo volver si ustedes lo creén oportuno y podría hacer contacto con los otros. Pero yo realmente lo que quiero es ser guerrillero. Pero no sé manejar un arma...
- Eso se aprende.
- Hay algunos otros que quieren venir y hay otros que desean quedarse y ayudar desde sus aldeas.
- Esto también es muy importante. Es necesario que haya camaradas en todas las aldeas, para que nos faciliten información y para ayudarnos en todo lo que sea necesario.
- El ejército y la Policía Secreta (PIDE) mandaron a muchos a la cárcel, dijeron que nosotros los habíamos ayudado. Estaban muy violentos porque tuvieron muchos soldados muertos. ¡El pueblo comenzó a comprender quienes son finalmente los bandidos!
- Después hablaremos. ¿Has comido camarada?
- No, nada.
- Kandimba, por favor consigue algo para que coma este camarada.
- ¿A esta hora?
- Si a esta hora. Este camarada viene de lejos y sin probar bocado. El hambre no tiene horario.
- Sólo hay Té y pan.
- Bueno, eso ya es algo – Dijo el mecánico.
- Ven a comer entonces – Dijo Sin Miedo.

Se quedó haciéndole compañía al mecánico y conversando mientras este bebía el Té y comía el pan. Luego le indicó el sitio donde podría dormir.

- Mañana temprano habla con el camarada Mundo Nuevo, él es el responsable aquí. Además, ya lo conoces.

Fue a acostarse sonriendo. El Comisario había hecho un buen trabajo cuando fue a devolver el dinero.

Sin Miedo se esforzó por conciliar el sueño, pero no lo conseguía. Ondina venía a despertarlo en medio de su soñolencia. El adivinaba el cuerpo de ella meciéndose en la cama, se recordaba de los detalles más pequeños de su cuerpo, de su calor. Salió del cuarto y abrió la puerta del de ella.

– Te estaba esperando – Dijo ella

Sin Miedo corrió hacia sus brazos abiertos.

– ¿Por qué huyes de mi? – Preguntó Ondina.

Sin Miedo apartó la boca de su seno y dijo.

- Tú lo amas a Juan. Y algún día te reencontrarás con él.
- En este momento te amo a ti.
- No, me deseas, lo cual es diferente. Amar, lo amas a Juan. Y esto es el amor, sentir ternura por el mismo hombre aunque se desee a otros en diferentes momentos.

Ella le acarició la cabeza.

- Nosotros podríamos hacer pareja. Seríamos felices. Cada uno con sus aventuras provisorias, pero siempre volviendo al otro.
- No, yo no lo soportaría. Juan si. Con Juan podrás hacer eso. El se adaptará porque es un hombre diferente. Yo pertenezco a la generación anterior, aquella que fue marcada por toda la moral tradicionalista y cristiana.

Hicieron el amor desesperadamente. Sin Miedo sabía que esa era la última vez; después de la misión, solamente volvería a Dolisie cuando recibiera la orden de partida para el Este. Y entonces Ondina no estaría más allí.

Encendieron cigarrillos y ella lo acunó en sus senos.

- Te amo, Sin Miedo. Te amo y al mismo tiempo tengo miedo de tu seguridad en ti mismo.
- Si tuviera seguridad en mi mismo, no habría venido esta noche. Esto es un signo de debilidad. En el fondo, soy un débil.
- Eres un hombre, eso es todo.

Sin Miedo respiró profundamente, contemplando las volutas de humo.

- Siempre quise superar mi lado humano. Ser como Dios o como un héroe mítico. Te confundes entre mi y Juan. Lo que amas en mi, es lo que hay en común entre Juan y yo. Tú desconoces cuales son los trazos en común entre nosotros. Es como si fuéramos la misma persona, pero con un intervalo de diez años de revolución ¿Entiendes? El pertenece a la generación que vencerá y que superándose te podrá comprender y aceptar. Yo te comprendo, pero no puedo aceptarte como eres. Intentaría modificarte a mi imagen, te dominaría. Y eso no lo puedo hacer.
- ¿Y si yo lo quisiera?
- ¿Para qué? ¿Para que me odieras al cabo de dos años? Yo tengo una imagen de mi mismo, un caracol con la casa a cuestas. Así me siento libre, soy yo mismo. El amor, el deseo, la

pasión pueden hacerme abandonar esta imagen. Pero perdería el respeto hacia mi mismo. Sería como si estuviera herido y tuviera miedo de morir.

- ¿Tienes miedo a morir?
- No, pienso que no. Pero sería horrible que si estuviera a punto de morir, sintiera miedo ante la muerte. Perdería mi propio respeto. El personaje que construí sería destruido en un segundo y moriría con la impresión de haber sido un impostor. ¡Sería terrible! Por eso es que desafío a la muerte. No le tengo miedo. Tengo miedo de sentir miedo. El miedo a morir. Es por eso que corro todos los riesgos, para confrontarme conmigo mismo.
- ¡Es estúpido! – Dijo ella.
- No lo es. Nada de lo que hagan los hombres es estúpido. Siempre hay una razón, que puede ser psicológica para cada actitud. Sería estúpido si fuera gratuito. Y en mí, no es gratuita, pues es una necesidad íntima. Claro que si lo dijera Mundo Nuevo, sería gratuito. Pero Mundo Nuevo es un político. Se lo quise explicar, pero él no puede entenderlo. Es un engranaje del aparato, una manivela, nada más. Yo soy, como tú dices, un hombre. Antes que nada, un hombre torturado, un solitario. Por eso me siento a gusto en el Mayombe, donde todos somos solitarios.
- Te deseo – Dijo ella.

Se amaron interminablemente. Ojalá que esta noche no termine, deseo él. Pero a las cuatro de la mañana deberían partir.

Mundo Nuevo se encargaría de todo y él podría descansar. Miró el cuadrante luminoso: La una de la madrugada.

- Tenemos tres horas – Dijo él.
- Tenemos toda la vida – Dijo ella.
- No.

Ella lo abrazó.

- Te voy a conquistar de tal modo que correrás hacia mi, después que hayas destruido Pau Caido. Dispongo de tres horas para hacerlo.
- No te hagas ilusiones, no volveré. Piensa esta noche como la última. Es lo mejor.
- No – Gritó ella – No quiero que sea la última. Es como si murieras para mi.
- Tú hombre es Juan. Métete esto en la cabeza.
- Por él siento sólo ternura.
- Más que eso. Sientes amor. La necesidad de él y su presencia vendrá con el tiempo. Y la imagen que tienes de mi, desaparecerá, cuando entiendas que lo que amas en mi es lo mismo que amas en Juan.

Nuevamente se amaron. Encendieron los cigarrillos.

- ¿Puedo saber adónde vas? – Preguntó ella.
- No lo sé. Pero pienso que el objetivo será la sierra de Chela, el Huila. O Huambo.
- Pediré que me envíen allí. Deben de necesitar maestros.
- Yo me opondré, en mi cargo de responsable.
- ¿Por qué eres cruel?
- Soy lúcido. Quiero tu bien. Y tu bien es reencontrarte con Juan, un Juan diferente, que ya dislumbras, pero que aún no conoces. Un Juan más relativo, más humano, sin los retorcimientos de una ideología estrecha.

Se amaron sin hablar. A las cuatro de la madrugada Sin Miedo se levantó.

- ¿Volverás? – Preguntó ella.
- No.

Y salió del cuarto para irse a poner el equipo. Ella se quedó en la cama gozando del calor y los aromas del lecho.

La larga comitiva de guerrilleros, mujeres y pioneros llegó a la Base al mediodía.

Sin Miedo notó que el Comisario mostró su descontento al verlo. Él quería comandar el ataque, lo cual sería su afirmación. La presencia del Comandante lo colocaba en posición subalterna.

- Vamos al río, tenemos que hablar – Dijo Sin Miedo.

El Comisario tomó el arma con un gesto de desagrado y lo siguió al río. Sin Miedo se sentó en su tronco habitual.

- Me van a transferir para el frente del Este, posiblemente para Huila. Es para abrir una nueva región. Tú vas a sustituirme aquí. Es probable que ésta sea mi última operación en Cabinda. Vine porque era mi deber. Pero serás tú el que comandará el ataque. Yo haré parte del Comando, pero el Comandante serás tú.
- ¿Por qué?
- Porque lo puedes hacer y además tienes que ganar experiencia. En la práctica, cambiaremos nuestros papeles. ¿De acuerdo?
- Si así lo deseas – Dijo el Comisario.

Se miraron en silencio. Sin Miedo intentaba mantener una actitud natural, el Comisario destilaba hostilidad.

- Es inútil que parezcamos dos gallos enfrentándose – Dijo Sin Miedo.

El otro se encogió de hombros.

- ¡Como quieras! – Dijo Sin Miedo. Y se volvió a la Base, el AKA sobre el hombro fuerte, seguido del Comisario, delgado y musculoso.

El Comando trazó el plan de ataque, basado sobre los dos morteros y bazukas, seguido de un grupo de asalto. Pau Caido estaba al lado de un cerro accesible, en el cual se podrían colocar los morteros. El grupo de asalto cerraría el único sitio posible de fuga del enemigo. Esto es exactamente al lado opuesto del cerro de los morteros. Las cinco bazukas estarían a los costados para destruir las trincheras construidas por los tugas. El objetivo de la operación era liquidar al enemigo. Obligarlo a abandonar Pau Caido. El efectivo tuga era una compañía.

- Podemos aniquilarlos – Dijo Sin Miedo.
- ¿Y si los morteros caen encima de nosotros? – Preguntó el Comisario.
- Imposible – Dijo Muata, Jefe de la batería de morteros – Estaremos muy cerca del cerro y el campamento se verá bien. Es imposible errar un sólo obús. Van a caer todos en el medio del campamento.
- Los morteros darán la señal y seguirán las bazukas su trabajo – Dijo Sin Miedo – Entretanto, el grupo de asalto progresará.

- ¿Las responsabilidades? – Preguntó el Jefe de Operaciones.
- Muata comandará la artillería, diez hombres. Tú comandarás el grupo de las bazukas, once hombres, los cinco bazukeros, cinco sirviente de municiones y tú. El Comisario comandará el grupo de asalto, treinta hombres.
- ¿Y usted, camarada Comandante?
- Yo estaré en el grupo de asalto, pero el Comisario será el Comandante.

Partieron al día siguiente. Algunos civiles ayudarían a llevar los morteros y los demás volverían a Dolisie. Tres pioneros serían sirvientes de municiones para morteros. Es necesario que los pioneros tengan contacto con la guerra, dijo Sin Miedo.

El ataque sería de madrugada.

Yo, el narrador, soy Luchamos.

Mañana vamos a avanzar hacia Pau Caido en una misión muy riesgosa donde serán ellos o nosotros. Pau Caido ocupado por el enemigo es un puñal clavado en el pecho del pueblo de Cabinda. ¿Y dónde está el pueblo? Se dejan dominar y no nos dan apoyo. ¿Es la culpa de ellos? No, es culpa de quien no supo convencerlos.

Mañana en el ataque ¿Cuántos naturales de Cabinda habrá en nuestras filas? Uno, yo, en medio de cincuenta. ¿Cómo convencer a los guerrilleros de otras regiones de que mi gente no está compuesta de traidores? ¿Cómo convencerlos de que yo mismo no soy un traidor?

Las palabras susurradas, las conversaciones interrumpidas cuando aparezco, son señales de que desconfían de mi. Solamente el Comandante me tiene confianza.

Ingresamos en el mismo año a la guerrilla. Yo era guía, él era profesor de la Base. No querían que él combatiera, le daban los comunicados de guerra para que escribiera. Hasta que un día exigió que lo dejaran combatir. Nunca más volvió a escribir los comunicados de guerra, comenzó a vivirlos.

Estuvimos siempre juntos, él sabe bien que no soy un traidor. ¿Pero, cuántos son los que piensan como él? Ahora se marcha, me dijeron que se irá al Este. ¿Quién me defenderá de los otros, quién tendrá el coraje de oponerse al tribalismo?

Tendré que arreglármelas solo, seré el más corajudo. ¡El Comandante sabe que yo tengo miedo! ¿Pero, que sería de mi pueblo si el único cabinda en la guerrilla se acobarda? Algunas veces pienso que los demás tienen razón, que es necesario acabar con los cabindas. Es en los momentos de rabia. Pero ellos son mis hermanos, bien movilizados ellos serían buenos combatientes. Si, claro que lo serían, pero para eso la lucha debe avanzar.

Después de mañana seré como Sin Miedo. Mi pueblo me lo exige.

El avance hacia Pau Caido se desarrolló normalmente. A veces veían trillos nuevos, abiertos por el enemigo, buscando la base. Las patrullas de reconocimiento iban y venían estudiando minuciosamente el terreno. Cualquier choque prematuro sería negativo para el factor sorpresa. El grueso de las columnas avanzaban en cortas etapas, de una hora de marcha. A las tres de la tarde se encontraban a quinientos metros del campamento. Oían las voces, gritos y carcajadas.

El grupo de artillería se separó y fue a instalarse en el cerro donde pernoctaría. El fuego comenzaría exactamente a las seis de la mañana.

Los guerrilleros descansaban en silencio. Los responsables susurraban comunicándose los últimos detalles. Comieron a las cinco de la tarde. Luego los grupos de bazuqueros se fueron a sus lugares de combate comandados por el Jefe de operaciones. Tomarían sus posiciones de noche, antes de dormir y a las seis menos diez avanzarían hacia el campamento... El grupo de asalto se mantendría en el mismo lugar y comenzaría su avance a las cinco y media de la mañana. Era un grupo muy numeroso y por eso no podían dormir demasiado cerca del enemigo; hay toses incontrolables en la noche o pesadillas que hacen gritar. Sin Miedo se arrimó a Teoría.

- ¿Qué tal?
- Normal – Dijo Teoría.
- ¿Los nervios?
- ¡Controlados!

Se callaron, Sin Miedo fumaba escondiendo el fuego con la palma de la mano.

- ¿El Comisario está enojado contigo? – Preguntó Teoría.
- Si.
- Vino cambiado de Dolisie. Voluntarioso, lleno de autoridad. Se ve que es algo forzado, pero le queda bien.
- Va a ser un buen Comandante.
- Es una pena que te vayas. Haces falta aquí, justamente cuando esto está creciendo...
- Allá también, según parece. Me gusta el Mayombe. Pero también me gusta poder estar en las llanuras centrales.
- A mi también me gustaría. Pero tú haces falta aquí. No sé si el Comisario va a aguantar a los hombres.
- Lo hará, si. Mejor que yo. No sé si notaste que hay una mejor relación.
- Si, después de la salida de Andrés.
- El Mecánico que habíamos tomado en el aserradero está en Dolisie. Se vino a incorporar al Movimiento. La guerra está avanzando.

Se acostaron. El Comisario no se aproximó y Sin Miedo tampoco lo hizo. El Comandante, como tantas veces inició una noche de insomnio. Ondina. Ondina intentaba agarrarlo, empujarlo hacia el calor de su seno y él se debatía. Si cediera una vez más estaría preso. Ondina domesticaba a los hombres, y él en el fondo se sentía débil para luchar contra ella. Sólo Juan, un Juan templado tendría la fuerza de no dejarse dominar. El comenzaba a sentirse viejo, a repartir el placer, la soledad le pesaba. Si volviera a Dolisie, se vería envuelto en la tela de araña. Y eso fue lo que sintió al despedirse de ella. Su “no” salió como un suspiro de alivio. Durante la marcha se sintió un hombre libre. Ahora llegaban los fantasmas, las visiones, pero nada importaba. Durante el día era libre, el mismo, un imbondeiro en medio de la llanura. Mañana sería el combate, su instante supremo de miedo, y en seguida cuando el fuego se inicié, la liberación.

Se volvió hacia Teoría que aún no dormía. Sin Miedo le dijo en secreto:

- Lo que cuenta es la acción. Los problemas del Movimiento se resuelven en la acción armada. La movilización del pueblo de Cabinda se resuelven en la acción. Los problemas personales se resuelven en la acción. No es una acción a la loca, una acción en si. Es la

acción revolucionaria. El objetivo es hacer la revolución, aunque luego ella sea traicionada.

Teoría no respondió. Volvieron a intentar dormir. Teoría con sus miedos y el Comandante con sus fantasmas.

Se levantaron a las cinco y cuarto. El Comisario se acercó.

- Camarada Comandante ¿No sería mejor dividirnos en dos grupos? ¡Uno, bajo mi comando y el otro, bajo el suyo! Pero que estén cerca el uno del otro. Sería más fácil.
- De acuerdo, pero el que da las órdenes eres tú.
- Está bien.

Avanzaron como gatos. Las mochilas habían quedado en el punto de reunión, donde habían dormido. El avance le recordó a Sin Miedo la marcha de madrugada para atacar la Base. Pero esta era muy diferente. Ahora avanzaba seguro de que el enemigo estaba allí, solo con sus fantasmas. La vez anterior estaba la vida de Juan de por medio y la angustia que le contraía el vientre, subiéndole hasta el pecho para irradiarse a todo el cuerpo.

Se aproximaron a cincuenta metros del campamento. Los dos grupos se dividieron cerrando completamente cualquier intento de fuga del enemigo. Si los morteros y las bazukas cumplían bien su papel, los tucas huirían. Y solamente podrían hacerlo por la izquierda, donde se encontraba el grupo del Comisario. Cuando los obuses comenzaran a caer, los dos grupos avanzarían para preparar el asalto. El plan no podía fallar. El enemigo perdería una compañía en combate, el pueblo sabría y diría que realmente el movimiento era muy fuerte; esto era lo fundamental.

Faltaban cinco minutos para el inicio del fuego. Sin Miedo se recostó raspándose el rostro con una liana. Pensaba en Ondina; Leli estaba en las tinieblas, solamente Ondina se le aparecía. Ondina con su ternura escondida bajo una capa de frialdad. Era todo un personaje; pero él le arrancaba la capa y el personaje era destruido y Ondina venía desnuda, con un océano de ternura en los ojos y un volcán entre las piernas. Ondina, Ondina ¿Por qué se encontraron tan tarde? Era irremediablemente tarde. Cinco años atrás, hubiera sido posible.

Faltaban dos minutos. Y después uno. Los hombres miraban sus relojes. Sin Miedo los observó. En su grupo estaba Verdad, calmo como siempre; Teoría mordiendo nerviosamente una brizna de pasto; Muatánvua, mirándolo a él, esperando sus órdenes; Pangu-Akitina sonriéndole. Y después ya no faltaba nada, sólo estaba Ondina en el medio, pues la hora llegó.

Los primeros obuses hicieron estremecer al Dios Mayombe. Los monos saltaban de árbol en árbol columpiándose. Muata era eficiente, los obuses caían a un ritmo diabólico, bien en el centro del campamento. Los tucas gritaban, gemían, insultaban. Después Sin Miedo oyó la primera bazukada. Milagro fue uno de los mejores. El primer grupo enemigo que comprendió lo que pasaba se precipitó hacia las trincheras. Milagro se levantó, avanzó dos pasos y lanzó un obús que aniquiló a los enemigos antes de que pudieran instalarse convenientemente en la trinchera. Los que corrían hacia la segunda trinchera se quedaron estupefactos, inertes viendo a Milagro, de pie, a pecho descubierto, cargando la bazuka. Pero fue otro guerrillero el que colocó el segundo obús en medio del enemigo. Hubo un tercer grupo que intentó llegar a las trincheras, pero los AKAs del grupo del Jefe de Operaciones cantaron fuerte y Milagro con un certero obús, terminó con ellos.

Los morteros continuaban cayendo. Los oficiales tucas habían perdido el mando de sus hombres. Sólo les restaba huir.

Sin Miedo seguía el combate con los oídos. Todavía era muy pronto para actuar. Además era el Comisario el que debía dar las órdenes, pues estaba bien en frente del sitio de fuga del enemigo. Desde donde se encontraba Sin Miedo, no podía ver casi nada.

En ese momento vio un bulto fugitivo que saltaba y rebotaba, agachándose. Era Juan. ¿Qué hace él? ¿Avanza hacia el enemigo? Qué locura, pensó Sin Miedo. El Comisario levantó la cabeza y se miraron. Estaban a unos veinte metros el uno del otro. Sin Miedo le hizo un gesto imperioso de detención. Juan se encogió de hombros y desapareció en otra voltereta. Los primeros soldados enemigos surgieron de aquella dirección. El grupo de Sin Miedo hizo fuego y ellos se dejaron caer detrás de un talud, al abrigo del fuego.

Entonces Sin Miedo vio la escena, como en un film. Juan se había dado cuenta de la existencia del talud y avanzó para quedar al frente del enemigo cuando estos se metieran en la valla. Pero no les dio a sus hombres la orden de avanzar, lo hizo él solo, desafiando el coraje de Sin Miedo; era un duelo que él imponía al Comandante, una especie de ruleta rusa. Una locura, pensó Sin Miedo. El enemigo tenía que avanzar por ahí, cuarenta o cincuenta hombres avanzarían por el talud. A su frente se encontrarían con el Comisario y su AKA.

Era como en un film. Luchamos que estaba en el grupo del Comisario se dio cuenta de lo que sucedía y saltando de su posición corrió hacia el Comisario. Serían al menos dos armas las que contendrían la contra-ofensiva enemiga. Pero su carrera fue bruscamente cortada. La cabeza violentamente tirada hacia atrás por la ráfaga enemiga. Luchamos murió instantáneamente.

El enemigo hacía ahora un violento fuego hacia la posición del Comisario. La ametralladora Breda barría el espacio libre entre Juan y sus hombres, los cuales no osaban abandonar sus refugios. Sin Miedo distinguía el AKA del Comisario, reconocía sus cadencias, una ráfaga de tres tiros, un silencio, una ráfaga de dos tiros, un silencio. Muy pronto todo estaría acabado, pues una bazukada del enemigo destruiría el refugio precario de Juan.

Era como en un film. Y él era el espectador. La misma sensación de impotencia.

Y después, como siempre, el hormigueo creciendo en el vientre de Sin Miedo. Gritó, saltando del abrigo “MPLA avanza”. Corrió tirando la primera granada en el medio del talud. Teoría lo siguió inmediatamente. También lo hizo Verdad. También Muatuánvua, y lo siguieron todos los demás. El plan de Sin Miedo era el de asaltar el talud, arrojó la granada para crear confusión en el enemigo y salvar al Comisario.

Estaba a diez metros del talud cuando la ráfaga de la Breda lo impactó en pleno vientre, allí donde le crecía el hormiguero. Cayó de rodillas, apretándose el estómago. Teoría se arrimó a él.

– ¡Al ataque! – Gritó todavía Sin Miedo, arrodillado y apretándose el vientre.

Galvanizados por Sin Miedo, los guerrilleros atravesaron el espacio libre y las granadas caían bien en el medio del enemigo. El grupo del Comisario se atrevió a avanzar, Ekuikui entre

ellos. Ekuikui lo vio al Comisario, con el AKA olvidada en sus manos, mirando el bulto de Sin Miedo. Ekuikui lo tocó en un brazo.

- ¡Camarada Comisario, al asalto!
- Vayan, avancen, avancen.

Y Juan corrió hacia Sin Miedo.

El enemigo ya no tenía posibilidades de fuga por aquel sector. Los guerrilleros los perseguían. La Breda se había callado para siempre.

Juan se arrodillo al lado de Sin Miedo.

- ¿Dónde estás herido?
- Muchacho, muchacho, vete a comandar el asalto.

Y le sonrió al Comisario. Este le apretó un hombro. Corrió para el campamento gritando con lágrimas en los ojos:

- ¡EL MPLA avanza! ¡El MPLA avanza!

Su AKA barría el terreno. Los soldados intentaban subir el cerro de los morteros, que ya estaban siendo retirados, y él apuntaba friamente abatiendo enemigos tiro a tiro. Ninguno se camuflaba. Los guerrilleros hacían fuego de pie, apuntando cuidadosamente.

Muy pocos soldados tucas consiguieron escapar de Pau Caido. El campamento estaba tomado.

Los guerrilleros recuperaban lo que podían cargar: Las armas y municiones en primer lugar. Después se retiraron. El Comisario y Muatiánvua transportaban al Comandante para el sitio de reunión. Ekuikui llevaba el cuerpo inerte de Luchamos cruzado sobre sus hombros. En el camino los grupos explicaban unos a otros los hechos más significativos del combate. Una vez que llegaron al punto de reunión, esperaron al grupo de morteros. Pangu-Akitina intentaba detener la hemorragia de Sin Miedo. Algún que otro guerrillero había sido herido levemente.

- ¿Las bajas? – Preguntó Sin Miedo en un susurro.
- Un muerto y diez heridos – Respondió el Comisario.
- Lo vi a Luchamos caer. ¿Murió?
- Si.
- ¡Luchamos! Yo también – Dijo Sin Miedo.
- Tú no.
- Sé que si. Pero al final, no tengo miedo de la muerte...

Pangu-Akitina apretó todas las vendas que tenía Sin Miedo en el vientre. La sangre corría abundantemente, era imposible parar la hemorragia. Pangu-Akitina tenía las manos bañadas en sangre.

- Es inútil – Dijo el Comandante – Déjenme aquí. Moriré en el Mayombe. ¡No combatiré en Huila, que pena! Juan...
- Si.

La voz de Sin Miedo era cada vez más débil y el Comisario debía acercarse con su oído a la boca del Comandante para poder entender lo que decía.

- Ondina te ama. Intenta reconquistarla. Ustedes son hechos el uno para el otro.
- No hables. No hables, te hace mal. ¿Duele mucho?
- Se puede soportar.
- Te pido perdón Sin Miedo. No te comprendí, fui un imbécil. Quise ser igual a lo inigualable.

Sin Miedo sacudió la cabeza.

- ¡Coraje gratuito!.. Solamente... El Comisario no respondió.

Luego de un momento, Sin Miedo apretó la mano del otro.

- Juan.
- ¿Que pasa Comandante?
- El mecánico, aquel que tomamos prisionero...
- Si.
- Esta en Dolisie...Vino a incorporarse a nosotros...
- Voy a verlo. Pero no hables...
- ¡No esta mal... mira! La clase obrera se plega a nuestra lucha...Ya estamos venciendo...
- Si, Sin Miedo. Pero no hables por favor.

El Comandante obedeció, mientras le apretaba la mano al Comisario.

El grupo de morteros arribó y fueron a rodear el cuerpo de Sin Miedo. Fue en esos momentos que comenzó el fuego del cuartel de Sanga. Los tugas enviaban morteros hacia Pau Caido. El cuartel de Sanga no estaba demasiado lejos, y el sitio era bien conocido por el enemigo, los morteros caían con precisión en medio del campamento .

Los guerrilleros se pusieron nerviosos.

- Tenemos que irnos – Dijo uno – Ellos están seguramente enviando tropas a Pau Caido por que suponen que aún estamos allí. Después mandarán más gente para aquí, para perseguirnos.
- Si marchamos, será la muerte del Comandante – Dijo Pangu-Akitina
- El no puede salir de aquí.

Una brisa ligera se levantó y los pétalos blancos de las flores de mamufeira cayeron dulcemente.

- ¿Está nevando en el Mayombe? – Preguntó Sin Miedo.

El Comisario le apretó la mano intentando infundirle un soplo de vida. Pero la vida de Sin Miedo se vaciaba en el suelo del Mayombe, mezclándose con las hojas en descomposición.

Los obuses caían ahora a doscientos metros de ellos. Los guerrilleros protestaban.

- Nadie se va de aquí – Gritó el Comisario.
- Deja que se marchen, Juan. Yo me quedo... ¿Que mejor lugar para quedarse? Pero el Comisario no pudo escuchar estas palabras, los labios del Comandante casi no se movían.

La Morera²⁸ gigante estaba ahí, en frente, con su tronco destacándose del sincretismo de la jungla. Pero si se recorre con los ojos del tronco a la cima, se verá que su follaje se mezcla con el verde de arriba generando un nuevo sincretismo. Solamente es el tronco el que se destaca, individualizándose. Así es el Mayombe, los gigantes sólo lo son en parte, al nivel de los troncos, el resto se confunde con la masa, al igual que los hombres. Las impresiones visuales son menos nítidas y la mancha verde predominante hace destacar progresivamente la claridad del tronco de la Morera gigante. Las manchas verdes están cada vez más sobrepuestas, pero repentinamente, el tronco de la Morera se afirma, debatiéndose. Como la vida.

¿Y qué es lo que hace el rostro del mecánico allí, en el tronco de la Morera? Me sonrío.

Los ojos de Sin Miedo se quedaron abiertos, contemplando el tronco ya invisible del gigante que desapareciera para siempre en su elemento verde.

El Comisario se estremeció con el estruendo de un obús que estalló a menos de cincuenta metros. Los hombres rezongaban con gestos de marchar. El Comisario los enfrentó con el AKA en posición de fuego y los ojos fulgurantes.

– ¿No entienden que él ha muerto? ¡El ha muerto! ¡Sin Miedo ha muerto! ¿No pueden comprender que él murió? ¡Sin Miedo ha muerto!

Los hombres al mirar el rostro del Comandante notaron la sonrisa de sus labios. ¿Le sonreiría a la vida, o a la muerte?

– Entonces nos podemos marchar – Dijo Muatiánvua
– ¿Eres tú que se quiere marchar? – Gritó el Comisario – ¿Tú, a quien él apreciaba tanto? ¿Tú, Muatiánvua? Nadie se va. Vamos a enterrarlo aquí.
– Es una locura – Dijo Ekuikui – No tenemos palas ni azadas. Y los obuses están cayendo muy cerca. Mejor enterrarlo en otro sitio.
– Cavaremos con los puñales, con las manos, con lo que se les antoje. Pero él será enterrado aquí. Nadie tiene derecho a llevarse el cadáver de Sin Miedo. Allí donde murió, allí será enterrado. Este es el único homenaje que le podemos brindar.

El Comisario se tiró de rodillas al suelo, al lado de Sin Miedo y con su puñal mordió con rabia la tierra. Cavaba frenéticamente, al ritmo de sus sollozos. Uno a uno los guerrilleros se arrodillaron a su lado imitándolo. Los obuses caían ahora más lejos, a un ritmo decreciente. Los hombres cavaban rápido, electrizados por el Comisario, mientras la tumba se agrandaba. Depositaron el cuerpo del Comandante y de Luchamos en la misma tumba y los cubrieron. El Comisario no dijo ningún discurso ni hubo ninguna oración fúnebre. Ekuikui y Verdad lloraban silenciosamente.

El Jefe de Operaciones dijo:

– Luchamos que era un cabinda, murió por salvar a un kimbundo. Sin Miedo que era un kikongo, murió por salvar un kimbundo. Esta es una gran lección para nosotros, camaradas.

Milagro, el bazuquero, suspiró y dijo:

²⁸ Morera: Arbol de mora.

– ¡Fue un gran Comandante! ¡Y Luchamos un buen combatiente!

Se apartó unos pasos de los otros y lanzó un obús de bazuka que fue a reventar en el tronco de una Morera, a cien metros de ellos. Los guerrilleros lo imitaron con sus AKAs en un último homenaje.

Las flores de mamufeira caían sobre la tumba dulcemente, mezclándose con las hojas verdes de los árboles. Dentro de algunos días el lugar sería irreconocible. El Mayombe recuperaría aquello que los hombres osaron quitarle.

EPILOGO

El, narrador, soy yo, El Comisario Político.

La muerte de Sin Miedo constituyó para mí el cambio de piel de los veinticinco años, una metamorfosis dolorosa, como todas las metamorfosis. Sólo me di cuenta de lo que perdía (tal vez en un reflejo proyectado diez años adelante) cuando lo inevitable se dio.

Sin Miedo resolvió su problema fundamental: Para mantenerse como él deseaba, debía quedarse allí, en el Mayombe. ¿Habría nacido demasiado temprano, o demasiado tarde? En cualquier caso, fuera de su tiempo, como los héroes de la tragedia.

Yo evoluciono y me construyo una nueva piel. Existen los que necesitan escribir para poder quitarse la piel que los comprime. Otros cambian de país. Otros de amantes, otros de nombre o de peinado. Yo perdí a un amigo.

Desde el corazón de Bié, a mil kilómetros del Mayombe, después de una marcha de un mes, rodeado de nuevos amigos vine a ocupar el lugar que él no pudo hacerlo, contemplo el pasado y el futuro. Y veo cuan irrisoria es la existencia de los individuos. Y a pesar de eso, es ella la que marca los avances del tiempo.

Pienso como él, que la frontera entre la verdad y la mentira es un camino en el desierto. Los hombres se dividen a lo largo de la frontera. ¿Cuántos son los que saben dónde se encuentra ese camino de arena en medio de la arena? Existen, no lo duden, yo soy uno de ellos.

Sin Miedo lo sabía. Pero insistía en que era un camino en el desierto. Por eso se reía de los que afirmaban que era una huella nítida, bien cortada, dentro del verde del Mayombe. Hoy se que no hay trillos amarillos en el medio de lo verde.

Tal es el destino de Ogun, el Prometeo africano.

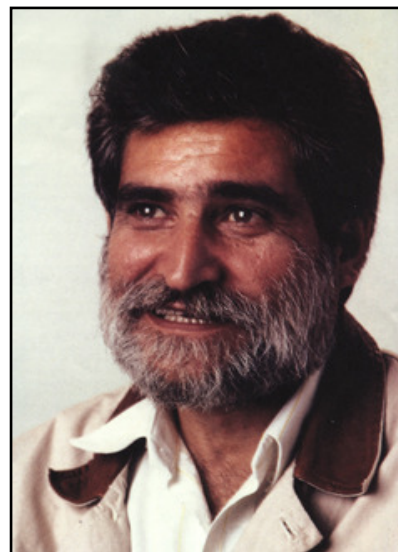
DOLISIE, 1971

Artur Carlos Maurício Pestana dos Santos

PEPETELA

Escritor angolano: nascido em 1941

1941: Artur Carlos Maurício Pestana dos Santos (Pepetela) nasce em Benguela, Angola, em 29 de outubro. - **1958:** Parte para Lisboa, onde ingressa no Instituto Superior Técnico (Engenharia) que frequenta até 1960. - **1961:** Transfere-se para o curso de Letras. Neste mesmo ano acontece, em Luanda, a revolta que origina a Guerra Colonial. - **1963:** Torna-se militante do MPLA - Movimento Popular para a Libertação de Angola. - **1960/1970:** Frequenta a Casa dos Estudantes do Império, em Lisboa, berço dos ideais de independência. Exilado na França e na Argélia, posteriormente gradua-se em Sociologia. - **1975:** Independência de Angola. Nomeado Vice-Ministro da Educação no governo de Agostinho Neto. - **Atualmente** é professor de Sociologia da Faculdade de Arquitetura de Luanda, onde vive.



São poucos os escritores da África Meridional conhecidos do grande público. Pepetela (cujo nome verdadeiro é Arthur Maurício Pestana dos Santos) é angolano. Angola, país de colonização portuguesa, conseguiu a independência apenas em 1975. Depois da guerra de libertação, mergulhou num período de guerra civil, em que lutavam de um lado os afiliados ao Movimento pela Libertação de Angola (MPLA), liderado por Agostinho Neto e apoiado pela União Soviética, e de outro os seguidores de Jonas Savimbi, líder da União Nacional pela Libertação Total de Angola (Unita), que contava com o apoio dos Estados Unidos. Essa guerra acabou somente em 2005, com a morte de Savimbi, e o país ainda se encontra arrasado, coberto de minas e carente de infra-estrutura.

Em Mayombe, um de seus inúmeros romances, Pepetela conta a história de um grupo guerrilheiro acampado no meio da mata. É gente sem recursos de toda a espécie. Faltam comida, armas, estratégia. A maior parte dos soldados é analfabeta. Muitos não se entendem, pois pertencem a comunidades diferentes que falam línguas diversas. Até hoje, em Angola, há 36 idiomas, além do português.

Há problemas de hierarquia. Algumas etnias se consideram superiores às outras, e não aceitam receber ordens de comandantes considerados inferiores do ponto de vista cultural ou genético.

A aventura dessa gente, o medo, as superstições, a corrupção, o ambiente político, geográfico e psicológico, compõem uma história de aventura emocionante. Pepetela sabe do que fala. Lutou na guerrilha, como suas personagens. Dá ao leitor o privilégio de conhecer um universo muito particular, pouco divulgado. O da África negra, pobre, abandonada. E de conhecer as raízes de problemas que persistem até os dias atuais.